LA INSUBORDINACIÓN FUNDANTE

Breve historia de la construcción del poder de las naciones

MARCELO GULLO





SERIE *Nuestra América*



LA INSUBORDINACIÓN FUNDANTE

Breve historia de la construcción del poder de las naciones





Centro Simón Bolívar
Torre Norte, piso 21, El Silencio,
Caracas - Venezuela, 1010.
Teléfonos: (0212) 768.8300 / 768.8399

Correos electrónicos
atencionalescritorfepr@gmail.com
comunicacionesperroyrana@gmail.com

Páginas web
www.elperroylarana.gob.ve
www.mincultura.gob.ve

Redes sociales
Twitter: @perroyranalibro
Instagram: editorialperroyrana
Facebook: Editorial perro rana
Youtube: Editorial El perro y la rana
Soundcloud: perroyranalibro
Google+: Editorial El perro y la rana

Diseño de portada
Kevin Vargas

Edición: Jonathan Rojas
Corrección: José Jenaro Rueda / Daniela Moreno
Diagramación: Jenny Blanco

Hecho el Depósito de Ley
Depósito legal lfi40220153203552
ISBN 978-980-14-3135-0





Biblioteca Antiimperialista Oscar López Rivera

Al imperialismo hay que señalarlo y argumentar sobre él.
Hugo Chávez Frías

Amar la patria no cuesta nada, lo que sí costaría es perderla... Si aceptamos esta verdad, entonces debemos estar dispuestos y preparados a despuntar un proyecto de descolonización.
Oscar López Rivera

La Biblioteca Antiimperialista Oscar López Rivera incluye textos que describen las prácticas imperiales, sus tecnologías abiertamente violentas o sutiles, sus artimañas legales e ideológicas; textos que permiten la toma de conciencia sobre el papel mezquino de intermediario y gendarme que han jugado las burguesías y las élites políticas "nacionales" en el despliegue de la dominación colonial; textos que reconstruyen la historia, analizan los hechos y reúnen evidencias para fundamentar la denuncia necesaria. Se trata de un proyecto de descolonización internacionalista que busca ligar las periferias, ser nodo activo y potente en el pluriverso de resistencias ante diversas acciones imperiales; un proyecto en favor de la dignidad de todos los pueblos y del derecho a un desarrollo sustentable en armonía con la naturaleza.

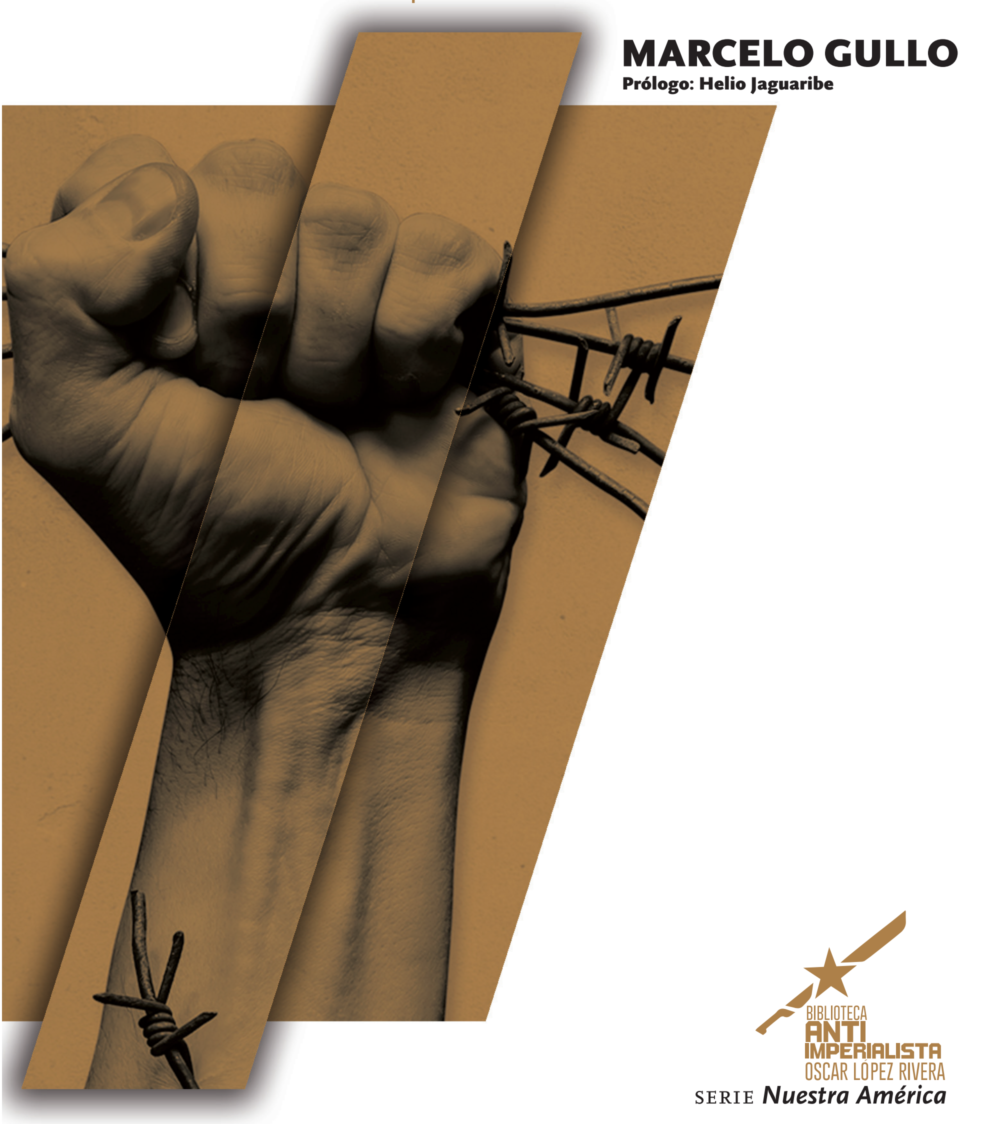
Las obras compiladas reescriben, a contrapelo del discurso hegemónico, la historia de las luchas por la soberanía y la integración

que han llevado adelante los pueblos del Sur: un Sur que no está fielmente apegado a la concepción geográfica del planeta, sino más bien un Sur cuyo orden es geopolítico y que está dialécticamente en oposición a un Norte abusivo y agresor.

La biblioteca se divide en tres series que responden al lugar donde se articula el discurso. *Nuestra América*, reúne perspectivas críticas que se despliegan desde el sur del Río Bravo hasta la Patagonia incluyendo el Caribe. *Sur global*, busca la articulación con hermanos que en África, el Medio Oriente y Asia comparten luchas e ideales emancipatorios. *Sures del Norte*, hace lo propio con los discursos que desde el corazón de los centros imperiales lo combaten y comparten con la gente del Sur una historia de resistencias contra la opresión.

LA INSUBORDINACIÓN FUNDANTE

Breve historia de la construcción del poder de las naciones



MARCELO GULLO

Prólogo: Helio Jaguaribe

BIBLIOTECA ANTI IMPERIALISTA OSCAR LÓPEZ RIVERA

SERIE *Nuestra América*

NOTA EDITORIAL

La presente obra es considerada uno de los ejes de la política exterior contemporánea de la República Bolivariana de Venezuela, según la publicación del Ministerio del Poder Popular para las Relaciones Exteriores en 2012, titulada *Emancipación de la Política Exterior de Venezuela*.

Este libro forma parte de la Biblioteca Antiimperialista por realizar un aporte fundamental al proceso de emancipación de los pueblos del mundo y en especial de los pueblos de Nuestra América.

Con una visión realista, Gullo realiza un rastreo histórico sobre los procesos que condujeron a naciones como Inglaterra, Estados Unidos, Alemania, Japón y China a ocupar un papel preponderante en el escenario internacional. La fórmula, encubierta intencionalmente, radica en la combinación de una actitud de insubordinación ante el pensamiento dominante y un impulso estatal eficaz que les ha permitido lograr un umbral de poder necesario para convertirse en actores internacionales independientes, al mismo tiempo que encubren este proceso y promueven en las demás naciones las ideas de la mano invisible del mercado y la división internacional del trabajo.

El bolivarianismo promovido desde Venezuela tiene como elemento geopolítico principal la integración de los pueblos de Nuestra América. Por ello es imprescindible pensarnos como región, lo cual implica planificar líneas de desarrollo

industrial complementarias, al mismo tiempo que se avanza contra los objetivos de las oligarquías nacionales, fundamentando la idea de justicia social.

El escenario internacional actual, en el que la Revolución Bolivariana de Venezuela aporta un saldo político considerable para la construcción de un mundo multicéntrico y pluripolar, nos motiva a continuar democratizando la promoción y difusión de la lectura gratuita a través del formato digital.

Con esta primera publicación en Venezuela, nuestra estrategia editorial tiene como objetivo difundir las ideas, los datos y los discursos contenidos en este libro de una manera más audaz, con la intención de llegar a la mayor cantidad de lectores posibles y contribuir decididamente con la insubordinación ideológica cultural, que es necesario mantener y fomentar en el seno de nuestros pueblos, de los organismos multilaterales existentes y en el plano internacional en general, de manera que los acuerdos, tratados y convenios que se posicionen desde bloques como el Alba, Mercosur, Unasur y Celac, estén orientados por una firme posición antiimperialista.

A Helio Jaguaribe y a Alberto Methol Ferré toda mi gratitud
por sus desinteresadas enseñanzas, apoyo y afecto.
A mi esposa, Inés Maraví, fuente de amor y paciencia.
A Gaetano Muscari y a Enrique Omodeo.
A mi entrañable amigo Gustavo Marini.
A mi padre espiritual, Fortunato Baldelli.

AGRADECIMIENTOS

Quiero agradecer especialmente a Roberto Vitali, sin su ayuda esta obra no sería lo que es; a Anabella Busso, Silvina Caleri y Roberto Martínez, por el afecto que me brindaron siempre a pesar de mis enormes defectos. A Alberto Buela, Pablo Yurman, Cristian Módolo, Carlos de Isla, Damián Umansky, Gustavo Battistoni, Miguel Barrios y Nestor Gorojovsky, quienes me dieron su confianza y amistad en momentos realmente difíciles. A mis primeros profesores de Relaciones Internacionales, Bruno Bologna y Gladys Lechini.

Prólogo

Helio Jaguaribe

Con *La insubordinación fundante*, Marcelo Gullo alcanza plena y brillante realización de su propósito de estudiar histórica y analíticamente, desde la periferia, las relaciones internacionales. El concepto de "periferia" para el profesor Gullo adquiere un doble significado: se trata, por un lado, de una perspectiva y, por otro, un contenido.

Como perspectiva, corresponde a la mirada del mundo por un intelectual suramericano desde el Mercosur y, más restrictivamente, desde el ámbito argentino–brasileño.

Como contenido, corresponde al análisis de cómo países periféricos en general y, más específicamente, Estados Unidos, Alemania, Japón y China –citados por el orden cronológico de sus respectivas revoluciones nacionales– lograron salir de su condición periférica y se convirtieron en países efectivamente autónomos, en importantes interlocutores internacionales independientes. Este excelente libro conduce, en su conclusión, a una relevante discusión sobre la situación de Suramérica y de cómo la región podrá, a su vez, superar su condición periférica y convertirse también –como lo hicieron los mencionados países– en un importante interlocutor internacional independiente.

Creo que habría que destacar, en este magnífico estudio, tres aspectos principales: (1) su relevante sistema de categorías analíticas, (2) su amplia información histórica, y (3) su tesis central de

que todos los procesos emancipatorios exitosos resultaron de una conveniente conjugación entre una actitud de insubordinación ideológica para con el pensamiento dominante y un eficaz impulso estatal.

De manera general, Gullo se sitúa en el ámbito de la escuela realista de Hans Morgenthau y Raymond Aron. Son las condiciones reales de poder las que determinan el poder de los Estados, incluidas, en esas condiciones, la cultura de una sociedad y su psicología colectiva. Así contempladas las relaciones internacionales, se observa, desde la antigüedad oriental hasta nuestros días, el hecho de que se caracterizan por ser relaciones de subordinación en las que se diferencian pueblos y Estados subordinantes y otros subordinados. Este hecho lleva a la formación, en cada ecúmene y en cada período histórico, de un sistema centro–periferia marcado por una fuerte asimetría en la que provienen del centro las directrices regulatorias de las relaciones internacionales, y hacia el centro se encaminan los beneficios mientras la periferia es proveedora de servicios y bienes de menor valor, y queda, de este modo, sometida a las normas regulatorias del centro.

Las características que determinan el poder de los Estados y las relaciones centro–periferia cambian históricamente, adquiriendo una notable diferenciación a partir de la Revolución industrial. Por mencionar solo un ejemplo –el del mundo occidental de la Edad Moderna–, puede observarse que la hegemonía española de los siglos XVI a XVII, seguida por la francesa hasta mediados del XVIII, se fundaban, económicamente, en un mercantilismo con base agrícola y, militarmente, en la capacidad de sostener importantes fuerzas permanentes.

A partir de la Revolución industrial se produce un profundo cambio en los factores de poder y la Gran Bretaña, como única nación industrial durante un largo período de tiempo, pasó a detentar una incontrastable hegemonía. Algo similar sucederá, ya en el siglo XX, con Estados Unidos.

En ese marco histórico, el estudio de Gullo muestra cómo para comprender los procesos en curso es necesario emplear un

apropiado sistema de categorías. Entre esas categorías sobresalen las de "umbral de poder" –que determina el nivel mínimo de poder necesario para participar del centro–, la de "estructura hegemónica", la de "subordinación ideológica" y la de "insubordinación fundante".

Una de las más significativas observaciones de este libro se refiere al hecho de que, a partir de su industrialización, Gran Bretaña pasó a actuar con deliberada duplicidad. Una cosa era lo que efectivamente hacía para industrializarse y progresar industrialmente, y otra lo que ideológicamente propagaba con Adam Smith y otros voceros. Algo similar a aquello que actualmente hace Estados Unidos.

La industrialización británica, incipiente desde el renacimiento isabelino y fuertemente desarrollada desde fines del siglo xviii con la Revolución industrial, tuvo como condición fundamental el estricto proteccionismo del mercado doméstico y el conveniente auxilio del Estado al proceso de industrialización. Obteniendo para sí buenos resultados de esa política, Gran Bretaña se esmerará en sostener, para los otros, los principios del libre cambio y de la libre actuación del mercado, y condenará como contraproducente cualquier intervención del Estado. Imprimiendo a esa ideología de preservación de su hegemonía las apariencias de un principio científico universal de economía, logró con éxito persuadir de su procedencia, por un largo tiempo (de hecho, pero teniendo como centro a Estados Unidos, hasta nuestros días), a los demás pueblos, que así se constituyeron, pasivamente, en mercado para los productos industriales británicos y después para los norteamericanos, permaneciendo como simples productores de materias primas.

En ese contexto, Gullo presenta otra de sus más relevantes contribuciones: sus teorías de la "insubordinación fundante" y del "impulso estatal". A tal efecto, analiza los exitosos procesos de industrialización logrados en el curso de la historia por países como Estados Unidos, Alemania, Japón y China. Muestra que la superación de la condición periférica dependió, en todos los casos, de una vigorosa contestación al dominante pensamiento librecambista,

identificándolo como ideología de dominación, y mediante una "insubordinación ideológica" logró promover –con impulso del Estado y con la adopción de un satisfactorio proteccionismo del mercado doméstico– una deliberada política de industrialización.

Así lo hizo Estados Unidos con la tarifa Hamilton de 1789, a la que seguirán nuevas y más fuertes restricciones tarifarias como, por mencionar alguna de las más notorias, la tarifa MacKinley de 1890. Así también se condujo la Alemania de Federico List, empezando con el *Zollverein* de 1844. Japón, más tardíamente, seguirá el mismo ejemplo con la Revolución Meiji de 1868. China, finalmente, empezará a hacerlo con Mao Zedong, aunque su política sufra negativas perturbaciones ideológicas con el "Gran Salto Adelante" (1958–1960) y después con la "Revolución cultural" de 1966 hasta, prácticamente, la muerte de Mao en 1976. Le tocó así a ese extraordinario estadista, Deng Xiaoping, en su período de gobierno (1978–1988), adoptar racionalmente el principio del impulso estatal, combinándolo con una política de libertad de mercado "selectiva", bajo la orientación del Estado. Gracias a ello es que China mantiene, desde entonces e interrumpidamente, tasas anuales de crecimiento económico del orden de 10%, alcanzando ya a convertirse en la tercera economía del mundo.

Este espléndido estudio de Gullo culmina con reflexiones extremamente pertinentes acerca de las posibilidades que tiene Suramérica de realizar esa "insubordinación fundante" y, con el apoyo del Estado, salir de su condición periférica para convertirse, de ese modo, en un importante interlocutor internacional independiente.

Considero este libro de Marcelo Gullo como lectura indispensable para todos los suramericanos, comenzando por sus líderes políticos.

Introducción

Estas líneas intentan ser un "pensar desde la periferia", una tentativa de reflexionar desde nuestro estar y desde nuestro ser. Un pensar las relaciones internacionales desde la periferia, convencidos de que, como sostenía Stanley Hoffmann:

> Nacida y formada en Norteamérica, la disciplina de las relaciones internacionales está, por así decirlo, demasiado cerca del fuego,… necesita una triple distancia: debería alejarse de lo contemporáneo hacia el pasado; de la perspectiva de una superpotencia (altamente conservadora) hacia la de los débiles y lo revolucionario; alejarse de la imposible búsqueda de la estabilidad; abandonar la ciencia política, y retomar el empinado ascenso hacia las altas cumbres que los interrogantes planteados por la filosofía política tradicional significan.[1]

Nos proponemos estudiar, histórica y analíticamente, desde la periferia, las relaciones internacionales. Somos conscientes de que para analizar el pasado, para comprender los procesos en curso y para proyectar hipótesis sobre el futuro, nos es necesario un apropiado sistema de categorías que no puede ser en un todo –por las

1 Stanley Hoffman. *Jano y Minerva. Ensayos sobre la guerra y la paz*, Grupo Editor Latinoamericano, Buenos Aires: 1991, p. 35.

razones expuestas por el mismo Hoffmann– el elaborado en los altos centros de excelencia de los países centrales. Es por ello que nuestro objetivo teleológico profundo consiste en la elaboración de unos apuntes que sirvan, luego de un largo proceso de discusión y refutación, para la elaboración de una teoría crítica de las relaciones internacionales. A esa tarea nos abocamos en la primera parte de nuestro estudio.

Consideramos preciso aclarar que nuestra postura crítica no implica, en general, ni el desconocimiento ni el rechazo en bloque de la producción intelectual realizada en los países centrales –particularmente la producida en Estados Unidos, lugar de nacimiento de las relaciones internacionales como disciplina de estudio–, sino el análisis crítico de dicha producción intelectual, a fin de no aceptar como producción científica las doctrinas "disfrazadas" de teorías o a las teorías contaminadas por las doctrinas. La necesidad de una postura crítica nos parece tanto más necesaria cuanto que, comúnmente, en los países periféricos –como también destaca Hoffmann– los expertos en relaciones internacionales tienden con demasiada frecuencia a reflejar más o menos servilmente y con algún retraso las "modas" norteamericanas –los debates y las categorías de análisis en boga–, y al hacerlo reflejan, y sirven también, al interés político de Estados Unidos, dada la conexión existente en dicho país entre el mundo académico y el mundo del poder, que coloca a gran número de académicos e investigadores no meramente en los "pasillos" del poder, sino también en la "cocina" del poder.

Debemos aclarar también que, al intentar elaborar estos apuntes para una teoría crítica de las relaciones internacionales, somos plenamente conscientes de que Raymond Aron demostró fehacientemente y hace ya muchos años que ningún teórico de las relaciones internacionales podrá, jamás, llegar a la elaboración de leyes generales que hagan posible la predicción, y que es poco lo que se puede hacer más allá de tratar de hacer inteligible el campo de análisis mediante la definición de conceptos básicos, mediante el análisis de configuraciones esenciales y el esbozo de los rasgos permanentes de una lógica constante de comportamiento.

En la segunda parte de nuestro estudio nos proponemos realizar un viaje al pasado, un viaje hacia las fuentes de las que emanan la actual configuración del poder mundial y gran parte de los fenómenos más importantes del escenario internacional. Las lecciones que buscamos e intentamos extraer de la historia son, necesariamente, distintas de las que buscan los estudiosos de los países centrales, porque distintas son nuestras necesidades. Tenemos que aprender a mirar la historia con nuestros propios ojos. Tratamos de bucear en el mar de la historia, intentando encontrar en él las lecciones que nos ayuden a explicar y a superar nuestro presente, el mismo que se plantea como crítico.

Nos sumergimos en la historia, entonces, con un objetivo preciso: *el análisis del desarrollo histórico de la construcción del poder nacional de algunos de los principales actores del sistema internacional desde el comienzo del proceso de globalización, hace ya más de quinientos años, hasta nuestros días*. Tenga en cuenta el lector que solo trataremos de ver algunos ejemplos de Estados exitosos en la construcción de su poder nacional, para tratar de extraer de esas experiencias históricas algunas lecciones que nos sean de utilidad para "salir de la periferia", con miras a construir nuestro poder nacional y aumentar –como lógica consecuencia– nuestro grado de autonomía. Téngase en cuenta también que nuestra atención se centrará solo en algunos de los factores que contribuyeron a generar el poder de los Estados que analizaremos; es decir, que pondremos nuestra atención únicamente en aquellos factores que, a nuestro entender, les permitieron a esos Estados alcanzar los *umbrales de poder* que cada momento histórico fue requiriendo. Nos concentramos, en consecuencia, en aquellos factores que consideramos como *decisivos*, a sabiendas de que dejamos fuera del análisis elementos importantísimos en la construcción del poder, y conscientes de que todos los factores que conforman el poder de un Estado se encuentran interrelacionados y se influyen unos a otros de forma constante.

En esta parte de nuestro estudio, las hipótesis que guían nuestra investigación consisten en afirmar que:

1) Los Estados que se encuentran en la periferia de la estructura del poder mundial solo pueden trocar su condición de "objetos", convirtiéndose en "sujetos" de la política internacional a partir de un proceso de *insubordinación fundante*.

2) En el origen del poder de los Estados, generalmente, está presente el *impulso estatal* que es el que provoca la reacción en cadena de todos los elementos que componen, en potencia, el poder de un Estado.

3) Todos los procesos emancipatorios exitosos fueron el resultado de una adecuada conjugación de una actitud de insubordinación ideológica para con el pensamiento hegemónico, y de un eficaz impulso estatal.

Si observamos la verdadera historia de los países que hoy conforman el centro del poder mundial, se descubre que, generalmente, llegaron a construir su poder actual a través del impulso estatal en sus diferentes formas: los subsidios estatales –cubiertos o encubiertos– para las actividades científico-tecnológicas, las inversiones públicas, la protección del mercado interno, por citar algunas de las más relevantes. Hoy, esos mismos países ocultan la importancia que, en la construcción de sus respectivos poderes nacionales, tuvo el impulso estatal, al mismo tiempo que critican, ridiculizan y hostigan a cualquier Estado de la periferia que quiera seguir los pasos que ellos mismos siguieron en su momento para alcanzar su actual situación de poder. A través de la propaganda ideológica engendrada en algunas de sus universidades y difundida a nivel planetario por los medios de comunicación que controlan, los países poderosos procuran "patear" la escalera que ellos utilizaron, primero para alcanzar sus respectivas autonomías nacionales y luego para subir a la cúspide del poder mundial.

Finalmente, luego de haber realizado un viaje hacia el pasado, intentaremos comprender el presente escenario internacional y proyectar hipótesis sobre el futuro. Trataremos de realizar un análisis objetivo de las grandes tendencias estructurales del sistema internacional y de identificar, en forma de hipótesis, algunos de los más peligrosos desafíos y de las más importantes

oportunidades que se nos presentarán en este siglo. Pasando entonces del campo de la teoría al campo de la doctrina, nuestro objetivo se centrará en el qué hacer. En el qué deberían hacer Argentina, Bolivia, Brasil, Venezuela, Chile, Perú, y el resto de los países que integran Suramérica, en las nuevas condiciones del escenario internacional, para superar sus respectivas condiciones periféricas. Esta superación permitiría, entre otras cosas, librar a millones de niños de las villas miserias, de las favelas, de los "pueblos jóvenes", del flagelo de la pobreza extrema, de la violencia y de la droga, e incorporar –estructural y no circunstancialmente– a las grandes masas de desocupados o subocupados que pueblan las periferias de las grandes ciudades de la América del Sur al proceso económico, mediante el aumento de su capacidad productiva en lugar de mantenerlos sobreviviendo a través de un asistencialismo indigno que, al privarlos de una vida cultural y espiritual elevada, los deja vegetando ante la pequeña pantalla del televisor.

Se trata, entonces, de pensar desde la periferia para salir de la periferia.

Capítulo 1
Teoría de la subordinación

La génesis del sistema internacional

Cuando los continentes comenzaron a interactuar, hace aproximadamente cinco siglos, comenzó a formarse, lentamente, lo que hoy denominamos "sistema internacional". En un intento por romper el cerco islámico –que amenazaba con estrangular estratégicamente a los pequeños y divididos reinos cristianos de Europa, Portugal y Castilla–, se lanzaron a navegar el Atlántico para llegar al Asia bordeando el poder musulmán. En Eurasia, tribus, reinos e imperios, a través de la guerra y el comercio, estaban desde hacía siglos en un contacto más o menos intenso, influenciándose de alguna manera unos a otros. Sin embargo, hasta 1521, en un caso, y 1533, en el otro, dos grandes Imperios: el azteca y el inca –que en el continente americano habían unificado, por la fuerza, múltiples pueblos y variadas lenguas–, no habían sufrido jamás la influencia de Eurasia. Aztecas e incas no sabían de la existencia de Roma, Constantinopla, Damasco, La Meca, o Pekín, y no sufrían influencia alguna de los centros de poder euroasiáticos. Solo a partir de la llegada de Cortés a México y de Pizarro a Perú puede afirmarse que todas las grandes unidades políticas del mundo integran un mismo sistema, el "sistema mundo" y que, por lo tanto, las acciones de una unidad política influyen siempre, directa o indirectamente,

sobre las otras unidades políticas de manera más o menos intensa, dependiendo del grado de vulnerabilidad que posea cada una.[2]

En este momento histórico nacen, con la escuela teológica española –que cuestiona y analiza la legalidad o ilegalidad de la conquista hispánica de América– las semillas del derecho internacional que después de un arduo proceso histórico consagrará, en 1945, con la Carta de San Francisco, la igualdad jurídica de los Estados y la prohibición de la guerra. Sin embargo, en tanto y en cuanto el principio de igualdad jurídica de los Estados proclamado por el derecho internacional sea una *ficción jurídica* que apenas sirve a fines decorativos, en el escenario internacional el poder es y será siempre la medida de todas las cosas. Los Estados no son iguales unos a otros sencillamente porque algunos tienen más poder que otros.

La ficción de la igualdad jurídica de los Estados

De la simple observación objetiva del escenario internacional se desprende que la igualdad jurídica de los Estados es una ficción, por la sencilla razón de que unos Estados tienen más poder que otros, lo cual lleva a que el derecho internacional sea una telaraña

2 Como sostiene Arnold Toynbee en su libro *La civilización puesta a prueba,* los viajes oceánicos de descubrimiento que protagonizaron los marinos de Castilla, Portugal y luego los de Inglaterra, Holanda y Francia, fueron un acontecimiento histórico epocal porque, desde los alrededores de 1500, la humanidad quedó reunida en una única sociedad universal. A diferencia de Toynbee –aunque coincidiendo, en esencia, con su análisis–, en este libro, siguiendo el criterio de Raymond Aron, no utilizamos el concepto de "sociedad internacional o universal", sino el de "sistema internacional". A nuestro criterio, todos los actores de las relaciones internacionales se insertan, o pertenecen, a aquello que denominamos "sistema internacional". En tal sentido, todos los actores que integran el sistema están ligados entre sí por la influencia que cada uno ejerce sobre el otro. En última instancia, una modificación en uno de los actores no deja de modificar las situación de los demás. Pero es preciso aclarar, como lo hace Raymond Aron, que las influencias recíprocas de los actores que integran el sistema no son simétricas, sino asimetrías, dado que algunos actores ejercen –por sus dimensiones, por su potencia– un poder de "hecho" sobre el conjunto del sistema.

que atrapa a la mosca más débil, pero que deja pasar a la mosca más fuerte. Los Estados existen como sujetos activos del sistema internacional en tanto y en cuanto poseen poder; solo los que poseen poder son capaces de construir su propio destino. Aquellos sin poder suficiente para resistir la imposición de la voluntad de otro Estado resultan *objeto* de la historia porque son incapaces de dirigir su propio destino. Por la propia naturaleza del sistema internacional –donde en cierta forma una situación se asemeja al estado de naturaleza–, los Estados con poder tienden a constituirse en Estados líderes o a transformarse en subordinantes y, por lógica consecuencia, los desprovistos de los atributos del poder suficiente para mantener su autonomía tienden a devenir en vasallos o subordinados, más allá de que logren conservar los aspectos formales de la soberanía. En esos Estados, cuando son democráticos, las grandes decisiones se toman de espaldas a la mayoría de su población y, casi siempre, fuera de su territorio. Los Estados democráticos subordinados poseen una democracia de baja intensidad. Lógicamente, existen grados en la relación de subordinación, que es una relación dinámica y no estática. Es importante no confundir el concepto de interdependencia económica con el concepto de subordinación. Estados Unidos depende del petróleo saudí, pero no está subordinado a Arabia Saudí. En cambio Arabia Saudí, de la cual Estados Unidos depende en gran medida para su abastecimiento de petróleo, está subordinada a Estados Unidos al punto tal que, a pesar de que la monarquía saudí es guardiana de los lugares santos del islam, se vio obligada, cuando Estados Unidos lo requirió, a permitir en sagrado suelo islámico –vedado por mandato religioso a todo ejército extranjero– la presencia masiva del ejército norteamericano. La interdependencia económica no altera la división fundamental del sistema internacional en Estados subordinantes y Estados subordinados.

El poder como medida de todas las cosas

El poder ha sido y es la condición necesaria para atemperar, neutralizar o evitar la subordinación política y la explotación económica. Para toda unidad política, desde las ciudades-estados griegas hasta los Estados nacionales del mundo moderno, el poder es la condición *sine qua non* para garantizar la seguridad y neutralizar la codicia. La riqueza de los Estados que no tienen poder es siempre transitoria, tiende a ser efímera porque la riqueza de algunas naciones suele despertar en otras el deseo vehemente de poseer los bienes ajenos; deseo que lleva al robo, al hurto y a la estafa. Es decir, a sufrir la subordinación militar, la subordinación económica o la subordinación ideológica-cultural, que constituye la forma más perfecta para avasallar a un Estado porque se trata de una estafa ideológica, de un engaño o ardid –construido a través de la ideología– para obtener sus riquezas y su subordinación política pacífica sin que se percate de tal situación.

Lamentablemente, la primacía del derecho internacional es, y lo será por un largo período histórico, una hermosa utopía inalcanzable. La tercera etapa de la globalización nacida con los grandes descubrimientos marítimos no altera la hipótesis sobre la que reposan conceptualmente las relaciones internacionales que, como sostenía Raymond Aron, está dada por el hecho de que las unidades políticas se esfuerzan en imponerse unas a otras su voluntad. La política internacional, sostenía Aron, comporta siempre un choque de voluntades –voluntad para imponer o para no dejarse imponer la voluntad del otro– porque está constituida por Estados que pretenden determinarse libremente.[3]

---

3 "Las unidades políticas, orgullosas de su independencia, celosas de su capacidad de tomar ellas mismas las grandes decisiones, son rivales por el hecho mismo de que son autónomas. Cada una no puede, en última instancia, contar más que con ella misma. ¿Cuál es entonces el primer objetivo que lógicamente una unidad política puede perseguir? La respuesta nos es dada por Hobbes en su análisis del estado de naturaleza: toda unidad política aspira a sobrevivir (...) cada unidad política tiene, como primer objetivo, la seguridad (...) La seguridad, en un mundo de unidades políticas autónomas, puede estar fundada sobre

En última instancia, dado que –como sostenía Raymond Aron– en la relación entre los Estados cada uno guarda y reivindica el derecho de hacer justicia por sus propias manos y el derecho de decidir si desea o no combatir, rige la lógica descrita por Hegel de cómo nacen los amos y los siervos. En su *Fenomenología del Espíritu*, Hegel describe cómo nacen el señor y el siervo. Los hombres quieren ser libres, no estar constreñidos a vivir según las imposiciones de otros. Por eso se confrontan entre sí, en una lucha mortal. Mortal, literalmente, porque vence solamente aquel que está dispuesto a morir por la libertad. Quien tiene miedo y busca asegurarse la supervivencia física se retira y deja el campo de batalla a merced del "otro", que deviene, de este modo, en el "señor", y él en su "siervo".

El razonamiento hegeliano puede ser aplicado, por analogía, al escenario internacional aunque, ciertamente, deba ser matizado dado que el enfrentamiento mortal solo se produce en una limitada serie de instantes decisivos de la historia. En el escenario internacional existen señores y siervos: Estados subordinantes y Estados subordinados; y para el ejercicio de su dominio los subordinantes utilizan tanto el poder militar, como el económico y el cultural. A modo de ejemplo, digamos que la guerra por la independencia, protagonizada por las trece colonias contra Inglaterra, fue uno de esos instantes decisivos de la historia donde la sentencia de Hegel resulta inapelable, donde se ve claramente que solo aquellos

la debilidad de los rivales o sobre la propia fuerza (...) La relación entre esos dos términos –seguridad y fuerza– plantea múltiples problemas (...) Que el hombre, individual o colectivamente, quiere sobrevivir, no hay duda alguna. Pero el individuo no subordina todos sus deseos a la sola pasión de vivir. Hay objetivos por los cuales el individuo acepta un riesgo de muerte. Lo mismo acontece con las unidades políticas. Ellas no quieren ser fuertes solamente para desalentar la agresión y gozar de la paz, ellas quieren ser fuertes para ser temidas, respetadas y admiradas. En último análisis ellas quieren ser poderosas, es decir capaces de imponer su voluntad a los vecinos y a los rivales, de influenciar sobre la suerte de la humanidad, sobre el devenir de la civilización... Sin embargo, en este nivel de abstracción, la enumeración de objetivos no me parece todavía completa: agregaría un tercer término que yo llamaría la gloria". Raymond Aron. *Paix et guerre entre les nations (avec une presentation inédite de l'auteur)*, Calmann–Lévy, París: 1984, p. 82.

sujetos (hombres o Estados) que están dispuestos a morir por su libertad pueden ser libres. Sin embargo, esa libertad que las trece colonias conquistaron en el campo de batalla tuvieron que afianzarla tanto económica como culturalmente.

Para un Estado periférico, querer decidir sobre su propio destino implica siempre una tensión dialéctica entre el temor a las sanciones que pueda recibir y el deseo de alcanzar la libertad, entendida como la máxima capacidad de autonomía posible que es capaz de conquistar. El temor conduce al *realismo colaboracionista o claudicante,* por el cual el Estado abdica de la capacidad de conducir su destino, se coloca en una situación de subordinación pasiva, atando su suerte a la buena voluntad del Estado subordinante. El deseo de alcanzar la capacidad de dirigir su propio destino lleva al *realismo liberacionista*, por el cual el Estado, partiendo de la situación real –es decir, la subordinación–, se decide a transformar la realidad para iniciar un proceso histórico en el transcurso del cual buscará dotarse de los elementos de poder necesarios para alcanzar la autonomía. En ese proceso de construcción de la autonomía el primer estadio es el de la "subordinación activa".

Las reglas de juego del sistema internacional

Afirmar que en el escenario internacional el poder es la medida de todas las cosas no implica postular la ausencia de límites como un ideal y una regla de conducta para los Estados, ni desconocer la importancia de la moral internacional, la opinión pública internacional, y del derecho internacional como limitaciones del poder de los Estados, sino más bien partir de una lectura realista de las reglas de juego de la interacción entre estos.

En el sistema internacional la ley no escrita es tanto o más importante que la ley escrita. El sistema tiende siempre a ordenarse, inevitablemente, a partir del interés de las grandes potencias, es decir, de los Estados que más poder tienen[4]. Si bien es cierto

4 "Los actores principales –afirma Aron– no poseen jamás el sentimiento de estar sometidos al sistema, a la manera como una empresa de

que el peso de la opinión pública nacional e internacional –inspirada ahora por el principio de la igualdad jurídica de los Estados y el respeto de los derechos humanos– impone ciertas restricciones a la acción internacional descarnada de los Estados más poderosos, también es cierto que existen prioridades absolutas vinculadas a los intereses vitales de las grandes potencias, que están más allá de toda consideración de justicia ideal y abstracta. Como lo demuestran numerosos ejemplos históricos, cuando están en juego los intereses vitales de las grandes potencias el principio de la igualdad jurídica de los Estados se transforma en una ficción que apenas sirve a fines decorativos. Las grandes potencias tienden a imponer en sus respectivas áreas de influencia –o en la periferia en su conjunto cuando existe consenso entre ellas– determinadas reglas de juego, inspiradas en sus intereses vitales, muchas veces convenientemente camuflados de principios éticos y jurídicos. Va de suyo que los momentos en que las grandes potencias se encuentran enfrentadas son los momentos históricos óptimos para que un Estado, ubicado en la periferia del sistema, intente consolidar su poder nacional y alcanzar el máximo de autonomía posible. Las trece colonias, como territorios coloniales dependientes, pudieron alcanzar la independencia gracias a que Francia y España estaban enfrentadas a Inglaterra[5]. El proceso de industrialización en Argentina y Brasil, indispensable para que estos países dieran sus primeros pasos para conquistar sus autonomías nacionales, se vio facilitado por el enfrentamiento bélico producido entre 1939 y 1945, en el centro hegemónico del poder mundial.

dimensiones medianas está sometida a las leyes del mercado. La estructura de los sistemas internacionales es siempre oligopólica. En cada época, los actores principales determinan el sistema más de lo que ellos son determinados por él". *Ibid.*, p. 104.

5 Tres expediciones partieron de los puertos galos (1778,1780 y 1781) para ayudar a la independencia de las trece colonias. La segunda aportó 6.000 veteranos franceses a las filas del ejército de Washington. En la última, 22 navíos de guerra componían la escuadra que hizo frente a la armada inglesa. Además, es preciso considerar que en todo momento la ayuda económica proporcionada por Francia fue cuantiosa.

¿Cómo comprender la naturaleza del sistema y sus reglas de juego?

Ahora bien, ¿cómo se llega a comprender la naturaleza del sistema internacional y las reglas de juego no explícitas, a través de las cuales los Estados más poderosos intentan ordenar el sistema?

Karl von Clausewitz, en quien tanto se inspirara Raymond Aron para escribir su monumental obra *Paix et guerre entre les nations*, nos proporciona un principio fundamental para tal fin al sostener que:

> Sería un error incontestable querer servirse de los componentes químicos de un grano de trigo para estudiar la forma de la espiga: basta con ir a los campos para ver las espigas ya formadas. La investigación y la observación, la filosofía y la experiencia no deben despreciarse ni excluirse jamás mutuamente: ellas se garantizan entre sí.[6]

Resulta evidente que el primer paso para la comprensión del sistema y la elaboración de una metodología y una teoría de las relaciones internacionales no puede partir sino de la observación de la realidad. Hoy, como en los tiempos de la Roma imperial, sigue siendo válido el apotegma del gran historiador griego Polibio de Megalópolis, quien a través de su esfuerzo para crear un sistema conceptual útil para comprender cierto aspecto de la realidad política fue uno de los primeros en clarificar que "cualquier disquisición o elaboración teórica debe ser hecha a partir de la observación atenta de la realidad, y será, esta última, la que le dé la categoría de ser asumida o rechazada". [7]

Haciendo una lectura de las acciones políticas llevadas a cabo por las grandes potencias es posible comenzar a armar el rompecabezas de la situación mundial. Sin embargo, el "presente" –es decir, el escenario internacional, las acciones de los Estados, sus respectivas estrategias políticas, económicas e ideológicas y la propia

6 Karl von Clausewitz. *De la guerra*, Ed. Labor, Buenos Aires: 1994, p. 27.

7 Gonzalo Cruz Andreotti. "Introducción general", en: *Polibio, Historia,* libros I-V, Ed. Gredos, Madrid: 2000, p. 18.

arquitectura interna del sistema– no se entiende con el mero análisis de la actualidad o con la simple acumulación de crónicas sobre el presente. Es aquí cuando entra en juego la historia, porque es a través del estudio histórico profundo que podemos aproximarnos al conocimiento de la real naturaleza del poder mundial. Por eso nuestro método va del análisis del "estar" –la forma coyuntural del fenómeno político internacional– al análisis del "ser" –la sustancia concreta del mismo– para, volviendo al "estar", vislumbrar el devenir. Desde el "hoy" del sistema internacional (o desde el hoy del Estado cuyo comportamiento se analiza) hasta su pasado más reciente y más remoto –su "ser"–, y siguiendo en ese sentido a Alberto Methol Ferré, se puede afirmar que para entender el presente y proyectar hipótesis sobre el futuro es necesario realizar:

> ... un viaje hacia las fuentes de las que surgen los fenómenos que hoy vemos, para volver al presente llevando un mejor bagaje de hipótesis explicativas con las que de nuevo partir para indagar el futuro. Presente-pasado-presente-futuro: si se pudiera graficar nuestro método, estas serían sus coordenadas.[8]

Reflexionando sobre la importancia del conocimiento histórico y del método histórico para el conocimiento de los fenómenos políticos y el estudio de las relaciones internacionales, Luiz Alberto Moniz Bandeira afirma que:

> Difícilmente pueda comprenderse la política exterior y las relaciones internacionales de un país sin situarlas en su historicidad concreta, en sus conexiones mediatas, en sus condiciones esenciales y en su continua mutación. El pasado –no el pasado muerto sino el vivo– constituye la sustancia real del presente, que no es nada más que un permanente devenir.[9]

---

8 Alberto Methol Ferré y Alver Metalli. *La América Latina del siglo* XXI, Ed. Edhsa, Buenos Aires: 2006, p. 12.

9 Luiz Alberto Moniz Bandeira. *Argentina, Brasil y Estados Unidos. De la Triple Alianza al Mercosur*, Ed. Norma, Buenos Aires: 2004, p. 32.

En su brillante estudio *Essays in the Theory and Practice of International Politic,* Stanley Hoffmann advierte claramente que una de las características problemáticas que afligen a las relaciones internacionales –íntimamente ligada no a la naturaleza de estas, sino al hecho de que la disciplina nació en Estados Unidos y tiene allí, todavía, su principal residencia– consiste en el exagerado acento puesto sobre el presente, en la preponderancia de los estudios que tratan tan solo el presente nudo[10]. Según Hoffmann, este error de los estudiosos norteamericanos –que constituye una debilidad muy seria de las relaciones internacionales en cuanto disciplina de

10 Los científicos de la política interesados por los asuntos internacionales se han concentrado en la política de la era de posguerra; y cuando se han dedicado al pasado, con demasiada frecuencia lo han hecho en forma muy resumida, yo diría en estilo de esbozo colegial, o de la manera denunciada hace ya tiempo por Barrington Moore, Jr., que consiste en alimentar computadoras con datos sacados de su contexto. Esta es una debilidad muy seria. Conduce no solo a desestimar todo un patrimonio de experiencias pasadas –aquellas de los sistemas imperiales anteriores, de los sistemas de relaciones interestatales fuera de Europa, de la formulación de políticas exteriores en organizaciones políticas internas muy diferentes de las contemporáneas– sino a una verdadera deficiencia en nuestra comprensión del sistema internacional del presente. Debido a que tenemos una base inadecuada de comparación, estamos tentados a exagerar ya sea una continuidad con un pasado que conocemos mal, o la originalidad radical del presente, según estemos más impactados por las características que juzgamos permanentes, o por aquellas que no creemos que hayan existido antes. Y sin embargo, un examen más riguroso del pasado quizá revele que lo que percibimos como nuevo realmente no lo es, y que algunas de las características tradicionales son mucho más complejas de lo que pensamos. Hay muchas razones para esta imperfección. Una es el temor de volver a caer en la historia: el temor de que si estudiamos el pasado en profundidad, puede que encontremos difícil hacer generalizaciones y en el caso de las categorizaciones, que las hallemos interminables o carentes de sentido, y puede que perdamos el hilo de la ciencia. Una razón que se relaciona con esto es el hecho de que los científicos políticos norteamericanos no reciben entrenamiento suficiente en historia o en lenguas extranjeras, indispensables para trabajar sobre las pasadas relaciones entre Estados. Una tercera razón se encuentra en las circunstancias mismas del nacimiento de la ciencia y su desarrollo. En cierta forma, la pregunta clave no ha sido ¿qué debemos saber?, sino ¿qué deberíamos hacer? sobre los rusos, los chinos, la bomba, los productores de petróleo. Stanley Hoffmann, *Jano y… Op. cit.*, pp. 33-34.

estudio y que conduce a una verdadera deficiencia en la comprensión del sistema internacional del presente– se repite fuera de Estados Unidos porque los expertos de los otros países tienden a reflejar, "más o menos servilmente y con algún retraso, las modas norteamericanas".[11]

Cuando se hace hincapié en la importancia del conocimiento histórico para las relaciones internacionales como disciplina de estudio, es preciso advertir que solamente se puede comprender la realidad de una época en la totalidad de su proceso y que:

> ... el conocimiento del proceso histórico exige, pues, la comprensión de los fenómenos en el contexto de la época, ligados a las estructuras de la sociedad en que sucedieron, develando los nexos de causalidad, sin recurrir a una abstracta conceptualización de valores, ajena a la realidad de aquel tiempo. No se puede juzgar una época según los valores políticos y morales generados en épocas posteriores.[12]

Entendemos, en consecuencia, el conocimiento histórico como fundamental para la comprensión del hoy y la previsión de las corrientes de poder del mañana, porque el pasado como sustancia real del presente modela el devenir. Para Hans Morgenthau: "dibujar el curso de esa corriente (de poder) y de los diferentes afluentes que la componen, y prever los cambios de dirección y velocidad, es la tarea ideal del observador de la política internacional".[13]

Los Estados, protagonistas principales del escenario internacional, adquieren un carácter específico según las circunstancias en que se formaron y desarrollaron. La impronta recibida por los Estados en su etapa fundacional modela, en cierta forma, su comportamiento posterior en el escenario internacional. Así,

---

11 Stanley Hoffmann. *Jano y… Op. cit.*, p. 25.

12 Luiz Alberto Moniz Bandeira. *La formación de los Estados en la cuenca del Plata*, Grupo Editor Norma, Buenos Aires: 2006, p. 32.

13 Hans Morgenthau. *Política entre las naciones. La lucha por el poder y la paz*, Grupo Editor Latinoamericano, Buenos Aires: 1986, p. 193.

> … la tendencia al mesianismo nacional, acentuada en el pueblo estadounidense por la creencia de ser el elegido de Dios, generó la idea de que el destino manifiesto de Estados Unidos consistía en expandir por todo el hemisferio no solo sus fronteras territoriales, sino también las económicas. Y esa idea, ese *der Geist des Volkes*, condensó y condujo toda su historia.[14]

Como acertadamente sostiene Moniz Bandeira, no se puede comprender lo que es Estados Unidos, Argentina, Brasil, Uruguay, así como cualquier otro Estado, sin conocer profundamente su pasado, sus orígenes y cómo evolucionaron a lo largo de los siglos:

> Los médicos, para diagnosticar una enfermedad, generalmente buscan conocer la historia personal y los antecedentes familiares del paciente. El conocimiento de lo que un individuo es o puede hacer, su capacidad y su vocación, se obtienen del modo como actuó o de lo que produjo a lo largo de su vida, o sea, a través de su currículum vitae o del prontuario policial. Por lo tanto, la comprensión de un fenómeno político o de la política de un Estado pasa por el conocimiento de la historia, pues, si nada es absolutamente cierto, tampoco, nada es absolutamente contingente, casual.[15]

Estado, cultura y poder

Aun admitiendo que los Estados reflejan necesidades inmediatas de organizar el proceso productivo –y que pudiesen funcionar bajo determinadas circunstancias como instrumentos de dominación de clase–, sería cierto, también, que los Estados expresan –siempre que no se encuentren en relación de subordinación formal o informal frente a otro Estado, lo cual actuaría como elemento inhibidor– la cultura de sus pueblos (religión, arte, filosofía) que, en términos

14 Luiz Alberto Moniz Bandeira. *Argentina, Brasil y Estados Unidos… Op. cit.,* p. 33.

15 *Ibid.*, p. 32.

hegelianos, puede definirse como el "espíritu objetivo", como unidad de conciencia y de objeto. Este "espíritu objetivo" no puede expresarse cuando existe una situación de subordinación porque las estructuras de conducción del Estado están ocupadas por una burocracia política corrompida (tal fue el caso del menemismo en Argentina), o por una élite que, subordinada ideológicamente, expresa la cultura de otro pueblo y es funcional a las necesidades políticas y económicas del Estado extranjero que las han cooptado.

En los países periféricos, los Estados solo representan la cultura de sus pueblos cuando se hallan en los estadios que Juan Carlos Puig denominaba como "dependencia nacional o autonomía" (que en los términos de este autor puede ser, ora "heterodoxa", ora "secesionista"), o sea, cuando las élites que conducen el Estado no se resignan pasivamente a la situación de subordinación e intentan la construcción de un proyecto nacional de poder[16]; es decir, cuando las élites que toman en sus manos la conducción del Estado optan por el camino del "realismo liberacionista".

Los Estados que han sido subordinados ideológicamente –a través de lo que Morgenthau denominaba "imperialismo cultural" y Joseph Nye "poder blando"– no expresan la cultura de sus pueblos ni persiguen en el escenario internacional la búsqueda de sus intereses nacionales. Hecha esta salvedad, coincidimos con Moniz Bandeira cuando sostiene que los Estados llamados "nacionales" surgieron y se formaron en determinadas circunstancias históricas, y que, fundamentalmente:

> ... se comportan según la tradición y la herencia sedimentadas en la cultura de los pueblos respectivos, a los cuales ellos políticamente organizan y representan. Su contenido real, como lo definió Hegel, es el propio espíritu del pueblo (der Geist des Volkes), o sea,

16 Para un análisis detallado de los conceptos de dependencia nacional, autonomía heterodoxa y autonomía secesionista, ver Juan Carlos Puig. *Doctrinas internacionales y autonomía latinoamericana*, Instituto de Altos Estudios de América Latina de la Universidad Simón Bolívar, Caracas: 1980.

> su cultura, y ese espíritu los anima en especiales oportunidades, como las guerras, por ejemplo. Los Estados son lo que revelan sus acciones.[17]

Como enseñara Polibio, justamente en el análisis de las acciones llevadas a cabo por los Estados es preciso, siempre, distinguir los pretextos, las excusas y las causas inmediatas de las verdaderas. Las primeras resultan fácilmente perceptibles y normalmente son las que se esgrimen en el debate político y diplomático; las segundas únicamente se captan a través de la investigación rigurosa, lógica y metódica. Por ello:

> … el estudio de las causas se erige en un tema crucial dentro de la metodología polibiana. Estas nunca son abstractas, sino deducibles de los hechos mismos, hasta el punto de que causas y hechos son las dos caras de una misma moneda: el suceder histórico.[18]

Estudiar el sistema en su conjunto

Otras de las enseñanzas que puede extraerse de Polibio, para el estudio de la política internacional o para la elaboración de una teoría de las relaciones internacionales, consiste en la necesidad de estudiar el sistema en su conjunto. Según Polibio, resulta imposible alcanzar una visión del conjunto, comprender la naturaleza del sistema y la acción particular misma de los actores a través de la mera acumulación de estudios monográficos especializados, pues estos no son más que "un follaje" que, al agitarse, impide ver el bosque. Al respecto, sostenía que:

> En general los que están convencidos realmente de que a través de las historias monográficas tienen una adecuada visión del conjunto, creo que sufren algo parecido a los que han contemplado esparcidas

17 Luiz Alberto Moniz Bandeira. *Argentina, Brasil y Estados Unidos… Op. cit.,* p. 32.

18 Gonzalo Cruz Andreotti. "Introducción general"… *Op. cit.,* p. 28.

> las partes de un cuerpo antes dotado de vida y de belleza, y ahora juzgan que han sido testigos oculares suficientes de su vigor, de su vida y de su hermosura. Pero si alguien recompusiera de golpe el cuerpo vivo y consiguiera devolverle su integridad, con la forma y el bienestar de su espíritu, y luego, ya conseguido esto, mostrara de nuevo el cuerpo a aquellos mismos, estoy seguro de que todos confesarían al punto que antes habían quedado muy lejos de la verdad, y que habían sido parecidos a los que sufren visiones de sueños. Es verdad que la parte puede ofrecer una cierta idea del todo, pero es imposible que proporcione un conocimiento exhaustivo y un juicio exacto. Por eso hay que considerar que los estudios monográficos aportan poca cosa al conocimiento y al establecimiento de hechos generales.[19]

El proceso histórico

Los Estados desarrollan su existencia dentro de un proceso histórico que los abarca y contiene, pero que al mismo tiempo ellos contribuyen a conformar; proceso histórico impulsado por fuerzas trascendentes, según San Agustín o Hegel, o por una dialéctica interna, según Marx. La discusión sobre si el proceso histórico obedece a impulsos de fuerzas trascendentes, a una dialéctica interna inmanente, o si es producto de una fuerza trascendente que actúa dialécticamente, excede, lógicamente, los límites de esta obra. Sin embargo, resulta interesante destacar –para finalizar el análisis de la importancia de la historia para el estudio de las relaciones internacionales– las reflexiones de Helio Jaguaribe, quien, al respecto de la discusión antes mencionada, sostiene que la dialéctica interna:

> ... se derivó no solo de la lucha de clases, como lo sugirió Marx, sino de todos los motivos e impulsos que mueven a los hombres a perseguir sus objetivos, desde la simple necesidad de buscar su

19 Polibio. *Historias,* libros I-V, Ed. Gredos, Madrid: 2000, p. 9.

> propia subsistencia hasta un propósito más idealista, como el de Juana de Arco o Fidel Castro. En sus actividades humanas, además de su propia voluntad, se ven sometidos a las circunstancias de su medio material y cultural, y –como sabiamente observó Polibio– al juego arbitrario del azar.[20]

Por analogía, ¿no puede decirse lo mismo de las actividades desarrolladas por los Estados en el escenario internacional?:

> Por consiguiente, el proceso histórico se ve sometido a un cuádruple régimen de causalidad, determinado por factores reales e ideales, el azar y la libertad humana. Los factores reales abarcan todas las condiciones naturales y materiales que rodean al hombre. Los factores ideales contienen la cultura de una sociedad en un momento determinado de la historia y la cultura de las sociedades con las que interactúa. El azar es la manera aleatoria en que, en un espacio y un tiempo dados, se combinan todos los actores para afectar a un actor determinado. Los dos primeros factores (el real y el ideal) son de carácter estructural. Forman el medio objetivo dentro del cual ocurren las acciones humanas. Los dos factores últimos (azar y libertad) son de carácter coyuntural: los hechos humanos ejercen su libertad dentro de un contexto dado por los factores reales y los ideales, según la configuración última de las circunstancias resultantes del azar.[21]

El Estado sigue siendo el actor central

No faltan argumentos para defender la causa de la decadencia de los Estados nacionales y de la difuminación de las fronteras. En la hora presente los fenómenos transnacionales, las religiones, los partidos ideológicos, las multinacionales, las organizaciones no gubernamentales, las modas, las transformaciones de las

---

20 Helio Jaguaribe. *Un estudio crítico de la historia*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires: 2001, p. 35.

21 *Ibid.*, p. 35.

costumbres, cruzan las fronteras y escapan, en cierta medida, de la autoridad y del control de los Estados. Por otra parte, es indiscutible que los Estados nacionales comparten el escenario internacional con otros actores no gubernamentales y que estos nuevos actores poseen más poder y participan, aunque de forma indirecta, en el juego de la política internacional en mejores condiciones que muchos Estados nacionales. Sin embargo, es preciso advertir que desde las universidades de los países centrales algunos analistas insisten, "desinteresadamente", en que el papel de los Estados es cada vez más reducido en el escenario internacional, y que estos estarían siendo rápidamente sustituidos por empresas multinacionales, transnacionales, que eliminarían, en la práctica, las fronteras y que desconocerían las legislaciones y políticas nacionales de cualquier Estado. Esta teoría errónea –elaborada en los centros de poder como maniobra de distracción para que las fuerzas políticas y sociales de los países periféricos no se dediquen a fortalecer sus respectivos Estados nacionales, y se embarquen en estériles luchas globalistas– tiene, sin embargo, un contenido de verdad. Es cierto que desde los orígenes mismos del sistema internacional, junto con los Estados, han existido otros actores internacionales de gran importancia –baste mencionar como ejemplo a la liga de banqueros alemanes, encabezada por los Fugger y los Welser, que posibilitaron que Carlos I de España se transformara en Carlos V de Alemania–; sin embargo, los interesados puntos de vista que hablan de la desaparición del Estado, como sostiene Samuel Pinheiro Guimarães:

> … no toman en cuenta que los intereses económicos de las grandes empresas siempre han estado vinculados a los Estados de una forma u otra, desde el Comité de los 21 de la República Holandesa hasta las grandes compañías inglesas de comercio y a las corporaciones transnacionales norteamericanas de hoy. Sin embargo, las megaempresas actuales no tienen cómo transformarse en organismos legislativos y sancionadores legítimos, o sea, aceptados por la sociedad, que serán siempre indispensables mientras haya competencia y conflictos entre empresas, grupos sociales, étnicos y

religiosos, etc. Las principales funciones del Estado –además de la defensa del territorio y de su soberanía– son: legislar, o sea, crear normas de conducta; sancionar, o sea, condenar a los violadores de dichas normas; dirimir conflictos sobre su interpretación; y, finalmente, defender los intereses de sus nacionales y de sus empresas cuando estas se encuentran bajo jurisdicción extranjera. Estas funciones estatales son radicalmente distintas de las funciones de las empresas, que consisten en producir y distribuir bienes de forma privada, a partir del mercado.[22]

Estructuras hegemónicas

Cuando afirmamos que las megaempresas son actores secundarios de las relaciones internacionales y que, comúnmente, necesitan de los Estados para actuar, no desconocemos que las megaempresas, el Banco Mundial o el Fondo Monetario Internacional, así como otras agencias internacionales con distinto grado de autonomía, integran un sistema de subordinación cuya realidad sufren a diario los Estados periféricos. Por ello creemos que el concepto de "estructuras hegemónicas de poder", elaborado por Samuel Pinheiro Guimarães, es el más apropiado para abarcar los complejos mecanismos de subordinación que existen en el sistema internacional. Las estructuras hegemónicas son el resultado de un proceso histórico, nacen conjuntamente con el sistema internacional durante el período histórico de la primera ola de la globalización que se inició con los descubrimientos marítimos impulsados por Portugal y Castilla, y cuyos protagonistas principales fueron, entre otros, Enrique el Navegante, Vasco da Gama, Cristóbal Colón, Hernando de Magallanes y Sebastián Elcano. Es precisamente a partir de 1492 que se inicia el proceso de subordinación del mundo extraeuropeo. Este proceso se desarrolló en tres fases: la primera fase consistió en la subordinación del continente americano; la

22 Samuel Pinheiro Guimarães. *Cinco siglos de periferia. Una contribución al estudio de la política internacional*, Prometeo, Buenos Aires: 2005, p. 28.

segunda fase gravitó en la subordinación de Asia, cuyos hitos principales, por su importancia estratégico-económica, fueron la subordinación de la India y de China; la tercera fase, por fin, consistió en la subordinación de los países islámicos y del África subsahariana.

El concepto de estructura hegemónica de poder, definido por Pinheiro Guimarães, da cuenta de que el escenario y la dinámica internacionales en que actúan los Estados periféricos se organizan en torno de estructuras hegemónicas de poder político y económico, cuyo núcleo está formado por los Estados centrales. Estas estructuras son el resultado de un proceso histórico, favorecen a los países que las integran y tienen como objetivo principal su propia perpetuación. Así, el concepto de estructuras hegemónicas incluye, para Guimarães:

> … vínculos de interés y derecho, organizaciones internacionales, múltiples actores públicos y privados, la posibilidad de incorporación de nuevos participantes, y la elaboración permanente de normas de conducta, pero en el núcleo de estas estructuras están siempre los Estados nacionales. Las estructuras hegemónicas tienen origen, en la expansión económica y política de Europa, que se inicia con la formación de los grandes Estados nacionales. En España, con la conquista de Granada y la expulsión de los moros (1492). En Francia, con el fin de la Guerra de los Cien Años (1453), la expulsión de los ingleses, y la creación, por Enrique IV, del Estado unitario, y, en Inglaterra, a partir de la reina Isabel I (1558–1603). La expansión europea se acelera con el ciclo de los descubrimientos, después de la caída de Constantinopla (1453), que intensifica la búsqueda de la ruta marítima hacia Oriente y la consecuente expansión mercantil y acumulación de riquezas con la conformación de los imperios coloniales a partir de Cortés (1521) y de Pizarro (1533) y, en Brasil, a partir de la caña de azúcar en Pernambuco. La revolución tecnológica, militar e industrial de los siglos xviii y xix, con la máquina de vapor, consolida la supremacía europea en el escenario internacional. La dinámica de los ciclos de acumulación capitalista y de las relaciones entre el gran capital

> privado y el Estado y entre tecnología, fuerzas armadas y sociedad, explica, en gran parte, los procesos de formación de las estructuras hegemónicas de poder. Esos procesos pasaron, entre 1917 y 1989, por una fase crucial de disputa con el modelo socialista alternativo de organización de la sociedad y el Estado, interrumpida de 1939 a 1946, por el conflicto, surgido en el interior de las propias estructuras, con los Estados contestatarios, Alemania, Japón e Italia (1939–1946.) Al superarse esa fase crucial, las estructuras hegemónicas han tratado de consolidar su extraordinaria victoria ideológica, política y económica mediante la expansión de su influencia y acción en todo el mundo, especialmente sobre los territorios que estuvieron, hasta hace poco tiempo antes, bajo la organización socialista y sobre aquellos territorios de la periferia a los cuales ellas habían permitido tácticamente desvíos de organización económica y política en el período más intransigente de la disputa con el modelo socialista alternativo".[23]

Siguiendo, pues, a Pinheiro Guimarães, podemos afirmar que las estructuras hegemónicas generan las grandes tendencias del escenario internacional y el escenario internacional mismo. Estas tendencias son, a su vez, aquellas que luego influyen sobre las mismas estructuras hegemónicas en un proceso dinámico de múltiples vinculaciones en los distintos niveles de actividad de las sociedades y los Estados. Si en el núcleo de las estructuras hegemónicas están siempre los Estados nacionales, en el centro del núcleo se encuentran las grandes potencias. En la primera ola globalizante, el liderazgo de las estructuras hegemónicas fue conducido por España y desafiado por Inglaterra, que, a su vez, lideró la segunda fase de la globalización. Por su parte, el liderazgo inglés fue desafiado primero por Francia y luego por Alemania. Hoy, en la tercera etapa de la globalización, el liderazgo es ejercido por Estados Unidos, un "Estado continente" convertido en superpotencia y único dentro de las grandes potencias, cuyos intereses económicos, políticos y

23 *Ibid.,* p. 30.

militares abarcan todas las áreas de la superficie terrestre. Este liderazgo –hoy indiscutido– será, muy posiblemente, desafiado por el emergente poder chino.

La doble subordinación

Como estrategia de preservación y expansión de poder, las estructuras hegemónicas llevan adelante, según Samuel Pinheiro Guimarães, cuatro estrategias fundamentales:

1) La *división interna y la fragmentación territorial* de los Estados periféricos.

2) La *generación de ideologías*, es decir, la elaboración de conceptos, visiones del mundo y situaciones específicas.

3) La *formación de élites*, es decir, la conformación de élites y de cuadros políticos locales en los países de la periferia, admiradores de las estructuras hegemónicas de poder y de las ideologías por estas producidas.

4) La *difusión ideológica* de las ideas generadas en el centro de las estructuras hegemónicas de poder, que tiene como objetivo la difusión del modo de vida y de pensar de las sociedades que integran el centro de las estructuras hegemónicas de poder.

Lógicamente que, en aras de alcanzar el objetivo de su propia perpetuación a través del tiempo, las estructuras hegemónicas de poder mundial buscan siempre afianzar o profundizar la subordinación de los Estados periféricos. Es preciso destacar que el proceso de subordinación es *permanente,* dado que la subordinación de la periferia es la condición necesaria para la subsistencia misma de las estructuras hegemónicas de poder.

A su vez, las estructuras hegemónicas de poder –que normalmente se muestran nula o escasamente flexibles a la aceptación de nuevos participantes dentro de su seno– son, por el contrario, abiertamente pragmáticas como para permitir acceder a él a los raros Estados periféricos que logran construir un poder nacional tal, que impida seguir tratándolos como "objetos" del sistema internacional; aceptando que estos han acumulado un *quantum* de poder tal, que

hace necesario aceptarlos como integrantes nuevos de esas estructuras. Este fue, sin dudas, el caso que permitió que se incorporara con éxito, por ejemplo en el siglo xix, Estados Unidos, luego de su Guerra Civil, y la Alemania de Bismark; países que luego se disputarían la conducción misma de las *estructuras hegemónicas de poder*.

Más contemporáneamente, la China de fines del siglo xx y principios del xxi y, en menor medida, la India contemporánea, son ejemplos de Estados periféricos que golpean las puertas de las estructuras hegemónicas con un repiquetear cada vez más fuerte. El tiempo por venir dirá a quiénes correspondió el éxito y a quiénes el fracaso, en sus respectivos intentos.

En consecuencia, cuando afirmamos que las estructuras hegemónicas de poder están conformadas por una red de vínculos de interés y derecho que liga entre sí a múltiples actores públicos y privados, cuya actividad tiende a la permanente elaboración de normas de conducta que van a conformar lo que se denomina como "orden internacional", estamos afirmando también que en el núcleo de estas estructuras están siempre las grandes potencias. Por eso es preciso puntualizar –siguiendo nuevamente el pensamiento de Samuel Pinheiro Guimarães– que las grandes potencias son también conscientes y por eso concuerdan –con el resto de los integrantes de la estructura de poder mundial– que la realización del potencial en términos de poder de los Estados periféricos, alteraría la correlación de fuerzas a nivel regional y mundial, en detrimento suyo. Por lógica consecuencia, el objetivo de las grandes potencias en relación con los Estados periféricos consiste en:

> ... garantizar que su desarrollo político, militar y económico no afecte sus intereses locales, regionales y mundiales. Así procuran, inicialmente, a través de los medios masivos y de programas de formación de las futuras élites, convencer a la población y cooptar a las élites para un proyecto de comunidad internacional en el que esos grandes Estados de la periferia (incluido Brasil) se contenten con una posición subordinada y en el que se mantengan los

privilegios de que gozan los intereses comerciales, financieros y de inversiones extranjeras en esos Estados periféricos.[24]

Por ello nos es posible afirmar, desde nuestro propio desarrollo de estas ideas, que *los Estados periféricos están sujetos a una "doble subordinación"*: una "subordinación general" a las estructuras hegemónicas de poder mundial de la que habla Pinheiro Guimarães y, por otro lado, a una *subordinación específica* que los somete al dominio de la potencia bajo cuya "área de influencia" se encuentren.

La subordinación ideológico-cultural como estrategia principal

Tanto las estrategias de generación de ideologías como de formación de élites y de difusión ideológica, que llevan a cabo las estructuras de poder hegemónico y las grandes potencias, tienen como objetivo fundamental lograr la subordinación ideológico-cultural de los Estados periféricos. Mediante la subordinación ideológica los Estados centrales reemplazan, para el logro de sus objetivos, el uso o amenaza de la fuerza por la seducción y la persuasión. Las políticas destinadas a lograr la subordinación ideológico-cultural, es decir, las políticas destinadas a lograr la imposición de los objetivos de un Estado por medio de la seducción, han sido denominadas elegantemente por Joseph Nye "poder blando". Al respecto afirma el propio Nye:

> Hay una forma indirecta de ejercer el poder. Un país puede obtener los resultados que prefiere en la política mundial porque otros países quieren seguirlo o han accedido a un sistema que produce tales efectos. En este sentido, es tan importante establecer la agenda y estructurar las situaciones en la política mundial como lo es lograr que los demás cambien en situaciones particulares. Este

24 Samuel Pinheiro Guimarães. "Prefacio a Moniz Bandeira", en: *Argentina, Brasil y Estados Unidos... Op. cit.*, p. 17.

> aspecto del poder –es decir, lograr que los otros quieran lo que uno quiere– puede denominarse "comportamiento indirecto o cooptivo de poder". Está en contraposición con el comportamiento activo de poder de mando consistente en hacer que los demás hagan lo que uno quiere. El poder cooptivo puede descansar en la atracción de las propias ideas o en la capacidad de plantear la agenda política de tal forma que configure las preferencias que los otros manifiestan. Los padres de adolescentes saben que, si han estructurado las creencias y las preferencias de sus hijos, su poder será más grande y durará más, que si solo ha descansado en el control activo. De igual manera, los líderes políticos y los filósofos, hace mucho tiempo que han comprendido el poder que surge de plantear la agenda y determinar el marco de un debate. La capacidad de establecer preferencias tiende a estar asociada con recursos intangibles de poder tales como la cultura, la ideología y las instituciones. Esta dimensión puede pensarse como un poder blando, en contraste con el duro poder de mando generalmente asociado con recursos tangibles tales como el poderío militar y económico.[25]

Los Estados centrales cuentan tanto con instrumentos "oficiales" como con instrumentos "no oficiales" para lograr la subordinación ideológica-cultural de los Estados periféricos. En términos de Nye, existen "generadores oficiales" –los organismos del Estado– y "generadores no oficiales" –Hollywood, Harvard, la Fundación Bill y Melinda Gates, etc.– de "poder blando". Dentro de los instrumentos oficiales de "poder blando" Nye menciona, entre otros, a la diplomacia, las transmisiones por medios de comunicación, los programas de intercambio, la ayuda para el desarrollo, la asistencia en casos de desastres, los contactos entre ejércitos. Para Nye, el "poder blando" debe estar dirigido a conseguir la conquista de las mentes y los corazones, tanto de las élites como de las masas populares: "Los estudiantes extranjeros que regresan a su país y llevan

---

25 Joseph Nye. *La naturaleza cambiante del poder norteamericano*, Grupo Editor Latinoamericano, Buenos Aires: 1991, pp. 39-40.

consigo ideas estadounidenses aumentan nuestro poder blando, la capacidad de conquistar las mentes y los corazones de otros".[26]

La subordinación ideológico-cultural es la más sutil y, en caso de llegar a triunfar por sí sola, es la más exitosa de las estrategias que las estructuras hegemónicas del poder o las grandes potencias pueden llevar a cabo para la preservación y expansión de su poder. A través de la subordinación ideológico-cultural las grandes potencias no pretenden la conquista de un territorio o el control de la vida económica, sino el control de las "mentes de los hombres" como herramienta para la modificación de las relaciones de poder:

> Si se pudiera imaginar la cultura y, más particularmente, la ideología política de un Estado A con todos sus objetivos imperialistas concretos en trance de conquistar las mentalidades de todos los ciudadanos que hacen la política de un estado B, observaríamos que el primero de los Estados habría logrado una victoria más que completa y habría establecido su dominio sobre una base más sólida que la de cualquier conquistador militar o amo económico. El estado A no necesitaría amenazar con la fuerza militar o usar presiones económicas para lograr sus fines. Para ello, la subordinación del estado B a su voluntad se habría producido por la persuasión de una cultura superior y por el mayor atractivo de su filosofía política.[27]

Sobre la importancia que la subordinación cultural ha tenido y tiene para el logro de la imposición de la voluntad de las grandes potencias, refiere Zbigniew Brzezinski:

> El Imperio británico de ultramar fue adquirido inicialmente mediante una combinación de exploraciones, comercio y conquista. Pero, de una manera más similar a la de sus predecesores romanos o chinos o a la de sus rivales franceses y españoles, su capacidad de permanencia derivó en gran medida de la percepción de la

26 Joseph Nye. "Política de seducción, no de garrote", *Clarín*, Buenos Aires, 11 de septiembre 2006, p. 17.

27 Hans Morgenthau. *Política entre las naciones… Op. cit.,* p. 86.

> superioridad cultural británica. Esa superioridad no era solo una cuestión de arrogancia subjetiva por parte de la clase gobernante imperial sino una perspectiva compartida por muchos de los súbditos no británicos (...) La superioridad cultural, afirmada con éxito y aceptada con calma, tuvo como efecto el de la disminución de la necesidad de depender de grandes fuerzas militares para mantener el poder del centro imperial. Antes de 1914 solo unos pocos miles de militares y funcionarios británicos controlaban alrededor de 7 millones de kilómetros cuadrados y a casi 400 millones de personas no británicas.[28]

Resaltando la vigencia del concepto de subordinación cultural en el actual escenario internacional, continúa:

> La dominación cultural ha sido una faceta infravalorada del poder global estadounidense. Piénsese lo que se piense acerca de sus valores estéticos, la cultura de masas estadounidense ejerce un atractivo magnético, especialmente sobre la juventud del planeta. Puede que esa atracción se derive de la cualidad hedonística del estilo de vida que proyecta, pero su atractivo global es innegable. Los programas de televisión y las películas estadounidenses representan alrededor de las tres cuartas partes del mercado global. La música popular estadounidense es igualmente dominante, en tanto que las novedades, los hábitos alimenticios e incluso las vestimentas estadounidenses son cada vez más imitados en todo el mundo. La lengua del internet es el inglés, y una abrumadora proporción de las conversaciones globales a través de ordenadores se origina también en los Estados Unidos, lo que influencia también el contenido de la conversación global. Por último, los Estados Unidos se han convertido en una gran meca para quienes buscan una educación avanzada. Aproximadamente medio millón de estudiantes extranjeros entran cada año en los Estados Unidos y muchos de los mejor preparados

28 Zbigniew Brzezinski. *El gran tablero mundial. La supremacía estadounidense y sus imperativos geoestratégicos*, Paidós, Barcelona: 1998, p. 29.

> nunca vuelven a casa. Es posible encontrar graduados de las universidades estadounidenses en casi todos los Gabinetes ministeriales del mundo... A medida que la imitación de los modos de actuar estadounidenses se va expandiendo en el mundo, se crean las condiciones más apropiadas para el ejercicio de la hegemonía indirecta y aparentemente consensual de los Estados Unidos (...) esa hegemonía involucra una compleja estructura de instituciones y procedimientos interrelacionados que han sido diseñados para generar un consenso y oscurecer las asimetrías en términos de poder e influencia.[29]

La subordinación ideológico-cultural produce en los Estados subordinados una "superestructura cultural", que forma un verdadero techo de cristal que impide la creación y la expresión del pensamiento antihegemónico y el desarrollo profesional de los intelectuales que expresan ese pensamiento. El uso que aquí damos a la expresión "techo de cristal" apunta a graficar la limitación invisible para el progreso de los intelectuales antihegemónicos, tanto en las instituciones culturales como en los medios masivos de comunicación.

La vulnerabilidad ideológica

Como ya hemos afirmado, la hipótesis sobre la que reposan las relaciones internacionales está dada por el hecho de que las unidades políticas se esfuerzan en imponerse unas a otras su voluntad. La política internacional comporta siempre una pugna de voluntades: voluntad para imponer o voluntad para no dejarse imponer la voluntad del otro. Para imponer su voluntad, los Estados centrales tienden, en primera instancia, a utilizar el poder blando. El ejercicio del poder blando, de no encontrar una adecuada resistencia por parte del Estado receptor, provoca la subordinación ideológica cultural que da como resultado que el Estado subordinado sufra de una especie de síndrome de inmunodeficiencia ideológica,

---

29 *Ibid.*, pp. 34-36.

por la cual el Estado receptor pierde hasta la voluntad de defensa. Podemos afirmar –siguiendo el pensamiento de Hans Morgenthau– que el objetivo ideal o teleológico del poder blando (en términos de Morgenthau: "imperialismo cultural") consiste en la conquista de "las mentalidades" de todos los ciudadanos que hacen la política del Estado al que se quiere subordinar. Sin embargo, para algunos pensadores como Juan José Hernández Arregui, la política de subordinación cultural tiene como finalidad última no solo la "conquista de las mentalidades", sino la destrucción misma del "ser nacional" del Estado sujeto a la política de subordinación. Y aunque generalmente –reconoce Hernández Arregui– el Estado emisor del poder blando (el Estado metrópoli en términos de Hernández Arregui) no logra el aniquilamiento del ser nacional del Estado receptor, el emisor sí logra crear en el receptor

> ... un conjunto orgánico de formas de pensar y de sentir, un mundovisión extremado y finamente fabricado, que se transforma en actitud "normal" de conceptualización de la realidad (...) que se expresa como una consideración pesimista de la realidad, como un sentimiento generalizado de menorvalía, de falta de seguridad ante lo propio, y en la convicción de que la subordinación del país y su desjerarquización cultural es una predestinación histórica, con su equivalente, la ambigua sensación de la ineptitud congénita del pueblo en que se ha nacido y del que sólo la ayuda extranjera puede redimirlo.[30]

Preciso es de destacar que, aunque el ejercicio del poder blando por parte del Estado emisor no logre la subordinación ideológica total del Estado receptor, puede dañar profundamente la estructura de poder de este último si engendra, mediante el convencimiento ideológico de una parte importante de la población, una vulnerabilidad ideológica que resulta ser –en tiempos de paz– la más peligrosa y grave de las vulnerabilidades posibles para el poder

30 Juan José Hernández Arregui. *Nacionalismo y liberación*, Peña Lillo, Buenos Aires: 2004, p. 140.

nacional, porque al condicionar el proceso de la formación de la visión del mundo de una parte importante de la ciudadanía y de la élite dirigente, condiciona, por lo tanto, la orientación estratégica de la política económica, de la política externa y –lo que es más grave aun– corroe la autoestima de la población, debilitando la moral y el carácter nacional, ingredientes indispensables –como enseñara Hans Morgenthau– del poder nacional necesario para llevar adelante una política tendiente a alcanzar los objetivos del interés nacional. Brillantemente, Samuel Pinheiro Guimarães sostiene, con referencia al caso brasileño, un concepto que sin duda resulta igualmente aplicable a todos los países de Latinoamérica:

> La vulnerabilidad ideológica aumentó en los últimos doce años por la erosión de la autoestima del pueblo; por la campaña de descrédito de las instituciones, por la difusión de teorías sobre el "fin de las fronteras" y la globalización caritativa y del consecuente desmoronamiento de los conceptos de nación y país; por la penetración opresiva en todos los medios masivos del producto ideológico extranjero, desde las películas cinematográficas y la televisión, hasta el espacio conferido en la prensa a artículos de ideólogos extranjeros, y, finalmente la idea de que solo hay una salida para Brasil, que es la obediencia a los deseos del "mercado" y a las políticas inducidas por el Fondo Monetario Internacional y sus mentores, el Departamento del Tesoro y los megabancos multinacionales. En Brasil, esa vulnerabilidad externa ideológica se agudizó por el ascenso a los puestos de decisión de tecnócratas fundamentalistas ideológicos neoliberales, formados principalmente en las universidades estadounidenses, imbuidos del llamado "pensamiento único" y de su papel de salvadores de la patria, que impusieron políticas contables, recesivas y de endeudamiento explosivas, sin recelo de sumisión a las agencias extranjeras. La apertura al capital extranjero de los medios de comunicación amplió la posibilidad

de influencia externa sobre la formación del imaginario brasileño y sobre la propia cotidianidad política.[31]

Además, desnacionalizados los medios de comunicación, aumenta la posibilidad de que estos sean utilizados para instalar debates superfluos que desvíen la atención de la sociedad de los verdaderos problemas esenciales. Esos debates superfluos, instalados en la sociedad como temas centrales, actúan como verdaderas "maniobras de distracción", a veces planificadas desde el centro de poder mundial. Maniobras ejecutadas con la complicidad, a veces remunerada, a veces inconsciente, de profesionales de la comunicación guiados por el afán del *rating* como medida de todas las cosas.

Los movimientos antihegemónicos

Las estrategias de preservación y expansión de poder de las estructuras hegemónicas y de los Estados subordinantes dan como resultado que en cada Estado de la periferia se forme una estructura hegemónica de poder específica. Por tal motivo, calificamos a los movimientos políticos que se enfrentaron a lo largo de la historia a las estructuras de poder, tanto a nivel local como internacional, como *movimientos antihegemónicos*. Estos movimientos protagonizaron "desvíos ideológicos" elaborados con la finalidad de escapar a la subordinación ideológica, que en los países periféricos constituye el primer eslabón de la cadena de subordinación. Durante todo el siglo xx, cuando estos movimientos llegaron al poder, sea en los Estados solo formalmente independientes o en las dependencias coloniales, dichos países comenzaron a transitar un proceso de insubordinación política, económica e ideológica. Estos movimientos luchaban por la industrialización o la perseguían, en todo caso, como herramienta para "quebrar" la situación de subordinación, dado que

31 Samuel Pinheiro Guimarães. "Reflexiones sudamericanas", Prefacio a Luiz Alberto Moniz Bandeira, en: *Argentina, Brasil y Estados Unidos… Op. cit.,* p. 16.

las estructuras hegemónicas de poder habían asignado a estos países el papel de productores de materias primas.

Históricamente podemos afirmar que la revolución estadounidense constituyó el primer proceso de *insubordinación exitoso* producido en la periferia del sistema, y la independencia de las colonias hispanoamericanas el primer proceso de *insubordinación fallido*, dado que este último terminó en la fragmentación territorial, la incorporación de la región a la división internacional del trabajo como exportadora de materias primas, y la subordinación informal de Hispanoamérica a la potencia hegemónica británica. Ello dio lugar al surgimiento, en América Latina, desde comienzos del siglo xx, de movimientos antihegemónicos que luchaban por la *integración política regional* en la medida en que percibían que la fragmentación, diagramada y lograda por las estructuras hegemónicas de poder, había reducido a los Estados surgidos de esa fragmentación en su capacidad de autonomía política y que, por el contrario, la reunión de fuerzas devenía en la lógica única capaz de recuperar las fuerzas perdidas y, por fin, se oponían políticamente a las élites dominantes en cada país por ser ellas las que, detentando el poder local, facilitaban los designios de los centros hegemónicos y, por lo tanto, se esforzaban por la democratización, tanto política como social, para quebrar de este modo la organización de las estructuras hegemónicas de poder instaladas a nivel local. Cada uno de estos movimientos tuvo características específicas que, más allá de las características comunes que los equiparaban a los surgidos en otros Estados de la subregión, los distinguían con cualidades y postulados propios. Sin embargo, más allá de sus peculiaridades, todos ellos luchaban por la democratización, la industrialización y la integración regional. Todos los movimientos antihegemónicos producidos en América Latina, cuando llegaron al Gobierno, trataron de alcanzar el umbral de poder a través de la integración regional, dado que comprendían que era extremadamente difícil alcanzar ese objetivo de forma aislada.

Capítulo 2
El umbral de poder

El concepto de umbral de poder

A efectos de comprender con mayor precisión los factores y elementos que marcan, componen y mutan la situación de los Estados en el ámbito internacional, convirtiendo a unos en Estados subordinantes y a otros en Estados subordinados –situación relativa y, por naturaleza, cambiante–, nos ha sido necesario elaborar una nueva categoría de análisis interpretativo. Esta categoría, a la que denominaremos "umbral de poder", no consiste en una mera "invención" –arbitraria o caprichosa–, sino en un concepto operativo que nos permitirá exponer, de modo sintético, una serie de parámetros que existen y se desenvuelven en el transcurso de la realidad histórica de las naciones y que determinan su situación relativa frente a las demás.

Así, por "umbral de poder" entenderemos, en lo sucesivo, un *quantum* de *poder mínimo necesario, por debajo del cual cesa la capacidad autonómica de una unidad política. "Umbral de poder" es*, entonces, *el poder mínimo que necesita un Estado para no caer en el estadio de subordinación en un momento determinado de la historia*. De su naturaleza histórica y relativa deviene, en consecuencia, la naturaleza "variable" de ese umbral de poder.

En la interpretación del mundo realizada desde el derecho internacional, todos los Estados formalmente independientes son sujetos de derecho. En la Asamblea General de Naciones Unidas, tanto la República Dominicana, Jamaica, Madagascar como Estados Unidos o China, tienen un voto, valen un voto. Sin embargo, en la misma institución que consagra la igualdad jurídica de los Estados aparece el Consejo de Seguridad para hacernos recordar que todos los Estados son iguales, pero *hay algunos más iguales que otros*.

A diferencia del "mundo imaginado" por algunos profesores de Derecho internacional, en el ámbito de la realidad internacional –donde el poder es la medida de todas las cosas– solo los Estados que alcanzan el umbral de poder vigente en el momento histórico que se trate son verdaderos "sujetos" de la política internacional. Los Estados que no llegan a ese umbral de poder, aunque puedan alcanzar una gran prosperidad económica, tienden a convertirse, inevitablemente, en "objetos" de la política internacional, es decir, en Estados subordinados.

El umbral de poder necesario para que un Estado no caiga en el estadio de subordinación está siempre relacionado con el poder generado por los otros Estados que conforman el sistema internacional. Cuando una o varias unidades políticas aumentan considerablemente su poder provocan un cambio sustancial en el umbral de poder que las otras unidades políticas necesitan para no caer en el estadio de subordinación. Así, cuando se produjo la formación de los grandes Estados nacionales: el español en 1492, el francés en 1453 y el inglés en 1558, estos elevaron el umbral de poder y las unidades políticas que no lograron convertirse en Estados nacionales –como las ciudades-estado de la península itálica– se convirtieron, progresivamente, en Estados subordinados. A su vez, cuando Gran Bretaña se convirtió en el primer Estado nación en realizar plenamente la Revolución industrial –inaugurando la categoría de Estado-nación-industrial–, elevó el umbral de poder que los otros Estados miembros del sistema necesitaban alcanzar para poder mantener su capacidad autonómica, es decir, para no caer bajo la subordinación británica.

La decadencia española y portuguesa tuvo su origen, fundamentalmente, en la incapacidad de estas dos unidades políticas para convertirse, primero, en productoras de manufacturas, y más tarde, para realizar su propia revolución industrial.[32]

El progresivo deterioro, en términos de poder, llevó a Portugal a convertirse en un Estado subordinado al poder inglés y a España en un Estado subordinado, primero al poder francés y luego al británico. Portugal y España pasaron paulatinamente de ser Estados centrales –"miembros plenos" de la estructura hegemónica de poder– a ser meros Estados periféricos –excluidos de la estructura hegemónica de poder–. Pasaron de ser Estados subordinantes a ser subordinados. La exclusión se hizo gráficamente patente, incluso, en la expresión popular, utilizada en Francia e Inglaterra, de que "Europa termina en los Pirineos". Así, para el resto de Europa, españoles y portugueses eran "africanos".

32 Mientras que Inglaterra protagonizó desde los años de Isabel I (1558-1603) un proceso de industrialización –lo cual le confirió una superioridad económica y tecnológica que puso en sus manos las piezas del "ajedrez político" en escala planetaria–, España fue incapaz de industrializarse. El espejismo del oro de América adormeció la economía española. Resultaba más fácil comprar los productos en el extranjero que intentar producirlos en el país. España descuidó, desde la conquista del Imperio inca, la producción de manufacturas, verdadera fuente de riqueza y de poder. Esta es la situación que explica que el oro americano estuviese en España solo de paso, porque, en realidad, se dirigía hacia los países a los cuales España compraba los productos manufacturados. Para la desgracia de España, la afluencia del metal precioso originó una verdadera espiral inflacionaria que, no pudiendo ser contenida, ocasionó una grave crisis que golpeó a toda la población, la cual reaccionó huyendo en masa al Nuevo Mundo. Una huida que empobreció, aún más, al reino ibérico. Se debilitó entonces en España uno de los factores que hacen el poder de cualquier Estado: la población. La emigración masiva despobló a España que entre el año 1600 y 1750 perdió aproximadamente cuatro millones de habitantes. En un lapso de siglo y medio, la población española descendió de 12 a 8 millones de habitantes. Paradójicamente, la riqueza de América arruinó a España. España construyó su propia vulnerabilidad estratégica. Despoblada y sin una política económica adecuada, España no pudo subirse al tren de la Revolución industrial y quedó rezagada económica y tecnológicamente. Un retraso del cual solo comenzó, tímidamente a salir, siglos después, luego de la Segunda Guerra Mundial. Al respecto, ver Barbara Stein y Stanley Stein. *The colonial of Heritage of Latin America*, Princeton University Press, Princeton: 1970.

Los Estados alemanes –Prusia, Baviera, Wurtemberg, Baden, Sajonia y Hannover, por mencionar algunos– solo pudieron superar su Estado de subordinación cuando Otto von Bismark culmina la unidad alemana que había venido siendo preparada por el *Zollverein*, la unión aduanera entre los microestados alemanes. Es decir, que Alemania solo pudo superar su estado de subordinación cuando, gracias a la unidad política y a la industrialización, logra alcanzar el "nuevo" umbral de poder; aquel que había marcado Gran Bretaña con la industrialización. La península itálica solo pudo superar su Estado de subordinación cuando el reino del Piemonte y sus industriales, para ampliar sus mercados, generan la unidad y profundizan el proceso de industrialización, lo que le permite al nuevo Estado alcanzar el umbral de poder que había establecido Gran Bretaña. En Asia, solo Japón –con la Revolución Meiji– logra alcanzar aquel umbral de poder y convertirse en la única nación asiática no sometida a la subordinación europea.

En el continente americano, a partir de la "insubordinación fundante" de 1775 –al margen de la estructura hegemónica de poder– se va a ir construyendo un Estado de dimensiones insólitas. Cuando el 2 de febrero de 1848, por el Tratado de Guadalupe Hidalgo, México se vio obligado a ceder la ancha extensión de territorio que iba de Texas a California, Estados Unidos se convirtió en un Estado continental. Los territorios arrebatados a México, sumados a los territorios que Estados Unidos había ganado en Oregón y en el suroeste, llevaron su superficie a unos 7 millones y medio de kilómetros cuadrados, es decir, un territorio casi igual en extensión al de toda Europa. Luego, con la victoria del norte industrial sobre el sur esclavista y agrario se empieza a engendrar un nuevo y gigantesco Estado-nación industrial –que inaugura una nueva categoría de Estado: el Estado-nación-continental-industrial, que progresivamente eleva, una vez más, el umbral de poder. Por lo tanto, a partir de la plena realización industrial de Estados Unidos, empezó a aparecer claro que a las otras unidades políticas del sistema internacional solo les sería posible mantener su capacidad autonómica plena si lograban conformar un Estado nacional industrial

de superficie y población semejantes a la de Estados Unidos, es decir, de superficies continentales. Esto fue, en Europa, tempranamente percibido por Alexis de Tocqueville, Bruno Bauer y Friedrich Ratzel. En América Latina lo intuyeron José Enrique Rodó, Manuel Ugarte, Rufino Blanco Fombona, Francisco García Calderón y José Vasconcelos.

La construcción del poder nacional y el impulso estatal

Para los Estados periféricos, sometidos en el sistema internacional a una doble subordinación, el objetivo estratégico fundamental no puede ser otro que alcanzar el umbral de poder. En esos Estados, la construcción del poder nacional requiere de un enorme impulso estatal para poner en acto lo que se encuentra en potencia. El impulso estatal permite la movilización de los recursos potenciales que transforma la *fuerza en potencia, en fuerza en acto*.[33]

En realidad, del estudio profundo de la historia de la política internacional se desprende que en el origen del poder nacional de los principales Estados que conforman el sistema internacional se encuentra siempre presente el impulso estatal. Esto es así porque el poder nacional no surge espontáneamente del simple desarrollo de los recursos nacionales. Además, en los Estados periféricos, la necesidad del impulso estatal se ve acrecentada porque los Estados que más poder tienen tienden a inhibir la realización del potencial

33 “En un sentido físico –sostiene Raymond Aron en su famoso libro *Guerra y Paz entre las naciones*– un hombre fuerte es aquel que, gracias a su peso o a su musculatura, posee los medios para resistir una prueba de fuerza, una agresión o para doblegar a otros. Sin embargo –nos advierte sagazmente Aron–, la fuerza física no es nada sin ingeniosidad, sin voluntad, sin inteligencia. En el ámbito de las relaciones internacionales –prosigue– hay que distinguir entre la fuerza en potencia y la fuerza en acto. Por lógica, solo se alcanza el poder cuando se logra poner en acto la potencia y entre la fuerza en potencia y la fuerza en acto se interpone la movilización, que transforma la fuerza en potencia en fuerza en acto. La movilización está determinada por la capacidad y la voluntad, es decir, por la capacidad y voluntad de la población (en especial de la élite dirigente) de convertir aquello que está en potencia, en acto”.

de los Estados subordinados, para que no se altere la relación de fuerzas en su detrimento. Recordemos, con Pinheiro Guimarães, que "las estructuras hegemónicas de poder tienden, por naturaleza, a su propia perpetuación".[34]

Denominamos "impulso estatal" a *todas las políticas realizadas por un Estado para crear o incrementar cualquiera de los elementos que conforman el poder de ese Estado*. De manera general podemos afirmar que entran dentro del concepto "impulso estatal" todas las acciones llevadas a cabo por una unidad política, tendientes a animar, incitar, inducir o estimular el desarrollo o el fortalecimiento de cualquiera de los elementos que integran el poder nacional. De manera restrictiva también usamos el concepto para referirnos a *todas las acciones llevadas a cabo por un Estado periférico tendientes a poner en marcha las fuerzas necesarias para superar el estado de subordinación*. El ejemplo paradigmático de lo que denominamos "impulso estatal" fueron la Ley de Navegación inglesa de 1651 y sus sucesivas reformas.[35]

Los conceptos de "umbral de poder" e "impulso estatal" conducen pues, necesariamente, al análisis de los elementos que conforman el poder de un Estado. El poder de un Estado está conformado por un conjunto de elementos tangibles e intangibles interrelacionados. Este conjunto de elementos está permanentemente afectado por los cambios tecnológicos y culturales.

Para construir poder es necesario interrogarse, constantemente, sobre cuáles son los factores que otorgan a un Estado el

---

34 Samuel Pinheiro Guimarães. *Cinco siglos… Op. cit.,* p. 25.

35 En agosto de 1651 el Parlamento inglés aprobó la Ley de Navegación, en virtud de la cual solo se permitía importar en Inglaterra mercancías en barcos ingleses que se hallaran bajo el mando de ingleses y en los cuales, además, las tres cuartas partes de su tripulación fueran marineros ingleses. La Ley de Navegación también establecía que solo se podían importar en Inglaterra mercancías de los sitios de origen. A través de esta ley la industria naval inglesa recibió un impulso estatal enorme. Los comerciantes ingleses, obligados a aprovisionarse por su propia cuenta, dieron un empuje tan importante a la construcción naval, que la marina británica se convirtió en poco tiempo en la primera del mundo.

poder mínimo necesario para mantener su autonomía, dado que estos factores se ven, como ya afirmamos, permanentemente transformados por la evolución de la tecnología.

Quizá uno de los aspectos que conservan mayor vigencia del pensamiento de la escuela realista sea la reflexión de Hans Morgenthau sobre los elementos que conforman el poder nacional. Para Hans Morgenthau, existen factores "relativamente estables" que conforman el poder de un Estado, como el geográfico y los recursos naturales, y otros que pueden ser calificados como "dinámicos", tales como la población, las fuerzas armadas o la capacidad tecnológica. Podemos decir que Morgenthau concibe el poder de una nación como una pirámide egipcia formada por diez pisos o niveles, en cuya base se encuentra el factor geográfico; en el segundo piso, la posibilidad de autoabastecerse de alimentos; en el tercero, las materias primas que posee; en el cuarto, la producción industrial; en el quinto, la infraestructura militar; en el sexto, el tamaño y la calidad de la población del Estado; el séptimo y el octavo piso están ocupados por el carácter y la moral nacionales, respectivamente. El noveno, por la diplomacia del Estado –que Morgenthau entiende en un sentido amplio– y, cuando la pirámide no está trunca, la cúspide está habitada por la personalidad de un gran hombre, un estadista como el cardenal Richelieu, Giulio Mazarino, Charles Maurice de Talleyrand, George Canning, George Washington, o Charles De Gaulle.[36]

Vista en perspectiva y desde lejos, la pirámide de Morgenthau aparece tanto más sólida, más fuerte e impenetrable, cuanto más importantes son los factores materiales, los elementos tangibles que la conforman, como el tamaño de la población. Pero una vez que el viajero se acerca a la fortaleza y penetra en la estructura misma

---

36 "¿Qué habría sido del poder de Francia –se pregunta Morgenthau– sin la habilidad de Richelieu, Mazarino y Talleyrand? ¿Qué habría sido del poder alemán sin Bismark? ¿Del italiano sin Cavour? ¿Cuánto le debe el poder de la joven república norteamericana a un Franklin, a un Jefferson, a un Madison, a un Jay, a los Adams, a sus embajadores y a sus secretarios de Estado?". Hans Morgenthau. *Política entre las naciones... Op. cit.,* p. 179.

de la pirámide, se percata de que la consistencia de ella depende menos de los factores tangibles que de los intangibles, como la moral y el carácter nacional. Reflexionando sobre los factores tangibles e intangibles que conforman el poder nacional, Friedrich List afirmaba:

> Es difícil decir si las fuerzas materiales influyen sobre las espirituales más que estas sobre aquellas, y de modo análogo por lo que respecta a las fuerzas individuales y sociales. Pero lo cierto es que tanto unas como otras se influyen recíproca y poderosamente, de modo que el crecimiento de una provoca el de las demás y que la decadencia de una siempre es seguida por la de las otras.[37]

El mismo List, analizando el poder nacional de Gran Bretaña, se preguntaba:

> ¿Quién puede decir la parte de estos favorables resultados que corresponde a la Constitución y al espíritu nacional inglés, qué otra a su situación geográfica y a sus circunstancias antecedentes y cuál al acaso, a la suerte, a la fortuna?[38]

Las corrientes del poder

Los elementos del poder no son factores estáticos ubicados en una especie de mundo de las ideas platónicas, sino elementos dinámicos que la lluvia de la historia puede, como en el caso del agua aplicada al cemento, disolver o solidificar, pero, sobre todo, transformar. Así lo advierte Morgenthau cuando afirma:

> Los cambios cotidianos, por más pequeños e imperceptibles que parezcan al comienzo, influyen en los factores que inciden en la formación del poder nacional, agregando una pizca de fortaleza

37 Friedrich List. *Sistema nacional de economía política*, Aguilar, Madrid: 1955, p. 59.

38 *Ibid.,* p. 60.

> de este lado y borrando un grano de poder del otro (...) Todos los factores que hemos mencionado, con excepción de la geografía, se encuentran en un constante fluir, influyéndose unos a otros y recibiendo, a su vez, la influencia imprevisible de la naturaleza y del hombre. Juntos conforman la corriente del poder nacional, corriendo lentamente y alcanzando de pronto un gran caudal durante siglos, como en el caso de Inglaterra, o deslizándose empinadamente y cayendo abruptamente desde su cresta, como en el caso de Alemania, o moviéndose lentamente y enfrentando las incertidumbres del futuro, como en el caso de Estados Unidos. Dibujar el curso de esa corriente y de los diferentes afluentes que la componen y prever los cambios de dirección y velocidad, es la tarea ideal del observador de la política internacional.[39]

Ahora bien, ¿cómo dibujar el curso de la corriente del poder mundial? ¿Cómo prever los cambios de dirección y su velocidad? ¿Existe un método que nos permita saber hacia dónde se dirige la corriente del poder? ¿Cómo detectar, bajo la superficie de las actuales relaciones de poder, los desarrollos germinales del futuro? Es curioso que para responder a estas preguntas, un pensador como Hans Morgenthau haya confiado más en la "intuición" y en la "imaginación creativa" que en la razón pura. Para Morgenthau, la evaluación de los factores del poder en el presente y en el futuro es, siempre, una tarea ideal que cuando se realiza con éxito constituye "el logro intelectual supremo" del analista de la política internacional. Como tarea ideal –advierte Morgenthau– nunca será perfecta, precisamente porque la naturaleza y el hombre son elementos imperfectos, impredecibles; factores que no se pueden conocer con exactitud y que hacen que los cálculos de evaluación puedan ser, siempre, inexactos[40]. Sin embargo, si bien en cuanto

39 Hans Morgenthau. *Política entre…Op. cit.,* p. 193.

40 "Como toda tarea ideal– afirma Morgenthau– es algo imposible de realizar. Incluso si los responsables de la política exterior de una nación poseyesen una sabiduría superior y un juicio infalible y pudieran recurrir a las fuentes de información más completas y confiables, siempre existirían algunos factores desconocidos que harían inexactos

tarea ideal resulta un "imposible" fáctico, en cambio es posible aproximarnos a ella. Morgenthau encuentra el principio de solución para resolver el problema de la evaluación del poder relativo de las naciones, en el presente y en el futuro, en la utilización de la "imaginación creativa", consistente en la combinación del conocimiento de lo que es con las "corazonadas", con intuiciones de aquello que "podría" ser. Imaginación creativa que nos puede proveer de un "mapa" que contenga las "tendencias probables" futuras. A través de esta imaginación podemos "detectar bajo las actuales relaciones de poder, los desarrollos germinales del futuro"[41]. Pero esa imaginación creativa –advierte Morgenthau– debe ser inmune a la "fascinación que tan fácilmente imparten los factores de poder preponderantes".[42]

Un error en el cual, corrientemente, caen las élites políticas e intelectuales de la América del Sur.[43]

---

sus cálculos. Nunca estarían en condiciones de prever catástrofes naturales (…) catástrofes producidas por el hombre (…) así como tampoco inventos y descubrimientos, el auge y la desaparición de líderes intelectuales, militares y políticos, los pensamientos y actos de tales líderes, por no hablar de los imponderables de la moral nacional. En resumen, aun los hombres más sabios y mejor informados deberían enfrentarse a las contingencias de la historia y la naturaleza". *Ibid.,* p. 194.

41 *Ibid.,* p. 199.

42 "Lo que el observador de la política internacional necesita a los efectos de reducir a un mínimo los inevitables errores en sus cálculos de poder es una imaginación creativa inmune a la fascinación que tan fácilmente imparten los factores de poder preponderantes en el momento, capaz de apartar las supersticiones, una imaginación abierta a las posibilidades de cambio que ofrece la dinámica de la historia. Una imaginación creativa de este tipo sería capaz de ese logro intelectual supremo que consiste en detectar bajo la superficie de las actuales relaciones de poder los desarrollos germinales del futuro, combinando el conocimiento de lo que es con la corazonada de lo que sería posible y condensando todos estos hechos, síntomas e incógnitas en un mapa de las probables tendencias futuras que no tenga demasiada variación con lo que realmente ocurrirá". *Ibid.,* p. 199.

43 "A modo de disculpa de la intelectualidad y de las clases políticas sudamericanas, es preciso reconocer que, a pesar de todas las especulaciones teóricas que podamos hacer sobre el poder, numerosos ejemplos históricos permiten afirmar que, cuando se baja de la teoría a la realidad, es siempre difícil dar cuenta del poder pero, más aun,

Desarrollo económico, riqueza nacional y poder nacional

Habitualmente, suelen confundirse los términos "desarrollo económico" o incluso "riqueza nacional" con "poder nacional". Este último requiere del desarrollo económico, pero el desarrollo económico no garantiza, por sí mismo, el poder nacional. A fin de mantener a los Estados periféricos en situación de subordinación permanente

cuando se atraviesa una etapa de transición, como la que atravesó el sistema internacional luego de la caída del muro de Berlín y la "evaporación" de la Unión Soviética o cuando se está en los albores de una revolución científico-tecnológica de dimensiones históricas. En esos momentos muchos de los que pasan por modernizadores o revolucionarios no logran captar la verdadera revolución que se está produciendo y cómo ella influye y modifica todos los factores de poder. Entre esos revolucionarios no solo podemos fijarnos en Kruschev y los marxistas soviéticos –cuando proponían superar a Estados Unidos produciendo más y más acero, sembrando por toda la Unión Soviética más y más chimeneas cuando la carrera por el industrialismo había ya terminado porque el mundo había entrado ya a la era postindustrial– sino en el ejemplo paradigmático de los revolucionarios franceses que creyeron que el poder nacional de Inglaterra no estaba construido sobre bases sólidas, como el poder nacional francés, porque no se basaba en la agricultura. Actividad que los franceses creían contribuía no solo al autoabastecimiento alimenticio sino, también, a la formación de un carácter nacional superior, mientras que la actividad industrial, según la curiosa interpretación de los revolucionarios franceses, engendraba todas las corrupciones y flaquezas imaginables, pulverizando el carácter nacional de los pueblos que la adoptaban: "Entre los muchos conceptos erróneos de los revolucionarios franceses, ninguno más insidioso que la idea de que la riqueza y el poder de los ingleses se apoyaban sobre una base artificial. Esta equivocada creencia en la debilidad de Inglaterra surgió de la doctrina que enseñaron los *economistes* y *physiocrates* de las postrimerías del siglo XVIII, señalando que el comercio no era por sí solo productor de riqueza, ya que lo único que hacía era promover la distribución de los productos de la tierra, sino que la agricultura era la única fuente de verdadera riqueza y prosperidad. Exaltaron, pues, la agricultura a costa del comercio y las manufacturas, y el curso de la Revolución, que se ocupó grandemente de las cuestiones agrarias, tendió a dirigirse en la misma dirección. Robespierre y Saint-Just no se cansaron nunca de contrastar las virtudes de una sencilla vida pastoral con las corrupciones y flaquezas que engendraba el comercio exterior; y cuando a principio de 1793, el celo jacobino enzarzó a la joven República con Inglaterra, los oradores de la Convención profetizaron confiados la ruina de la moderna Cartago". Marshall Mcluhan. *Guerra y paz en la aldea global*, Planeta-De Agostini, Barcelona: 1985, p. 67.

se sostiene, desde los Estados centrales –y las élites subordinadas ideológicamente lo repiten acríticamente en los Estados periféricos–, que el desarrollo de la *riqueza nacional* es más importante que la construcción del *poder nacional*. Esta es, en realidad, una discusión de larga data. Al respecto, List afirmaba ya en 1838, reflexionando sobre el destino de Alemania, que era por ese entonces una región periférica, subordinada y subdesarrollada, que

> la potencia es más importante que la riqueza; pero ¿por qué es más importante? Porque la potencia de una nación es una fuerza capaz de alumbrar nuevos recursos productivos, porque las fuerzas productivas son a modo de un árbol cuyas ramas fueran las riquezas, y porque siempre tiene más valor el árbol que produce frutos que el fruto mismo. El poder es más importante que las riquezas, porque una nación por medio del poder no solo adquiere nuevos recursos productivos, sino que se reafirma también en la posesión de las riquezas tradicionales logradas desde antiguo, y porque lo contrario de la potencia, o sea, la impotencia, hace que pongamos en manos de los que son más poderosos que nosotros todo lo que poseemos, no solo la riqueza, sino también nuestras fuerzas productivas, nuestra cultura, nuestra libertad y hasta nuestra independencia como nación, como nos lo enseña claramente la historia de las Repúblicas italianas, de la Liga Anseática, de Bélgica, Holanda, Portugal y España.[44]

44 Friedrich List: *Sistema nacional… Op. cit.,* p. 56.

Capítulo 3
El Estado-nación como primer umbral de poder y el inicio de la globalización

El origen de la globalización

El proceso de globalización es, digámoslo metafóricamente, la atmósfera en la cual viven los Estados y el elemento en el cual se produce la relación entre ellos. Fue el proceso de globalización el que dio origen al sistema internacional. Cuando los continentes comenzaron a interactuar, hace aproximadamente cinco siglos, empezó a formarse, lentamente, lo que hoy denominamos "sistema internacional"[45]. Pero, ¿qué es la globalización? ¿Cómo se desencadenó el proceso de globalización?

El proceso de globalización, que más propiamente debería denominarse "de universalización", no es la estrategia de ningún grupo ni de ningún país, aunque algunos grupos o países traten de usufructuarlo para su entero beneficio[46]. Es, sencillamente, un

---

45 Desde los estudios clásicos sobre la historia de las relaciones internacionales, elaborados a partir de una visión eurocéntrica, se insiste erróneamente en que las relaciones internacionales nacen en 1648 con la Paz de Westfalia, como si la única forma estatal fuese el Estado-nación inventado en Europa.

46 Si bien el proceso de universalización no ha sido intencionalmente creado por nadie, existe sin embargo, una clara "disposición" por parte de los sectores dominantes de los Estados que conforman la

proceso histórico que comenzó con los grandes hallazgos geográficos realizados por los navíos portugueses y castellanos[47]. Este proceso hoy se encuentra en su tercera etapa[48]. Se trata de un proceso que comenzó con los descubrimientos marítimos impulsados por Portugal y Castilla, y cuyos protagonistas principales fueron, entre otros, Enrique el Navegante, Vasco da Gama, Cristóbal Colón, Hernando de Magallanes y Sebastián Elcano.

En un principio, la globalización fue hija del intento luso-castellano por romper el cerco islámico. Ese era el objetivo:

> El Islam era dueño y señor de todos los puntos de unión del tráfico del mundo antiguo, y de todos los caminos que comunicaban a Oriente con Occidente, entre la India y Europa, hasta el punto de que, en la Edad Media, era materialmente imposible realizar un comercio importante sin pasar por un puesto aduanero islámico.[49]

El poder islámico había cercado, por el sur y por el este, la pequeña península europea. Amenazaba su existencia misma

"tríada central" del poder mundial –Estados Unidos, Europa y Japón– de utilizarlo para su entero beneficio, al mismo tiempo que nuevos movimientos políticos, nacidos en los países centrales, se oponen al intento de que el proceso de globalización sea utilizado para beneficio exclusivo de los países centrales. Evidentemente, lo que en realidad está en juego hoy no es el universalismo en sí mismo, pues este es un proceso inevitable –salvo que la humanidad se autodestruya provocando una catástrofe ecológica o un holocausto nuclear–, sino su contenido.

47 La globalización es el resultado de la evolución del proceso científico tecnológico que relativizó, como lo advirtiera tempranamente Marshall McLuhan en su célebre libro *Guerra y paz en la aldea global*, las categorías de espacio y tiempo.

48 Aldo Ferrer. *De Cristóbal Colón a internet: América Latina y la globalización*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires: 1999. Aldo Ferrer. *Historia de la globalización. Orígenes del orden económico mundial*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires: 2001. Aldo Ferrer. *Hechos y ficciones de la globalización. Argentina y el Mercosur en el sistema internacional*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires: 2001.

49 Essad Bey. *Mahoma: Historia de los árabes*, Arábigo–Argentina El Nilo, Buenos Aires: 1946, p. 321.



planificando cuidadosamente el ataque al bajo vientre europeo, mediante la preparación de una flota que debía atacar la península itálica y conquistar Roma –plan que más tarde, aunque sin éxito, los musulmanes pondrían en práctica en la batalla de Lepanto (1571)–, y se preparaba para el asalto final a Constantinopla para luego atacar Viena, que, de ser vencida, abriría las puertas de Europa al poder musulmán. La península europea, cercada por el poder islámico, estaba siendo privada por el este de las especias, un elemento que entonces tenía un gran valor estratégico dado que permitía a los europeos la conservación de los alimentos, que, en ese momento, les eran escasos para la alimentación de una población creciente.[50]

El impulso marítimo de Portugal nace, así, de una necesidad vital: *llegar al Asia bordeando el mundo musulmán*[51]. Preciso es, también, reconocer –para entender el carácter que luego tendrá la conquista de América por los pueblos ibéricos– que el segundo motivo para la aventura africana que llevaba adelante Portugal

---

50 La pimienta puede no significar mucho para nosotros, pero en esa época se la valoraba tanto como las piedras preciosas. Los hombres se arriesgaban en los peligros de las profundidades, luchaban y morían por la pimienta (...) Las especias solo podían ser obtenidas en India o Indonesia y debían llegar a través de Persia o Egipto; este comercio indispensable y monopolista por naturaleza se convirtió en el principal motivo de disputa de la política del Levante y fue el factor más poderoso, aisladamente, que estimuló la expansión europea en el siglo xv. El dominio de los tártaros sobre Persia, antes de la conversión del Iljanato al islamismo, permitió a los comerciantes italianos llegar directamente a la India y competir con los egipcios, quienes acostumbraban elevar los precios en un 300% como intermediarios entre la India y Europa. Como resultado de esto, los europeos sabían dónde se producían las especias y a qué costo, de modo que cuando se vieron nuevamente aislados del mercado indio por un Islam hostil y por las incesantes guerras de Levante, tenían plena conciencia de las oportunidades que tendría una potencia que pudiera hallar una nueva ruta a las Indias, donde crecían las especias". Kovalam Madhavar Panikkar. *Asia y la dominación occidental. Un examen de la historia de Asia desde la llegada de Vasco da Gama 1498-1945*, Eudeba, Buenos Aires: 1966, p. 5.

51 El historiador indio M. Panikkar al respecto afirma: "... la primera expansión europea por aguas asiáticas fue un intento de neutralizar con un rodeo el abrumador poder terrestre del Islam en el Medio Oriente, con el propósito de romper la prisión del Mediterráneo a la que estaban restringidas las energías europeas". *Ibid.,* p. 19.

era estratégico-religioso: "… los miembros de la familia real portuguesa, como buenos soldados cristianos, pretendían atacar al Islam desde su retaguardia".[52]

Los siglos de lucha contra el poder musulmán por la reconquista de la península ibérica fueron conformando, paulatinamente, las cualidades bélicas y navales que le permitieron al pueblo ibérico romper el cerco islámico. No hay duda alguna de que los comienzos de la potencia marítima tanto de Portugal como de Castilla y Aragón se hallan en la guerra contra los musulmanes. Los tres grandes Estados de la Reconquista –Castilla, Aragón y Portugal– se convirtieron en potencias navales en el curso de las guerras contra el Islam.

> El Islam, que había conquistado la mayor parte de la península ibérica, dominaba también el mar. A fin de rechazar los ataques y depredaciones árabes en los territorios costeros de los Estados cristianos, se hizo necesaria la construcción de navíos. El fundador de la marina castellana fue, en la primera mitad del siglo xii, el arzobispo de Santiago, Diego Gelmírez. Las devastaciones de las costas gallegas por los navegantes árabes le movieron a dirigirse a las dos ciudades marítimas más importantes, Génova y Venecia, pidiéndoles el envío de constructores navales y timoneles. Un maestro constructor naval, oriundo de Génova, estableció un astillero en el que, hacia 1120, se construyeron, por de pronto, dos navíos. Diez años más tarde, había ya en Galicia una considerable flota.[53]

---

52 Thomas Hugh. *El Imperio español. De Colón a Magallanes*, Planeta, Buenos Aires: 2004, p. 68. En la misma línea de interpretación que Thomas Hugh, René Sédillot sostiene: "El principal motivo del descubrimiento es del orden de lo militar y de lo estratégico: habiendo sufrido largo tiempo el yugo del Islam, los portugueses aspiraban a eliminar el peligro para siempre; también, por precaución, ocuparon Ceuta y Arzila sobre la costa marroquí e hicieron de Tánger una ciudad vasalla: una especie de cruzada los empujaba hacia África". René Sedillot. *Histoire des Colonisations*, Fayard, Paris: 1958, p. 308.

53 Richard Konetzke. *El Imperio español, orígenes y fundamentos*, Ediciones Nueva Época, Madrid: 1946, p. 22.



De igual manera, la marina portuguesa surgió de la necesidad de defender las costas de Portugal de los saqueos que realizaban los piratas musulmanes, lo que movió en el año 1179 al rey Alfonso I de Portugal a la construcción de una importante flota. También la potencia naval catalana tuvo su origen en la necesidad de proteger las costas de los piratas árabes que utilizaban como base de operaciones las islas Baleares.

Después que el poder islámico fue detenido por los restos de la población visigoda refugiada en las zonas montañosas del norte de la península, donde desaparecía la ventaja de la veloz caballería árabe, pasar a la ofensiva para iniciar la Reconquista exigió:

> El progresivo desarrollo de las fuerzas navales en los Estados cristianos, pues tanto para la protección de los flancos de los ejércitos en marcha hacia el sur, como para el bloqueo de las ciudades costeras sitiadas, era indispensable una marina de guerra de importancia.[54]

Digamos, a modo de ejemplo y al pasar, que la reconquista de Sevilla producida en el año 1248 hubiese sido imposible sin la participación de la flota castellana, que bloqueó la entrada del Guadalquivir y derrotó a la flota islámica que los árabes del norte de África habían enviado en socorro de sus hermanos musulmanes sitiados en Sevilla. La flota castellana había sido armada por orden del rey Fernando III en los puertos septentrionales de Castilla. Su sucesor Alfonso X acarició el plan de construir una marina de guerra permanente para proseguir la lucha contra los árabes y poner un pie en África. Aunque Alfonso el Sabio no logró ese gran objetivo, en el intento favoreció el desarrollo de la construcción naval "por el establecimiento de astilleros y el otorgamiento de privilegios, insertando en las *Siete Partidas* detalladas indicaciones sobre la guerra marítima, el armamento de la flota, la navegación y el comercio marítimo"[55]. Los privilegios insertados por Alfonso X

---

54 Richard Konetzke. *El Imperio español… Op. cit.,* p. 23.

55 *Ibid.,* p. 24.

en las *Siete Partidas* constituyeron, sin duda alguna, un importante impulso estatal para el fortalecimiento de la construcción naval.

La aventura portuguesa

El año 1415 es, históricamente, un año clave porque los europeos se van a lanzar a la gran aventura de navegar el océano Atlántico. Portugal lleva a cabo una verdadera *política de Estado* para fomentar la investigación y construcción de nuevos tipos de embarcaciones que permitan el objetivo de llegar a Asia, bordeando el continente africano. La corona portuguesa otorga a los hombres de mar, para apoyar su actividad, todo tipo de privilegios: desde la reducción de impuestos hasta la entrega gratuita de la madera necesaria para la construcción de las nuevas embarcaciones. *La industria naviera portuguesa nace, también, del impulso estatal.* Lisboa se convierte, en consecuencia, en un gran puerto internacional. Cientos de barcos fondean en Lisboa. Los comerciantes locales venden vinos, pescados, sal, pero al igual que la corona, están interesados en expandir estos rubros e incluir entre sus productos las especias, el oro y los esclavos; para ello necesitan navegar por la costa africana para llegar a Asia. El rey Juan I se pone a la cabeza de esa idea. No es una empresa sencilla. Juan I organiza el primer paso hacia Asia: la conquista de Ceuta. En 1415, 200 barcos y 20.000 hombres son empleados para atacar la fortaleza musulmana. La victoria portuguesa es completa. Toda la Europa cristiana festeja el triunfo portugués, aunque algunos ya comienzan a preocuparse por lo que promete ser el primer paso de la expansión de Portugal. En su contenido religioso, la toma de Ceuta es entendida en toda Europa como la continuación de la "reconquista de los territorios cristianos". El príncipe Enrique –que será conocido luego como *Enrique el Navegante*– se distingue en la batalla por conquistar Ceuta y su padre lo arma caballero, simbólicamente, en la antigua mezquita de la ciudad reconquistada. En 1418 los musulmanes intentan recuperar Ceuta, pero la guarnición resiste y Enrique llega con refuerzos que impiden esos propósitos. Todo Portugal lo



considera un verdadero héroe y el príncipe es nombrado gobernador de Algarbe.[56]

Enrique, obsesionado por romper el cerco islámico navegando por las costas de África para poder llegar a Asia sin pasar por ningún territorio musulmán, reúne en Sagres a sabios y especialistas de toda clase: astrónomos, cartógrafos, marinos expertos, constructores de barcos y fabricantes de instrumentos de navegación, para emprender la difícil misión de navegar mar adentro. En Sagres se produce la más importante concentración de sabios y técnicos de la época. Ellos aconsejan al príncipe Enrique, quien –con buen criterio, una gran cantidad de dinero y el expreso apoyo del rey– envía pequeñas expediciones a explorar las costas africanas. Gil Eannes logra doblar el cabo Bojador, ubicado en el Sahara Occidental, y comprueba que el mar del Sur es igual al que ellos conocen. Los marineros portugueses, con cada nuevo descubrimiento, van rompiendo paso a paso las grandes supersticiones que hablaban de mares imposibles de navegar, poblados de enormes serpientes marinas y aguas tan cálidas que derretían las embarcaciones. En 1448 Enrique el Navegante ordena que se construya un fuerte en Arguim, una isla en la bahía del cabo Branco, mucho más hacia el sur de lo que jamás había soñado llegar. Hacia el oeste ordena la colonización de las islas Madeira y Azores.

Coetáneamente, en 1453 los turcos otomanos toman Constantinopla. El asedio a la península europea toma un nuevo y renovado impulso. El Imperio otomano, dispuesto a fortalecer el bloqueo a Europa, crea una especie de "muralla" que divide en dos el mundo "conocido". Los turcos cierran el camino a Asia, sintiéndose por ello y

56 El príncipe Enrique el Navegante (1392-1460) era el tercer hijo del rey Juan I. Enrique –educado en la valerosa tradición de Nuño Álvarez, el gran héroe nacional cuya victoria sobre los musulmanes dio a Portugal su independencia– *"vivió desde su más tierna infancia en una atmósfera de misticismo cristiano militante"*. Su pasión por la Reconquista lo llevó en 1415 a planificar el ataque a la base africana de poder islámico y desde 1417 "a planear una grandiosa estrategia que permitiera flanquear al Islam y llevar a la Cristiandad directamente al océano Índico". Madhava Panikkar. *Asia y la dominación… Op. cit.*, p. 9.

más que nunca en Europa la necesidad de abrir una nueva ruta para llegar a las Indias. La empresa de navegar el océano es cada vez más imperiosa. Los portugueses seguirán apostando a encontrar un nuevo paso por el sur de África. Siete años después de la caída de Constantinopla, en 1460, muere Enrique el Navegante; su desaparición física y la guerra que estalla abiertamente entre España y Portugal en 1475 frenan y entorpecen el objetivo estratégico de Portugal.

En 1479, trece años antes de la llegada de Colón a América, se firma el Tratado de Alcáçovas por el cual Portugal reconoce la soberanía castellana sobre las islas Canarias –ignorando que el sistema de vientos y corrientes marítimas las convertirían en la puerta de acceso al "Nuevo Mundo"– y Castilla reconoce que la ruta africana hacia las islas de las especias asiáticas es de los portugueses.

El 27 de mayo de 1498 Vasco de Gama llegó a Calicut, el puerto indio desde el cual hacía más de mil años los barcos zarpaban, sin interrupción, con destino al golfo Pérsico y el mar Rojo, cargados de especias. El rey de Portugal ordenó que en todo el país se festejase triunfalmente el regreso de Vasco de Gama porque, acertadamente, intuía que se inauguraba de hecho un nuevo ciclo en la historia de Portugal, pues él había roto el "cerco islámico".

Sin embargo, cuando los portugueses llegan al Índico encuentran que el comercio que allí se practicaba estaba también controlado por musulmanes, en su mayoría árabes, instalados un poco por todas partes y con sólidas relaciones con los príncipes indios. El conflicto se produjo, entonces, desde el primer momento. Los musulmanes intentaron impedir el comercio con los cristianos portugueses. Los capitanes portugueses, como híbridos de traficantes y cruzados, intentaron dar caza y destruir los barcos islámicos rivales. La superioridad de los navíos y el mejor empleo de la artillería permitieron el triunfo portugués. Sin despreciar el papel de los grandes jefes militares portugueses, es preciso remarcar que fue la superioridad tecnológica la clave del triunfo lusitano en el océano Índico.[57]

---

57 "El 8 de julio de 1497, Vasco da Gama, al mando de cuatro embarcaciones, zarpó del puerto de Belem, en la desembocadura del río Tajo, rumbo al océano Índico. *San Gabriel* la nave capitana, tenía 20



Entre los grandes militares portugueses, la figura más destacada de la acción lusitana en la India fue Alfonso de Alburquerque, quien conquistó para el poder portugués Ormuz, la "llave estratégica" del golfo Pérsico, y Malaca, "la puerta" hacia los mares de China. La corona portuguesa adquirió, así, una nueva dimensión y el pequeño Estado portugués ibérico se transformó en una de las mayores potencias navales y comerciales de Europa.

Salto tecnológico, ventaja estratégica e impulso estatal

En efecto, la empresa de navegar el océano desconocido necesita de un nuevo tipo de embarcación, completamente diferente al utilizado hasta el momento en Europa. Esta realidad se hizo muy evidente a partir de 1415.

Hasta aquella época los europeos habían navegado el Mediterráneo con las famosas "galeras", embarcaciones de guerra adaptadas al comercio. Se trataba de navíos alargados, con cascos muy fuertes para resistir los choques con otras naves en caso de abordaje. La galera –nave rápida, capaz de navegar con o sin viento dado, que puede transportar aproximadamente cien remeros–,

---

cañones. Casi un año después, en mayo de 1498, la llegada del *San Gabriel* introdujo al océano Índico un elemento revolucionario: el barco equipado con cañones. "El armamento de los barcos portugueses era algo totalmente inesperado en los mares de la India, y les dio (a los portugueses) una ventaja inmediata y decisiva sobre sus contrincantes indios. La única potencia no europea que había desarrollado la artillería marítima era el Imperio otomano, pero cuando los portugueses llegaron a Calicut los turcos no tenían ningún barco en el océano Índico". Madhava Panikkar. *Asia y la dominación… Op. cit.*, p. 15.

"El Imperio otomano reaccionó tarde frente a la amenaza portuguesa. No fue hasta la década de 1530, cuando el comercio de especias a través del Mediterráneo había alcanzado un punto muy bajo y escaseaban las reservas de pimienta en el palacio del sultán, cuando los turcos pasaron a la acción. El sultán Solimán ordenó la construcción de una flota en Suez y en 1538 la flota otomana, al mando del gobernador de Egipto, Solimán bajá, navegó hasta la India para poner sitio al fuerte portugués de Diu. Pero 'las galeras turcas no podían resistir la mayor potencia de fuego de las carracas portuguesas ni eran adecuadas para la navegación oceánica' ". Colin Imber. *El Imperio otomano*, Ed. Vergara, Buenos Aires: 2004, p. 303.

tremendamente eficaz para navegar el Mediterráneo, es completamente inadecuada para navegar grandes distancias, dada su poca capacidad de carga. La gran distancia requiere una embarcación capaz de resistir la bravura del océano y de transportar una gran cantidad de víveres. El Mediterráneo es un inmenso lago comparado con el océano Atlántico que le es preciso navegar a Portugal para burlar el cerco islámico. La respuesta tecnológica ante ese nuevo desafío son las carabelas. Esta respuesta tecnológica le da una ventaja estratégica, primero a Portugal y más tarde a Castilla. La carabela es, en gran medida y una vez más, el resultado del impulso estatal.

De la aventura portuguesa extraemos una constante que se repetirá a lo largo de la historia: cada salto tecnológico –que siempre deviene en una ventaja estratégica– está relacionado con la urgencia de superar una necesidad y con el impulso estatal, que brinda la fuerza inicial imprescindible para poner en marcha el proceso de investigación y experimentación, cuyo resultado final será la superación de la necesidad originaria. Cuando Portugal, gracias al impulso estatal, logró realizar un salto tecnológico sin precedentes en materia del arte de la navegación y en la fabricación de armamentos –artillería–, aumentó su poder nacional y elevó el umbral de poder de tal forma que logró comenzar el proceso de subordinación de los poderosos reinos de Asia.

La aventura castellana

Cristóbal Colón dio a Castilla el mismo objetivo que desde hacía ya años perseguía Portugal, pero lo hizo navegando hacia el oeste. La idea de llegar al Asia navegando hacia el occidente no era nueva. Ya en su tiempo, Séneca había afirmado que era posible navegar desde España hasta las Indias en unos pocos días.

El papa Pío II, en su obra *La descripción de Asia*, postulaba que era factible viajar desde Europa hasta Asia por el oeste. El humanista Paolo del Pozzo Toscanelli pensaba que era totalmente viable establecer una ruta hasta China también por el oeste. Pierre d'Ailly,



un cosmógrafo del siglo xv que fue también obispo de Cambrai, cardenal y confesor del rey de Francia, aventuró en sus escritos que Séneca estaba en lo cierto al sostener que, con vientos favorables, era posible atravesar el Atlántico en pocos días y que las "Antípodas" realmente existían.

En 1469 se publicó en español la *Geografía* de Estrabón, geógrafo griego que sostenía la posibilidad de navegar directamente desde España hasta las Indias. Los portugueses, confiados en la esfericidad de la Tierra, enviaron entre 1430 y 1490 aproximadamente una docena de expediciones marítimas hacia el oeste. En realidad:

> ... ya hacía muchas generaciones que se había comprobado que la Tierra era esférica. Los astrónomos griegos de Mileto ya aventuraron, hacia el año 500 AC, que el mundo era una esfera. Esta idea la desarrolló Pitágoras poco tiempo después. Aunque gran parte del saber griego se perdiese posteriormente, la Iglesia católica había aceptado la hipótesis hacia el año 750 de nuestra era y, en el siglo xv, la esfericidad de la Tierra era generalmente aceptada. Solo los más ignorantes seguían manteniendo que la Tierra era plana.[58]

Es decir, que los portugueses estaban perfectamente conscientes de la posibilidad de llegar a Asia navegando hacia el oeste, pero los avances que ya habían realizado por la ruta africana los habían convencido de que ese era el mejor camino para "burlar el poder islámico", llegar al país de las especias y, asimismo, atacar al Imperio otomano por sorpresa. Es preciso tener siempre en cuenta que un segundo motivo para estas aventuras africanas era estratégico-religioso: atacar al islam desde su retaguardia.[59]

Cristóbal Colón buscó el apoyo de los Reyes Católicos solo después de que su plan fuese rechazado por la comisión de expertos, encargada por el rey Juan de Portugal para examinar el

58 Hugh Thomas. *El Imperio… Op. cit.,* p. 70.

59 Para ahondar en el contenido de la Bula papal, ver Madhava Panikkar, *op. cit.*

proyecto del genovés[60]. Fue entonces cuando Castilla asumió los mismos objetivos estratégicos que hacía ya setenta y siete años perseguía el reino de Portugal. Colón llegó a España en el verano de 1485 y se instaló en el monasterio franciscano de La Rábida, cerca de la desembocadura, en el Atlántico, del río Tinto. El monasterio era, por entonces, una especie de "universidad" en materia marítima. En el monasterio franciscano, Colón trabó amistad con los frailes Antonio de Marchena y Juan Pérez –confesor de la reina– quienes lo urgieron a ir a la corte de Castilla y lo recomendaron ante el cardenal Mendoza, el primer hombre público influyente en comprender la importancia estratégico-religiosa de las ideas de Colón. Mendoza era en aquellos días la personalidad más poderosa de España, después de los reyes. La primera reunión entre Colón y los monarcas tuvo lugar el 20 de enero de 1486, en Alcalá de Henares, precisamente en el palacio del cardenal Mendoza.

Sin embargo, los Reyes Católicos solo decidieron apoyar el plan de Colón después de la reconquista de Granada, producida el 1.º de enero de 1492. La decisión de incorporar Granada a Castilla había sido tomada ya en las cortes de Toledo en 1480, aunque la idea estaba presente desde el principio del reinado de Isabel y Fernando. Uno de los propósitos más importantes de la guerra contra Granada era, sin dudas, el estratégico: "librar la costa sureste de España de un poder vinculado a la temida amenaza de los turcos"[61]. Solo después de haber eliminado el último enclave musulmán en España y habiendo suprimido, de esa forma, la mayor vulnerabilidad estratégica del reino, los Reyes Católicos se sintieron en condiciones de impulsar el proyecto colombino.

---

60 En 1484, Colón elaboró un proyecto para navegar rumbo oeste hacia Japón y China. El rey Juan de Portugal sometió el plan de Colón a una comisión de expertos que se constituyó en Lisboa y fue llamada Junta dos Matemáticos. "La junta decidió que Japón debía estar mucho más lejos de lo que Colón (y Toscanelli) pensaban, y estaba en lo cierto. Por lo tanto, concluyeron que no era posible aprovisionar de agua y alimentos a una expedición que implicaba cruzar tan enorme superficie del océano". Hugh Thomas. *El Imperio… Op. cit.,* p. 73.

61 *Ibid.,* p. 19.



El declive del poder islámico

El imprevisto resultado del esfuerzo castellano por romper el cerco islámico se llamará "América". El hallazgo y colonización del continente americano llevarán al desplazamiento del eje del poder mundial del Mediterráneo al Atlántico, y dará inicio, a su vez, al declive del poder islámico que ya había sido duramente golpeado por la invasión de los mongoles. El gran historiador árabe Essad Bey, en su libro *Mahoma: La historia de los árabes*, sintetiza brillantemente el efecto provocado por el hallazgo de América sobre el poder islámico:

> El Islam debía recibir aún otro golpe, más violento quizá, cuya rudeza no se manifestó al principio; pero no por eso dejó de contribuir en gran parte a la ruina del Califato. El autor de aquella ruina no pensó, por un instante, que asestaba un golpe mortal al Califato y ni siquiera presumió que su hazaña pudiese destruirlo. Será coincidencia; pero, nadie sospechaba en el mundo que, el día en que Cristóbal Colón descubriría América, se ponía el punto final a la historia de los califas. Todas las miradas se dirigieron, desde aquel momento, hacia el nuevo continente. El comercio del mundo entero tomó nuevos rumbos, nuevas direcciones, y el imperio del califa, las grandes ciudades de Oriente, padecieron lo que, desde hace algún tiempo, hemos dado en llamar depresión o crisis económica. Bajaron los precios, las caravanas, que producían la riqueza del país, cesaron de llegar; las aduanas ya no recaudaban nada, las grandes carreteras comerciales, en lo sucesivo inútiles, no prestaron servicio alguno. La población, que ignoraba el origen y la causa de la crisis, se hallaba en la inquietud. La gente se sentía acosada por la miseria, y las tierras, por falta de cultivo, comenzaron a debilitarse. Simultáneamente se percibía una notable disminución en todas las manifestaciones de la actividad espiritual. El ejemplo más patente de ello fue lo que se ha llamado la clausura de Bab-ul-iyitihad, clausura de la puerta de la ciencia; pues a los sabios musulmanes que mediante sus profundos estudios habían intentado transponer

los límites de lo conocido, les pareció vano el proseguir con sus investigaciones. Entonces sobrevino el derrumbe de la ciencia y del poderío de los árabes.[62]

Diametralmente opuesto fue el camino y el destino de Europa. Cabe aclarar, sin embargo, que allí no todas las unidades políticas se beneficiaron con el descubrimiento de América. Así, el Sacro Imperio Romano Germánico, al quedar fuera del nuevo eje económico y político, perdió su significación internacional y se desintegró en una multitud de pequeños Estados independientes.

Pero si cabe destacar un ejemplo de unidades políticas europeas perjudicadas por el surgimiento de los grandes Estados nacionales y el giro del epicentro mundial del Mediterráneo al Atlántico, no cabe duda de que las otrora más que prósperas ciudades- estado de la península itálica resultan el mejor paradigma.

El ocaso del poder de las ciudades-estado de la península itálica

Los siglos xv y xvi representan no solo el imperceptible comienzo del fin del poder islámico –como bien se percata Essad Bey– y el comienzo de la expansión económica y política de Europa, sino también el origen de las estructuras hegemónicas del poder mundial y la formación de los grandes Estados nacionales: España, Francia e Inglaterra. España, finalizada su unificación territorial con la conquista de Granada en 1492, contaba con cerca de 10 millones de habitantes. Francia, que logró su unidad nacional después de la Guerra de los Cien Años (1453) y la expulsión de los ingleses, sumaba 15 millones de habitantes. Inglaterra, el menos poblado de los tres nuevos poderes, poseía entre tres y medio y cuatro millones de habitantes. España, Francia e Inglaterra fijaron, entonces, un nuevo umbral de poder y las unidades políticas que no lograron convertirse en Estados nacionales, como las

62 Essad Bey. *Mahoma… Op. cit.,* pp. 325-326.



ciudades-estado de la península itálica, se convirtieron, progresivamente, en Estados subordinados.

La península itálica, alejada del nuevo eje económico atlántico, políticamente desmembrada e impotente, se convirtió en el "botín en disputa" del poder español y del poder francés. Durante dos siglos Italia fue el campo de batalla de las pretensiones contrapuestas de franceses y españoles y se desarrolló allí la gran lucha entre Carlos V y Francisco I. Así, en el Mediterráneo la principal víctima del nacimiento de las grandes nacionalidades bajo las monarquías hereditarias fue la ciudad–estado de Venecia, incapaz de imaginarse como artífice de la unidad nacional de la península, conforme lo imponían las circunstancias. Venecia no entendió que, ante la aparición de los Estados nacionales en el escenario del poder europeo, su única forma de supervivencia autónoma consistía en conducir el proceso de unidad italiana:

> En todo tiempo quiso Venecia constituir una nación única. Mientras no tuvo que ocuparse más que de las nacionalidades italianas fragmentadas o de la debilitada Grecia, pudo sin dificultad afirmar su supremacía comercial y manufacturera sobre los países ribereños del Mediterráneo y Negro. Pero cuando aparecieron en la escena política naciones plenas y vigorosas, Venecia resultó ser una mera ciudad y su aristocracia una aristocracia municipal (…) Venecia (aunque señora de provincias e islas, solamente una ciudad italiana) no era potencia comercial y manufacturera sino comparada con otras ciudades italianas. Su exclusivista política comercial solo podía ser eficaz en cuanto no se enfrentase con naciones perfectas, animadas de una fuerza unificadora. Tan pronto sucedió esto, Venecia solo hubiera podido mantener la supremacía colocándose a la cabeza de una Italia unida y extendiendo a toda ella su política comercial. Pero no había ninguna política comercial lo suficientemente inteligente para sostener de modo duradero la supremacía comercial de una simple ciudad frente a naciones unitarias.[63]

63 Friedrich List. *Sistema nacional… Op. cit.,* p. 26.

Conviene destacar –para extraer una verdadera lección histórica de la política seguida por Venecia– que no puede argumentarse a favor de la dirigencia veneciana que la idea de realizar la unidad de la península apenínica era una idea extravagante, y que se juzga a la élite veneciana retrospectivamente, porque numerosas voces habían advertido, leyendo bien el signo de los tiempos, que el destino de Venecia estaba ligado al destino de la península toda. Además, Venecia poseía todos los factores de poder necesarios para intentar la unidad y en algún momento soñó con alcanzarla:

> Al iniciarse la Edad Moderna, y tras la desaparición de Lorenzo el Magnífico, Venecia era el Estado, diplomática y militarmente, más fuerte de la Península. Llegó incluso a pretender la primacía sobre toda Italia, y en apoyo de estos planes se exhumaron las versiones de la *renovatio* de Roma, con proyectos que no carecen de antecedentes, hasta el punto de poder aportarse un expresivo texto de Petrarca. Este escribía en 1354 al dux Andrés Dándolo haciéndolo ver que Venecia no podía encontrar salvación sino dentro de Italia, ligándose a su progreso y su ruina como la parte al todo.[64]

Para comprender cabalmente la oportunidad que perdió Venecia y el costo histórico que pagaron los pueblos de Italia por la falta de la unidad política, conviene recordar que a comienzos del siglo XV la península itálica estaba en posesión de todos los elementos para ser la región más próspera y poderosa de Europa y, de hecho, lo era. Ninguna región se encontraba en situación tan favorable. Desde el punto de vista comercial e industrial, estaba notoriamente más adelantada que el resto de las regiones del continente europeo, su agricultura y sus manufacturas eran las mejores de Europa y servían de ejemplo, sus caminos y canales eran los más perfectos de Europa, su marina mercante y su flota militar eran las más importantes del Mediterráneo; se encontraba en posesión del comercio mundial y aprovisionaba a todos los países de

64 Juan Beneyto. *Fortuna de Venecia. Historia de una fama política*, *Revista de Occidente*, Madrid: 1947, p. 72.



manufacturas y artículos de lujo, abasteciéndose en ellos de materias primas. Cuando List analiza la historia de Italia, sagazmente apunta que:

> Solo una cosa le faltaba a este pueblo para convertirse en lo que Inglaterra en nuestros días ha llegado a ser, y ello le acarrea la pérdida de todo lo demás que poseía; la falta de unidad nacional y la correspondiente fuerza que de ella nace.[65]

Italia era una unidad geográfica y cultural pero no una unidad política, pues se encontraba fragmentada en una multitud de señoríos y de ciudades-estado. En el Renacimiento eran cinco los centros de poder que podrían haberse transformado en centros de aglutinación política: tres estaban en el norte, uno en el centro y otro en el sur. En el norte estaban la República aristocrática de Venecia –sin duda, el poder con mayor capacidad para intentar la unidad–, la República democrática de Florencia y el Ducado de Milán; en el centro los Estados Pontificios, y en el sur Nápoles, cuya influencia se extendía hasta Sicilia. A una liga de las grandes ciudades-estado de Italia, bien organizada, le hubiera sido posible contener los progresos militares de los turcos, disputar a los portugueses la ruta del Cabo y defender la independencia de Italia frente a España y Francia. La unidad fue ciertamente intentada en el año 1526, pero tarde, cuando el peligro era inminente y solamente a los fines de una defensa momentánea. El resultado final del hecho de no haber buscado en el momento oportuno la unidad de la península fue la pérdida de la independencia de todas las ciudades-estado, la decadencia económica y la pobreza para la mayoría de los pueblos de la península. *Las grandes ciudades-estado de Italia pasaron de ser Estados subordinantes a ser subordinados.*

---

65 Federico List. *Sistema nacional… Op. cit.,* p. 24.

El significado histórico de los primeros viajes oceánicos

Analizando las consecuencias de la primera etapa de la globalización, Darcy Ribeiro sostiene que:

> La expansión oceánica europea iniciada por los ibéricos, se convierte en una empresa colectiva que multiplica colonias esclavistas, mercantiles y de poblamiento por todo el mundo, acelerando la acción del proceso civilizatorio capitalista mercantil como el más vasto de los movimientos de actualización histórica. Con su desencadenamiento, millones de hombres fueron trasladados de un continente a otro. Las matrices raciales más dispares fueron mezcladas y remodeladas. Las conquistas culturales y principalmente tecnológicas de todos esos pueblos confluyeron, echando las primeras bases de un reordenamiento unificador del patrimonio cultural humano.[66]

Como sostiene Arnold Toynbee, no hay duda alguna de que los viajes oceánicos de hallazgo y colonización que protagonizaron los marinos de Castilla, Portugal y luego los de Inglaterra, Holanda y Francia, fueron un acontecimiento histórico "epocal" porque desde los alrededores del año 1500 la humanidad quedó reunida en una única sociedad universal: "Desde los albores de la historia hasta esa fecha aproximadamente, la residencia terrenal del hombre había estado dividida en muchas mansiones aisladas; desde 1500 dC, aproximadamente, la raza humana ha quedado puesta bajo un solo techo".[67]

Hasta ese momento, la vía principal de comunicación entre las civilizaciones estaba conformada por una cadena de estepas y desiertos que se extendían desde el Sahara hasta Mongolia:

---

66 Darcy Ribeiro. *El proceso civilizatorio: de la revolución agrícola a la termonuclear*, Centro editor de América Latina, Buenos Aires: 1971, p. 86.

67 Arnold Toynbee. *La civilización puesta a prueba*, Emecé, Buenos Aires: 1967, pp. 52-58.



> Para los fines humanos la estepa era un mar interior que, en virtud de estar seco, resultaba para el tránsito humano más practicable que lo que jamás lo había sido el mar salado antes de terminar el siglo xv. Este mar sin agua poseía sus barcos de tierra y sus puertos sin muelles. Los galeones de las estepas eran los camellos; sus galeras, los caballos; sus puertos, las ciudades caravanas, puertos de escala en las islas–oasis y puertos terminales en las costas donde las arenosas olas del desierto rompían sobre el sembrado. Petra y Palmira, Damasco, Ur, la Samarkanda de Tamerlán y los emporios chinos en las puertas de la Gran Muralla... Y esa vía estratégica de comunicación estaba dominada por el poder islámico conducido por los turcos, quienes, desde ese estratégico control irrumpieron, conquistando y para conquistar, en todas direcciones: en Manchuria y Argelia, en Ucrania y en el Dekan.[68]

Pero los navegantes oceánicos de la pequeña península europea lanzados al mar flanquearon al poder islámico y lo tomaron por la retaguardia. La revolucionaria invención occidental para vencer al Islam

> … fue sustituir la estepa por el océano, como principal medio de comunicación mundial. Esta utilización del océano, al principio mediante veleros y luego mediante buques de vapor, permitió a Occidente unificar la totalidad del mundo habitado y habitable, inclusive las Américas... [y] el centro del mundo dio un gran salto repentino. Brincó desde el corazón del continente hasta su extrema margen occidental, y, después de revolotear alrededor de Sevilla y de Lisboa, se instaló por un tiempo en la Inglaterra isabelina.[69]

En lo que respecta a América Latina, en particular, esta "primera ola" de globalización que comienza con los descubrimientos marítimos hace que el territorio del *Nuevo Mundo,*

68 *Ibid.,* p. 57.

69 *Ibid.,* p. 58.

conquistado por Castilla en apenas cuarenta años, pase de ser un territorio fragmentado en más de quinientas etnias, lenguas y tribus dispersas, a ser un territorio unificado lingüística y religiosamente. América pasa de la dispersión a la unidad. Con el mestizaje de la sangre hispánica con la sangre indígena, de la cultura hispánica y la cultura americana autóctona y la evangelización de las masas aborígenes, nace el *extremo occidente.* Luego vendrá el aporte de Portugal y la conquista inglesa de la franja atlántica de la América del Norte, que dará origen a la contradicción América sajona-América Latina. En las tierras del nuevo continente se producirá la confrontación anglo-española, la *guerra de baja intensidad* sostenida por Inglaterra contra España por la hegemonía del mundo. El teatro principal de operaciones de esa guerra de baja intensidad estuvo en las "Indias Occidentales", que fueron acosadas por la piratería inglesa, fomentada, protegida y amparada por su graciosa majestad británica. Tanto la lucha entre España e Inglaterra como la lucha entre la América anglosajona y la América hispánica tendrán, en cierta forma, un trasfondo religioso.

Paradójicamente, la primera globalización –que generó el mayor movimiento expansionista de la historia humana, tendiente a unificar el mundo entero en un solo sistema de intercambio económico– hizo que Europa comenzara a

> ... experimentar en esa etapa un movimiento opuesto de segmentación de los pueblos en entidades étnico-nacionales cargadas de hostilidad de unas para con las otras. El mismo proceso civilizatorio que ensanchará el mundo, poniendo a todos los pueblos en contacto, y que ampliará el ámbito interno de cada sociedad por ruptura de barreras regionales, encuentra su término en las fronteras nacionales. Por toda Europa se aglutinan núcleos étnicos-nacionales expansionistas que venían evolucionando desde la disolución del Imperio romano. Se configuran así los espacios nacionales modernos. Cada uno de ellos comprende una comunidad que durante generaciones había participado de las mismas creencias y costumbres. Sus miembros pasan ahora a identificarse como naciones



definidas en términos de entidades solidarias, excluyentes de todas las demás, con derecho al dominio político del territorio que ocupaban o pleiteaban.[70]

Se consolida así, progresivamente, el *Estado-nación* que se convertirá en el actor principal de las relaciones internacionales. Confrontadas con esta nueva forma de organización, las sociedades no occidentales se vieron obligadas, para sobrevivir, a adaptarse a esa nueva forma organizativa y a la *ratio* que les daba sustento. Así procedió Japón, como explicaremos más adelante, con la Revolución Meiji.

Aun con tres siglos de retraso, así también tuvo que proceder China y lo hizo –recién en el siglo xx– con la Revolución de Mao y sus continuadores, después de la tentativa frustrada de Sun Yat-sen.

70 Darcy Ribeiro. *El proceso civilizatorio... Op. cit.,* p. 89.

Capítulo 4
Gran Bretaña y el nuevo umbral de poder

Gran Bretaña y la Revolución industrial

En su célebre libro *Industria e Imperio,* Eric Hobsbawm afirma:

> La Revolución industrial señala la transformación más profunda experimentada por la vida humana en la historia del mundo, registrada en documentos escritos. Durante un corto período esta revolución coincidió con la historia de un solo país, Gran Bretaña. Sobre él, o mejor dicho en torno a él, se edificó toda una economía mundial, que le permitió alcanzar, temporalmente, una influencia y un poder desconocidos con anterioridad por cualquier Estado de sus dimensiones.[71]

Es en ese momento histórico cuando Gran Bretaña emerge como el primer gran Estado-nación industrial del mundo. Hecho que eleva el umbral de poder casi a niveles inalcanzables para los otros Estados y que convierte a Inglaterra en el gran *Estado subordinante* del sistema internacional:

---

71 Eric Hobsbawm. *Industria e Imperio*, Ariel, Buenos Aires: 1998, p. 13.

> Hay un momento en la historia universal en que Gran Bretaña puede ser descrita como el único taller del mundo, su único importador y exportador masivo, su único poder imperialista, casi su único inversor extranjero; y por esa misma razón su única potencia naval y el único país con política mundial propia.[72]

Al realizar la Revolución industrial, antes que cualquier otro Estado, Gran Bretaña elevó automáticamente el umbral de poder. Por lógica consecuencia, a partir de ese momento, todos los otros Estados del sistema internacional que desearan mantener sus respectivas autonomías estaban obligados a realizar su propia Revolución industrial. Para no transformarse en subordinados, todos los Estados del sistema internacional debían industrializarse rápidamente.

Durante todo el siglo XVIII y principios del siglo XIX Francia había sido la principal rival de Inglaterra, tanto en lo político como en lo económico. Hasta mediados del siglo XVII:

> Francia era más rica que Gran Bretaña, aunque su riqueza estaba peor distribuida, y los campesinos en particular se hallaban agobiados por impuestos muy gravosos, en beneficio de una clase terrateniente prácticamente inactiva. Hasta la Revolución Industrial, la industria francesa había estado por delante de la inglesa en el empleo de maquinaria complicada y en el desenvolvimiento de grandes fábricas. Pero las cargas de las prolongadas guerras pesaron muy fuertemente sobre el sistema económico francés e impidieron que la Francia de la posguerra asimilara o aplicara las nuevas técnicas de producción basadas en la energía de vapor, hasta mucho tiempo después de su establecimiento en la Gran Bretaña.[73]

Francia salió francamente empobrecida de las guerras napoleónicas; sin embargo, conservaba su tradicional supremacía en la

72 *Ibid.,* p. 37.

73 George Cole. *Introducción a … Op. cit.,* p. 83.

industria de la seda, poseía una burguesía industrial con un maravilloso talento para la producción en pequeña escala de artículos de alta calidad, buen gusto y altísimos precios[74]. Además, el país se bastaba a sí mismo en materia de agricultura, de modo que volvió a tener cierto grado de prosperidad y una gran capacidad de acumulación de capital tan pronto como fueron superados los efectos de la guerra. Sin embargo:

> … política y económicamente Francia estaba mal equipada para rivalizar con Gran Bretaña en el mercado mundial. Sus existencias de

74 El comienzo de la industria francesa –especializada fundamentalmente en la fabricación de artículos de alta calidad y altos precios– puede ser ubicado históricamente después de la guerra de los Treinta Años, concluida en 1648 por la Paz de Westfalia. Desde el punto de vista político, Francia fue la gran vencedora de aquella guerra. Sin embargo, desde el punto de vista económico salió del conflicto arruinada. Para suerte de Francia, una acertada política económica la llevó a recuperarse asombrosamente. Con Jean Baptiste Colbert (ministro de Hacienda y secretario de Marina durante el reinado de Luis XIV) el Estado francés dio *el primer gran impulso estatal* para lograr una industrialización profunda del reino. El inteligente ministro de Luis XIV, tomando como ejemplo la política económica inglesa, suprimió impuestos y otorgó importantes subsidios para la fabricación de manufacturas, al mismo tiempo que estableció fuertes aranceles a los productos extranjeros. El éxito de la política económica de Colbert fue vertiginoso, en pocos años surgieron numerosas fábricas de tejido, cristalería y cerámicas. Además, Colbert –como respuesta a la Ley de Navegación, establecida por Cromwell en Inglaterra– puso grandes trabas a la entrada de barcos extranjeros a los puertos de Francia al mismo tiempo que fomentó la industria naval para la construcción de buques tanto mercantes como de guerra. Colbert, siguiendo el ejemplo de Isabel I de Inglaterra, trató sistemáticamente de "atraer a empresarios y a obreros especializados del extranjero mediante la concesión de préstamos sin interés, de primas, y el pago de ciertos costos de capital. De ese modo se consiguieron italianos para fabricar espejos y encajes; también llegaron mineros y fundidores alemanes y suecos, así como pañeros holandeses, poseedores de la antigua tradición flamenca (...) No puede negarse que las industrias de la lana, la seda y otras textiles francesas le debieron mucho al régimen de Colbert. Se creó una tradición de producción artística que sobrevivió al siglo xvii y que en muchos aspectos determinó por ciento cincuenta años el curso del desarrollo industrial de Francia". H. E. Friedlander y J. Oser. *Historia económica de la Europa Moderna*, Fondo de Cultura Económica, México: 1957, pp. 102-103.

> carbón eran pequeñas (...) En esas circunstancias las antiguas causas de rivalidad entre Francia y Gran Bretaña tendieron a desaparecer en gran parte. Las industrias francesas y británicas se habían desarrollado siguiendo líneas distintas, y no era probable que los franceses pudieran amenazar efectivamente la industria inglesa en sus nuevos sistemas de producción para el mercado mundial.[75]

A esta aguda observación de Cole, hay que agregar que a pesar de que Francia poseía instituciones idealmente aptas para el desarrollo capitalista, a pesar de que el ingenio y la inventiva de sus hombres de negocio no tenían igual en Europa, a pesar de que París era un centro financiero internacional tan importante como Londres, a pesar de que Francia poseía grandes reservas de capital que exportaba a todo el continente, el empresariado francés no invertía en la industria nacional: "El prudente empresario francés prefería fabricar productos de lujo a productos para ser consumidos por las masas; el financiero prudente prefería promover industrias en el extranjero que en su país"[76]. La explicación de esta paradoja radica, según Hobsbawm, en que:

> ... la iniciativa privada y el progreso económico solo van juntos cuando este proporciona a aquella beneficios más altos que otras formas de negocio. En Francia no ocurría así, aunque a través de Francia se fertilizaba el crecimiento económico de otros países.[77]

Sin un efectivo *impulso estatal* que promoviera el desarrollo de una industria pesada, sin una política económica proindustrial, sin una política financiera que orientara el crédito hacia la industria de base, Francia apenas si conseguía alcanzar el umbral de poder vigente (marcado por Gran Bretaña) a niveles suficientes como para no convertirse en un Estado subordinado, pero era

75 George Cole. *Introducción a… Op. cit,* p. 84.

76 Eric Hobsbawm. *La era de la Revolución 1789-1848*, Crítica, Buenos Aires: 2006b, p. 183.

77 *Ibid.,* p. 183.

absolutamente incapaz de desafiar la hegemonía mundial inglesa. Increíblemente, la causa de esta incapacidad no era otra que el abandono, por parte del Estado francés, del necesario impulso estatal para orientar su política y su economía hacia niveles similares a los de Gran Bretaña. De los diferentes caminos tomados por la burguesía y el Estado francés en la orientación de sus actividades surge la incapacidad francesa de discutirle a Gran Bretaña la supremacía mundial. [78]

Para comprender la lógica que motivó la alianza entre la élite política y la burguesía nacional –fundamentalmente en los casos de Italia y Alemania–, también es preciso destacar que para los más lúcidos protoindustriales del continente europeo:

> Resultó evidente enseguida que una comunidad dentro de la escala geográfica de Gran Bretaña, y que poseyera la cohesión y la solidaridad que las instituciones políticas del Gobierno representativo en escala nacional habían dado al país antes de finalizar el siglo XIII, significaba la unidad mínima de territorio y población en que el sistema industrial podía operar dejando ganancias.[79]

Observando Gran Bretaña, una pequeña parte de la élite política tanto del reino del Piamonte como de la desunida Alemania comprendieron que Inglaterra había elevado el umbral de poder y que solo los Estados que lograran industrializarse –tan profundamente como lo había hecho Inglaterra– podrían mantener su

---

78 Fue recién en 1892, tarde ya para superar la ventaja obtenida por Gran Bretaña y Alemania, que Francia se decidió a reducir su dependencia de los bienes de capital importados de Gran Bretaña y Alemania, mediante un serio impulso estatal. Pero solo después de la recuperación de Alsacia y Lorena el Gobierno francés logró alcanzar su objetivo estratégico de desarrollar la industria pesada. Sobre la historia del desarrollo industrial francés ver: John Clapham. *The Economic Development of France and Germany, 1815-1914*, Cambridge University Press, Londres: 1936. Shepard Bancroft Clough. *France: A History of National Economics, 1789-1939*, Charles Scribner's Sons, Nueva York: 1939. Pierre Levasseur. *Histoire du commerce de la France de 1789 a nos jours*, vol. II, Ed. Arthur Rousseau, París: 1912.

79 Arnold Toynbee. *La civilización… Op. cit.,* p. 89.

autonomía bajo las nuevas condiciones económicas creadas por la Revolución industrial. Resultó natural, entonces, la confluencia de intereses entre los hombres políticos que buscaban la unidad italiana, en un caso, y la unidad alemana en otro, con sus respectivas burguesías nacionales (élites protoindustriales), que habían llegado a la conclusión de que solo en un Estado de dimensiones parecidas a las que poseía Gran Bretaña podían invertir sus riquezas y obtener luego buenas ganancias.

Equívocos sobre las causas de la Revolución industrial

Abordar de manera profunda los motivos y circunstancias por las cuales Gran Bretaña se erigió en el primer Estado-nación en realizar la Revolución industrial excedería los límites de nuestro trabajo. Sin embargo, conviene despejar por lo menos algunos equívocos de la larga serie de malentendidos y pseudoexplicaciones que se han elaborado –en algunos casos, maliciosamente– del porqué Gran Bretaña se convirtió en el primer "taller" del mundo.[80]

En este camino de despejar equívocos seguimos al gran historiador Eric Hobsbawm. La primera serie de equívocos proviene de las teorías que tratan de explicar la Revolución industrial en términos de clima, geografía, cambio biológico en la población u otros factores exógenos:

> Si, como se ha dicho, el estímulo para la revolución procedía digamos que del excepcional largo período de buenas cosechas que tuvo lugar a principios del siglo XVIII, entonces tendríamos que explicar por qué otros períodos similares anteriores a esta fecha no tuvieron consecuencias semejantes. Si han de ser las grandes reservas de

80 "En el sentido literal, es posible que la Gran Bretaña no fuera nunca el taller del mundo, pero su predominio industrial era tal a mediados del siglo XIX que la frase es legítima. Producía quizá dos terceras partes del carbón del mundo, quizá la mitad de su hierro, cinco séptimas partes de su escasa producción de acero, la mitad aproximadamente del paño de algodón producido a escala comercial y el 40% (en valor) de su ferretería". George Lichtheim. *El imperialismo*, Ed. Alianza, Madrid: 1972, p. 79.

> carbón de Gran Bretaña las que expliquen su prioridad, entonces bien podemos preguntarnos por qué sus recursos naturales, comparativamente escasos, de otras materias primas industriales, por ejemplo, el mineral de hierro, no le dificultaron otro tanto o, alternativamente, por qué las extensas carboneras silesianas (alemanas) no produjeron un despegue industrial igualmente precoz.[81]

Alemania poseía hierro y carbón en abundancia, pero estaba dividida –antes de la invasión napoleónica– en más de 300 miniestados desunidos y anárquicos. Suecia poseía, a diferencia de Alemania, una férrea unidad política; tenía, además, enormes reservas de hierro, pero carecía de una política económica adecuada. Por eso bien aclara Hobsbawm:

> Los factores climáticos, la geografía, la distribución de los recursos naturales, no actúan independientemente, sino dentro de una determinada estructura económica, social e institucional (...) Esto es válido incluso para el más poderoso de estos factores, un fácil acceso al mar o a ríos navegables, es decir, para la forma más barata y más práctica de la era preindustrial.[82]

También –sostiene Hobsbawm– deben rechazarse las explicaciones de la Revolución industrial que la remiten a accidentes históricos: "El simple hecho de los grandes descubrimientos de los siglos xv y xvi no explica la industrialización, como tampoco la revolución científica del siglo xvi".[83]

Desmenuzando las posibles causas de por qué Gran Bretaña se convirtió en el primer "taller del mundo", Hobsbawm sostiene un argumento de suma importancia –para la discusión política que se plantea en Latinoamérica cuando algunos intelectuales creen

81 Eric Hobsbawm. *Industria e Imperio… Op. cit.,* p. 36.

82 *Ibid.,* p. 37.

83 *Ibid.,* p. 37.

encontrar el origen del subdesarrollo de la región en aquello que denominan "las raíces torcidas" del subcontinente– cuando afirma:

> Tampoco puede hacerse responsable a la Reforma protestante, ya fuera directamente o por vía de cierto espíritu capitalista especial u otro cambio en la actitud económica inducido por el protestantismo; ni tampoco por qué tuvo lugar en Inglaterra y no en Francia. La Reforma protestante tuvo lugar más de dos siglos antes que la Revolución Industrial. De ningún modo todos los países que se convirtieron al protestantismo fueron luego pioneros de esa revolución y –por poner un ejemplo fácil– las zonas de los Países Bajos que permanecieron católicas (Bélgica) se industrializaron antes que las que se hicieron protestantes (Holanda).[84]

En la misma línea de razonamiento de Hobsbawm, José Enrique Miguens afirma que algunos intelectuales de América Latina, equivocadamente, atribuyen al gran sociólogo alemán Max Weber la tesis de que el capitalismo y la Revolución industrial surgieron como resultado de la reforma protestante:

> Superficialmente –sostiene Miguens– esos intelectuales parecerían tener razón en su interpretación de Weber, porque su libro más importante se titula *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, y si uno hojea el índice verá que habla de Lutero, de Calvino y de las sectas protestantes y el espíritu del capitalismo. Pero, para saber a qué se refiere con esto, primero hay que leerlo íntegro y, segundo, hay que ubicar lo que dice en el contexto de la teoría y metodología weberiana.[85]

En cuanto a lo primero –destaca Miguens–, en el capítulo I el propio Weber se encarga de desmentir contundentemente tales interpretaciones de su obra al afirmar: "No se debe sostener una

84 *Ibid.,* p. 37.

85 José Enrique Miguens. *Democracia práctica. Para una ciudadanía con sentido común*, Emecé, Buenos Aires: 2004, p. 190.

tesis tan locamente doctrinaria que pretendería que el espíritu capitalista haya podido surgir como resultado de la Reforma o más todavía, que el capitalismo como sistema económico sea una creación de esta"[86]. Y en una nota al pie de esta sentencia, agrega: "A pesar de esta y otras advertencias mías suficientemente explícitas, las que he mantenido siempre sin modificaciones, curiosamente tal tesis me ha sido repetidamente atribuida". [87]

Gran Bretaña como arquetipo

Como ya afirmamos, después de las guerras napoleónicas Gran Bretaña culmina el proceso de industrialización iniciado durante el reinado de Isabel I[88], quien la transformó en el primer gran Estado-nación industrial del mundo y, gracias a ello, en la primera potencia mundial:

---

86 Max Weber. *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, citado por José Enrique Miguens, en: *Democracia práctica… Op. cit.,* p. 190.

87 *Ibid.,* p. 190.

88 "Isabel I promovió la economía nacional inglesa protegiendo la naciente industria del reino. Hasta entonces Inglaterra vendía su abundante producción de lana principalmente a Holanda donde era luego procesada. Mediante una hábil política de fomento, Isabel consiguió atraer hacia Inglaterra a los técnicos tejedores holandeses expulsados por Felipe II de los Países Bajos. Técnicos que una vez instalados en Inglaterra, apoyados y protegidos por el Estado, comenzaron a desarrollar la industria textil que llegó a ser una de las columnas principales de la economía inglesa. Isabel desarrolló el mercado interno para la naciente industria estableciendo salarios mínimos, dictando diversas leyes protectoras de los campesinos y proporcionando trabajo a los pobres. Durante los cuarenta y cinco años de reinado de Isabel, Inglaterra gozó de una extraordinaria prosperidad económica. Es posible afirmar que Inglaterra vivió una primera revolución industrial entre 1540 y 1640, caracterizada por inversiones en industrias nuevas como la minería, la metalurgia, las cervecerías, la refinación de azúcar, la fabricación de jabón, alumbre, cristal y sal. El auge de la extracción del carbón se inicia en el reinado de Isabel y de allí a la revolución de 1688 su producción aumenta un 1.500%; pasa de 170.000 a 2.500.000 toneladas. Nivel que Francia recién alcanza en 1834". Vivian Trías. *El Imperio británico, Cuadernos de Crisis n.° 24*, Del Noroeste, Buenos Aires: 1976, p. 6.

> Solo una economía estaba industrializada efectivamente en 1848, la británica y, como consecuencia, dominaba el mundo (...) en la década de 1840-1850 la transformación industrial del mundo que no hablaba inglés era muy modesta todavía. Por ejemplo, en 1850 había un total de poco más de doscientos kilómetros de vías férreas en España, Portugal, Escandinavia, Suiza y toda la península balcánica (...) En 1830 solo había una ciudad industrial de más de un millón de habitantes (Londres), una de más de medio millón (París) fuera de Inglaterra, solo diecinueve ciudades europeas de más de cien mil.[89]

Gran Bretaña agregó, a su ya consolidada condición de Estado-nación, una nueva y determinante característica: la de Estado industrial, elevando de ese modo el umbral de poder y convirtiéndose, por ello, en el Estado más poderoso del sistema internacional. De ese modo se transformó en el único Estado en condiciones de "imponer su voluntad" a los otros miembros del sistema y, consecuentemente, en el *único actor en condiciones de "crear las reglas del sistema" a su entero beneficio*.

Al elevar Inglaterra el umbral de poder quedó claro que quienes desearan mantener la autonomía de sus Estados y no transformarse –formal o informalmente– en Estados subordinados, en "meras piezas" del imperio formal o informal que Inglaterra estaba construyendo, debían aprender la lección del apreciable éxito británico. Y, ¿cuál era la principal lección que Gran Bretaña se encargaba ahora de ocultar, propagando una ideología que prescribía como receta del éxito un camino totalmente distinto del que ella misma había seguido para conseguirlo?

Para cualquier observador atento de la historia británica –que no se dejara obnubilar por los destellos de la ideología que Inglaterra trataba de imponer como "moda a seguir"– la lección era simple:

> Cuando –la élite dirigente británica– hubo de elegir entre los intereses del comercio (que descansaban en la libertad de importar,

89 Eric Hobsbawm. *La era de la Revolución… Op. cit.,* p. 173.

> exportar y reexportar) y los de la industria (que reposaban en aquel estadio en la protección del mercado interno británico contra los productos extranjeros y en la captura de mercados de exportación para los productos británicos), prevaleció el productor doméstico.[90]

Es decir, que eligió los intereses de la industria por sobre los del mero comercio. Cierto es, también, que aquella elección se desarrolló mediante una ardua puja que se resolvió no solo por la clarividencia de la élite dirigente británica, sino también porque "el comerciante sólo pudo movilizar Londres y algunos otros puertos en defensa de sus intereses, en tanto que el manufacturero contó con los intereses políticos de amplios sectores del país y del Gobierno"[91]. Los datos objetivos que nos suministra la historia demuestran que:

> La cuestión quedó decidida a fines del siglo XVII, cuando los fabricantes de tejidos, apoyándose en la tradicional importancia de los paños de lana para la hacienda británica, obtuvieron la prohibición de importar indianas extranjeras. La industria británica pudo crecer a sus anchas en un mercado interior protegido hasta hacerse lo suficientemente fuerte como para pedir libre entrada en los mercados de otros pueblos, es decir, el librecambio.[92]

Conviene recordar, al pasar, que en la Gran Bretaña de 1750, que contaba con aproximadamente 7 millones de habitantes, la industria de la lana –que había nacido del impulso estatal producido durante el reinado de Isabel I– representaba todavía "la principal demanda de mano de obra industrial (...) Utilizando casi exclusivamente lana producida en el país, era la más importante industria de

90 *Ibid.,* p. 30.

91 *Ibid.,* p. 30.

92 *Ibid.,* p. 30.

exportación de la Gran Bretaña, así como la primera en el mercado nacional".[93]

Aquellos Estados que aprendieron la lección que la misma historia británica les brindaba –y que no se dejaron engatusar por los "cantos de sirena" de los intelectuales británicos que predicaban, para la exportación, el libre comercio– trataron de reproducir el camino histórico al desarrollo que había seguido el propio Reino Unido para acceder al nuevo umbral de poder.

El camino que marcaba la misma historia inglesa consistía en crear un mercado interno protegido para que la industria pudiese crecer a sus anchas, hasta hacerse lo suficientemente fuerte como para pedir libre entrada en los mercados de otros pueblos. La historia inglesa mostraba que había que aplicar un férreo proteccionismo económico, hasta crear una industria lo suficientemente competitiva para luego aconsejar "desinteresadamente" a otros Estados el libre cambio. Aquellos Estados que aprendieron la lección que la historia inglesa les ofrecía comprendieron que aquellos países que no se convirtieran en Estados-nación industriales iban a ser el "coro de la historia", meros comentadores, simples "receptores" de una historia "hecha" por otros. El modelo histórico británico concreto –y no el "inventado" por los intelectuales (*ex post facto)* para la exportación– se convirtió, para las élites más lúcidas de Estados Unidos, Italia y Alemania, en el camino a seguir. Las políticas económicas –realmente ejecutadas y no aquella que se predicaba– fueron tomadas como ejemplos a imitar.

En Europa, Alemania e Italia –imitando el camino histórico seguido por Inglaterra– serán los siguientes Estados –luego de Gran Bretaña y Francia– en convertirse en Estados-nación industriales.

Durante la segunda mitad del siglo XIX se dan tanto la lucha alemana como la italiana para alcanzar sus respectivas unidades nacionales, condición primera para alcanzar el umbral de poder vigente. Para generar un gran Estado industrial, Bismark va a culminar la unidad alemana que había sido anticipada por el

93 George Cole. *Introducción a… Op. cit.,* p. 32.

Zollverein, la unión aduanera entre los microestados alemanes. En el norte de Italia, la monarquía de los Saboya y los industriales del Piamonte y la Lombardía generan la unidad italiana para ampliar sus mercados, y así poder irrumpir en la lógica de los Estados que podían ser protagonistas de la historia.

En el continente americano solo Estados Unidos, luego de una ardua lucha interna, no se dejó "envolver" por las supuestas ventajas de la "división internacional del trabajo" predicada por Gran Bretaña. En el enorme continente asiático un solo Estado logrará salvarse de caer bajo la subordinación británica, al rechazar las teorías publicitadas por Gran Bretaña y convertirse, vertiginosamente, en el primer Estado-nación industrial del Lejano Oriente, alcanzando así el umbral de poder vigente: Japón.

La segunda ola de globalización

La Revolución industrial, cuyo epicentro fue Gran Bretaña, engendró paulatinamente la "segunda ola" de globalización del mundo, que se profundizó con la revolución de los medios de locomoción provocada por el ferrocarril, el barco a vapor y el telégrafo. Así como las carabelas fueron las protagonistas de la primera globalización, los barcos a vapor transatlánticos, hijos del desarrollo industrial –botados al mar a partir de 1838–, lo fueron de la segunda ola "globalizante"[94]. Por eso es preciso aclarar que la segunda ola de globalización –como proceso de incremento de las relaciones y los intercambios humanos, comerciales y de capital, tendiente a la unificación de la totalidad del mundo habitado y habitable– se profundiza recién a mediados del siglo XIX, con la revolución de los medios de locomoción. Con el ferrocarril, el comercio –que antes

94 "El 8 de abril de 1838, el *Great–Western* (L 64,60m, I10,60m, 1340 toneladas, construido en madera, 800 toneladas de carbón, de la cual consumía 650 para la travesía de ida y 393 en la de vuelta) partió de Bristol rumbo a Nueva York con siete pasajeros, no había más voluntarios. Llegó el 23 de abril. El *Great–Western* regresó con 66 viajeros y tardó 14 días en cubrir su trayecto". Maurice De Brossar. *Historia Marítima del mundo*, p. 477.

apenas mordía las factorías costeras y la desembocadura de los grandes ríos– penetra en el corazón de los continentes. Con los barcos de acero y la navegación a vapor se abaratan de tal modo los fletes, que se hace muy rentable para los países europeos importar trigo, cuero, cobre o café en grandes cantidades. Sin el ferrocarril y el vapor transatlántico:

> Las materias primas voluminosas y pesadas no podrían haberse concentrado nunca para la industria, ni podrían haberse encontrado alimentos para las poblaciones industriales. Ellos hicieron posible los dos grandes y nuevos fenómenos sociales de la época: la urbanización general y la emigración masiva. El transporte moderno proporcionó un apremiante incentivo al desarrollo tecnológico, permitiendo a los hombres contemplar el mundo entero como una sola unidad económica.[95]

Desde el ángulo de la política internacional es preciso tener en cuenta, como dato político fundamental, que Inglaterra intentará en un principio impedir o retardar la industrialización de otras naciones, así como dificultar al máximo la generación de tecnologías ferroviarias locales: "Gran Bretaña prohibió en 1824 la exportación de maquinaria y la emigración de obreros calificados; y aunque ambas prohibiciones se violaron con mucha frecuencia, constituyeron serios obstáculos para la expansión del maquinismo en el exterior".[96]

Tampoco resulta un dato político menor para el estudio de la política internacional el hecho de que al mismo tiempo que con sus leyes Gran Bretaña prohibía la exportación de maquinarias y la emigración de obreros calificados, predicaba las ventajas de la división internacional del trabajo para "convencer" al resto de las

---

95 Thomas Derry y Trevor Williams. *Historia de la tecnología*, Siglo XXI, Madrid: 2000, p. 529.

96 George Cole. *Introducción a la... Op. cit.,* p. 56.

naciones que dejaran que Gran Bretaña fuera la única gran fábrica del mundo.[97]

Como ya afirmamos, Francia, Alemania, Italia, Estados Unidos y luego Japón no escucharon aquellos *cantos de sirena* provenientes de Gran Bretaña y decidieron realizar su propia industrialización, desoyendo los "desinteresados consejos" que el profesor de Glasgow, Adam Smith, diera al mundo en su famosa obra *Investigación sobre la naturaleza y causa de las riquezas de las naciones*, a través de la cual Inglaterra logró abrir más mercados para sus industrias que con todos sus cañones.

Desde los albores de la Revolución industrial el objetivo estratégico de Gran Bretaña consistió en imponer a nivel mundial los principios del libre cambio, a fin de que otros Estados no alcanzasen el umbral de poder. Existió, pues, no solo una idea meramente económica, sino también un importante esfuerzo político encaminado a mantener a Gran Bretaña como la primera –y en lo posible como la única– potencia mundial, como el primer y único Estado subordinante.

Mediante la persuasión o, de ser necesario, mediante el uso de la fuerza, el Reino Unido de Gran Bretaña logró organizar el primer "multilateralismo comercial" mediante tratados bilaterales con casi todas las naciones del mundo. Por medio de ellos, el contratante se comprometía a recibir, libremente, las manufacturas inglesas y a exportar, libremente, sus materias primas al mercado inglés. A la vez, Gran Bretaña le concedía las mismas ventajas. Al respecto de tales tratados, Vivian Trías sostiene perspicazmente:

---

97 La política tendiente a prohibir la exportación de maquinarias y la emigración de obreros calificados fue una política permanente de Gran Bretaña desde antes incluso de la Revolución industrial. En 1765 el Parlamento británico ratificó la prohibición sobre la emigración de obreros capacitados y trató de aplicar la prohibición de manera mucho más estricta. En 1774 el mismo Parlamento británico prohibió la exportación de modelos y planos mecánicos y de las mismas máquinas. Después de la Revolución industrial, estas medidas se hicieron más extensas y se aplicaron con mayor rigor y vigilancia.

> Aparentemente, en la letra, en la teoría abstracta, nada más justo y equitativo. ¿Pero cómo va competir con la industria inglesa, en su propio reducto, la manufactura burda y cara de los países atrasados? Ese acuerdo de libre importación mutua deriva, sencillamente, en que la industria británica devasta los brotes incipientes de las manufacturas locales de las economías menos desarrolladas; es lo que Baran llama el infanticidio industrial. Lo que lleva, como de la mano, a la especialización del país rezagado, a la monocultura, a la deformación de su economía, que se hipertrofia en el único sentido de la producción de materiales básicos para los que su suelo y su clima son singularmente aptos (...) Políticamente, el proceso se complementa con una estrecha alianza entre la burguesía metropolitana y la oligarquía de la sociedad dependiente.[98]

Es durante esta "segunda ola de globalización" cuando se genera, de una manera muy nítida, la configuración "centro–periferia" que marca el mundo desde la Revolución industrial. Es durante este período cuando la América española emprende su lucha por la independencia, engendrándose, al mismo tiempo, una guerra civil –enmascarada o abierta, según los casos– entre aquellos que conciben que el proceso independentista debe terminar en la unidad política de la América hispánica, y aquellos que desde las ciudades puertos, aliados a Inglaterra, piensan que lo más conveniente a sus intereses es que, una vez finalizadas las guerras de la independencia, se conformen alrededor de las *polis* oligárquicas una multiplicidad de Estados hispánicos. La derrota de Bolívar, San Martín, O'Higgins y Artigas, sella el proyecto inglés de fragmentación y hace que la América española pase, de la unidad, a la dispersión.

Distinta, en cambio, será la suerte de la América lusitana que logra, mediante la fórmula monárquica y teniendo el ejército como columna vertebral del Estado, contener las fuerzas que pujaban hacia la fragmentación territorial. De esa forma, Brasil salva su unidad territorial y, por ende, nacional. Sin embargo, en algo será

---

98 Vivian Trías. *El Imperio británico… Op. cit.,* pp. 41-42.

igual el destino de las dos Américas, la lusitana y la hispánica: *ambas se incorporarán a la economía internacional como proveedoras de materias primas e importadoras de productos industriales, sin realizar ningún esfuerzo industrializador* y perdiendo, de ese modo, el tren de la historia por más de un siglo. Al elegir el proyecto propuesto por Adam Smith, muchas de las Repúblicas latinoamericanas lograron modernizar sus economías y alcanzar un progreso relativo importante, pero el modelo elegido contenía, en sí mismo, el germen de su propio estancamiento.

Arnold Toynbee extrajo, acertadamente, las consecuencias que sobre la arena de la política internacional tuvo la segunda ola globalizante nacida de la Revolución industrial, al sostener que "durante el siglo que concluyó en 1914, el mundo fue conquistado económicamente no solo por el nuevo sistema industrial de Occidente sino por las naciones occidentales en las que se lo había inventado"[99]. Es decir, por Gran Bretaña y por aquellas naciones que desoyendo los consejos de Adam Smith aplicaron, al igual que Inglaterra, una política de *fuerte impulso estatal al proceso de industrialización*.

Durante la segunda globalización, el ejemplo paradigmático de una gran potencia que quedó rezagada, subdesarrollada y dominada por más de un siglo, a causa de omitir el proceso de industrialización, fue el gran imperio agrario chino. Enfrente de la gran China, una pequeña isla, Japón, desprovista de todas las materias primas –las mismas que China poseía en exceso– y gracias a un plan de industrialización acelerado –atizado, como en todos casos exitosos, por el impulso estatal– se convertiría a partir de 1870 y en el brevísimo lapso histórico de cincuenta años en una potencia industrial, y alcanzaba el umbral de poder vigente, condición –vale destacarlo una vez más– imprescindible para mantener la autonomía nacional. Precisamente por ello, Japón resultó ser el único país asiático que nunca fue sometido por el colonialismo europeo.

99 Arnold Toynbee. *La civilización… Op. cit.,* p. 79.

Cápitulo 5
La insubordinación estadounidense

Los inicios de la primera insubordinación exitosa

Entre 1775 y 1783 las trece colonias de América del Norte protagonizaron la *primera insubordinación exitosa producida en un sitio que, por ese entonces, era "la periferia del sistema internacional"*. No fue, evidentemente, la única insubordinación producida en la periferia, pero sí *la más exitosa de todas las insubordinaciones* porque logró crear el primer *Estado-nación-industrial* fuera del continente europeo y la *primera República de los tiempos modernos*. La República estadounidense constituyó una *verdadera revolución democrática* que atrajo hacia sí una verdadera marea de inmigrantes que partieron de la vieja Europa en busca de trabajo, justicia y libertad.

La lucha comenzó en 1775 –cuando con la misión de capturar un depósito colonial de armas en Concord, Massachussets, y reprimir la revuelta en esa colonia, los soldados británicos chocaron con los milicianos coloniales– y se prolongó hasta 1783, cuando se firmó el Tratado de Paz de París, por el cual se declaró la independencia de la nueva nación: Estados Unidos.

Sin embargo, Estados Unidos no conquistó su autonomía nacional en un acto único, sino mediante un largo proceso que comenzó con la Guerra de Independencia y terminó, en realidad,

con la Guerra Civil. A la *"insubordinación fundante" le siguió un largo y tortuoso proceso de insubordinación económica e ideológica*.

Inmediatamente después de obtenida la independencia formal, comenzó el enfrentamiento entre el sector que quería complementar la independencia política con la independencia económica –es decir, *continuar con el proceso de insubordinación*– y el sector que se oponía a profundizar el camino iniciado en 1775, porque sus intereses económicos estaban ligados específicamente a Gran Bretaña y, en general, a la estructura hegemónica del poder político y económico mundial vigente en la época. Ese enfrentamiento se decidió, finalmente, en los campos de batalla de Gettysburg.

Acertadamente, afirma Harold Underwood Faulkner en su obra *Historia económica de los Estados Unidos*:

> La revolución trajo la independencia política, pero de ninguna manera la independencia económica. Los productos norteamericanos que eran exportados a Europa durante el período colonial seguían teniendo ese continente por mercado y al mismo tiempo se siguieron importando de allí artículos manufacturados. Las manufacturas que habían surgido durante la Revolución fueron ahogadas por las mercaderías más baratas que volcaron los ingleses en el mercado norteamericano al restablecimiento de la paz (...) Según todos los indicios Norteamérica habría de caer nuevamente en una situación de dependencia, produciendo materias primas necesitadas por Europa y adquiriendo, a su vez, los artículos manufacturados que esta le proporcionaba. Parecía empresa imposible llegar a competir con Inglaterra en la producción y venta de estas mercaderías.[100]

Empresa tanto más difícil si se tiene en cuenta que desde la ideología dominante también se sostenía que el destino de las recientemente independizadas trece colonias era el de convertirse en un país exclusivamente agrícola. En ese sentido, el propio Adam Smith sustentaba que la Naturaleza misma había destinado

100 Harold Underwood Faulkner. *Historia Económica de Estados Unidos*, Novoa, Buenos Aires: 1956, p. 277.

a Norteamérica para la agricultura exclusivamente y desaconsejaba a los líderes norteamericanos cualquier intento de industrialización: *"Estados Unidos", escribía Adam Smith, "está como Polonia, destinado a la agricultura"*[101]. Las ideas de Smith le eran útiles al poder inglés para tratar de conseguir por la persuasión –mecanismo típico del imperialismo cultural– lo que había tratado de impedir por la fuerza de la ley durante el período colonial.[102]

El veto británico a la industrialización

Resulta significativo destacar que Inglaterra llevó a cabo una política expresa para impedir el desarrollo industrial de las trece colonias porque comprendió, desde muy temprano, que la industrialización de las colonias podía llevarlas a la independencia económica y que este estadio las llevaría a reclamar, luego, la independencia política. Por eso, consciente de las consecuencias económicas y políticas que podía generar un proceso de industrialización en las trece colonias, la política inglesa trató de supervisar y boicotear a las escasas empresas manufactureras de las colonias.[103]

---

101 Adam Smith, citado por Federico List, *Sistema nacional… Op. cit.,* p. 97.

102 Adam Smith publica su famosa obra *Investigación sobre la naturaleza y causa de la riqueza de las naciones* el mismo año de la declaración de independencia de Estados Unidos.

103 Durante el reinado de los Estuardo se prohibió la emigración de obreros calificados a las colonias de América y *"… en 1765 el Parlamento volvió a aplicar en forma mucho más estricta la vieja prohibición Estuardo sobre la emigración de obreros capacitados. En 1774 dio un paso más amplio al prohibir la exportación de modelos y planos mecánicos y de las mismas máquinas. Después de la Revolución, estas medidas se hicieron más extensas y se aplicaron con mayor rigor"*. William Miller. *Nueva Historia de Estados Unidos*, Nova, Buenos Aires: 1961, p. 165.
Sobre el veto británico a la industrialización de las trece colonias y las políticas establecidas para impedir el desarrollo industrial, ver especialmente las obras de: Charles Andrews. *The Colonial Background Of The American Revolution*, Universidad de Yale, New Haven: 1924; George Beer. *The Old Colonial System, 1660-1754*, Macmillan, Nueva York: 1912; Hugh Egerton. *Short History of British Colonial Policy*, Methue, Londres: 1924; John Horrocks. *A Short History of Mercantilism*, Metheu, Londres: 1924; Gustav von Schmoller. *The Mercantile System and Its Historical Significance*, Smith, Nueva York: 1931.

Para impedir que la manufactura colonial entrara en competencia con las industrias de la metrópoli, los gobernadores coloniales tenían instrucciones precisas de "oponerse a toda manufactura y presentar informes exactos sobre cualquier indicio de la existencia de ellas"[104]. Los gobernadores eran los encargados de practicar un verdadero "infanticidio industrial", planificado en Londres por el Parlamento británico.[105]

Los sagaces representantes de la corona comprendían perfectamente la actitud inglesa, a la que prestaban toda su simpatía, como lo demuestran las palabras de lord Cornbury, gobernador de Nueva York entre 1702 y 1708, quien escribía a la Junta de Comercio:

> Poseo informes fidedignos de que en Long Island y en Connecticut están estableciendo una fábrica de lana, y yo mismo he visto personalmente estameña fabricada en Long Island que cualquier hombre podría usar. Si empiezan a hacer estameña, con el tiempo harán también tela común y luego fina; tenemos en esta provincia tierra de batán y tierra pipa tan buenas como las mejores; que juicios más autorizados que el mío resuelvan hasta qué punto estará todo esto al servicio de Inglaterra, pero expreso mi opinión de que todas estas colonias(...) deberían ser mantenidas en absoluta sujeción y subordinación a Inglaterra; y eso nunca podrá ser si se les permite que puedan establecer aquí las mismas manufacturas que la gente de Inglaterra; pues las consecuencias serán que cuanto vean que sin

104 Harold Underwood Faulkner. *Historia económica… Op. cit.,* p. 134.

105 La granja colonial fue la cuna de la industria norteamericana. Las familias campesinas en el tiempo libre que les quedaba durante los duros meses del invierno norteamericano fabricaban clavos, útiles de labranza, duelas de barril, barricas de roble y recipientes para el tabaco, el ron, las melazas y pescado. Muchos de estos artículos eran exportados fácilmente a las Antillas. Una industria domestica muy importante fue la elaboración de bebidas, ron, cerveza y sidra; se producían en Nueva Inglaterra, donde se destilaban las melazas de las Antillas, hacia donde luego se exportaba el ron. Pocos eran los hogares donde no existía una rueca y un telar de mano. En 1640 empezaron a aparecer las primeras fundiciones relativamente importantes en Massachussets. Al respecto, ver Rolla Tryon. *Household, Manufactures in the Unites States, 1640-1860*, Universidad de Chicago, Chicago: 1917.

> el auxilio de Inglaterra pueden vestirse no sólo con ropas cómodas, sino también elegantes, aquellos que ni siquiera ahora están muy inclinados a someterse al Gobierno pensarían inmediatamente en poner en ejecución proyectos que hace largo tiempo cobijan en su pecho.[106]

Cornbury describe perfectamente la “esencia” del “imperialismo económico”, en idénticos términos a los utilizados por Hans Morgenthau.

Si bien Inglaterra elaboró una legislación específica para frenar todo posible desarrollo industrial en las trece colonias, había dos industrias que Gran Bretaña vigilaba con particular celo por considerarlas estratégicas y vitales para la economía británica: la textil y la siderúrgica. Dos leyes, dictadas en tal sentido, resultan emblemáticas: la ley de 1699, que prohibía los embarques de lana, hilados de lana o telas, producidos en Norteamérica, a cualquier otra colonia o país; y la de 1750, que prohibía el establecimiento, en cualquiera de las trece colonias, de talleres laminadores o para el corte del metal en tiras y de fundiciones de acero.

Comentando la primera de estas emblemáticas leyes antiindustriales, Underwood Faulkner afirma:

> Inglaterra era ya uno de los principales países fabricantes de lanas y la mitad de sus exportaciones a las colonias la constituían artículos de ese material. Tan hostiles eran los productores de la metrópoli a la competencia, que en la temprana fecha de 1699 se votó una ley de la lana, estableciendo que ningún artículo de lana podría ser exportado de las colonias o enviado de una colonia a otra (...) Como consecuencia de esta legislación la manufactura de telas para la venta declinó y los comerciantes en lana ingleses prolongaron durante un siglo su dominio sobre el mercado norteamericano.[107]

---

106 Harold Under Faulkner. *Historia económica… Op. cit.,* p. 134.

107 *Ibid.,* p. 135.

A diferencia de la industria textil, la fabricación del hierro –que comenzó en 1643 con el horno de fundición de John Winthrop, cerca de Lynn– gozó, durante algunos años, de cierto margen de libertad y alcanzó hacia 1750 proporciones considerables. Esta situación se explica porque:

> Inglaterra estaba necesitada de hierro, y hasta 1750 intereses encontrados habían impedido que se votara una legislación contraria a su elaboración en las colonias. Pero, en 1750, se acordó una ley para estimular la producción de la materia prima y obstaculizar la manufactura de objetos de hierro, estableciéndose que: (1) el hierro en barras podía importarse libre de derechos en el puerto de Londres; y el hierro en lingotes en cualquier puerto de Inglaterra; y (2) que no debía instalarse en las colonias ningún taller o máquina de laminar hierro o cortarlo en tiras, ni ninguna fragua de blindaje para trabajar con un martinete de báscula, ni ningún horno para fabricar acero.[108]

Más allá de las leyes elaboradas por el Parlamento británico, destinadas a impedir el desarrollo industrial en sus colonias norteamericanas, es importante destacar un hecho políticamente significativo: las colonias eran tratadas como "ajenas" al territorio británico a los fines aduaneros. No se las consideraba incluidas dentro de los límites de las barreras aduaneras británicas y, en consecuencia, sus exportaciones pagaban los derechos ordinarios de importación en los puertos ingleses. Analizando la política inglesa hacia sus colonias de América del Norte, Dan Lacy afirma:

> Estaba claro el propósito de la política británica de no considerar a las colonias como porciones de ultramar de un reino único, cuyo bienestar económico era estimado al igual que el de la madre patria.

108 *Ibid.*, p. 135.

Al contrario, las consideraba comunidades inferiores cuya economía debía estar siempre al servicio de los intereses de Gran Bretaña.[109]

Mientras las colonias fueron jóvenes y poco pobladas, los colonos pudieron burlar, muy a menudo, las leyes británicas que frenaban el desarrollo económico del territorio colonial, pero a partir de 1763, cuando la población de las colonias llegó a ser equivalente a un cuarto de la población inglesa, Inglaterra fue mucho más estricta en la aplicación de las leyes que había creado para mantener a las colonias en una posición económica subordinada. No es difícil concordar con Louis Hacker cuando sostiene que el veto británico a la industrialización norteamericana fue, probablemente, el más poderoso de los factores que provocaron el estallido de la Revolución estadounidense.[110]

La lucha por la industrialización

Cuando las trece colonias lograron la independencia política, Inglaterra, para mantener la subordinación económica de estas, no tuvo más remedio que tratar de ensayar la aplicación del "imperialismo cultural". El razonamiento británico era, en cierta forma, sencillo: si los dirigentes de las trece excolonias admitían la teoría de la división internacional del trabajo y aplicaban una política de libre comercio, las excolonias se mantendrían en una situación de "dependencia económica", convirtiendo la independencia política en un mero hecho formal. Al logro de ese objetivo se abocó la política británica después del Tratado de París de 1783 y obtuvo, por cierto, excelentes resultados en los estados del sur de la flamante República.

Puede afirmarse, sin temor a exagerar, que *Estados Unidos pudo convertirse en un país industrial mediante un arduo trabajo de*

109 Dan Lacy. *El significado de la revolución norteamericana*, Troquel, Buenos Aires: 1969, p. 49.

110 Louis Hacker. "The First American Revolution", *Columbia University Quarterly*, n.° XXVII, 1935, pp. 259-295.

insubordinación ideológico-cultural y que la República estadounidense ganó su verdadera independencia económica en los campos de batalla de Gettysburg. El proceso de insubordinación ideológico-cultural se manifestó en el enfrentamiento entre el *liberalismo ortodoxo* y el *liberalismo nacional*. Es decir, entre aquellos que proponían aferrarse a la división internacional del trabajo, adoptando el libre cambio, y aquellos que proponían la adopción del proteccionismo económico y el rechazo de la teoría del libre comercio, por considerar que la adopción de la misma haría caer a Estados Unidos en una nueva subordinación económica que convertiría la independencia, recientemente conseguida, en una mera ficción.

Analicemos ahora *el proceso de insubordinación ideológico-cultural* –ante el *"imperialismo cultural"* inglés– y de lucha política interna que permitió a Estados Unidos "salir" de la periferia, dado que si hubiesen triunfado los partidarios del libre comercio y la división internacional del trabajo, la situación de Estados Unidos en el escenario internacional no sería hoy, probablemente, muy diferente a la de la República Federativa de Brasil. Si Estados Unidos se hubiese industrializado tardíamente, estaría ubicado hoy en la *periferia del sistema internacional*. Esta es la clave de interpretación de lo que ahora Estados Unidos, convertido en el "campeón mundial" del libre comercio –luego de haber usufructuado los beneficios del proteccionismo económico durante cien años– se encarga de ocultar a través del ejercicio de lo que Morgenthau denominó "imperialismo cultural" y que, más sofisticadamente, Joseph Nye designa como "poder blando".

El primer impulso estatal

Es en el curso de la guerra contra Inglaterra cuando surge, en el ámbito de las trece colonias, una incipiente industria manufacturera. Sin ningún lugar a duda, la industria norteamericana en su primera fase de expansión es "*hija*" de la Guerra de Independencia.[111]

111 Al respecto, ver la obra de Robert East, *Business Enterprise in the American Revolutionary Era*, Universidad de Columbia, Nueva York: 1938.

Por una parte, la propia situación de guerra había interrumpido el flujo de mercancías desde la metrópoli conduciendo, naturalmente, a un proceso incipiente de sustitución de importaciones. Por otra, la situación de *insubordinación* de hecho ponía fin a las restricciones que el Parlamento británico había impuesto para impedir el desarrollo industrial y limitar las colonias a la producción de materias primas. Además, todos los gobiernos de las trece colonias –convertidas, de hecho, en nuevos estados independientes– llevaron adelante una política de impulso estatal, en el intento de lograr el desarrollo industrial. Todas hicieron grandes esfuerzos –desde el Estado– para estimular la fabricación de municiones, pertrechos de guerra y productos de primera necesidad, como tejidos de lana y lino que hasta entonces se importaban desde Inglaterra en grandes cantidades. En Connecticut, donde surgieron pequeñas fábricas de armas, el Estado ofreció en 1775 *"una prima de un chelín, seis peniques por cada llave de fusil que se fabricase y de cinco peniques por cada equipo completo hasta el número de tres mil"*.[112]

En Rhode Island y Maine se *"concedieron primas a la manufactura del acero"*. Massachussets *"ofreció primas por el sulfato extraído de yacimientos nativos y Rhode Island por la pólvora"*[113]. Asimismo en 1778, el Congreso del incipiente Estados Unidos *"hizo levantar talleres en Springfield donde se vaciaron cañones"*.[114]

Sin embargo, el impulso estatal no solo fue fundamental para la fabricación de material de guerra, sino también en la fabricación de los productos de "primera necesidad". A modo de ejemplo, puede citarse que Connecticut prestó a *"Nathaniel Niles, de Orwich, 300 libras por un plazo de cuatro años para fabricar alambre para los dientes de las cardas"* y que Massachussets *"otorgó una prima de 100 libras por las primeras 1.000 libras de buen alambre de cardar para*

112 Harold Underwood Faulkner. *Historia Económica... Op. cit.,* p. 162.

113 *Ibid.,* p. 162.

114 *Ibid.,* p. 162.

la venta, producido por cualquier molino de agua situado en su territorio, con hierro proveniente de los estados norteamericanos".[115]

El impulso estatal dirigido a fomentar el desarrollo industrial fue acompañado decididamente por una gran parte de la población, que ya durante los boicots que precedieron al estallido de las hostilidades se había negado a comprar mercaderías inglesas. Durante el transcurso de la guerra mucha gente se comprometió a no comer oveja o cordero y a no comprarles a los carniceros que los vendieran para que se pudiera emplear la lana para ropa. Los cultivadores del sur empleaban a sus vecinos blancos más pobres dándoles a hilar o tejer, o levantaban ellos mismos talleres de telares y enseñaban a sus esclavos ese trabajo. Aun los más ricos iban vestidos con telas caseras. Así, el estado de sublevación e independencia política preparaba las bases estructurales para la independencia económica que Inglaterra había intentado impedir a través del dictado de las leyes antiindustriales, y que trataría de evitar –cuando la independencia fue un hecho consumado– a través de la prédica de la "división internacional del trabajo" para que la joven república le dejara a la "madre patria" el privilegio de la fabricación de manufacturas, para la cual la "naturaleza" la había, supuestamente, "destinado". Por ello, la orientación y la reorganización económica que siguiese a la guerra constituían temas clave que determinarían la posición del nuevo Estado en el escenario internacional.

Las primeras leyes proteccionistas

El fin de las hostilidades entre la República de Estados Unidos y Gran Bretaña dio lugar a la importación masiva de las mercaderías manufacturadas de Europa, más baratas, por supuesto, que las producidas localmente; una situación que llevó, rápidamente, a la ruina de la incipiente industria norteamericana, desarrollada en el curso de la guerra por la independencia política. En 1784 la balanza comercial de la joven República arrojaba ya un resultado desastroso:

---

115 *Ibid.*, p. 162.

las importaciones sumaban aproximadamente 3.700.000 libras y las exportaciones tan solo 750.000 libras. El nuevo Estado vivía un proceso de desindustrialización, endeudamiento y caos monetario. Para terminar de agravar la situación de las ex trece colonias, el Parlamento británico votó la Ley de Navegación de 1783, por la cual "sólo podían entrar en los puertos de las Antillas, barcos construidos en Inglaterra y tripulados por ingleses, y que imponía pesados derechos de tonelaje a los barcos norteamericanos que tocaran cualquier puerto inglés"[116]. Esta medida para boicotear a la naciente industria naval norteamericana, que competía en calidad y precio con la británica, fue complementada por el Parlamento de Gran Bretaña con la ley de 1786, "destinada a impedir el registro fraudulento de navíos norteamericanos, y aun con otra, de 1787, que prohibía la importación de mercaderías norteamericanas, a través de las islas extranjeras".[117]

En medio de la desastrosa situación económica producida por el fin de la guerra –y agravada por un Gobierno central débil y por la rivalidad entre los estados de la Unión–, una corriente de *pensamiento antihegemónico,* conducida por Alexander Hamilton, abogaba por un medio de desarrollo económico en el cual el Gobierno federal amparía la industria naciente mediante subsidios abiertos y aranceles de protección. El azar de la historia hizo que George Washington, ante el rechazo de Robert Morris, el "financista de la Revolución", ofreciera el cargo de Secretario del Tesoro a Alexander Hamilton. El 4 de julio de 1789 el Gobierno federal aprobó la primera ley de impuestos, con características tibiamente proteccionistas. Aquella ley enumeraba 81 artículos y en más de 30 de ellos establecía derechos específicos; el resto estaba sujeto a gravámenes estimados según el valor. Sin embargo, el aspecto más importante de la nueva ley era que, siguiendo el pensamiento de Hamilton, imponía:

> … diversos derechos para favorecer a las fábricas de acero y de papel de Pennsilvania, a las destilerías de Nueva York y Filadelfia, a las

116 *Ibid.,* p. 167.

117 *Ibid.*, p. 167.

> manufacturas de vidrio de Maryland, a los trabajadores del hierro y destiladores de ron de Nueva Inglaterra. También, fueron protegidos los productos derivados de las granjas mediante impuestos sobre los clavos, las botas y los zapatos, y la ropa de confección.[118]

Los sectores que lidiaban por la independencia económica no tardaron en descubrir que los tibios aranceles de 1789 no suministraban una verdadera protección a la industria naciente y, luego de arduas disputas, lograron que los aranceles fueran aumentados en 1790, 1792 y 1794. Aunque estos aumentos resultaron también insuficientes debido a la oposición de los sectores políticos que, subordinados ideológicamente por Gran Bretaña, impidieron la adopción de aranceles más altos porque, para ellos, los impuestos debían tener como principal objeto producir ingresos y no proteger la naciente industria. En realidad, la industria que más se benefició de las leyes de protección y en la cual el impulso estatal tuvo una incidencia más decisiva fue la naviera. Los armadores y constructores navales se habían contado entre los más ardientes defensores de la independencia y las leyes para favorecerlos no encontraron en el Congreso gran oposición.

La primera ley a favor de la industria naval se tomó, también, el 4 de julio de 1789. Por ella se concedía un descuento de 10% en los derechos de importación a las mercaderías que entraran a Estados Unidos en barcos construidos en Estados Unidos y de propiedad de ciudadanos estadounidenses. La segunda ley no solo tuvo como objetivo el fomento de la industria naval sino, además, que el comercio naviero quedara, exclusivamente, en manos de ciudadanos estadounidenses. La ley buscó que los barcos que realizaran el comercio exterior e interior fueran de propiedad de ciudadanos estadounidenses y construidos en su país[119]. Esta segunda ley se

118 *Ibid.,* p. 181.

119 Estas dos leyes aprobadas por el Congreso de la joven República norteamericana se inspiraban en las Leyes de Navegación votadas por el Parlamento británico en 1651 y en la "Ley para estimular e incrementar los embarques y la navegación" que en 1660 reforzó el Acta de Navegación de 1651. La Ley de 1660 estipulaba que cualquier

dictó el 20 de julio de 1789. Por ella se impuso un gravamen de 6 centavos por tonelada a los barcos de construcción y propiedad estadounidense que entraran en puertos del país, pero a los barcos de construcción en ese país pero de propiedad extranjera se les cobraba 30 centavos por tonelada, y 50 a los de construcción y propiedad extranjera. La ley también estableció, informalmente, el monopolio del comercio de cabotaje para los barcos norteamericanos. Para tal fin, la ley estableció que los barcos de ese país que se dedicaban al comercio costero solo pagarían derechos de tonelaje una vez por año, en tanto los extranjeros debían hacerlo cada vez que tocasen un puerto estadounidense. En estas dos leyes está el origen de la poderosa marina mercante de Estados Unidos. Una buena prueba de ello es que:

> … el tonelaje registrado para el comercio exterior subió de 123.893 en 1789, a 981.000, en 1810. Las importaciones que eran transportadas en buques norteamericanos aumentaron durante el mismo período del 17,5% al 93%, y las exportaciones transportadas en barcos de la misma bandera del 30% al 90%.[120]

La guerra de 1812 y la sustitución de importaciones

Como ya hemos afirmado, solo en el sector de las construcciones navales las primeras leyes de fomento y protección de la industria nacional estadounidense tuvieron un éxito completo. En lo que respecta a los otros sectores industriales, estos solo tendrían su verdadero despegue durante la guerra de 1812, cuando Estados Unidos vivió un acelerado proceso de sustitución de importaciones. Los aranceles establecidos en 1789 y aumentados en 1790, 1792 y 1794, se habían manifestado insuficientes para garantizar un desarrollo industrial sostenido y las jóvenes industrias sobrevivían

producto llevado hacia y desde Inglaterra debía ser transportado no solo en barcos tripulados por ingleses, sino también construidos en Inglaterra o en las colonias inglesas.

120 *Ibid.,* p. 253.

a duras penas. Sin embargo, la interrupción de las importaciones provocada por la guerra de 1812 actuó como un verdadero disparador del proceso de industrialización del país.[121]

Divergencia de intereses y subordinación ideológica

El temor de que una vez finalizada la guerra se produjese una "invasión" de productos manufacturados británicos –que eran todavía de mejor calidad y de más bajo precio que los producidos en Estados Unidos– hizo que en los estados del norte de la Unión surgiera un fuerte movimiento a favor de que se establecieran nuevos impuestos de tipo "proteccionista". El centro de ese segundo movimiento a favor del proteccionismo lo constituían los estados de Nueva York, Nueva Jersey, Pennsylvania, Ohio y Kentucky.

Los estados del sur deseaban, en cambio, conseguir artículos manufacturados baratos y –dado que su principal mercado era Inglaterra– se oponían a cualquier tipo de protección industrial. Desde que Eli Whitney inventó la desmotadora de algodón en 1793, este producto era la más importante planta de valor comercial del sur y el principal producto de exportación de Estados Unidos; desde esa fecha la producción y exportación de algodón crecieron continuamente. El promedio anual de la producción de algodón entre 1811 y 1815 fue de 80.000.000 de libras esterlinas. En el período comprendido entre 1821 y 1825 saltó a 209.000.000. El promedio anual de las exportaciones de algodón de Estados Unidos a Inglaterra entre 1811 y 1815 fue de 42.269.400 libras esterlinas. En el período comprendido entre 1821 y 1825 saltó a 152.420.200 libras. A medida que la exportación de algodón crecía, también crecía en los ciudadanos de los estados del sur la idea de que podían formar con la lejana Inglaterra

121 Al respecto, ver la obra de Victor Clark. *History of Manufactures in the United States, 1607-1860*, Carnegie Institution, Washington: 1916; y la obra de Harry Carman. *Social and Economic History of the United States*, Heath, Boston 1930. También resulta de interés Anna Clauder. *American Commerce as Affected by the Wars of French Revolution and Napoleon, 1793-1812*, Universidad de Pennsylvania, Philadelphia: 1932.

una asociación más provechosa, y mucho más segura, que su asociación con los "entrometidos" estados del norte de la Unión.

La posición del sur no era, sin embargo, tan solo una simple cuestión de interés egoísta. La gran mayoría de la clase dirigente y de la élite intelectual del sur –entre los que merece citarse a Thomas Cooper, de la Universidad de Carolina del Sur, y Thomas Dew y George Tucker, de la Universidad de Virginia–, subordinada culturalmente por Inglaterra, estaba convencida de que el futuro de Estados Unidos dependía de la agricultura y que el desarrollo de la industria se daría, en todo caso, naturalmente, sin necesidad de estímulos artificiales. La élite sureña estaba convencida de que exportando materias primas e importando productos industriales baratos, en vez de consumir productos industriales nacionales caros, todos los estadounidenses estarían en mejor situación económica que durante la guerra. En todo caso –argumentaban los intelectuales del sur– el libre comercio ayudaría a mejorar la "competitividad" de las industrias del norte.

En cambio, a los hombres del pensamiento nacional norteamericano, como Henry Clay, Daniel Raymond, Hezekiah, Niles o Mathew Carey, les parecía imposible que en el mediano plazo los productos fabricados en Estados Unidos pudiesen competir, en precio y calidad, con los fabricados en Gran Bretaña, y por eso argumentaban que había que elevar los aranceles para que los productos importados se volviesen demasiado caros como para que los comprasen los estadounidenses. Estos se verían, entonces, "obligados" a comprar productos de fabricación interna, aunque no fuesen de tan buena calidad. Entonces –argumentaban Clay, Raymond, Hezekiah, Niles y Mathew–, puesto que las fábricas estadounidenses quedarían inundadas de pedidos, prosperarían, se expandirían, mejorarían la calidad de sus productos y todos los ciudadanos estarían económicamente en mejor situación. Clay creía, además, que un desarrollo económico semejante libraría definitivamente a Estados Unidos de su dependencia económica con Gran Bretaña.

El temor de que el *dumping* de mercaderías europeas, puestas en circulación por el fin de la guerra, pudiera aplastar a las "jóvenes

industrias" estadounidenses hizo que la balanza se inclinara en el Congreso a favor de los proteccionistas, y que se aprobara la ley impositiva de 1816, que "imponía gravámenes que oscilaban entre 7 y 30%, concediendo especial protección a los algodones, lanas, hierro y otros artículos manufacturados cuya producción había estimulado la reciente guerra".[122]

Sin embargo, como la nueva ley era el resultado de un compromiso entre los representantes de los estados del norte y los del sur, a pesar de ser oportuna y necesaria resultaba insuficiente para proteger a la industria estadounidense de la competencia de la eficiente industria inglesa. Por tal motivo la ley no puso fin al pulso entre proteccionistas y librecambistas; rápidamente se pudo comprobar que los aranceles protectores de 1816 no protegían suficientemente a las industrias estadounidenses. Los productos fabricados en Inglaterra aún competían duramente y dejaban en desventaja a las fábricas estadounidenses[123]. Los hombres del pensamiento nacional consiguieron entonces que en 1818 los niveles arancelarios sobre ciertas mercancías fueran elevados, logrando establecer una mayor protección para la producción de

122 Harold Underwood Faulkner. *Historia… Op. cit.,* p. 193.

123 La industria inglesa no solo era mucho más eficiente que la joven industria norteamericana, sino que Gran Bretaña llevó a cabo una verdadera política de *dumping* para cortar en flor el desarrollo industrial estadounidense y conservar el mercado norteamericano. Inmediatamente restablecida la paz en 1815, los industriales ingleses apoyados por el Gobierno británico vendieron a pérdida sus productos en el mercado norteamericano, con tal de eliminar la competencia de la industria nacional estadounidense. Con el fin de la guerra, a principios de 1815, los norteamericanos se apresuraron a reabastecer su surtido de adornos y mercaderías ingleses. Los artículos importados, vendidos por los ingleses a precios de ganga, llegaron en 1815 a 110 millones de dólares y en 1816 a 150 millones de dólares. En Nueva Inglaterra se generalizó entonces la quiebra y la ruina de las pequeñas fábricas que no pudieron competir con los productos ingleses subsidiados. *"Bien valía la pena* (expresó Henry Brougham en 1816 en el Parlamento británico) *tener una pérdida en la primera exportación con el objeto de, al inundar el mercado, sofocar en la cuna aquellas nacientes manufacturas de los Estados Unidos que la guerra les obligó a establecer"*. William Miller. *Nueva historia… Op. cit.,* p. 153.

hierro y que el derecho del 25% sobre el algodón y los tejidos de lana continuara vigente hasta 1826.

Desde 1816 hasta 1833 el movimiento a favor del proteccionismo siguió ganando conciencias y los estados industriales del noreste presionaron constantemente al Gobierno federal para que efectuase nuevos aumentos de aranceles. Pero los estados del sur, que seguían siendo fundamentalmente agrícolas, estaban cada vez más en contra de tales aumentos, pues, sin una clara conciencia del valor de la independencia económica, preferían los productos manufacturados más baratos y de mejor calidad de Gran Bretaña, que los productos más caros y de peor calidad del noreste. Los representantes del sur argumentaban que los aranceles proteccionistas aumentaban la prosperidad del noreste industrial a expensas del oeste y el sur, rurales. Para ellos era claro que la producción agrícola del sur estaba financiando el desarrollo industrial del norte y, adscriptos fuertemente a la teoría de la división internacional del trabajo, consideraban absurdo "fomentar" el desarrollo industrial de Estados Unidos, pues creían, como habían leído en los escritos de Adam Smith, que la naturaleza había destinado a su país para la agricultura. La élite política y económica del sur creía, sinceramente, que el destino de Estados Unidos era el de ser un país exclusivamente agrícola-ganadero y que toda ayuda estatal al desarrollo industrial llevaría al país a la ruina económica.

Es preciso destacar que la élite sureña, al rechazar los aranceles protectores, no solo defendía sus intereses materiales, ligados a la agricultura de exportación, sino que, realmente, creía en la teoría de la división internacional del trabajo que Inglaterra se había encargado de difundir profusamente. Esa teoría era la ideología dominante y la única teoría que aparecía, ante los ojos de la mayoría de los intelectuales sureños, como realmente "científica". Para comprender bien la posición sureña es preciso no subestimar el enorme peso que la "superestructura cultural" ejercía sobre los estados del sur. Surgieron, en consecuencia, dos bloques de poder cada vez más enfrentados: uno luchaba por la industrialización y la democratización, mientras que el otro entendía que Estados Unidos

debía seguir siendo un país esencialmente agrícola y esclavista. Como dato curioso, pero no irrelevante, conviene recordar que en 1827 en el debate entre librecambistas y proteccionistas intervino un joven economista alemán, exiliado en Estados Unidos: Friedrich List. El dato es significativo, pues fue en Estados Unidos donde List –formado en la escuela de Adam Smith– descubrió los puntos débiles de la teoría de la división internacional del trabajo y las ventajas de la aplicación del proteccionismo económico[124]. De vuelta a Europa, List predicó en Alemania la doctrina económica que había aprendido en Estados Unidos y, en gran medida, fueron adoptadas sus ideas después de su muerte las que le permitieron a Alemania convertirse en un país industrial. Pero el dato de la intervención de List en el debate entre proteccionistas y librecambistas también es relevante, porque los argumentos del pensador alemán tuvieron una considerable acogida y reforzaron la posición de los sectores proteccionistas, que contaron, a partir de entonces, con un esbozo de teoría para defender sus ideas en el propio ámbito de Estados Unidos.[125]

---

124 "Mi destino me condujo a los Estados Unidos, dejé aquí todos mis libros; no hubieran servido más que para extraviarme. El mejor libro sobre Economía política que se puede leer en este país moderno es la vida...Solo allí me hice una idea clara del desarrollo gradual de la economía de los pueblos... Yo he leído este libro ávidamente y con asiduidad, y he tratado de coordinar las consecuencias que de él he obtenido con el resultado de mis estudios, experiencias y reflexiones anteriores". Friedrich List. *Sistema nacional… Op. cit.,* p. 26.

125 "Encontrándome en relación con los hombres de Estado de la Unión más destacados (...) se supo que yo me había ocupado anteriormente de Economía política. Entonces (1827), y a causa de haber sido vivamente atacados con motivo del arancel los fabricantes norteamericanos y los defensores de la industria nacional por los partidarios del libre cambio, el señor Ingersoll me invitó a exponer mis opiniones sobre esta cuestión. Lo hice, y con algún éxito (...) Las doce cartas en que yo exponía mi sistema han sido, no solamente publicadas en la *Gaceta Nacional*, de Filadelfia, sino reproducidas por más de cincuenta periódicos de provincias, editadas en forma de folleto por la Sociedad para el Fomento de las Manufacturas, con el título de *Outlines of a New System of Political Economy*, y divulgadas en millares de ejemplares. Recibí felicitaciones de los hombres más prestigiosos del país, como son el venerable James Madison, Henry Clay, Edouard Levingston". Friedrich List. *Sistema nacional… Op. cit.,* p. 26.

El sur gana la batalla ideológica

En 1828 –fruto del debate intelectual entre librecambistas y proteccionistas, de la agitación de los intereses laneros, del azar y de un mal cálculo político de los jacksonianos– el Congreso de Estados Unidos aprobó una nueva ley impositiva que elevó, en general, los aranceles al nivel más alto alcanzado antes de la Guerra Civil. Los estados del sur, rápidamente, bautizaron la nueva ley como la "Ley de las Abominaciones" y se prepararon para su incumplimiento. El enfrentamiento quedó zanjado, provisoriamente, en 1833 con una ley impositiva de "compromiso". Sin embargo, en lo esencial puede afirmarse que el sur ganó la batalla por las leyes impositivas porque desde esa fecha, y hasta la Guerra Civil, las tasas mostraron una constante tendencia a la baja. La inmensa expansión comercial que tuvo lugar entre 1846 y 1857 –las exportaciones de algodón a Inglaterra pasaron de 691.517.200 libras en 1845 a 990.368.600 libras en 1851– parecía dar razón a todos aquellos partidarios del libre cambio, que sostenían que el futuro de Estados Unidos estaba en la agricultura, y permitió que el sur lograra en 1857 una reducción tan significativa de los aranceles que Estados Unidos casi se convirtió en un régimen de libre comercio. En los estados del norte la impresión de que estaban por perder definitivamente la batalla política por el proteccionismo los llevó al convencimiento de que la disputa debía zanjarse por otros medios. La lucha contra la esclavitud fue la herramienta que le permitió al norte continuar su lucha política por la independencia económica, por otros medios.

El significado económico de la Guerra Civil

Durante la Guerra Civil el norte luchaba por la industrialización y la democratización, y sus hombres más lúcidos comprendían que en esa lucha se resolvería la verdadera independencia política de Estados Unidos. Desde ese punto de vista, para la élite política del norte, Estados Unidos peleaba una "segunda guerra de la independencia". Los hombres del norte eran conscientes de que una

"reconciliación", en los términos planteados por el sur, implicaba condenar a Estados Unidos a la producción "exclusiva" de materias primas y, por lógica consecuencia, a la subordinación económica a la metrópoli.

Para evaluar la verdadera naturaleza de la Guerra Civil norteamericana es preciso tener en cuenta que el sur estaba "incorporado" al "imperio informal" británico y que, por lo tanto, la guerra, en última instancia, era una guerra contra Gran Bretaña. El 13 de mayo de 1861 Gran Bretaña se declaró neutral. Esta declaración indicó al mundo que los británicos tomaban partido por la Confederación, dado que, desde el punto de vista legal, la declaración de neutralidad implicaba que Gran Bretaña consideraba la crisis como una cuestión de guerra entre dos naciones, y no como el "sofocamiento de una insurrección" por cuenta del Gobierno legítimo de una nación. Al considerar la guerra como una guerra entre dos Estados, Inglaterra podía seguir comerciando con ambos bandos y el sur, en consecuencia, seguir proveyendo de algodón a la industria británica.

Winfield Scott, general en jefe del Ejército de Estados Unidos, comprendió que la Confederación tenía que ser "asfixiada", económicamente, mediante el "bloqueo de sus puertos", y el presidente Abraham Lincoln –que vio, rápidamente, las virtudes del plan del general Scott– ordenó un desesperado programa de construcciones navales que, colateralmente, significó un importante impulso estatal para el desarrollo de la industria naviera. El bloqueo también tenía como objetivo "golpear" al "enemigo lejano". Después de la clara victoria confederada en la segunda batalla de Bull Run, el 2 de septiembre de 1862, Gran Bretaña no solo se ofreció para mediar en el conflicto sino que estuvo a punto de declararse abiertamente por la independencia de la Confederación, y pensó en usar su armada para romper el bloqueo de la Unión. El sur comprendió, entonces, que tenía que hacer algo que diese a Inglaterra el último impulso hacia su participación directa y activa en la guerra e intentó una "ofensiva fulminante" que terminó en la batalla de Antietam, el 18 de septiembre de 1862. Gran Bretaña consideró que el empate

producido en Antietam era, en realidad y estratégicamente considerado, una "victoria" de la Unión y abandonó, entonces, el proyecto de intervenir directamente en la guerra mediante la ruptura del bloqueo. Sin embargo, Gran Bretaña siguió interviniendo, indirectamente, a favor de los confederados permitiendo, por ejemplo, la construcción de barcos de guerra en Inglaterra. El más famoso de esos barcos fue el *Alabama,* que destruyó el comercio de la Unión y que, junto con otros barcos corsarios construidos por los ingleses, prácticamente "paralizó" la marina mercante de la Unión. En realidad, solo el temor de perder Canadá inhibió a Gran Bretaña de participar directamente en la Guerra Civil estadounidense.

Analizando el verdadero significado de la Guerra Civil estadounidense, George Cole sostiene que:

> La lucha entre el norte y el sur, que explotó finalmente en la Guerra Civil, fue en efecto una lucha no solo entre los propietarios de esclavos y los empleadores de mano de obra libre, sino también entre los partidarios de la política librecambista, interesados principalmente en las exportaciones, y los partidarios del proteccionismo que tenían interés principalmente en el mercado nacional.[126]

Resulta evidente, como afirma Hobsbawm, que:

> ... sean cuales fuesen sus orígenes políticos, la Guerra Civil norteamericana fue el triunfo del norte industrializado sobre el sur agrario, casi –podríamos, incluso, decir– el paso del sur desde el imperio informal de Gran Bretaña (de cuya industria algodonera dependía económicamente) a la nueva y mayor economía industrial de Estados Unidos.[127]

---

126 George Cole. *Introducción a… Op. cit.,* p. 95.

127 Eric Hobsbawm. *La era del capital, 1848-1875*, Planeta, Buenos Aires: 1998, p. 89.

El triunfo del proteccionismo económico

El resultado final de la Guerra Civil fue que el proteccionismo predominó en Estados Unidos como conjunto. La victoria del norte aseguró que la política económica de Estados Unidos, en lo sucesivo, ya nunca más sería dictada por los aristocráticos plantadores del sur –que se habían aferrado a la división internacional del trabajo y a la teoría del libre comercio–, sino por los industriales y políticos del norte que comprendían que el desarrollo industrial sería, en lo futuro, la verdadera base del poder nacional de Estados Unidos y el instrumento de su grandeza.

Al finalizar la guerra, principió una nueva era de proteccionismo:

> Los impuestos de emergencia que se habían aplicado durante la Guerra Civil no desaparecieron, y en 1864 el nivel promedio de los aranceles era tres veces más alto de lo que había sido bajo la Ley de 1857. Desde entonces, un sistema altamente proteccionista que afectaba cada vez mayor variedad de productos, se convirtió en base firme de la política fiscal [de Estados Unidos]".[128]

A partir del fin de la Guerra Civil y el definitivo triunfo de los partidarios del proteccionismo económico, Estados Unidos vivió un acelerado proceso de industrialización. Ninguna economía progresó más rápidamente en aquel período:

> Quizá el signo más claro de la rápida industrialización de Estados Unidos sea el aumento de la producción de carbón. En 1860, la producción total de carbón era inferior a 15 millones de toneladas. Esa cifra se duplicó en la década siguiente, nuevamente se duplicó en la inmediata, y otra vez más en la sucesiva, alcanzando cerca de 160 millones de toneladas en 1890. En 1910 era superior a 500 millones de toneladas, y en 1920 llegó a más de 600 millones de toneladas. Mientras tanto la producción de hierro en lingote se triplicó entre

---

128 George Cole. *Introducción a… Op. cit.,* p. 96.

1850 y 1870, y se quintuplicó entre 1870 y 1900. A principio del siglo sobrepasó la producción inglesa, y en 1913 era casi tan grande como tres veces la producción inglesa y dos veces más grande que la alemana.[129]

La gran lección de la historia estadounidense

Desde 1775 a 1860 Estados Unidos protagonizó el *proceso de insubordinación política, económica e ideológica más exitoso jamás producido en la periferia*. Resulta difícil –o más bien, casi imposible– pensar hoy que *Estados Unidos fue un país periférico* que tuvo que conquistar su "lugar en el mundo" a través de un "arduo proceso de insubordinación". Esa es, sin embargo, la realidad histórica.

Hasta 1860 Estados Unidos poseía todas las características de un país periférico. Su balanza comercial era, generalmente, desfavorable. En la década de 1850 exportaba mercaderías por valor de 144.376.000 dólares e importaba mercaderías por valor de 172.510.000 dólares. En la década de 1860 las exportaciones sumaban 333.576.000 dólares y las importaciones llegaban a 353.616.000 dólares[130]. El 50% de sus

---

129 *Ibid.,* p. 99.

130 Entre el lapso comprendido entre 1815 y 1860, exceptuando el año 1840, las importaciones fueron siempre superiores a las exportaciones. La balanza de pagos se equilibraba por los beneficios aportados por la marina mercante y por las inversiones de capital europeo. Durante todo ese período Estados Unidos era un país fuertemente endeudado. Se calcula que en 1860 los valores habidos extranjeros en títulos federales, estatales, ferroviarios y otros ascendían a unos 400.000.000 de dólares.

Las importaciones y exportaciones por décadas:

Año	Total de exportaciones	Total de importaciones
1790	$ 20.200.000	$ 23.000.000
1800	70.972.000	91.253.000
1810	66.758.000	85.400.000
1820	69.692.000	74.450.000
1830	71.671.000	62.721.000
1840	123.609.000	98.259.000
1850	144.376.000	172.510.000
1860	333.576.000	353.616.000

importaciones consistía en artículos manufacturados y listos para el consumo. Al igual que a cualquier país latinoamericano, Inglaterra le suministraba la mayor parte de las importaciones y absorbía casi la mitad de sus exportaciones. Las compras europeas se limitaban, casi enteramente, a las materias primas. Estados Unidos era, fundamentalmente, un país exportador de materias primas sin elaborar e importador de productos industriales. Se trataba de un país agrícola exportador, casi "monoexportador". En términos actuales, un país "algodón–dependiente". Después de la invención de la desmotadora, el algodón se convirtió en el principal artículo de exportación y alrededor de 1860 constituía el 60% de las exportaciones de Estados Unidos. A fines de 1850 las exportaciones manufacturadas solo ascendían, aproximadamente, a un 12% sobre el total exportado por Estados Unidos y se dirigían, principalmente, hacia regiones subdesarrolladas como México, las Antillas, América del Sur, Canadá y China. Es decir, que los productos primarios constituían el 82% de los productos exportados por Estados Unidos. Ese 82% estaba compuesto de algodón, arroz, tabaco, azúcar, madera, hierro y oro proveniente de California, que había sido arrebatada a México en 1848.[131]

Del simple análisis del contenido de las exportaciones que realizó Estados Unidos desde 1783 a 1860 surge, nítidamente, que exportaba los productos "típicos" que hoy exportan los llamados "países subdesarrollados".

Hacia mediados de 1850 la élite política e ideológica de los estados del sur –que, con casi 8 millones de habitantes, producían las tres cuartas partes de las exportaciones de Estados Unidos–, cansada de "financiar" el desarrollo industrial deficitario de los estados del norte, no competitivo en términos internacionales,

---

Al respecto, ver Harold Underwood Faulkner. *Historia económica de Estados Unidos*, Nova, Buenos Aires: 1956.

131 Después de 1849, gracias al descubrimiento de oro en California –que había pertenecido hasta 1848 a México–, Estados Unidos se convirtió en el primer productor mundial de oro. Gracias al oro californiano, Estados Unidos fue capaz de financiar las importaciones adicionales de maquinarias y materiales para desarrollar un sistema ferroviario a gran escala, que se convirtió en la base de su industrialización futura.

estaba por lograr que Estados Unidos se adhiriera, definitivamente, al régimen de "libre cambio", cosa que hubiese significado una herida mortal al proceso de industrialización estadounidense. Si la élite política de los estados del norte no hubiese forzado la guerra civil como modo de zanjar la disputa ideológica entre libre cambio y proteccionismo –una querella que el norte ya había perdido políticamente–, muy probablemente Estados Unidos hubiese complementado su industrialización tardíamente y, a pesar de poseer un inmenso territorio, su poder y su posición en el sistema internacional no serían muy diferentes, hoy, a los que ostentan los grandes Estados periféricos como México o Brasil.

Es preciso tener siempre presente que cuando los estadounidenses consiguieron su independencia:

> ... exhibieron marcadas muestras de renuncia a adoptar el meollo del programa de Adam Smith, el libre cambio universal, y que la conversión de Estados Unidos al liberalismo no ocurrió hasta que ellos mismos se convirtieron en el primer productor industrial del mundo y estaban en camino de convertirse asimismo en su principal exportador a expensas de los británicos.[132]

En ese aspecto, la élite estadounidense no hizo más que repetir el proceso de desarrollo seguido por Gran Bretaña. Cuando el general Ulysses Grant –héroe de la Guerra de Secesión– concurrió a la Conferencia de Manchester en 1897, y después de dejar la Presidencia de Estados Unidos, explicitó en su discurso que su país seguía el "ejemplo" inglés y no la "prédica" inglesa:

> Durante siglos Inglaterra ha usado el proteccionismo, lo ha llevado hasta sus extremos y le ha dado resultados satisfactorios. No hay duda alguna de que a ese sistema debe su actual poderío. Después de esos dos siglos Inglaterra ha creído conveniente adoptar el libre cambio por considerar que ya la protección no le puede dar nada.

132 George Lichtheim. *El imperialismo*, Alianza, Madrid, p. 62.

> Pues bien, señores, el conocimiento de mi patria me hace creer que dentro de doscientos años, cuando Norteamérica haya obtenido del régimen protector lo que este puede darle, adoptará, libremente, el libre cambio.[133]

A diferencia del proceso de "rebelión" hispanoamericano, el proceso de independencia de las trece colonias no solo terminó en la "unidad" de las colonias sublevadas, sino que el nuevo Estado expandió sus fronteras hasta el océano Pacífico. De esa forma constituyó un Estado que, por su enorme superficie, puede calificarse como Estado continente.

El proceso de expansión territorial que comenzó en 1803 con la compra de Luisiana y que continuó en 1848 con el Tratado Guadalupe Hidalgo[134], por el cual México se vio forzado a ceder la ancha extensión de territorio que iba de Texas a California, hizo que la superficie de Estados Unidos fuese casi cuatro veces mayor al territorio que tenía cuando conquistó su independencia formal. Después del Tratado Guadalupe Hidalgo la extensión de Estados Unidos alcanzó los siete y medio millones de kilómetros cuadrados. Estados Unidos era una nación gigantesca, casi igual en superficie a toda Europa: era un Estado continente.

Estado continente que con la victoria del norte proteccionista sobre el sur librecambista se transformó, rápidamente, en una potencia industrial, es decir, en el primer "Estado-nación continente industrial" de la historia, elevando de ese modo –como en su momento ya lo había hecho Inglaterra–, una vez más, el umbral de poder.

Uno de los intelectuales que más tempranamente advirtió que Estados Unidos elevaría dramáticamente su umbral de poder fue el economista alemán List, quien ya en 1832 afirmaba:

---

133 Arturo Jauretche. *Manual de zonceras argentinas*, Peña Lillo, Buenos Aires: 1984, p. 205.

134 Por el Tratado Guadalupe Hidalgo Estados Unidos obtiene toda California menos la península del mismo nombre, todo el territorio de los actuales estados de Nuevo Méjico, Tejas, Arizona, una parte de territorio que hoy conforman los estados de Utha, Colorado, Oklahoma y Kansas. Alrededor de dos millones de kilómetros cuadrados.

> Dentro de pocos años, (Estados Unidos) habrá alcanzado el rango de primera potencia naval y comercial. Las mismas causas que han llevado a Gran Bretaña a su elevado estado actual de poder llevarán, probablemente, en el transcurso del siglo próximo, a la compacta América a un grado de riqueza, de poder y de desarrollo industrial que sobrepasará al que hoy se halla Inglaterra en la misma proporción en que esta aventaja actualmente a la pequeña Holanda.[135]

Por lo tanto, a partir de la plena realización industrial de Estados Unidos empezó a aparecer claro que a las otras unidades políticas del sistema internacional solo les sería posible mantener su capacidad autonómica plena, si lograban conformar un Estado-nación industrial de superficie y población semejantes a las de Estados Unidos, es decir, de superficies continentales.

El devenir de los primeros años del siglo xx –y particularmente el desenlace de la Primera Guerra Mundial– dejaría en claro que el análisis de List se había convertido en una realidad tangible en el nuevo escenario internacional y que, definitivamente, Estados Unidos había llevado su umbral de poder a un nivel superior al que ostentaban los demás actores del sistema.

135 Friedrich List. *Sistema nacional… Op. cit.,* p. 74.

Capítulo 6
La insubordinación alemana: de la integración económica a la unidad política

Una Alemania desconocida

Resulta imposible pensar, y aun chocante enunciarlo, que hasta finales del siglo xviii el pueblo alemán fue un pueblo sometido a una esclavitud brutal, un pueblo sometido al capricho de una élite dirigente que vendía a los mejores hombres de su propio pueblo como esclavos, para que sirvieran como soldados en los ejércitos de Francia y Gran Bretaña. Resulta difícil imaginarse, siquiera, que Alemania fue hasta hace apenas 136 años una región subdesarrollada, exportadora de materias primas –cereales y maderas– e importadora de productos industriales; una región subordinada política, económica e ideológicamente a Inglaterra; dividida en 33 estados independientes y rivales entre sí; en fin, una región que constituía parte de la periferia del sistema internacional sometida –al igual que América Latina– a la dominación de las estructuras hegemónicas del poder mundial.

Resulta aún más difícil pensar que hasta mediados del siglo xix el hoy orgulloso pueblo alemán era un pueblo sin conciencia nacional. Que el hombre común de Baviera, de Prusia o de Hesse, no se sentía alemán. Que no creía que existiese una patria llamada Alemania. Que la clase política presentaba altísimos niveles de corrupción que hoy harían palidecer a cualquier político latinoamericano. Que

la élite política alemana era supersticiosa, totalmente contraria a los avances de la ciencia y, fundamentalmente, egoísta; absolutamente despreocupada del interés nacional y del destino del pueblo y la nación alemanes. Que las ciudades alemanas –como las describe Hegel– eran ciudades sucias y desorganizadas.

Digamos, simplemente, a modo de ejemplo y para que nuestras afirmaciones no suenen a exageración, que mientras las trece colonias inglesas de América del Norte luchaban por conseguir su independencia de Gran Bretaña, los soberanos alemanes "vendían a sus súbditos por millares" al ejército inglés, que los empleaba como soldados-esclavos para combatir a los insubordinados colonos norteamericanos. En su "recolección de hombres" para ser vendidos como esclavos –afirma el historiador alemán Emil Ludwig– los gobernantes alemanes no hacían ningún distingo:

> El poeta Gottsched, de estatura tan alta como Lincoln, solo por la fuga consiguió sustraerse a las garras de los reclutadores, deseosos de alardear en Prusia, no con sus talentos, sino con sus pies de estatura. Posteriormente, el poeta Seume fue vendido por su soberano de Hesse… (los soberanos alemanes) semejábanse en todo a esos negreros que hasta el día de ayer cazaban sudaneses y abisinios bien plantados de ambos sexos, mientras el rey de Prusia se parecía más bien a un director de jardín zoológico. Por los millares de hombres que en aquel entonces eran vendidos a Inglaterra por no haber allí tropas suficientes en la lucha contra América se pagaba a razón de siete a ocho libras por cabeza, pero en el precio global resultaban más caros. Como en la feria de ganado, se les palpaba, rechazándose a los que eran de constitución débil. Cerrado el trato, un tal duque de Hesse o de Brunswick obsequiaría al agente británico con una sortija de brillantes. Los súbditos que no habían logrado ponerse a salvo por la fuga, siendo, pues, vendidos al exterior, no tenían permiso de regresar antes de firmada la paz, para que sus relatos no provocaran



sublevaciones. Por añadidura, se les defraudaba afuera de su paga, pues los príncipes se reservaban la mitad de la misma.[136]

En el idéntico sentido al que expresara Ludwig, en su *Historia de la Diplomacia* Vladimir Potemkin afirma:

> Los pequeños príncipes de Alemania que, en virtud de la Paz de Westfalia (1648), habían recibido el derecho de llevar una política autónoma, se dedicaban a ceder por subvenciones sus ejércitos al mejor postor. Se realizaba la venta más desvergonzada de soldados y junto con ellos también de su patria. En solo medio siglo, los príncipes alemanes ganaron de Francia por tal concepto no menos de 137 millones de libras y 46 millones y medio de libras esterlinas de Inglaterra. Este negocio proporcionaba tantas utilidades, que los príncipes alemanes solían realizar verdaderas batidas sobre sus súbditos, convirtiéndolos en soldados y vendiéndolos después en ejércitos enteros a sus ricos aliados. Así, el landgrave de Hessen, para apaciguar a los americanos que se habían sublevado contra Inglaterra, vendió a esta última un ejército de 17.000 soldados (mientras que) en Prusia, su clase gobernante, la nobleza, vivía de la explotación del trabajo gratuito de los siervos de la gleba, cuyos productos se vendían en los mercados de la Europa occidental".[137]

Para dar una pincelada de la corrupta, egoísta y supersticiosa élite dirigente alemana, conviene recordar que cuando en 1840 comenzó el tendido del ferrocarril, "En Baviera, la Oficina de Sanidad, elevó su voz contra los ferrocarriles, alegando que a causa del desplazamiento veloz eran de temer graves trastornos cerebrales en los pasajeros y hasta en los espectadores"[138]. Y que Augusto de Hannover sostuvo: "No quiero ferrocarriles en mi país,

---

136 Emil Ludwig. *Historia de Alemania*, Anaconda, Buenos Aires: 1944, pp. 190-191.

137 Vladimir Potemkin. *Historia de la Diplomacia*, Lautaro, Buenos Aires: 1943, p. 293.

138 Emil Ludwig. *Historia de Alemania*… *Op. cit.,* p. 322.

no quiero que el zapatero o el sastre viajen a la misma velocidad que yo".[139]

Cuando mediante algunos "estímulos" económicos estas resistencias retrógradas fueron vencidas, una fiebre de los ferrocarriles se apoderó de Alemania y los empresarios del ferrocarril pudieron obtener "por medio de la corrupción de los altos funcionarios –como el ministro del Interior von Rochow, o incluso de miembros de la familia real– las autorizaciones de construcción, expropiación y numerosas concesiones"[140] que antes, en nombre de la "salud pública" o el "interés nacional", se les habían negado.

Durante toda la primera mitad del siglo XIX, al igual que América Latina, Alemania era una región rural[141], fragmentada en numerosos estados, políticamente impotente y completamente subordinada a la estructura hegemónica del poder mundial, que tenía, como uno de sus objetivos principales, mantener a Alemania como una región, económicamente, productora de materias primas y, políticamente, como región balcanizada en una pluralidad de estados rivales. Alemania era, en definitiva, una parte más de la periferia del sistema internacional.

Sin embargo, después de 1812 y en medio de la desunión de los estados alemanes, la corrupción galopante de la élite política, el subdesarrollo económico y la subordinación ideológica de los sectores universitarios a las ideas producidas en Inglaterra, una corriente política antihegemónica comenzó un proceso de insubordinación ideológica que llevó al país, primero, a la integración económica y, luego, a la unificación política para, a través de estos dos trascendentales pasos, permitirle casi "milagrosamente" y en un lapso muy breve alcanzar el umbral de poder vigente. Alemania es, quizá, uno de los ejemplos más claros de que la insubordinación ideológica

---

139 Jacques Droz. *La formación de la unidad alemana 1789/1871*, Vicens-Vives, Barcelona: 1973, p. 130.

140 *Ibid.,* p. 130.

141 "Alemania continuaba siendo, en la primera mitad del siglo XIX, un país esencialmente rural, ya que en 1849 el 72% de la población vivía de la tierra". *Ibid.,* p. 133.



resulta, en todo país periférico, la condición primera para alcanzar el umbral de poder que posibilita la autonomía política y el desarrollo económico.

El despertar de la conciencia nacional y la primera industrialización

Después de la Paz de Westfalia en 1648, Alemania quedó dividida en microestados y la desunión se hizo una enfermedad crónica. Durante años el territorio habitado por los pueblos de lengua alemana fue el campo de batalla de franceses, suecos, austríacos, españoles, ingleses y rusos. En 1792 el ejército francés invadió los territorios del antiguo Sacro Imperio Romano Germánico y, tras una serie de fáciles victorias, a finales de 1794 todo el territorio alemán al oeste del Rin quedó bajo dominio francés. Esta situación perduró hasta 1814[142]. Así, mientras Inglaterra y Francia eran Estados unificados desde el siglo XVI, Alemania no era más que una "idea geográfica".

Alemania padeció, tanto física como moralmente, la dominación francesa. Sin embargo y al mismo tiempo, la ocupación extranjera llevó a cabo una política progresista tendiente a eliminar los resabios del feudalismo y a introducir mayores niveles de justicia y libertad: "Ello produjo una cierta división en los espíritus, orientados unos hacia la colaboración con el vencedor, y encaminados otros hacia la resistencia".[143]

La ocupación francesa contribuyó al desarrollo del sentimiento nacional alemán y al nacimiento de la idea de la *insubordinación fundante* de la Alemania moderna[144]. Sin embargo, como bien

142 Ver al respecto, Mary Fulbrook. *Historia de Alemania*, Cambridge University Press, Cambridge: 1995.

143 Jacques Droz. *La formación de… Op. cit.,* p. 42.

144 El movimiento nacional alemán nunca fue, usando una terminología actual, un movimiento de masas. "Un patriotismo retrospectivo ha creado una guerra de liberación alemana en 1813-1814, pero se puede decir con certeza que, por lo que respecta a la suposición de que estaba basada en una resistencia popular contra los franceses, es una piadosa mentira". Eric Hobsbawm. *La era de la Revolución… Op. cit.,* p. 90.

destaca Jacques Droz, dado que Francia encarnaba las esencias de las ideas progresistas:

> ... el movimiento nacional no podía dejar de hacer referencia a la Francia revolucionaria e imperial, pero el hecho de que fuera a la vez modelo y enemiga complicaba realmente el problema. Había muchos alemanes, de tendencias progresistas, que pensaban que las ideas de libertad e igualdad, de las que Francia se había hecho indigna, debían ser tomadas por los alemanes y dirigidas contra el opresor. A este grupo pertenecía el filosofo Fichte, quien jamás disimuló sus simpatías jacobinas y que, en su famoso *Discurso a la Nación alemana*, pronunciado durante el invierno de 1807-1808 en el Berlín ocupado, invitaba a sus compatriotas a proseguir en un nuevo espíritu su liberación política, rechazando a la vez la hegemonía universal de Napoleón y la restauración del Sacro Imperio.[145]

Es importante destacar que la confusión de los espíritus se vio favorecida, también, por los efectos económicos positivos de la presencia de la Francia revolucionaria en suelo alemán. Si, por una parte, la política francesa fomentaba los particularismos de cada estado alemán, aplicando la vieja política de dividir para reinar; por otra, la simplificación de las aduanas interiores permitió nuevos e importantes movimientos de mano de obra y de capital, estrechando los lazos entre el este y el oeste de Alemania y, lo más importante, el bloqueo continental decretado por Napoleón –que impidió la entrada de los productos industriales ingleses al continente– permitió que algunas industrias se liberaran de la competencia inglesa, que se modernizase y ampliase la industria algodonera de Sajonia; que a través de la implantación de la remolacha azucarera –que reemplazó a la caña de azúcar que los ingleses como intermediarios vendían en Alemania– la región de Magdeburgo se enriqueciese[146]. Sin lugar a dudas, como

145 Jacques Droz. *La formación de… Op. cit.,* p. 67.

146 Sobre una visión británica del sistema aduanero napoleónico, ver Eli Heckscher. *The Continental System, an Economic Interpretation*, University Press, Oxford: 1922.



destaca List: "como consecuencia del bloqueo, todas las manufacturas alemanas recibieron por primera vez un gran impulso".[147]

Subordinación ideológica y desindustrialización

Con la finalización de las guerras napoleónicas de 1815, Alemania –formada por 38 estados soberanos– desde el punto de vista económico fue uno de los premios informales que Gran Bretaña recibió por haber derrotado a la Francia napoleónica; Gran Bretaña recobró así su posición de dominio sobre la economía alemana. Para comprender la real importancia de esta "reconquista económica" es preciso recordar que, dados sus importantes recursos naturales y su numerosa población, "el mercado alemán fue desde el principio (del proceso de industrialización británico) muy importante para la industria británica, y ofrecía la mejor salida para los artículos ingleses".[148]

Destruido el sistema aduanero napoleónico, Alemania sufrió una verdadera "invasión de productos manufacturados ingleses"[149], que arruinó la naciente industria alemana que se había desarrollado al amparo del bloqueo continental. Este bloqueo, al impedir la entrada de los productos industriales ingleses, había provocado la industrialización de Alemania por la vía del mecanismo de sustitución de importaciones. Hasta el establecimiento de la política aduanera napoleónica, Alemania había sido una región productora de materia prima e importadora de productos industriales. Hasta el bloqueo continental había sido, fundamentalmente, una región agrícola pastoril. Como ya afirmamos, durante el bloqueo continental napoleónico Alemania se industrializó, pero al finalizar este e imponerse, nuevamente, una política económica de bajos aranceles y libre comercio, vivió un proceso de desindustrialización que la llevó, nuevamente, a convertirse en un país rural. Una situación

147 Friedrich List. *Sistema nacional… Op. cit.,* p. 86.

148 George Cole. *Introducción a… Op. cit.,* p. 86.

149 Jacques Droz. *La formación de… Op. cit.,* p. 128.

que la retrajo al estadio de productora de materias primarias[150]. Al respecto, List comenta:

> Al restablecerse la paz volvieron a entablar las manufacturas inglesas una ruda competencia con las alemanas. [La industria británica] por los grandes capitales de que disponía, estuvo en preferente situación para vender a precios mucho más baratos, ofrecer artículos más perfectos y conceder crédito a más largo plazo que la industria alemana, que aun tenía que luchar con las dificultades inherentes a la iniciación de su desarrollo. Pronto surgió la ruina por doquier.[151]

Al mismo tiempo, la burocracia prusiana entorpecía las aspiraciones de la industria nacional alemana, dado que "se había impregnado demasiado de las teorías de Adam Smith a su paso por las universidades para poder comprender rápidamente las necesidades de la época"[152]. En Prusia, el estado alemán más importante, la política económica:

> ... después de 1815, se inspiró en las doctrinas del liberalismo económico. El barón Stein y Hardenberg, canciller del estado, grandes reformadores agrarios y administrativos de Prusia, fueron partidarios convencidos de las doctrinas de Adam Smith (...) En materia de política económica, particularmente en lo tocante a problemas de comercio exterior, los funcionarios prusianos más eminentes estaban imbuidos de las ideas librecambistas (...) y esta

---

150 Situación que se prolongaría en el tiempo hasta que la adopción del *Zollverein* desató nuevamente la dinámica industrializadora. En general, puede afirmarse que Alemania era en 1815 un país predominantemente agrícola y rural. Berlín era la única ciudad que contaba con más de 100.000 habitantes; Koenigsberg y Breslau tenían cada una alrededor de 60.000; Dresde, Leipzig y Munich apenas llegaban a los 30.000 habitantes. Al respecto, véase Jacques Droz. *La formación de... Op. cit.,* 1973.

151 Friedrich List. *Sistema nacional... Op. cit.,* p. 86.

152 *Ibid.,* p. 86.



actitud de los dirigentes intelectuales armonizaba con los intereses del poderoso sector agrario, o sea, los Junkers, que dominaban en la margen oriental del río Elba.[153]

En ese mosaico de estados alemanes, Gran Bretaña se encargaba de predicar –a través de "generosas subvenciones" a periodistas y profesores– que el liberalismo económico y la división internacional del trabajo conformaban la mejor teoría económica que esos estados podían aplicar. Cuando List comenta la financiación encubierta que Gran Bretaña realizaba para propagar la teoría de la división internacional del trabajo y desprestigiar tanto las ideas proteccionistas, como a los hombres que se atrevían a sostenerla, afirma:

> El Gabinete inglés, acostumbrado a no escatimar cuando se trata de los intereses comerciales de su país, posee en su Secret Service Money (fondos secretos) el medio de acudir, en cualquier punto del extranjero, en ayuda de la opinión pública. Apareció una multitud de correspondencia y de folletos, salidos de Hamburgo, de Brema, de Leipzig y de Frankfurt, contra el deseo insensato de los fabricantes alemanes a favor de una protección aduanera común y contra su consejero (List); le reprochaban, en términos duros y despectivos, el desconocimiento de los primeros principios de la economía política –principios reconocidos por todos los hombres cultos– o, al menos, el no ser capaces de comprenderlos. Estos portavoces de intereses ingleses estaban en condiciones tanto más favorables cuanto que la teoría imperante y la convicción de los hombres de ciencia estaban a su favor (...) La lucha era visiblemente desigual: de un lado, una teoría acabada en todas sus partes y de una autoridad indiscutible (...) con oradores en todos los parlamentos (...) pero, sobre todo, la gran palanca del dinero; del otro lado, la pobreza

153 H. Friedlander y J. Oser. *Historia económica… Op. cit.,* p. 145.

y la necesidad, la diversidad de opiniones, la discordia intestina y la falta absoluta de base teórica”.[154]

En 1814 Alemania se había liberado de la dominación política de Francia para caer bajo la subordinación cultural y económica de Gran Bretaña. Esta ejercía sobre Alemania –en términos de Hans Morgenthau– un verdadero “imperialismo cultural”. Describiendo los resultados de la dominación cultural inglesa sobre Alemania, List afirma:

> Todos los funcionarios públicos instruidos, todos los redactores de periódicos y folletos, todos los escritores que trataban materias económicas, educados como estaban en la escuela cosmopolita (en el libre comercio y la división internacional del trabajo), veían en una protección aduanera cualquiera una abominación teórica.

Y agrega List:

> El estudiante menos experimentado, cuyos cuadernos cosmopolitas apenas han tenido tiempo de secarse, se creía autorizado a sonreír despectivamente cada vez que un consejero lleno de experiencia, o un hombre de negocios hábil y reflexivo, hablaba de derechos aduaneros.[155]

Para mensurar apropiadamente el peso de la dominación cultural ejercida por Gran Bretaña conviene recordar que el propio List –que desnudó la dominación cultural inglesa– era, de algún modo, un “producto” de ella. Fue en el ejercicio de la docencia en la Facultad de Ciencias Políticas de la Universidad de Tubinga que List comenzó a transitar el camino de la reflexión, un camino que lo llevaría a descubrir el andamiaje de la dominación cultural inglesa sobre Alemania:

---

154 Friedrich List. *Sistema nacional… Op. cit.,* p. 25.

155 *Ibid.,* p. 46.



> Yo tenía que preparar entonces un curso de Economía política; había estudiado también, como cualquier otro, lo que se había pensado y escrito sobre esta materia, pero no quería limitarme a instruir a la juventud acerca del estado de la ciencia; quería enseñarle también cómo había que impulsar el bienestar, la cultura y poderío de Alemania con los medios de orden económico. La teoría presentaba el principio de la libertad de comercio. Este principio me parecía razonable, seguramente, y, además probado por la experiencia (...) pero los prodigiosos resultados del sistema continental y las funestas consecuencias de su supresión (...) daban a mi doctrina un rotundo mentís, y, tratando de explicarme esta contradicción, llegué a la conclusión de que esta doctrina no era cierta.[156]

La insubordinación ideológica

El comienzo del desarrollo industrial de Alemania, la génesis de su unidad y el inicio de la construcción de su poder nacional solo fueron posibles cuando el país –gracias a la labor ejercida por un puñado de intelectuales– logró librarse de la dominación ideológico–cultural inglesa.[157]

El proceso de insubordinación ideológica fue la condición necesaria que posibilitó, primero, la integración económica de los distintos estados alemanes y que hizo que –una vez lograda la unidad política– el nuevo estado, así surgido, fuese formal y sustancialmente independiente. De entre ese puñado de intelectuales se destacó el novel economista List. Fue en Estados Unidos –donde el joven alemán estaba exiliado desde 1824– donde List recibió la influencia intelectual de los seguidores de Alexander Hamilton,

---

156 *Ibid.,* p. 21.

157 Comentando la dominación ideológica cultural ejercida por Inglaterra sobre la sociedad alemana, hecho que constituía la principal vulnerabilidad estratégica de Alemania, List escribe: “En ninguna parte ha encontrado tanta aceptación como en Alemania la teoría de Adam Smith y sus jóvenes discípulos; en ninguna otra nación se ha creído tanto en la generosidad cosmopolita de Canning y Huskisson”. *Ibid.,* p. 83.

y fue también allí donde elaboró su sistema de ideas que, en gran medida, había aprendido de ese país. A su vez, las propuestas de List tuvieron gran influencia en Estados Unidos. Luego de conocer la experiencia estadounidense en materia de industrialización, el economista alemán comenzó a atacar frontalmente en sus discursos el pensamiento de Adam Smith. List sostenía que la doctrina de Adam Smith no podía ser considerada como una doctrina científica. Para el joven alemán las ideas del inglés eran pura propaganda ideológica inglesa que la propia élite política británica se cuidaba bien de no aplicar en el plano interno.

List era partidario de la industrialización de Alemania y consideraba que el proteccionismo era la política económica más racional para tal fin. Por eso rechazaba el *laissez faire*, el libre comercio y la teoría de la división internacional del trabajo como conjunto de ideas inadecuadas para su país y para cualquier otro que quisiese industrializarse. Sostenía que el liberalismo económico era "algo que los británicos trataban de exportar junto con el algodón, en perjuicio de las naciones menos desarrolladas".[158]

Argumentaba que el florecimiento económico de Gran Bretaña se debía a que "sus industrias habían crecido al amparo de un alto muro de protección, y que los demás países susceptibles de desarrollo industrial deberían igualmente proteger a sus productores nacionales hasta que tuvieran tiempo de llegar a ser igualmente eficientes".[159]

Para List, el crecimiento industrial debía ser apoyado por el Estado, que debía impedir la entrada de los productos extranjeros durante el "período de adolescencia" de las nuevas industrias. List permaneció en Estados Unidos hasta 1832 cuando, finalmente, regresó a Alemania. Su incesante prédica influenció, en gran medida, para que –tras laboriosas negociaciones– en Alemania se consensuara el establecimiento del *Zollverein* o unión aduanera. List fue, en definitiva, uno de principales artífices de la

158 George Lichtheim. *El imperialismo… Op. cit.,* p. 71.

159 George Cole. *Introducción a... Op. cit.,* p. 82.



insubordinación ideológica de Alemania, insubordinación que le permitió a esta romper el "corsé ideológico" que impedía su unidad nacional y su industrialización.

De la fragmentación a la unidad a través de la integración económica

El 1.º de enero de 1834 entró en vigor un tratado de unión arancelaria entre Prusia, Baviera, Wurtemberg y los dos Hesse. A ese acuerdo se integraron, pocos años después, Sajonia, los estados de Turingia, Nassau, el Gran Ducado de Baden y la ciudad franca de Frankfurt:

> Sin duda [apunta sagazmente Jacques Droz] la obra unificadora no estaba completa: quedaban aún fuera de la Unión el *Steuerverein*, apoyado por Inglaterra (...) sin embargo, el *Zollverein*, administrado por una Conferencia general que englobaba a 26 millones de habitantes, abría un inmenso campo al desarrollo de la industria y el comercio.[160]

A partir de la Unión aduanera:

> ... rápidamente se evolucionó hacia una nivelación de los precios; se suprimieron derechos que habían perdido toda razón de ser y se acometió la coordinación de monedas y pesas. Todo esto con gran disgusto de Inglaterra y Francia, que durante tanto tiempo habían cultivado la división interior de Alemania y temían ahora la unificación que se anunciaba.[161]

Tan irritante para los intereses británicos consideró Londres el proceso de integración económica iniciado con el *Zollverein* –a pesar de que la tarifa externa común era todavía relativamente

---

160 Jacques Droz. *La formación de… Op. cit.,* p. 129.

161 Emil Ludwig. *Historia de Alemania*, Anaconda, Buenos Aires: 1941, p. 324.

baja–, que hacia 1840 el investigador John Bowring "fuese enviado a tantear la fortaleza de la nueva unión"[162]. Oficialmente, Gran Bretaña envió al prestigioso doctor Bowring a Alemania con el objetivo de convencer a los alemanes para que abrieran su mercado a las manufacturas inglesas, a cambio de concesiones a favor de los cereales y las maderas de Alemania, de un modo análogo a lo sucedido con los vinos y aguardientes franceses en 1834[163]. A tal efecto, John Bowring elaboró un informe que tendía a demostrar que la industria alemana era protegida a costa de la agricultura, perjudicando al consumidor alemán; que las medidas proteccionistas habían dado una dirección equivocada a muchos capitales, perjudicando los intereses agrícolas; que la agricultura en Alemania era la rama más importante de la producción, que el interés industrial solo podía prosperar en un régimen de competencia externa y, finalmente, que la opinión pública alemana aspiraba a la libertad de comercio. Extraoficialmente, Gran Bretaña envió a Bowring con el objetivo encubierto de tentar a la élite prusiana para que, guiada solamente por sus intereses particulares –principalmente ligados al cultivo de los cereales y a la explotación forestal–, impusiera a la unión la reducción de los aranceles que protegían la industria. A pesar de que la burocracia prusiana "en su mayor parte era partidaria del librecambismo"[164] –tanto como la clase de grandes propietarios rurales que se aferraban desesperadamente a sus privilegios–, Bowring no pudo cumplir con su objetivo porque no

---

162 Thomas Derry y Trevor Williams. *Historia de la Tecnología, desde 1750 hasta 1900*, Siglo XXI, México: 2000, p. 428.

163 Inglaterra reaccionó rápidamente contra la Unión aduanera alemana porque comprendió cabalmente que la integración económica podía devenir fácilmente en un medio para el logro de la integración política y que esta podía conducir, si Alemania se industrializaba seriamente, a la aparición de una potencia política en el corazón de Europa y a la perdida de importantes mercados para sus manufacturas. La misión que el Gabinete inglés le encomendó al doctor Bowring –convencer a los alemanes de que aceptaran un acuerdo parcial de libre comercio– no era solo un medio para garantizar el mercado alemán para los productos industriales ingleses, sino también un medio para vaciar de contenido, es decir, de poder, a un posible Estado alemán unificado.

164 Jacques Droz. *La formación de… Op. cit.,* p. 133.



le era posible garantizar –dada la oposición de los terratenientes ingleses, bien representados en el Parlamento británico– que Gran Bretaña se comprometiera a la eliminación de la ley de cereales, que impedía la entrada de dichos productos al mercado inglés.

A pesar del establecimiento de la unión aduanera y el fracaso del tratado de libre comercio propuesto por Gran Bretaña –acuerdo que hubiera hecho muy difícil la reindustrialización alemana–, los sectores que pugnaban por la industrialización –enfrentados con la mayor parte de la burocracia prusiana y con la mayoría de sectores de la universidad subordinada ideológicamente a las ideas producidas en Inglaterra– no ganarán definitivamente la partida sino hasta 1890. Sin embargo, el *Zollverein* constituyó el inicio del proceso de insubordinación económica de Alemania y fue la base sobre la que se reconstruyó el pensamiento nacional alemán, y según la cual se modeló la unidad.

De país agrícola a potencia industrial

A partir del *Zollverein*, la historia de lo que hoy se conoce como Alemania es la historia de un conjunto de estados, principalmente agrícolas, que mediante la integración económica y el impulso estatal se convirtieron en una potencia industrial. El *Zollverein* desencadenó una "sinergia" que le permitió a Alemania pasar de la fragmentación a la unidad, del estadio agrícola al estadio industrial, del subdesarrollo al desarrollo.

Sin embargo, es preciso aclarar que este proceso de transformación revolucionaria no fue un proceso lineal. El proceso de integración e industrialización de los estados alemanes estuvo lleno de contradicciones, de marchas y contramarchas, porque las grandes fortunas de la aristocracia deseaban que Prusia conservara su carácter agrario y porque la dominación cultural, ejercida desde larga data por Gran Bretaña, había logrado que gran parte de la sociedad alemana –principalmente la burocracia prusiana, la burguesía comercial e importantes sectores del pensamiento universitario– adoptaran el librecambismo. Prueba de ello, por

ejemplo, fueron los congresos de economistas alemanes celebrados en Gotha, en 1858, y en Francfort, en 1859, que se manifestaron a favor del desmantelamiento de los mecanismos que protegían la industria y que asumieron, sin cortapisas, la teoría del libre comercio.

Afortunadamente para Alemania, el despegue económico iniciado por el *Zollverein* fue apuntalado por la *Seehandlung*, especie de banco de fomento industrial bajo control del Estado que "desempeñó un papel capital en la financiación y pertrechamiento de la industria; fue ella, en fin, la que impulsó el *Zollverein*, y eso a pesar de la resistencia de una parte de la población".[165]

A través de la *Seehandlung* los industriales alemanes tuvieron la oportunidad de acceder a un financiamiento de largo plazo y bajo interés que, de otro modo –es decir, en lo que actualmente denominaríamos "condiciones de mercado"–, jamás habrían podido obtener. Además, la acción de la *Seehandlung* fue complementada por el impulso estatal dirigido a la construcción del tendido férreo. Los gobiernos "participaron en él, bien directamente, bien por medio de empréstitos avalados por ellos"[166]. Como acertadamente destaca Droz: "La orden del Gobierno prusiano del 22 de noviembre de 1842, que garantizaba a las compañías autorizadas un interés mínimo del 3,5%, dio un impulso decisivo a la construcción del tendido"[167] y provocó que una "fiebre de los ferrocarriles" se apoderara de Alemania entre 1842 y 1845. Tan efectivo fue el impulso estatal para la construcción de un tendido férreo –a pesar de la corrupción de los altos funcionarios y de los miembros de la familia real prusiana–, que su desarrollo fue el mayor de Europa. En 1848 la red ferroviaria alcanzó los 5.500 km. En la década de 1850 Alemania experimentó un rápido crecimiento económico, cuya manifestación más notoria fue el aumento de la producción textil, de hierro y de carbón, así como la construcción de ferrocarriles:

---

165 *Ibid.,* p. 138.

166 *Ibid.,* p. 130.

167 *Ibid.,* p. 130.



> La longitud de la red ferroviaria se triplicó entre 1850 y 1870; el porcentaje de la población ocupado en las fábricas pasó de un 4 por ciento en 1850 a un 10 por ciento en 1873, y el producto bruto nacional per cápita aumentó un tercio entre 1855 y 1870.[168]

La burguesía industrial alemana respondió positivamente al impulso estatal y utilizó correctamente los "créditos blandos" que obtuvo del Estado y de la banca privada. El espacio económico común y los créditos a largo plazo posibilitaron que la industria siderúrgica alemana se desarrollara considerablemente. Además, en Prusia se tomaron medidas para introducir y divulgar la fabricación de maquinaria moderna. El Estado prusiano creó el *Gewerbe Institut*, el Instituto Politécnico modelo de Berlín, donde se formaron a costa del Estado los técnicos que necesitaba la naciente industria alemana. En el Politécnico, el Gobierno prusiano exponía las máquinas más avanzadas fabricadas en Gran Bretaña o Estados Unidos para que pudieran ser, literalmente, copiadas sin pagar patentes por los técnicos alemanes e introducidas luego, a expensas del Estado –vía créditos a largo plazo–, por los industriales alemanes en el proceso de producción industrial. En 1863 la firma Krupp instaló la primera fábrica de acero de Alemania, capaz de emplear el moderno procedimiento Bessemer. Cuatro años después la Krupp asombraba al mundo exhibiendo, en la Exposición Universal de París de 1867, un cañón de cinco toneladas. Ya en 1865 Alemania ocupaba el segundo lugar en la producción mundial de acero y solo era superada por Gran Bretaña, siendo "escoltada" por Francia y Estados Unidos. En 1867 la firma Borsig fabricó en Berlín su locomotora número 2.000, mientras que la producción de maquinaria agrícola, especialmente en Sajonia, aumentaba considerablemente. En 1870 Alemania logró ocupar el tercer lugar en la producción mundial de hierro colado.[169]

---

168 Mary Fulbrook. *Historia de Alemania… Op. cit.,* p. 170.

169 Conviene recordar que la firma Krupp, fundada en Essen en 1812 por Friedrich Krupp, empleaba en 1826 apenas un poco más de 100 obreros y que entre 1846 y 1847 murieron en Alemania centenares de

Es preciso destacar, también –para valorar adecuadamente la magnitud del impulso que desde el Estado recibió el proceso de industrialización–, que luego de la paz de Frankfurt el Estado alemán unificado emprendió la organización de la investigación científica y la aplicación de los métodos científicos al desarrollo industrial, con una energía de la que ningún otro Estado de Europa diera muestras hasta ese entonces. El Estado alemán se ocupó –más que ningún otro Estado de su época– de sembrar y cosechar, incesantemente, "los frutos del conocimiento". Mediante el establecimiento de un sistema para sostener y pagar a los hombres de ciencia, Alemania no solo creó un verdadero "ejército de científicos e investigadores" sino que, además, llevó adelante una verdadera "política de importación de materia gris". Tentados por esta "política de importación de cerebros", muchos científicos ingleses emigraron a Alemania. Así fue como la poderosa industria química de Alemania tuvo sus cimientos en los trabajos del inglés sir William Perkins, que no consiguió encontrar en Inglaterra una sola repartición del Estado o un solo negociante práctico que le apoyase.

Después de la unificación nacional, si en el nivel superior el sistema educativo alemán a través de las universidades públicas formó a los investigadores y científicos más cualificados de Europa, en los niveles inferiores la educación estatal alemana produjo una de las manos de obra más modernas, más alfabetizadas y cultas del continente europeo.

Finalmente, es preciso destacar que en 1890 el arancel alemán, que no había sido alto si se lo considera desde el punto de vista de las normas modernas, fue elevado considerablemente: "Alemania

personas de hambre y tifus. Sobre el asombroso desarrollo industrial alemán –que posibilitó que Alemania dejara de ser una región miserable castigada por la hambruna–, veánse las obras de: William Dawson. *The Evolution of Modern Germany*, Charles Scribner's Sons, Nueva York: 1919; William Dawson. *Protection in Germany: A History of German Fiscal Policy During the Nineteenth Century*, P. King, Londres: 1904; William Henderson. *The Zollverein*, Cambridge University Press, Londres: 1939; Ludwig Pohle. *Die Entwicklung des deutschen Wirtschafatslebens im letzten Jahrhundert*, Teubner, Leipzig: 1923.



pudo así crecer durante las décadas finales del siglo xix, al amparo de un sistema económico basado en las doctrinas de List"[170]. Mediante la adopción de las ideas predicadas tanto tiempo por List, la subordinación ideológico-cultural –que había frenado hasta ese momento el desarrollo alemán– fue derrotada y Alemania vivió entonces:

> ... una segunda ola de industrialización relativamente rápida, multiplicándose por cinco su producción de artículos manufacturados en un período en el que la de Inglaterra solo se duplicó. En esta época se pasó de las industrias más antiguas –hierro, carbón e ingeniería pesada– a las nuevas empresas químicas y eléctricas.[171]

Comparando el modelo económico inglés –adecuado para una economía ya desarrollada– con el modelo económico que Alemania –insubordinada ideológica y culturalmente– utilizó para dejar de ser un país esencialmente agrícola y convertirse en una potencia industrial, Cole afirma:

> En la Gran Bretaña, de acuerdo con las ideas del *laissez–faire*, el Estado interfería lo menos posible en la industria y el comercio, en tanto que en Alemania la industria había crecido bajo el estímulo directamente otorgado por el Estado, y en gran parte bajo la tutela estatal. Los ferrocarriles ingleses eran de propiedad privada y sus distintas empresas propietarias competían entre sí, en tanto que los ferrocarriles alemanes eran de propiedad del Estado y él mismo los administraba. [Otro gran elemento diferenciador fue que] la banca alemana se consideraba definitivamente como auxiliar del desarrollo industrial y comercial de Alemania.[172]

---

170 George Cole. *Introducción a... Op. cit.,* p. 88.

171 Mary Fulbrook. *Historia de Alemania... Op. cit.,* p. 191.

172 George Cole. *Introducción a... Op. cit.,* p. 92.

A partir de 1890, como fruto de una verdadera estrategia nacional de desarrollo cuya piedra angular fue siempre el impulso estatal:

> Alemania pronto se convirtió en un rival mucho más importante de Gran Bretaña que Francia, tanto porque con anterioridad el mercado alemán había sido muy importante para el fabricante inglés, como también porque la industria alemana se desarrolló en ramas paralelas a la inglesa (...) y en Lorena y en el Ruhr creció rápidamente, en las décadas octava y novena, una industria del acero basada en los novísimos métodos de producción, amenazando cada vez más la posición del acero inglés en los mercados continentales (...) Las industrias metalúrgicas vinieron así a constituir el campo principal de la rivalidad económica entre ingleses y alemanes (...) El proceso alemán, tanto en riqueza como en industria fue, por lo tanto, sorprendente, y no es necesario ir más lejos para localizar la fuente principal de la hostilidad anglo-alemana.[173]

La enseñanza alemana

El análisis del proceso histórico alemán nos muestra claramente cómo, gracias al éxito de un *proceso de insubordinación*, Alemania pasó de ser una región fragmentada y subdesarrollada –que producía artesanías y productos alimenticios y compraba productos industriales– a ser una potencia industrial. Asimismo, nos enseña cómo los estados alemanes se transformaron de objetos pasivos de la política internacional a sujeto activo imprescindible. Durante siglos el país fue el campo de batalla de españoles, suecos y franceses que se disputaron el predominio sobre el suelo de Alemania. Solo cuando Alemania se libró de las "ataduras ideológicas" –que le impedían alcanzar su unidad nacional y su desarrollo industrial– pudo cambiar su destino. Como destacara sagazmente Arturo Jauretche, mucho le debe Alemania al pensamiento de List,

173 *Ibid.,* pp. 88, 90 y 91.



quien advirtió que el liberalismo de Adam Smith, al pretender la división internacional del trabajo y el libre comercio, lo que buscaba era aprovechar las momentáneas condiciones de superioridad que Inglaterra había logrado creando una industria y una marina, gracias a la protección aduanera y la Ley de Navegación.

List encabezó un proceso de insubordinación ideológica gracias al cual Alemania aprendió que Adam Smith, el maestro del liberalismo, era un conquistador más peligroso que Napoleón Bonaparte. El proceso de insubordinación ideológica hizo posible la integración económica que, a su vez, posibilitó la integración política. El genio político de Otto von Bismark selló la unificación e hizo de Alemania una potencia industrial a partir de una política económica que, siguiendo el pensamiento de List, se defendía de la competencia inglesa a través de la protección aduanera, al mismo tiempo que, utilizando al Estado como promotor, subsidiaba la producción industrial y las exportaciones.

El éxito del proceso de industrialización acelerada vía sustitución de importaciones e impulso estatal le permitió a Alemania superar el estado de subordinación y convirtió su impotencia en una gran potencia. La misma tierra que había sido campo de batalla y objeto de disputa entre Francia, Rusia e Inglaterra, devino de aquel modo en un actor principal del escenario internacional.

No resulta difícil conjeturar que si Alemania no hubiese tenido éxito en su proceso de industrialización –realizado vertiginosamente gracias al triunfo de la insubordinación ideológica encabezada por List– su destino no hubiese sido muy diferente al de Polonia, país que permaneció prácticamente ocupado y subdesarrollado hasta el final de la Guerra Fría y el derrumbe de la Unión Soviética. Por último, es preciso recordar que después de derrotada la barbarie nazi, cuando Estados Unidos se disponía a desmantelar industrialmente Alemania para convertirla, nuevamente, en un país agrícola pastoril, el estallido de la Guerra Fría y la amenaza soviética lo obligaron a reconstruir a Alemania como antemural de Europa y a sustituir al Plan Morgenthau –de desindustrialización– por el Plan

Marshall, que significó un nuevo –y enorme– impulso estatal para la reconstrucción y la reindustrialización de Alemania.[174]

La reconstrucción industrial de Alemania, gracias al impulso estatal, hizo posible que en 1952 la República Federal Alemana se planteara junto con Francia –apenas siete años después de finalizada la Segunda Guerra Mundial– el objetivo estratégico de

---

174 Durante las discusiones planteadas en Washington en torno a determinar cuál política serviría mejor para mantener a Alemania controlada y en paz, luego de finalizada la guerra se formaron dos grupos: uno partidario de la represión y otro partidario de la rehabilitación. El secretario del Tesoro, Henry Morgenthau, autor del plan que lleva su nombre, sostenía que "la única garantía segura para prevenir guerras futuras era no solo eliminar la potencialidad bélica germana sino también toda su capacidad industrial, de modo de convertir la nación entera en un Estado pastoril (...) El general Eisenhower apoyó con entusiasmo la idea de eliminar la industria de guerra germana (y) el secretario de Estado, Hull, pareció simpatizar con la propuesta de Morgenthau (…) El único que expresaría su oposición frontal al plan sería el secretario de Guerra Stimson". El presidente Roosevelt era francamente partidario de tratar con dureza a Alemania y sostenía que: "Es de vital importancia que cada uno de los habitantes de Alemania comprenda que esta vez su país es un país derrotado. Existe toda una línea de pensamiento, tanto aquí como en Londres, que sostiene la necesidad de hacer por Alemania lo que esta Administración ha hecho por sus propios ciudadanos en 1933. No veo razón alguna para instaurar en Alemania una WPA (…) desde el momento en que estamos allí en nuestra condición de ejército de ocupación (…) Hay demasiada gente aquí y en Inglaterra que piensa que el pueblo alemán no es responsable de todo lo que ha ocurrido; que lo son solamente algunos líderes nazis. Desgraciadamente, tal afirmación no se compadece con la verdad". Henry Morgenthau alcanzó el tope de su influencia en la Conferencia de Québec, en la cual Roosevelt y Churchill acordaron la transformación de Alemania "en un Estado primordialmente agrícola y de carácter pastoril". Cuando una filtración de información dio como resultado la publicación periodística del plan Morgenthau, Roosevelt afirmó que "muy poco verosímilmente todo el escándalo no era sino consecuencia de un inadecuado manejo periodístico de la información". El espíritu del Plan Morgenthau logró "sobrevivir a la defenestración oficial" y siguió "influenciando profundamente las políticas de ocupación que Estados Unidos implementó inicialmente en Alemania". Todas las citas fueron extraídas de John Lewis Gaddis. *Estados Unidos y los orígenes de la guerra fría. 1941-1947*, Grupo Editor Latinoamericano, Buenos Aires: 1989, pp. 144-148.



construir la unidad europea para alcanzar, en el largo plazo, el nuevo umbral de poder marcado entonces por Estados Unidos de América.

Capítulo 7
Japón y el impulso estatal

Japón frente a las potencias occidentales

Si consideramos impulso estatal todas las políticas realizadas por un Estado para crear o incrementar cualquiera de los elementos que conforman el poder de un Estado, no cabe duda alguna de que Japón fue el Estado que a lo largo de la historia más sistemáticamente utilizó esta "herramienta" para construir su poder nacional. Japón constituye el ejemplo paradigmático de cómo a través de un impulso estatal se puede alcanzar, aun partiendo de condiciones completamente desfavorables, el umbral de poder. Gracias al impulso estatal Japón pudo pasar de ser un Estado feudal-agrícola a ser un Estado-nación industrial; a través de ese impulso, Japón consiguió transformarse de país subdesarrollado en una potencia económica mundial. Gracias al impulso estatal Japón pudo acumular el *quantum* de poder necesario para librarse de la subordinación de las estructuras hegemónicas del poder mundial y escapar así de la periferia.

Japón estaba al borde de la anarquía feudal cuando, en 1542, los portugueses llegaron a sus costas. Los japoneses no tardaron en comprender la importancia de los barcos que poseían cañones pesados y de los soldados armados con arcabuces. Los grandes príncipes del oeste del Japón –que se habían declarado independientes– dieron la

bienvenida a los intrusos. Los japoneses no podían estar en peores condiciones para resistir una invasión europea. Afortunadamente para el país de esa difícil situación surgió un líder militar de envergadura, Oda Nobunaga, quien logró mantener en jaque el poder de los daimyo –los grandes señores feudales– y evitar, de esa forma, que las potencias europeas pudieran utilizar las rencillas internas para apoderarse de Japón. Durante el gobierno de Nobunaga los portugueses –y luego los españoles– comenzaron, pacíficamente, a visitar e instalarse en Japón. Toyotomi Hideyoshi, otro gran caudillo militar, sucedió a Nobunaga. Mientras tanto los españoles, ya establecidos en Filipinas, planificaban invadir desde allí Japón.

En el año 1600 el general Hideyoshi fue sucedido por Ieyasu Tokugawa, quien en 1603 fue proclamado *Sheitai Shogun*, o sea, "gran general sometedor de los Bárbaros", es decir, de los europeos, quienes estaban –según pensaban los japoneses, y con razón– prestos a invadir las islas de Japón. El shogunato de los Tokugawa, aunque respetando la forma y la dignidad del título imperial, ejerció, *de facto*, la autoridad sobre todo el Imperio japonés durante 265 años. Afortunadamente también para Japón, cada nación europea se dedicaba a denunciar las intenciones expansionistas de las otras.

Durante la época del segundo *shogun*, Tokugawa, los japoneses estaban bien informados de las actividades de los europeos en las islas del Pacífico, Java, las Molucas y, especialmente, las Filipinas, con las cuales los japoneses tenían relaciones comerciales desde épocas remotas. La observación de las acciones desarrolladas por portugueses, holandeses, españoles e ingleses, les llevó a la conclusión de que debían negarles la oportunidad de hacer pie en su territorio: "En 1615, los japoneses enviaron un espía especial a las regiones del sur para que informara sobre las actividades que en ellas desarrollaban los europeos"[175]. La información –que les llegó en 1622– confirmó sus sospechas "acerca de un plan español para invadir el mismo Japón"[176]. La reacción japonesa fue tajante.

175 Kovalam Panikkar. *Asia y la dominación occidental… Op. cit.,* p. 77.

176 *Ibid.,* p. 77.

Se procedió a la deportación de todos los españoles del país y en 1637 se ordenó la expulsión de todos los extranjeros y el cierre total del país a las naciones occidentales. Para evitar la invasión material y espiritual europea, los japoneses comenzaron una política de severo aislamiento que se extendió por 216 años, durante los cuales el país se cerró herméticamente al resto del mundo.[177]

Realismo liberacionista y subordinación activa

Cuando el 8 julio de 1853 el comodoro de la armada estadounidense Matthew Calbraith Perry entró a la bahía de Uraga con dos fragatas a vapor y dos naves de guerra, Japón se encontraba exactamente en idéntico grado de desarrollo tecnológico que en el momento de su "descubrimiento" por los portugueses. Tenía, en consecuencia, un "atraso relativo" de nada menos que 200 años. En aquellos dos siglos de cerrazón casi absoluta se había mantenido como un país agrícola-feudal, incapaz, por tanto, de detener una invasión occidental. Apresuradamente, el *shogun* convocó a todos sus ministros: ¿debía abrirse fuego contra aquella flota extranjera o se debía negociar con ella? Con rapidez fueron enviados a parlamentar, con armaduras y yelmos hermosamente cincelados y con

177 Una sola ventana hacia el occidente quedó abierta en una pequeña isla en la bahía de Nagasaki, donde se permitió que los holandeses mantuvieran una estación comercial. Ningún extranjero podía entrar a Japón, ningún japonés abandonar el país. Las contravenciones se castigaban con la muerte. Sin embargo, el poder político japonés quería saber de las actividades de los "bárbaros blancos" y por eso se permite que los holandeses permanezcan en Nagasaki. Aunque los holandeses, prudentemente, no realizan ninguna prédica religiosa o propaganda cultural ideológica, se los vigila con gran severidad. Se les motiva a que traigan los nuevos inventos de Europa al Japón y se les obliga a rendir informes a los shogunes sobre lo que ocurre en el mundo. Un pequeño número de sabios obtiene el permiso para estudiar el holandés. Esta pequeña élite privilegiada tiene acceso entonces al conocimiento de los cambios que vertiginosamente se producen en Europa y comprende entonces la gran vulnerabilidad estratégica de Japón; sin embargo, no tiene la influencia suficiente para advertir a Japón del gran peligro que lo acecha.

espadas en vainas de marfil, algunos de los más notables samuráis de Japón.

El comodoro Perry llevaba una carta del presidente Millard Fillmore dirigida al *shogun*. La carta decía, en tono de amenaza:

> Aún no han llegado a estos mares muchos de los grandes barcos de guerra destinados a visitar Japón, pero los esperamos dentro de pocas horas; el abajo firmante, como evidencia de sus intenciones amistosas, solo ha venido con cuatro barcos de los más pequeños, pero en caso necesario podría volver a Yeddo la próxima primavera con una fuerza mucho mayor.[178]

Perry demandó a los samuráis el permiso para enviar la carta del presidente estadounidense al *shogun* y para negociar con este sin intervención de los holandeses. Cuando los barcos estadounidenses –que llevaban la mejor y más moderna artillería de su país–, con el pretexto de un saludo, dispararon una salva lateral, los samuráis dejaron de titubear y Perry obtuvo el permiso para enviar la carta al *shogun*. Perry se retiró entonces de las aguas japonesas para dar al *shogun* tiempo a reflexionar.[179]

Japón conocía que, a causa de la guerra que los ingleses habían llevado a cabo contra China –la famosa Guerra del Opio del año 1839–, la ciudad de Cantón había sido bloqueada, la flota china destruida y varios puntos de la costa ocupados. No desconocían tampoco que aquella guerra había finalizado con el Tratado de Nankín, en agosto de 1842. El tratado forzó a China a "indemnizar" a Gran Bretaña, ceder Hong Kong, "no perturbar" la ruta del opio y

178 *Ibid.,* p. 213.

179 Cuando Perry se retiró de las aguas de Japón, ingleses, franceses y rusos se apresuraron a enviar hacia las costas japonesas sus buques de guerra con la intención de quitarle la "presa" a Estados Unidos. La fragata rusa *Constantine,* al mando del capitán Putiatine, llega incluso a bombardear y destruir dos fuertes nipones. Japón estaba claramente acorralado.

"abrir al comercio" los puertos de Cantón, Foochow, Amoy, Ningpo y Shangai.[180]

En posesión de estos datos y consciente de la vulnerabilidad estratégica de Japón, uno de los consejeros más sabios del shogunato, Ii Kamon No Kami, elaboró un documento que destacaba la imposibilidad de resistir la barbarie occidental, sugiriendo "adoptar una actitud complaciente hasta que Japón, después de aprender los secretos del Occidente, pudiera tratar con este en términos de igualdad"[181]. En términos conceptuales, Kami aconsejaba llevar a cabo una política de *realismo liberacionista*: una política por la cual el Estado japonés, partiendo de la situación real, es decir el estado de subordinación en el que el retraso tecnológico lo colocaba, se decidiera a transformar la realidad para iniciar un proceso histórico, en el transcurso del cual buscara dotarse de los elementos de poder necesarios para alcanzar la autonomía. En ese proceso de construcción de la autonomía el primer estadio que atravesaría Japón sería el de la *subordinación activa*.

Cuando el comodoro Perry reaparece en 1854 en las costas de Japón, el *shogun*, siguiendo los consejos de Ii Kamon No Kami, se manifiesta dispuesto a cumplir con los deseos de los estadounidenses y los invita a venir a Yokohama. El comodoro Perry vive el momento supremo de su vida: partidario convencido del *Manifest Destiny* de Estados Unidos, "la apertura de Japón era el objetivo supremo de su vida"[182]; para él, los japoneses –a los que consideraba débiles, semisalvajes, tramposos y vengativos– debían de una vez y para siempre *ser civilizados*. El comodoro siempre había soñado con "incorporar ese extraño pueblo aislado al seno de las familias civilizadas"[183]. Orgulloso de haber ganado la primacía a las potencias europeas, Perry entra a Yokohama como si fuese el

180 *Ibid.,* p. 367.

181 *Ibid.,* p. 213.

182 Samuel Morrison. *Old Bruin. Commodore Matthew C. Perry, 1794-1858*, Little Brown, Boston: 1967, p. 324.

183 William Neumann. *America Encounters Japan. From Perry to Mac Arthur*, The Johns Hopkins Press, London: 1963, p. 31.

jefe de un circo. El almirante estaba rodeado por todos sus oficiales vestidos con uniformes de gala, escoltados por soldados marineros que llevaban los sables descubiertos al aire; delante de Perry y sus oficiales, dos gigantescos negros, con el torso desnudo, avanzaban con la bandera estadounidense y una banda de música que tocaba "Yankee Doodle".

El 31 de marzo de 1854 se firma el Tratado de "Amistad y Comercio" entre Japón y Estados Unidos. Sus cláusulas establecían el derecho de los estadounidenses de residir en los puertos japoneses acordados y la aceptación del principio de la jurisdicción extraterritorial. Sin embargo, estas cláusulas serían resistidas y solo aceptadas luego de que Townsend Harris –primer cónsul estadounidense en Japón– advirtiera a los japoneses sobre las serias consecuencias que tendría su negativa.[184]

En 1853 Japón entra en una crisis profunda de la cual solo logrará salir –después de quince turbulentos años– en 1868 con el inicio de la Revolución Meiji. La crisis de 1853 le permitió comprender a la inteligencia japonesa que la *capacidad industrial era el factor decisivo del poder de un Estado*; que el poder relativo de una nación en el escenario internacional dependía, en gran medida, de su grado de industrialización. Asimismo los japoneses comprendieron que la política internacional era una especie de oligopolio de potencias industriales que, aun compitiendo entre sí, se unían para ejercer un monopolio sobre el mundo. En definitiva, la crisis de 1853 desató en Japón un proceso de reflexión –no exento de actos de violencia irracionales y reacciones xenófobas– que le permitió comprender que solo a través de una industrialización acelerada podría reconstruir su poder nacional. Fue por ello que los ideólogos de la Revolución Meiji resumieron el lema de la misma en tan solo dos palabras: *Sangyo rikkoko*: "reconstrucción por la industria". De todos los países de Asia solo Japón fue capaz de librarse de la subordinación occidental y vencer a Occidente en su propio terreno.

---

184 Mario Emilio Cosenza. *The Complete Journal of Townsend Harris, First American Consul General and Minister to Japan*, Japan Society, New York: 1930.

La insubordinación silenciosa: la Revolución Meiji

A partir de 1853 Japón se hallaba dividido y vacilaba sobre la actitud a adoptar frente a los "bárbaros" occidentales. El Gobierno solicitó, por primera vez, la opinión de los señores feudales y de los samuráis considerados más sabios. Los intelectuales y los oficiales cultos debatieron vehementemente; a todos los intelectuales les resultaba claro que, dado el atraso tecnológico-militar, la resistencia directa era imposible. Las opiniones oscilaban conceptualmente entre aquellos que, ante la inferioridad evidente en materia de poder, tecnología y ciencia, proponían la aplicación de un *realismo colaboracionista*, que implicaba la aceptación lisa y llana de la subordinación a Occidente; y aquellos que proponían la adopción de un *realismo liberacionista*. Sin embargo, estos últimos no encontraban una fórmula eficaz para llevarlo a cabo.

La segunda derrota de China frente a las potencias occidentales durante la Segunda Guerra del Opio (1857–1858), que fue seguida con mucha atención por la élite de poder japonesa, acentuó la crisis política del shogunato, que a los ojos de los jóvenes samuráis había demostrado su incapacidad para actuar eficazmente frente a los "bárbaros". Como reacción contra el shogunato, en 1858 aquellos jóvenes samuráis iniciaron una verdadera "ola de violencia", terror y asesinatos, tanto contra extranjeros como contra dirigentes impopulares. El fracaso del *shogun* para enfrentar a los extranjeros se hacía cada vez más patente y, en consecuencia, la revuelta de los extremistas samuráis tomaba la forma de una restauración del poder imperial contra el *shogun*. Dos eran las consignas que sintetizaban el pensamiento de los jóvenes samuráis –cuyo promedio de edad superaba en muy poco los treinta años–: "Echad a los bárbaros" y "Venerad al emperador". Por suerte para Japón, entre 1858 y 1868 el grueso de los jóvenes activistas samuráis más xenófobos perecieron en el curso de su campaña de terror.

El 4 de enero de 1868 un grupo de samuráis –luego de una corta guerra civil– expulsó al *shogun* y restituyó el poder real al emperador. El emperador Mutsuhito –joven sucesor del emperador xenófobo

Komei–, bajo el nombre de Meiji Tenno, se convirtió entonces en el fundador de una nueva era para Japón. La Revolución Meiji fue la revolución de una minoría selecta[185]. El objetivo fundamental de la Revolución Meiji era que Japón pudiese alcanzar el nuevo umbral del poder –el poder mínimo necesario para que el Estado nipón no cayera en el estadio de subordinación– mediante la industrialización acelerada y la construcción de un Estado moderno que sirviera a esa finalidad.[186]

---

185 "La restauración no puede considerarse en ningún sentido real como una revolución burguesa, si bien puede considerarse como el equivalente funcional de parte de una". Eric Hobsbawn. *La era del capital… Op. cit.,* p. 160.

186 Una cronología elaborada por Inazo Nitobe, *The Soul of Japan*, Kindle, Londres: 2004, p. 54, ilustra el alcance de las enormes reformas y transformaciones que Japón realizó durante la era Meiji para alcanzar el nuevo umbral de poder:
1868 Abolición de las aduanas internas y aperturas de las carreteras que hasta ese entonces estaban cerradas por los señores feudales. Implantación de la insignia monetaria y regulación del yen en relación con los cambios extranjeros.
1869 Se declara la igualdad de las cuatro clases: samuráis, campesinos, comerciantes y artesanos. Se instala la primera línea de telégrafo y el primer diario.
1870 Se inaugura la primera línea de vapores entre Tokio y Osaka. Se fundan escuelas populares en Tokio.
1871 Creación de la Casa de la Moneda en Osaka. Se instala el correo en las principales ciudades del país. Construcción de la primera casa de ladrillos. Se decreta el permiso para el matrimonio entre diferentes clases. Se crea la primera cervecería.
1872 Introducción del papel moneda, según el ejemplo prusiano. Funciona el primer ferrocarril. Se instala la primera fábrica de gas. Se establece la libertad para elegir profesión u oficio.
1873 Se introduce el calendario gregoriano y se establece el servicio militar obligatorio.
1874 Se produce la petición para la apertura del Parlamento. Aparece el primer partido político.
1875 Se crea la primera estación meteorológica.
1876 Se establece la prohibición de llevar espadas en las calles y se crea la primera escuela agrícola.
1877 Japón ingresa a la unión postal universal y se instala el primer teléfono.
1878 Aparece el primer vehículo de tracción equina. Se realiza la compra de las patentes de armamentos Hotchkiss.

A partir de la Revolución Meiji, mediante el impulso estatal Japón creó en menos de veinte años un aparato industrial moderno y una próspera burguesía nacional. En un tiempo récord no solo levantó fábricas donde antes había arrozales, sino que convirtió a sus samuráis en importantes capitanes de la industria.

Una de las primeras medidas del Gobierno Meiji fue fundar numerosas empresas industriales de gestión estatal. El Gobierno japonés comenzó el proceso de industrialización, creando aquellas industrias que le parecían más importantes desde el punto de vista de la construcción del poder nacional en aras de alcanzar, rápidamente, el nuevo umbral de poder:

> Puesto que el Gobierno estaba constituido por miembros de la *intelligentsia* (exguerreros en su mayoría) conscientes de la necesidad de una nueva era, la gestión de las empresas administradas por el Estado quedó también en manos de este tipo de personas. Y como la ideología de estas era la confuciana, también la ideología de los industriales pasó a ser el confucianismo. Todas estas empresas eran factorías de grandes dimensiones y necesitaban la organización y el trabajo disciplinado de grandes números de trabajadores. No obstante, como las clases campesina, artesana y mercantil de la época presentaban escasa disposición hacia ese tipo de disciplina, al principio incluso los trabajadores hubieron de buscarse, principalmente, en la clase de los guerreros.[187]

Para evaluar la magnitud y la envergadura del esfuerzo que Japón realizó para alcanzar el umbral de poder, es preciso recordar que el Imperio japonés, en el momento de producirse la Revolución Meiji, estaba compuesto de 3.500 islas, y que del total de la superficie de su territorio solamente el 34% era habitable y apenas el 14% cultivable. Vivían en las islas 26 millones de habitantes y Japón había alcanzado el grado máximo de su población, pues en sus pobres campos no podía cultivar más alimentos para mantener

187 Michio Morishima. *¿Por qué ha triunfado Japón*?, Crítica, Barcelona: 1997, p. 118.

más seres humanos[188]. Japón no poseía, a excepción del cobre, prácticamente ninguna materia prima importante y no podía, en consecuencia, emplear de forma significativa ni productos agrícolas ni materias primas básicas para realizar la gran compra de maquinarias que necesitaba para construir su aparato industrial.

Además, aunque con el advenimiento del Gobierno Meiji Japón se abrió sin restricciones, esta apertura solo se aplicó al terreno comercial. La apertura no llegaba al punto de que el Gobierno japonés admitiese la importación de capital extranjero; por consiguiente, para llevar adelante el proceso de industrialización acelerada el Gobierno tuvo que "crear" el capital necesario por sus propios medios, sometiendo a la población a grandes sacrificios.

El capital interno era exiguo también y, a todas luces, insuficiente. Solamente los mercaderes tenían almacenado algún oro que, con gran espíritu patriótico, prestaron al Estado. El primer empréstito interno –títulos por valor de 30 millones de yenes– fue realizado en 1872. Cierto es que algunos señores feudales se comprometieron con el proceso de industrialización –como el príncipe Satsuma, quien en 1862 fundó la primera fábrica japonesa: una hilandería de algodón con 500 husos; o los señores del feudo

188 Durante todo el período de aislamiento hermético del extranjero hubo en Japón un estricto control de la natalidad. El estado trató de controlar los nacimientos y los shogunes, que conocían bien las fuentes de abastecimiento alimenticio de Japón, fijaron como límite máximo de la población la cifra de 25 millones de habitantes. Pasada esa cifra consideraban que sobrevendrían grandes hambrunas. Inazo Nitobe, en su obra sobre Japón, sostiene que: "Durante tres siglos no fue la limitación de los nacimientos solamente tolerada, sino impuesta por leyes, amenazando con severos castigos a las familias con excesiva prole". E. Honjo, en una conferencia que pronunció en la 19.ª sesión del Instituto Estadístico Internacional, celebrada en Tokio en el año 1930, afirmó categóricamente que: "El pueblo japonés –bajo el período de los Tokugawa–, no importa si en el campo o en las ciudades, no vio ninguna diferencia entre infanticidio y eliminación de malezas (...) En Kiushu debieron ser muertos dos de cada cinco niños. En la provincia Hyoga tenía solamente el primogénito el derecho a la vida, los demás eran muertos al nacer o eliminados antes de haber nacido". Herbert Bix. *Hirohito and the Making of Modern Japan*, Harper Collins, Nueva York: 2001, p. 173.

Maebashi, que crearon la primera hilandería de seda en 1870–, pero el capital que podían reunir era insuficiente en relación con el necesario para construir los astilleros, la siderurgia y los ferrocarriles[189]. Entonces, como la mayor parte de los ingresos públicos de la época procedía de la contribución agraria, "el Gobierno aumentó las cargas y aplicó la recaudación a la puesta en marcha de varias empresas, por medio de esta especie de ahorro interior".[190]

Además, el Gobierno comenzó a explotar los pocos yacimientos de oro y plata que había en las islas, a los fines de incrementar el capital que le permitiera coadyuvar a la realización de las inversiones necesarias. Simultáneamente, comenzó el trabajo en las minas de cobre, único mineral que Japón poseía en abundancia. El Estado llegó a explotar, de forma directa, 350 minas y con el rendimiento de estas se creó la industria textil japonesa.

Las rentas feudales constituyeron otra fuente de capital para la industrialización:

> En la época de la abolición de los dominios, el Gobierno se hizo cargo de las rentas que anteriormente pagaba cada dominio; entre 1873 y 1874, entregó a los antiguos señores feudales y guerreros que habían renunciado a sus rentas títulos de la deuda por valor de unos cuatro a seis años de dicha renta. De esta manera, los guerreros se vieron en posesión de dinero, y sobre todo los antiguos señores feudales y los guerreros de más categoría se hicieron ricos de la noche a la mañana, e invirtieron estas riquezas en la industria. Los criterios inversionistas de estos hombres, a diferencia de los mercaderes, no eran económicos; las hicieron ateniéndose a lo que entendían que eran las necesidades nacionales y el interés nacional. Muchos de ellos poseían una conciencia nacional fuerte y una idea relativamente clara de lo que podía ser el interés nacional.[191]

---

189 Para el desarrollo japonés hasta el año 1913, ver también Kamekichi Takahashi. *The Rise and Development of Japan's Modern Economy,* The Jiji Press, Tokio: 1969.

190 Michio Morishima. *¿Por qué ha triunfado Japón?... Op. cit.,* p. 121.

191 *Ibid.,* p. 121.

El desarrollo de la industria naval

Especial atención merece el inicio de la industria naviera en Japón por los boicots que el país sufrió por parte de las potencias occidentales, tendientes a impedir que pudiera desarrollar su propia industria naval.

Las potencias occidentales eran también conscientes –y por eso concordaban entre sí– de que la realización del potencial, en términos de poder, del Estado nipón alteraría la correlación de fuerzas a nivel regional en detrimento suyo. Por lógica consecuencia, el objetivo de las potencias occidentales en relación con Japón consistía en tratar de garantizar que su desarrollo político, militar y económico no afectase sus intereses locales y regionales. En la consecución de ese objetivo las potencias occidentales fracasaron rotundamente.

El Gobierno Meiji se percató, rápidamente, de que los fletes que pagaban a las compañías navieras inglesas o estadounidenses encarecían la importación de maquinaria en más de un 120% y que las embarcaciones extranjeras estaban monopolizando la totalidad de la navegación costera japonesa. Dictó entonces una ley que, inspirada en la vieja Acta de Navegación Británica de 1651, fomentaba la construcción naval.

Para el desarrollo de la industria naval, Japón debía comprar planos de construcción en el extranjero y conseguir ingenieros y técnicos dispuestos a trasladarse a Japón a fin de transferir sus conocimientos. Las comisiones enviadas por el Gobierno japonés a Inglaterra y Estados Unidos para adquirir los planos y atraer a los ingenieros hallaron, a menudo, las puertas cerradas.

Finalmente, Japón, después de arduas gestiones, consiguió que Inglaterra le vendiese un costosísimo plan de construcción naviera. Sin embargo, en 1870 –cuando en los astilleros estatales de Uraga finalizaron la construcción de los primeros barcos– quedó en evidencia que los planos ingleses contenían, a sabiendas, falsas medidas. Japón había sido, sencillamente, “estafado”. Cuando la primera nave fue botada, mató a 15 ciudadanos y escoró,

pesadamente, hacia babor. En los planos, los ingenieros británicos habían distribuido el peso tan sutilmente y de forma tan irregular, que todos los intentos posteriores de botar otras embarcaciones fallaron sistemáticamente.

Los dirigentes del Gobierno Meiji se dieron cuenta de que habían sido timados por los británicos. Tragaron la indignación y aceptaron comprar las embarcaciones más antiguas y obsoletas de Europa y Estados Unidos, pero no abandonaron la idea de crear una industria naviera japonesa y comenzaron, entonces, por el principio: formando a los técnicos e ingenieros necesarios. En 1894 Japón ya había pasado de la construcción de juncos monomástiles a la construcción de barcos a vapor.[192]

Después de la ocupación de Formosa le fueron entregados gratuitamente a Yotaro Iwasaki, descendiente de una familia de guerreros, todos los barcos que conformaban la nueva flota del Estado japonés y el Gobierno le concedió, además, 250.000 yenes de subvención anual para la construcción de nuevos buques. Luego se le concedieron otros 15.000 yenes anuales de subvención para la fundación de una escuela náutica, a fin de reemplazar a través de ella y paulatinamente a los capitanes y timoneles extranjeros. Iwasaki inició, entonces, la construcción de modernos astilleros, pero para no tener la misma desagradable experiencia de los constructores del Estado hizo robar los planos de construcción. En un año duplicó entonces el tonelaje.

En 1911 el Gobierno japonés –inspirándose en las leyes norteamericanas de fomento de la industria naval del año 1789– prohibió la navegación costera a los países extranjeros. Los Mitsubishi fundaron entonces, en combinación con los Mitsui y los Okura, la Osaka Shosen Kaisha y luego la Kokusai Kisen Kaisha, que le permitieron a Japón no solo realizar la navegación de su litoral sino crear líneas de navegación hacia África, Australia, Estados

192 "Fue el ingeniero Emile Maidzuu quien se ocupó de organizar los astilleros de Yokohama, Sasebo, Maidzuu y Muroran. El primer crucero acorazado japonés de 4.300 toneladas fue botado en 1891". Maurice Brossard. *Historia marítima del mundo*, Edimat, Madrid: 2005, p. 515.

Unidos, Europa y Suramérica. Cincuenta años después de que el Gobierno Meiji decidiera crear, mediante el impulso estatal, la industria naviera, la marina mercante japonesa disponía de 4.000.000 de toneladas. Su capacidad se había centuplicado.

Los primeros empréstitos

En 1870 el gobierno Meiji consiguió el primer empréstito extranjero por valor de un millón de libras esterlinas. La banca inglesa otorgó el préstamo por 9 años y le exigió a Japón un interés anual del 9%, cuando lo habitual era cobrarles a los países no europeos el 4%. Con el dinero del empréstito fueron compradas en Inglaterra –en la ciudad de Lancashire– dos máquinas hilanderas con 2.000 husos cada una y se instalaron, además, dos fábricas estatales de cemento y una de vidrio, equipadas con maquinaria estadounidense. También se crearon los astilleros estatales, una empresa de gas y electricidad y una fábrica de conservas.

En 1873, luego de largas negociaciones, el Gobierno japonés consiguió en la "city" financiera de Londres, bajo condiciones verdaderamente usurarias, un nuevo crédito por valor de 2.500.000 libras. Con los empréstitos, el Gobierno pudo crear el marco técnico para las reformas. Inauguró el primer tramo del ferrocarril de Tokio a Yokohama y subvencionó el establecimiento del Genro-in: una comisión planificadora encargada de enviar comisiones de estudio al extranjero, en busca del mejor modelo posible para industrializar el país y construir un Estado moderno. Japón no dejará nada para las soluciones de la casualidad, no dejará ningún sector importante de la economía librado a la "mano mágica del mercado". A partir de la revolución Meiji, actuará de forma planificada.

La planificación de la vida económica y política

En busca de un modelo que le permitiera alcanzar lo más rápidamente posible el nuevo umbral de poder, el Gobierno japonés envió muchas misiones de estudio tanto a Europa como a Estados

Unidos. Sin embargo, ante los ojos de Japón, Estados Unidos no aparecía como el país más fuerte y avanzado; por tal motivo, fueron los países europeos los que sirvieron principalmente de modelo para la "modernización selectiva" de los sectores más importantes de la vida económica y política.[193]

Es preciso aclarar que en ese momento histórico Japón estuvo a punto de caer, bajo la subordinación ideológico-cultural, a las estructuras hegemónicas del poder mundial, dado que algunos políticos e intelectuales proponían el abandono de todo lo que fuera japonés en tanto consideraban que todo el pasado, todo lo japonés, era "atrasado" y "bárbaro". Ese sector del pensamiento y la política japonesa llegó, incluso, a proponer la renuncia al idioma japonés y la renovación genética de la raza japonesa mediante el entrecruzamiento con la "superior" raza blanca. Lógicamente, el programa ideológico de ese sector del pensamiento japonés incluía la aceptación del liberalismo económico y la división internacional del trabajo. Como reacción a las ideas sostenidas por este grupo de intelectuales japoneses subordinados ideológica y culturalmente a las estructuras hegemónicas del poder mundial, se afianzó la propuesta de combinar "la imitación selectiva" de Occidente con la reelaboración de un "neotradicionalismo" que mantuviera vigentes los valores de la cultura nacional.

Todas las comisiones de estudio reconfirmaron la idea de que Japón solo podría librarse de la subordinación extranjera mediante

---

193 En cada país las comisiones de estudio enviadas analizaron desde la organización del correo y la policía hasta la organización de la industria y las finanzas. La información reunida por los agentes japoneses fue impresionante y, aunque algunos volvían colonizados ideológicamente, la mayoría logró hacer un análisis crítico de todo lo que habían escuchado, observado y estudiado. Con la información recabada por las comisiones el Gobierno Meiji decidió el modelo a seguir en cada área. La imitación de Occidente fue una imitación selectiva y reflexiva. El sistema educativo se inspiró en el modelo francés de distritos escolares. Sin embargo, en materia de enseñanza universitaria se siguió en parte el modelo estadounidense. El Ejército siguió también el modelo francés, pero la Marina imperial japonesa prefirió adoptar el modelo de la Royal Navy. La Constitución siguió el modelo alemán. Los ferrocarriles y el telégrafo, el modelo británico.

la realización de un acelerado proceso de industrialización y que ese proceso solo podía ser llevado a cabo, directamente, por el Estado. El Gobierno japonés trabajó de forma dirigida; el Estado creó y administró todas las primeras grandes industrias. Hasta 1884 en Japón solo existió un actor que realizaba los estudios de factibilidad, construía las fábricas, compraba las maquinarias y administraba las empresas creadas: el Estado. Esto porque las comisiones de estudio habían llegado a la conclusión de que solo a través del impulso estatal el país podría industrializarse aceleradamente; sin embargo, el Gobierno japonés tenía en claro que el Estado no debía permanecer por siempre como empresario. También tuvo en claro, desde un principio, que cuando los técnicos del Estado lograran crear sucesores, cuando las escuelas aseguraran una nueva generación de ingenieros y administradores –que permitiera prescindir de los asesores extranjeros–, el Estado abandonaría la dirección de las empresas industriales aunque, por supuesto, no abdicaría del ejercicio de la dirección económica del país.

En 1884, después de haber creado un impresionante parque industrial, el Estado japonés decidió entregar la mayoría de las empresas estatales a manos de particulares. El proceso de transferencia de propiedad comenzó por la industria textil; cuatro años más tarde, en 1888, el Gobierno se desprendió de la propiedad de las minas de cobre, luego de las fábricas de cemento, vidrio y otras. Cedió las empresas que había creado a un precio tan bajo que prácticamente equivalía a un regalo. Cuando el Estado se retiró de la dirección de las grandes empresas por él creadas, estas pasaron a ser conducidas por aquellas familias que habían colaborado con el Gobierno en la reconstrucción del poder nacional; de ese modo, los Mitsui, los Mitsubishi, los Satsuma, los Okura, los Furukawa, los Kuhari y los Asano, se convirtieron en los grandes industriales. Los monopolios del Estado se convirtieron, de la manera más natural, en los de las grandes familias; así, mediante el impulso estatal, Japón logró crear el "núcleo duro" de su burguesía nacional, la misma que recibió, además de la propiedad de las empresas, el personal capacitado para operarlas y la protección oficial contra

la competencia externa. Además, el Estado era el principal cliente de muchas de esas empresas, así que este les garantizaba también la compra del grueso de la producción. A partir de ese momento se llamó *zaibatsu* –palabra japonesa que significa "familia dotada de una gran fortuna"– a los grandes conglomerados de empresas industriales formados a raíz de la privatización de las empresas del Estado, vinculados a una gran familia que les da su nombre.

Desde ese momento la burguesía nacional japonesa, que le debía todo al Estado, estuvo siempre dispuesta a escuchar con atención la opinión del gobierno y a seguir las orientaciones estatales que este marcara en materia económica y de desarrollo. Los objetivos de esta burguesía nacional estuvieron siempre en correspondencia con el interés de Japón. Además, el Estado, para corregir a los díscolos y asegurarse de que los empresarios actuaran siempre pensando en el interés nacional, poseía una herramienta eficaz que actuaba como correctivo: si el interés de las empresas no se correspondía con el interés de la nación, los nombres de esas empresas eran borrados de la relación de proveedores del Estado.

> La función de las grandes compañías como equipo elegido para representar a Japón en la consecución del objetivo nacional de construir un país fuerte, capaz de competir con Occidente, significaba que debían ser más conscientes de ese objetivo nacional que todas las demás, tener presente los criterios de la Administración y apoyar en toda circunstancia al Gobierno. Con esto bien entendido, a partir de la Revolución Meiji y durante unos cincuenta años Japón luchó como un país unido para construir un Estado moderno.[194]

En 1930 el ejército, para complementar el desarrollo industrial, construyó un importante complejo industrial y repitió luego la metodología aplicada por la Revolución Meiji para transferir dichas empresas a los particulares. Así, gracias a un nuevo impulso estatal, prosperaron bajo la protección militar "compañías como

194 Michio Morishima. *¿Por qué ha triunfado Japón?... Op. cit.,* p. 156.

Nissan, Nihon Chiso (Nitrógeno del Japón), Nihon Soda (Soda del Japón), Showa Denko (Eléctrica Showa)"[195]. Sin embargo, este segundo proceso de industrialización, conducido esta vez por el ejército, llevaría a Japón a la catástrofe; con los militares dueños del poder, Japón se encaminó al desastre. El militarismo –que, paulatinamente, se adueñó de la política nipona– al conducir a Japón a una guerra que no estaba en condiciones de ganar, destruyó la obra de la Revolución Meiji.

De la catástrofe a la recuperación

En 1945 Japón sufre la suerte de la que había escapado un siglo antes: es ocupado por una potencia extranjera; la misma que lo había forzado, a partir de 1853, a abrirse al mundo exterior. Por primera vez en su historia Japón era vencido y el extranjero iba a ocupar su territorio. Terrible prueba para un pueblo que se creía "elegido por Dios" y que estaba educado en el mito de la invulnerabilidad de su territorio y de su ejército.

En 1945 Japón era un Estado materialmente arruinado. El 50% de sus zonas urbanas se encontraba completamente destruido, su economía se hallaba paralizada, su red de comunicaciones pulverizada y su aparato industrial convertido en escombros. A partir de esa fecha se instauró un nuevo régimen político. El emperador guardó su rol simbólico, pero renunció a la "divinidad" de su persona. Surgió una nueva Constitución, pero esta vez no fue elaborada por la aristocracia japonesa, sino por los técnicos del Estado extranjero que había derrotado a Japón. Con la llegada del comandante supremo de las fuerzas aliadas, el 30 de agosto de 1945, y la firma de la rendición incondicional de Japón en el acorazado *Missouri*, el 2 de septiembre de 1945, Japón aceptó, oficialmente, lo inevitable: la pérdida total de su soberanía política. El general Douglas MacArthur gobernaría Japón como un verdadero "virrey". Siguiendo el plan de ocupación minuciosamente elaborado en Washington, MacArthur comenzó, inmediatamente, la tarea de reincorporar el país "al seno de las familias"

195 *Ibid.*, p. 125.

civilizadas, metáfora que equivalía a deshacer la obra de la Revolución Meiji, es decir, a desmantelar el aparato industrial japonés.[196]

La tarea de democratizar Japón incluía su desindustrialización total, dejando en pie solamente aquellas industrias indispensables para garantizar la alimentación de la población. En noviembre de 1945 el general Mac Arthur dio instrucciones precisas al primer ministro Kijuro Shidehara para que procediera a realizar cinco reformas fundamentales: el establecimiento del voto femenino, la puesta en marcha de una educación liberal, la consagración del derecho de los trabajadores de disponer de organizaciones propias, la abolición del régimen autocrático y la democratización de la economía. Entre 1946 y 1947 fueron hechos públicos varios textos legales para el desmantelamiento industrial y la eliminación de los *zaibatsu* sobre los cuales se había edificado la industrialización, considerados por la ocupación como concentraciones capitalistas demasiado importantes. La democratización de Japón incluía, en los planes de ocupación, la depuración de los *zaibatsu*; se persiguió a las familias propietarias de estos trusts con anterioridad a la guerra. Algunos de sus miembros se vieron individualmente alcanzados por la depuración y fueron llevados delante de los tribunales. Además, la reorganización del sistema fiscal estuvo dirigida a limitar e incluso liquidar sus fortunas.

Así mismo, para concluir la destrucción del aparato de guerra nipón, el comando supremo de las fuerzas aliadas comenzó a llevar a cabo una política de reparaciones destinada a que Japón se hiciera cargo de los daños causados en Asia por sus terribles agresiones. La política de reparación incluía el desmantelamiento de gran parte de la industria siderúrgica y de la industria química, y su traslado a los países que habían sido agredidos por el Japón.[197]

---

196 Para estudiar la acción de MacArthur en Japón, ver: Douglas MacArthur. *Reminiscences*, Heinemann, London: 1964; Russel Brines. *Mac Arthur's Japan.* Lippincott, New York: 1948; Edwin O. Reischauder. *Histoire du Japón et des Japonais de 1945 a 1970*, Seuil, París: 1970.

197 Para estudiar la planificación de la ocupación, ver los siguientes documentos: "United States Initial Post Surrender Policy for Japan". *Department of State Bulletin*, vol. 13, n.° 326, 23 September 1945,

Desde 1945 a 1947 se suscitó en Japón una extraordinaria carestía de alimentos. Más de cinco millones de personas quedaron sin trabajo y una inflación importante asoló el país. Japón se estaba convirtiendo, aceleradamente, en un país desindustrializado y, por lógica consecuencia, en un país subdesarrollado[198]. Sin embargo, la historia le regaló a Japón una segunda oportunidad. En 1948 la situación internacional cambió rápida y radicalmente. En China, los ejércitos de Chiang Kai-shek fueron derrotados por las fuerzas comunistas conducidas por Mao Zedong. Se fundan en la península coreana –que había sido colonia japonesa– al sur la República de Corea y al norte la República Democrática Popular de Corea. En 1949 se constituyó la República Popular China y en 1950 estalló la Guerra de Corea. Dado el nuevo escenario internacional, Estados Unidos se vio obligado a "reconstruir" Japón como bastión contra la Unión Soviética y China. Las fuerzas aliadas realizaron, entonces, un giro de 180 grados en su política de ocupación, abandonando el propósito inicial de desindustrializar Japón. Como consecuencia

---

pp. 423-427; "Basic Initial Post Surrender Directive to Supreme Commander for the Allied Powers for the Ocupation and Control of Japan", *Political Reorientation of Japan, September 1945 to September 1948,* U. S. Government Printing Office, Washington: 1949, pp. 428-429; *A Decade of American Foreign Policy, Basic Documents, 1941-1949*. U.S. Government Printing Office, Washington: 1950; *Foreign Relations of the United States, vol. VI, 1945: The British Commonwealth, the Far East,* pp. 710-742; 779-781, 825-827, 844-845, 854-856.

198 Analizando el período de la ocupación, algunos autores como Michio Morishima –en concordancia con la línea interpretativa sostenida por la mayoría de los politólogos norteamericanos– sostienen que a pesar de las dificultades económicas los japoneses jamás se habían sentido tan libres y que la población experimentaba un sentimiento de gratitud hacia las fuerzas aliadas, a las cuales consideró como un ejército de liberación. Para estudiar la ocupación aliada del Japón, ver: Robert Ward. "Democracy and Planned Political Change". *The Japan Foundation Newsletter*, vol. IV, n.° 6, febrero 1977, pp. 8-15. Para la evaluación oficial de la política de ocupación estadounidense, ver: Wolfgang Benz. *Amerikanische Besatzungsherrschaft in Japan 1945-1947. Dokumentation. Vierteljahrshefte fur Zeitgeschichte*, 26. Jhg, 2H, abril 1978, pp. 265-346. Para una evaluación japonesa de la ocupación, ver Ikuhiko Hata. "Japan under Occupation", in: *The Japan Interpreter*, vol. 10, Winter 1976, pp. 361-380.

de este cambio en la política de ocupación, la economía japonesa renació como el Ave Fénix.

"Desde el comienzo de las hostilidades en la Guerra de Corea, las fuerzas norteamericanas (fuerzas de las Naciones Unidas) pasaron a empresas japonesas numerosos pedidos de armamento, repuestos para vehículos y otros aprovisionamientos militares"[199]. La economía japonesa comenzó, entonces, a reconstruirse a través de un inesperado impulso estatal.

La situación internacional obligó a Estados Unidos a fomentar, con urgencia, "la resurrección" de la economía nipona y para ello le fue preciso suspender la política de desmilitarización y desindustrialización que había aplicado hasta ese momento. Estados Unidos abandonó entonces el objetivo de reconstruir el Japón como una economía agraria y semiindustrializada. Se elaboró un nuevo plan para la reconstrucción de Japón que:

> … consistía en crear una economía que pudiese asumir la misión de desarrollar todo el Sudeste asiático y al mismo tiempo acumular reservas capaces de satisfacer demandas urgentes de suministro por parte de Estados Unidos. Era un giro de ciento ochenta grados en la política de ocupación. De acuerdo con las medidas tomadas al principio, no se permitiría que Japón tuviese un nivel de vida superior al de los demás países de Asia a los que había agredido; en consecuencia, todos los bienes y equipos –con excepción de los bienes de subsistencia y los equipos de capital– fueron entregados en concepto de reparaciones, o bien a los aliados, o bien a los países que habían sufrido la agresión japonesa. En 1949 los programas de reparaciones fueron consignados a los *archivos*.[200]

La política de desmantelamiento de los *zaibatsu* –que había sido un fuerte golpe para la economía japonesa, desorganizándola en el plano de las estructuras y privándola de una élite empresarial

---

199 Michio Morishima. *¿Por qué ha triunfado Japón?... Op. cit.,* p. 202.

200 *Ibid.,* p. 204.

de reconocida experiencia– fue abandonada. Para poder lanzarse a la tarea de recuperar económicamente a Japón, MacArthur no tuvo más remedio que apoyarse en los mismos empresarios a los que ayer había perseguido ante los tribunales de depuración. Como consecuencia de este descomunal giro, la política económica adoptada resultó casi idéntica a la llevada a cabo durante la revolución Meiji:

> Se resucitó una economía agrupada por las grandes empresas. A partir de 1950 y durante cinco años, las empresas japonesas se enriquecieron gracias a la demanda de artículos militares –el impulso estatal– para la Guerra de Corea. Durante los dos primeros años las principales partidas de la demanda consistían en camiones, repuestos para vehículos, tela de algodón, pero en 1952 el cuartel general aliado autorizó la fabricación de armamento y este pasó a ser la principal partida demandada.[201]

Como durante los gobiernos Meiji, Japón volvió a salir del abismo gracias al impulso estatal. Seis años después de la derrota, la producción de hierro, acero, textiles y la fabricación de maquinarias superaron, increíblemente, los niveles de antes de la guerra. Esta vez el impulso estatal tenía el nombre de "suministros especiales"[202]. Además, como durante la Revolución Meiji, en la década del cincuenta:

> … muchas de las gigantescas instalaciones que habían pertenecido al Ejército y a la Marina, incluyendo los antiguos astilleros, fueron vendidos a las empresas privadas. Entre esas operaciones

201 *Ibid.*, p. 204.

202 En 1955 Japón comenzó a producir aviones de combate T33 y F86F, y sobre todo ametralladoras, tanques y cañones. Para una evolución de la producción de armamento y su impacto en la recuperación económica del Japón, ver Han, Sungjoo. "Japan's PXL decisión. The Politics of Weapons Procurement", *Asian Survey*, vol. XXIII, n.° 8, 1978, pp. 769-784. Además, puede consultarse: "The Evolution of Japan's Defense Plans", Japan Interpreter, vol. VIII, n.° 2, spring 1973, pp. 211-218.

figuraban, por ejemplo, la cesión de los depósitos de combustible, que tenía la Marina en Yokkaichi, a la Mitsubishi Petrochemical Company; los depósitos del Ejército en Iwakumi pasaron a la Mitsui Petrochemical Company, y los talleres de Harima, pertenecientes a los arsenales del Ejército en Osaka, a la Kobe Steelsworks. En el período Meiji, la venta de las empresas estatales había determinado la estructura de mundo industrial Meiji; no menos decisiva fue la venta de antiguos activos militares después de la guerra y su papel en el desarrollo subsiguiente de la economía japonesa. La economía que se reconstruyó era como la de preguerra; las orientaciones del Gobierno eran esenciales.[203]

El Ministerio de Comercio Internacional y de la Industria y la planificación del impulso estatal

Desde la era Meiji hasta la Segunda Guerra Mundial, el Estado japonés jugó un rol decisivo en el desarrollo industrial. El Estado construyó y regaló fábricas y las sostuvo, mediante subsidios, cuando estas por alguna coyuntura externa no eran rentables.

Después de la Segunda Guerra Mundial, el Ministerio de Comercio Internacional y de la Industria (MITI) volvió a reeditar la esencia de la política económica de la revolución Meiji y Japón se convirtió en una potencia industrial. El MITI fue el cuartel general y el motor de la economía del país; jugó el rol de coordinador entre los hombres de negocio y la clase política. Con un presupuesto mínimo, el MITI tuvo un papel preponderante en la reconstrucción de la economía japonesa; controlaba numerosas actividades de producción y de comercio. Entre las leyes más importantes fomentadas por el MITI es preciso nombrar la *Ley sobre el Control de Cambio y el Control del Comercio Exterior* –del 1.º de diciembre de 1949–, que le otorgaba al MITI el derecho de controlar las importaciones; así como la *Ley sobre Inversiones Extranjeras* –del 10 de mayo de 1950–, que lo facultaba para el control virtual sobre todos los capitales, de

203 Michio Morishima. *¿Por qué ha triunfado Japón?... Op. cit.,* p. 205.

corto o largo plazo, que llegaran al país. Asimismo fueron los funcionarios del MITI quienes contribuyeron para que se revisara la ley contra los monopolios, es decir, contra los *zaibatsu*, introducida por las fuerzas aliadas de ocupación[204]. Gracias al impulso estatal planificado desde el MITI, Japón "creció entre 1955 y 1969, alrededor del 10,37% anual"[205], y en 1968 superó a la Republica Federal Alemana, convirtiéndose en la segunda economía mundial.[206]

El "milagro japonés" fue posible a través del impulso estatal y el establecimiento de una "economía de mercado planificada".[207]

---

204 Sobre el papel del MITI, cerebro de la economía japonesa durante la reconstrucción económica de Japón, ver: Hubert Brochier. *Le miracle économique japonais 1950-1970,* Calman-Levy, París:1970; Valery Zaitsev. "Japan's Economic Policies: Illusions and Realities", in: *Far Eastern Affaires*, n.° 1, 1978, pp. 86-100; Seiichiro Sato. "The Trouble with MITI", in: *Japan Echo*, vol. v, N.° 3, 1978, pp. 54-65.

205 Kazuski Ohkawa and Henry Rosovski. *Japanese Economic Growth. Trend Acceleration in the Twentieth Century*, Stanford University Press, Stanford: 1973; p. 27.

206 Robert Guillain. *Japon Troisieme Grand*, Seuil, París: 1969.

207 Karl Bieda. *The Structure an Operation of the Japanese Economy.* John Wiley, Sidney: 1970, p. 52.

Capítulo 8
China y los umbrales de poder contemporáneos

La reconstrucción del poder nacional chino

China es el más importante ejemplo contemporáneo de que todo proceso de construcción de poder nacional exitoso es el resultado de una conveniente conjugación de una actitud de *insubordinación ideológica* para con el pensamiento dominante y de un eficaz *impulso estatal.*

Después de la muerte de Mao Zedong en 1976 en la República Popular China tomó el poder una nueva dirigencia. Pasados algunos años, Deng Xiaoping alcanzaría a erigirse en su nuevo conductor[208].

208 Durante un breve período a partir de 1976, Hua Guofeng, como sucesor elegido por Mao, condujo los destinos de la República Popular China. Sin embargo, la reunión del Comité Central del Partido que aprobó oficialmente la posición de Hua como sucesor de Mao, aprobó también "el retorno de Deng Xiaoping, que se convertiría en miembro del Comité Permanente del Politburó, vicepresidente del partido, viceprimer ministro, y jefe del estado mayor del ELP (...) Entre 1978 y 1979, la posición de Hua Guofeng se hizo cada vez más vulnerable. En 1979 su ambicioso plan decenal quedó prácticamente descartado". Por el contrario, entre 1978 y 1980, siguiendo el pensamiento de Deng Xiaoping, "se dieron los primeros pasos para descolectivizar la agricultura e introducir la autonomía de gestión en las empresas públicas urbanas". En el quinto pleno del undécimo Comité Central del Partido, celebrado en febrero de 1980, Zhao Ziyang y Hu Yaobang, dos de los partidarios claves de Deng Xiaoping, fueron elegidos miembros del Comité Permanente del Politburó. En agosto de 1980, Hua renuncia

Si bien tanto desde la izquierda marxista dogmática como desde el liberalismo ortodoxo se consideró al proceso iniciado por Deng como una "ruptura histórica", para la dirigencia china la transformación iniciada por este significó, simplemente, un "cambio metodológico" para alcanzar el mismo objetivo por el cual –en su inmensa mayoría– esa misma dirigencia había acompañado a Mao: *la reconstrucción del poder de la nación china*.

A partir de 1978, Deng Xiaoping intentó la reconstrucción del poder nacional chino –la misma que Mao, anteriormente, había buscado por el camino del socialismo– a través del pensamiento de Sun Yat-sen[209]. Deng Xiaoping retomó entonces, cuando pudo volcar el equilibrio de poder a su favor, el pensamiento de Sun Yat-sen, que había conducido el primer intento de insubordinación ideológica de la China moderna.

Es importante rescatar en este punto el pensamiento y la acción del conductor del primer movimiento de insubordinación ideológica de la China contemporánea, un pensamiento que fue elaborado en un momento histórico –principios del siglo xx– muy peculiar para ese país. Este vasto país se encontraba, por entonces, en una penosa situación de subordinación bajo la cual –no siendo colonia formal de ninguno de los países dominantes de la época– era, como lo sostenía el propio Sun Yat-sen, una "hipercolonia"; es decir, una colonia no formal de todas las potencias europeas, pero también de Japón e incluso de Estados Unidos.

La pujante China actual, cuyos niveles de crecimiento asombran a diario y cuyo desarrollo y poderío crecientes impedirían a cualquier observador predicar de ella que no es un interlocutor internacional indepedendiente, hace algo menos de 100 años era un país arrasado por las potencias dominantes, un proveedor barato de materias primas, un campo de batallas propicio para

al cargo de primer ministro y es reemplazado por Zhao Ziyang. Deng Xiaoping se convierte entonces, en el nuevo timonel de la República Popular China. Paul Bailey. *China en el siglo xx*, Ariel, Barcelona: 2002, pp. 213-215.

209 Sobre las reformas de Deng Xiaoping (1978-1988), ver John Fairbank. *China: una nueva historia*, Andrés Bello, Barcelona: 1996.



dirimir cuestiones de predominio mundial entre los países subordinantes; en síntesis, un objeto tan manipulable y moldeable como el más atrasado de los actuales países subordinados del mundo.

Es imprescindible recordar estas referencias como punto de partida del actual esplendor de China, no solo porque a muchos observadores –interesados o no– parece olvidárseles, sino porque el crecimiento y el poderío actuales de China son fruto de una férrea voluntad nacional y un sólido impulso estatal que permitieron al gigante oriental, en muy pocos años, pasar del atraso y la subordinación absolutos a la situación de interlocutor internacional que hoy detenta.

El inicio del proceso que llevó a la China subordinada a alcanzar los umbrales contemporáneos de poder tiene como punto de partida la insubordinación ideológica y fundante de Sun Yat-sen. Las ideas de este último, retomadas por Den Xiaoping y seguidas a pie juntillas por sus sucesores, consiguieron el milagro posible de que China alcanzara su actual nivel de poder y autonomía, partiendo desde niveles de subordinación y atraso similares o peores a los que hoy ostentan la mayoría de los países de América Latina.

La figura política de Sun Yat-sen

Sun Yat-sen, que nació en 1866 en el seno de una familia de modestos campesinos, recibió una educación "occidentalizada" en las escuelas de los misioneros cristianos de Cantón, donde se convirtió al protestantismo. Los contactos que estableció a partir de su conversión le posibilitaron cursar sus estudios secundarios en Honolulú y luego estudiar Medicina en Hong-Kong.

En julio del 1900 un ejército de 40.000 hombres formado por soldados de Inglaterra, Francia, Alemania, Italia, Austria-Hungría, Rusia, Estados Unidos y Japón, aplastó la rebelión de los bóxers que se habían levantado contra la ocupación extranjera de China[210]. La rebelión de los bóxers nació de la sociedad secreta Yi Je Tuan,

210 Respecto de la rebelión de los "bóxers", ver Jean Chesneaux. *Mouvements populaires et sociétés secretes en Chine aux* XIX *et* XX *siècles*, Maspero, París: 1970.

"Sociedad de los puños armoniosos". Fueron bautizados "bóxers" por sus prácticas de boxeo y lucha, ejercitadas como medios de prepararse para enfrentar a las tropas extranjeras presentes en China. Los bóxers nacieron en Shantung y se expandieron rápidamente, a pesar de la represión ordenada por el Gobierno imperial. Su base de apoyo era, fundamentalmente, campesina, lo que hizo que la rebelión se transformara en un movimiento de masas.

Las legaciones extranjeras exigieron al Gobierno manchú una más enérgica represión, pero este no estaba en condiciones de realizarla. Entonces, para aplastar definitivamente la rebelión popular, las potencias extranjeras decidieron intervenir por su cuenta. Ocho países: Inglaterra, Francia, Alemania, Italia, Austria–Hungría, Rusia, Estados Unidos y Japón formaron un ejército de 40.000 hombres, al mando del mariscal alemán Alfred Graf von Waldersee, que aplastó la rebelión de los bóxers. Uno de los tíos de Sun Yat-sen murió combatiendo a las fuerzas extranjeras.

Luego de la derrota de los bóxers, Sun Yat-sen se convirtió, progresivamente, en la figura clave de los revolucionarios chinos que trataban de derrocar la monarquía manchú, instaurar la democracia y quebrar la dependencia económica de China respecto de las potencias extranjeras. En aquel momento histórico para Sun Yat-sen –como para la mayoría de los revolucionarios chinos– los enormes problemas de su nación encontraban su principal explicación en la conquista manchú y no en la agresión occidental. En el razonamiento de los revolucionarios la agresión occidental no hubiera sido posible si China hubiese estado gobernada por los chinos (la dinastía Ming cayó en 1644, cuando los manchúes tomaron el control de la ciudad imperial).

Por tal motivo, hasta 1911 el objetivo prioritario de los revolucionarios consistía, simplemente, en derrocar a la dinastía usurpadora manchú, tarea para la cual especulaban contar –no sin cierta ingenuidad– con el apoyo de las potencias occidentales.[211]

211 Sobre el nacionalismo chino como movimiento dirigido principalmente a derrocar a la monarquía manchú, ver Marie-Claire Bergere. *Sun Yat-sen*, Fayard, París: 1994, p. 409.



La revolución contra la monarquía manchú estalló el 10 de octubre de 1911 y el 1.º de enero de 1912 una asamblea constituyente, reunida en Nankín, proclamó presidente de la naciente República China a Sun Yat-sen.[212]

Sin embargo, el oportunista y promonárquico general Yuan She-kai, mediante un habilidoso golpe de mano, consiguió el 12 de febrero de ese mismo año la abdicación del emperador manchú y de ese modo se convirtió en un verdadero árbitro de la situación política. Frente a la superioridad militar de Yuan She-kai, la asamblea lo nombró presidente en lugar de Sun Yat-sen, quien acató la decisión de la asamblea convencido de que con ello evitaría la guerra civil.[213]

Fue después de 1911 que Sun Yat-sen desarrolló el conjunto de sus concepciones, afirmando su convicción de que para que hubiese perspectivas de una revolución victoriosa era necesario acercarse tanto a las clases obreras, campesinas, como a la burguesía nacional. Sun Yat-sen fundó en 1912 el Kuomintang –que significa "partido nacional y popular"–, aspirando a organizar en un frente único tanto a los pequeños comerciantes y propietarios como a los intelectuales y campesinos. Unos años después partió al exilio. China entró en un período de anarquía absoluta, conocido como el "predominio de los señores de la guerra".

En 1917 Sun Yat-sen regresó a China y reorganizó el Kuomintang como un frente de clases con el objetivo de lograr la unificación y la independencia nacionales, recibió el apoyo de la revolución soviética y estableció contactos con Lenin[214]. Esta alianza le aseguró,

212 Sobre la relación entre la Revolución china de 1911 y Sun Yat-sen, ver: Eugene Anschel. *Sun Yat-sen and the Chinesse Revolution*, Praeger, New York: 1986; Harold Schiffrin. *Sun Yat-sen and the Origins of the Chinese Revolution*, University of California Press, Berkeley: 1968.

213 Sobre la Revolución china de 1911, ver: Marie-Claire Bergere. *La Burgeoisie chinoise et la Revolution de 1911*, Mouton, París: 1968; Albert Maybon. *La Républic chinoise*, Colin, Paris: 1914.

214 En 1912 Lenin, en un artículo intitulado "Democracia y populismo en China", analizó la figura política de Sun Yat–sen. Allí elogia "el sincero espíritu democrático" de Sun Yat-sen y su "calurosa simpatía por las masas", pero observa que Sun Yat-sen es, al mismo tiempo, portador

luego de un tortuoso proceso, la ayuda de la Unión Soviética, deseosa de contrarrestar la enorme influencia que las potencias capitalistas occidentales ejercían sobre China.[215]

Sun Yat-sen murió el 12 de marzo 1925 y dejó al Kuomintang firmemente organizado como un partido policlasista, dotado de un ejército eficaz y reforzado por los comunistas. Tan solo un año después Chang Kai-shek, a la cabeza del Kuomintang, logró "limpiar" toda la China, al sur del Yang-tse, de los "señores de la guerra".

Por aquellos años las circunstancias políticas por las que atravesaba China eran observadas desde América Latina con gran atención. Esta atención –de la que apenas mencionaremos algunos pocos ejemplos– da cuenta clara de la similitud que los más preclaros pensadores latinoamericanos de entonces percibían entre la realidad de la lejana China –en plena lucha por librarse de los lazos de los poderes hegemónicos que la ataban– y la propia. No es nada audaz afirmar que en aquellos días la capacidad autonómica y de decisión que poseía China era tan precaria como la de América Latina. El posterior curso de la historia no hará sino demostrar hacia dónde conduce el camino de la insubordinación ideológica y hacia dónde lleva el del falso "realismo periférico". Bastará observar la situación absolutamente periférica en que quedó postrada la gran mayoría de los países de nuestra América Latina y los niveles de poder y autonomía que consiguió China.

---

de ambiciones ingenuas y pequeñoburguesas. En otro artículo, fechado en abril de 1913 bajo el título de "La lucha de partidos en China", Lenin analiza el partido político fundado por Sun Yat-sen y llega a la conclusión de que la debilidad del Kuomintang radica en su incapacidad de atraer a la gran masa del pueblo chino hacia la corriente revolucionaria, y critica la debilidad de los dirigentes del Kuomintang llamándolos "soñadores e indecisos". Los avatares políticos hicieron que Lenin no pudiera, luego, seguir analizando el devenir de la Revolución china, lo que lo llevó a sostener en 1921 que: "yo no conozco nada de los insurgentes y revolucionarios del sur de China" comandados por Sun Yat-sen. Al respecto, ver: Shao-Chuan Leng y Norman Palmer. *Sun Yat-sen and Communism*, Praeger, New York: 1960, p. 53.

215 Sobre la política seguida por la Unión Soviética en China, ver: Allen Whiting. *Soviet Policies in China, 1917-1924*, Columbia University Press, New York: 1954.



Para sostener esta similitud traemos a colación algunos párrafos de un artículo que en febrero de 1927, poco tiempo antes de la caída de Shanghai, el gran pensador peruano José Carlos Mariátegui escribiera:

> El pueblo chino se encuentra en una de las más rudas jornadas de su epopeya revolucionaria. El ejército del Gobierno revolucionario de Cantón amenaza Shanghai, o sea, la ciudadela del imperialismo extranjero y, en particular, del imperialismo británico. La Gran Bretaña se apercibe para el combate, organizando un desembarco militar en Shanghai (...) Y, señalando el peligro de una victoria decisiva de los cantoneses, denunciados como bolcheviques, se esfuerza por movilizar contra China, revolucionaria y nacionalista, a todas las grandes potencias (...).
> El peligro, por supuesto, no existe sino para los imperialismos que se disputan o se reparten el dominio económico de China. El gobierno de Cantón no reivindica más que la soberanía de los chinos en su propio país (...) El pueblo chino lucha, simplemente, por su independencia [y contra] (...) los tratados humillantes y vejatorios que imponen a China tarifas aduaneras contrarias a su interés y sustraen a los extranjeros a la jurisdicción de sus jueces y sus leyes (...) el Kuomintang propugna y sostiene los principios de Sun Yat-sen, caudillo absolutamente chino, en quien la calumnia más irresponsable no podría descubrir un agente de la Internacional Comunista.[216]

Asimismo, pocos días después de la toma de Shangai otro gran pensador y político latinoamericano, el también peruano Víctor Raúl Haya de la Torre, afirmaba desde su exilio en Inglaterra:

> El triunfo de las tropas cantonesas, que comanda Chang Kai-Shek, sobre Shangai, la más rica e importante ciudad china, implica, sin duda alguna, uno de los pasos victoriosos más importantes hacia la unidad de la gran República asiática bajo las banderas del

216 Juan Carlos Mariátegui. *José Carlos Mariátegui y el continente asiático (1923-1930),* Clenela, Lima: 1985, p. 134.

> Kuomintang. La dominación completa del Kuomintang sobre China, implicará la victoria de la política nacionalista antiimperialista y cambiará el curso de los sucesos, definitivamente. Gran Bretaña ha visto claro el peligro y ha enviado miles de soldados a esperar, con los fusiles listos (...) En Rusia, la victoria cantonesa ha sido recibida como una victoria nacional (...) Es extraordinario cómo la victoria china está sacudiendo la conciencia de los pueblos asiáticos.[217]

Días más tarde de publicado este artículo, desde Lima y en total coincidencia con el análisis del joven Víctor Raúl Haya de la Torre, el ya mencionado Mariátegui afirmaba:

> La conquista de la capital milenaria no encuentra ya obstáculos insalvables. Inglaterra, Japón, Estados Unidos, no cesarán de conspirar contra la revolución, explotando la ambición y la venalidad de los jefes militares asequibles a sus sugestiones. Se advierte ya la intención de tentar a Chiang Kai-shek (...) Pero no es verosímil que Chiang Kai-shek caiga en el lazo. Hay que suponerle la altura necesaria para apreciar la diferencia entre el rol histórico de un libertador y el de un traidor a su pueblo.[218]

Sin embargo, José Carlos Mariátegui se equivocó en su análisis y Chiang Kai-shek cayó en el lazo. El proceso de insubordinación fundante iniciado por Sun Yat-sen quedó, entonces, trunco.

El pensamiento político de Sun Yat-sen

Hemos pasado hasta aquí una revista sintética del accionar político de Sun Yat-sen y del Partido Nacional y Popular por él fundado. Va de suyo que una exposición completa y exhaustiva del pensamiento de Sun Yat-sen excede los límites de este trabajo.

---

217 Víctor Raúl Haya de la Torre. *Obras completas*, tomo III, Juan Mejía Baca, Lima, p. 101.

218 Juan Mariátegui. *José Carlos Mariátegui y… Op. cit.,* p. 138.



Expondremos, en consecuencia, solo una breve síntesis del pensamiento del fundador del Kuomintang.

De forma general, la doctrina política de Sun Yat-sen se conoce con el nombre de "Los tres principios"; este es, también, el título de su última obra publicada en 1924. Fue en 1905 que Sun Yat-sen utilizó por primera vez esta expresión, buscando integrar en un mismo proyecto político y revolucionario sus puntos de vista sobre el nacionalismo, la democracia y el bienestar del pueblo.

Según Marie-Claire Bergere es preciso tener en cuenta que Sun Yat-sen fue reelaborando su doctrina política permanentemente de acuerdo a la cambiante situación de China y del mundo, tratando siempre de responder a las nuevas circunstancias que la realidad le iba planteando. Para él, había que adaptar siempre *la teoría a la realidad y no la realidad a la teoría*; como para otros pensadores chinos –Mao Zedong incluido– decididos a modernizar su país, la importación ideológica debía estar al servicio de los objetivos nacionales chinos. *Importar nuevos conceptos no implicaba la adopción de los sistemas de los cuales ellos habían nacido sino, simplemente, utilizar aquellas ideas que parecieran más útiles al objetivo nacional chino*:[219]

> No se puede afirmar de manera general –sostiene Sun Yat-sen– que las ideas sean buenas o malas. Es preciso ver si ellas son útiles o inútiles para alcanzar nuestros objetivos. Si ellas nos son útiles, son buenas, si ellas no nos son útiles, son malas.[220]

Para elaborar su pensamiento político, Sun Yat-sen parte de la idea-fuerza de que los males de China derivan, principalmente, de la pérdida de la conciencia nacional por parte de la inmensa mayoría del pueblo chino. Para él la mayoría de los chinos había

219 Ver, Marie-Claire Bergere. *Sun Yat-sen…op.cit.,* p. 402.

220 Elia Pascal M. *Le Triple Démisme de Suen Wen, Shanghai, Bureau sinologique de Zi Ka-wei*, 1930, p. 73. Citado por Marie-Claire Bergere. *Sun Yat-sen… Op. cit*., p. 403.

perdido el sentido de nación y esta era la "clave" que explicaba la caótica situación por la que atravesaba la nación china:

"Los chinos –afirmaba Sun Yat-sen– no sienten ningún sentimiento de lealtad hacia el Estado nación, ellos no se reconocen más en él y no sienten ninguna obligación con respecto a la nación y el Estado"[221]. Es preciso, por lógica consecuencia, trabajar intensamente para lograr la reconstrucción de la conciencia nacional del pueblo chino.

Para Sun Yat-sen, un "gran renacimiento nacional" debía volver a instalar los valores perdidos, cuyo respeto había logrado crear la identidad china a través de los siglos. Consideraba que durante el siglo XIX diversas partes del territorio nacional chino fueron "amputadas" por las potencias extranjeras. Inglaterra, Francia, Japón y Rusia se arrojaron sobre China, arrancando pedazos del "cuerpo" de la nación china. El objetivo de las potencias extranjeras era, entonces, ocupar el suelo de la nación; sin embargo, afirma, desde comienzos del siglo XX las potencias extranjeras abandonaron la política de ocupación territorial porque comprendieron la enorme dificultad de conquistar un territorio tan enorme como el chino. Además, renunciando a la ocupación formal de este territorio, quisieron evitar las rivalidades a las cuales la conquista y partición de China las hubiera empujado, inevitablemente.

Sin embargo, las potencias extranjeras –sostiene Sun Yat-sen– no abandonaron su objetivo de "dominar" China y, simplemente, "cambiaron de táctica", se "deslizaron" entonces de la "opresión política a la opresión económica".

Las potencias extranjeras, principalmente Inglaterra, llegaron a la conclusión de que debían abandonar el objetivo de lograr la dominación política de China para tratar de conseguir la "dominación económica", pero el hecho de no estar China formalmente colonizada creó en la mayoría de la población china, según Sun Yat-sen, la ilusión de que China era una nación libre.[222]

221 *Ibid.,* p. 407.

222 *Ibid.,* pp. 409-410.



Para el fundador del Kuomintang, un análisis correcto de la realidad china no puede sino partir de una clara evidencia que los chinos se niegan a reconocer: "China es una nación dominada", afirma. Reconoce Sun Yat-sen que es cierto que China, a diferencia de otras naciones de África o de Asia, no había sido "colonizada formalmente" y era por ello que seguía manteniendo algunos de los "atributos formales" de la soberanía. Sin embargo, afirmaba respecto de sus compatriotas contemporáneos: "[los chinos] se equivocan cuando se burlan de coreanos y vietnamitas llamándolos despectivamente esclavos sin patria"[223]. No se cansaría de advertir que los chinos se equivocaban al enorgullecerse de que China no había sido colonizada por ninguna potencia extranjera porque –refiriéndose a la situación en aquellos años– afirmaba: "En realidad China tiene un estatus inferior al de una colonia, es una semicolonia". China tenía, según él, una situación inferior a la de una colonia porque con respecto a una colonia, al menos, la metrópoli tiene alguna responsabilidad, pero con respecto a la semicolonia no tiene ninguna: "China es una colonia de todos los países con los cuales ella ha firmado esos injustos y leoninos tratados"[224], hecho que convertía al pueblo chino en "esclavo de todas las potencias"[225] que le habían "arrancado" a China aquellos injustos tratados.

Para expresar la situación de excesiva inferioridad, humillación y dominación que sufría China por parte de más de seis potencias extranjeras, Sun Yat-sen elaboró el concepto de "hipercolonia". China era una *hipercolonia porque sus sufrimientos, su estado de dominación, iban más allá que el de una simple colonia;* sin ser formalmente colonia de ninguna potencia era, en realidad, una "semicolonia" de todas las potencias extranjeras que se propusieron la

223 *Ibid.,* p. 411.

224 *Ibid.,* p. 411.

225 *Ibid.*, p. 411.

dominación indirecta de la nación y que ejercían sobre ella el más crudo y despiadado imperialismo.[226]

Entre 1918 y 1920 Sun Yat-sen expuso su pensamiento sobre el desarrollo económico en una serie de artículos publicados en la revista *Construction,* órgano oficial del Kuomintang. Estos artículos fueron luego recopilados y publicados en un libro que se editó bajo el título de *Plan de reconstrucción nacional*. La obra consta de dos grades partes: la primera, titulada "La reconstrucción psicológica"; y la segunda, "La reconstrucción material".

En 1921 esta segunda parte del escrito del líder del Kuomintang fue traducida al inglés y publicada en Londres bajo el título *The International Development of China*. Sun Yat-sen expuso luego sus reflexiones económicas de un modo más completo y acabado durante las conferencias que en 1924 dictó para la formación doctrinaria de los cuadros políticos del Kuomintang, conferencias que integraron su último libro: *El triple principio*.

En *The International Development of China* el fundador del Kuomintang comienza su razonamiento con un argumento sencillo pero contundente. La realidad fundamental de la sociedad china es la pobreza[227] y "el remedio radical a ese mal es el desarrollo industrial"[228], siguiendo el modelo de Estados Unidos y Alemania que mediante la protección industrial se transformaron de naciones agrícolas en potencias industriales. La China actual, con su impresionante, sostenido y acelerado desarrollo, es el mejor ejemplo de cuál es la medida en que estas ideas se fueron

226 *Ibid.,* p. 411.

227 Sun Yat-sen afirma: "Todos los chinos en general son pobres: no hay, en China, una clase privilegiada de grandes ricos. Eso que los chinos llaman desigualdad entre pobres y ricos es, en realidad, una distinción que realizan al interior de la clase pobre entre los grandes pobres y los pequeños pobres". Elia Pascal M. *Le Triple Démisme de Suen Wen, Shanghai, Bureau sinologique de Zi Ka-wei,* 1930, pp. 406-407. *Ibid.,* p. 441.

228 Sun Yat-sen. *The International Development of China*, Londres: 1921. *Ibid.,* p. 320.



plasmando, con decisión política e impulso estatal, en realidades palpables.

Para realizar su reconstrucción nacional, China necesitaba de un gran proyecto de desarrollo nacional que planificara ese desarrollo industrial y pusiera en marcha la construcción de los ferrocarriles, la canalización de los grandes ríos, la construcción de represas y toda la infraestructura necesaria que le permitiría superar la pobreza y la dominación económica de las potencias extranjeras.

Sin embargo, el desafío de modernizar e industrializar China para "reatrapar" el tiempo perdido debía hacerse, en la medida de lo posible, con Occidente y no contra Occidente. Porque era Occidente el que poseía el capital, el equipamiento industrial y los técnicos que China necesitaba para poder comenzar su desarrollo nacional, pero la participación de los capitales extranjeros en el desarrollo de China debía ser reglamentada, pensando siempre en el largo plazo y el interés nacional chino. Por eso afirmaba el líder del Kuomintang:

> Durante la construcción y la puesta en servicio, todos los grandes proyectos nacionales serán gestionados y dirigidos por expertos occidentales... quienes, como parte de sus obligaciones, tendrán la de formar a los asistentes chinos destinados a reemplazarlos en el futuro.[229]

Revisar estas ideas no puede llevarnos más que al asombro, pues escritas hace casi cien años parecen, sin embargo, un relato de cómo la poderosa China actual pudo superar su situación de subordinación e ingresar al restringido grupo de las naciones protagonistas de la historia. Se asemeja más a un relato de los hechos recientes que a una propuesta a futuro.

No cabe duda alguna de que esta insubordinación ideológica marcaría el camino a través del cual China logró cruzar el umbral

229 *Ibid.*, p. 320.

de poder y convertirse, luego de un oscuro período de sumisión, nuevamente, en sujeto de la historia.

La materialización de las ideas

Para dar sustento a nuestra aseveración, no hay más que dar un rápido repaso a las políticas que aproximadamente desde 1979 viene aplicando China. Del recuento de los hechos no solo se podrá extraer con claridad que las políticas del Estado chino siguieron con una prolijidad casi meticulosa las propuestas de Sun Yat-sen, sino que, más allá de ello, se verá que el resultado obtenido no es fruto del azar sino de la aplicación correcta de esas políticas.

Así, en 1979 se crean en el suroeste de China las primeras cuatro "zonas económicas especiales" y en 1984 se abren al capital extranjero catorce ciudades costeras más. Ya en 1990 el proceso comenzó a extenderse al interior del país. Las compañías multinacionales acogieron con satisfacción el nuevo modelo de desarrollo chino: *un capitalismo nacional conducido, férreamente, por el Estado central*.

Según el *World Investment Report* elaborado por la Unctad, el promedio anual de las inversiones directas extranjeras en China entre 1980 y 1985 llegó a los 718 millones de dólares. Diez años después, para 1995, estas inversiones eran ya *cincuenta veces más altas que entre 1980 y 1985*. En 1996 llegaron a sumar 40.180 millones de dólares y en 2001 alcanzaron a 46.846 millones de dólares. En 20 años, de entre los 500 consorcios más grandes del mundo, 400 ya se habían instalado en la República Popular China. Tan solo en la ciudad de Shanghai se habían establecido 98 empresas multinacionales. Desde 1990 la ola de inversiones extranjeras realizadas en China por empresas de Estados Unidos, Europa y Japón, se convirtió en una constante de la economía internacional.

Sin duda, 1990 fue el año en que el "modelo chino de desarrollo" logró dar vuelta a una página importante de la historia económica de la República Popular, dado que a partir de ese año China tuvo un balance comercial positivo mediante el cual solo entre 1997 y 2001 logró captar divisas por 159.700 millones de dólares. Ninguna



economía del mundo pudo, desde entonces, igualar la tasa de crecimiento del producto interno bruto de China, puesto que esta llegó desde la década de 1980 a mantenerse a un ritmo del 10% anual, de modo sostenido e ininterrumpido; a tal punto que hoy, en la jerga económica, decir "crecer a tasas chinas" equivale a decir "crecer mucho, de modo rápido y sostenido".

En la estrategia económica china, 1997 fue otro año decisivo. En ese año el Gobierno comenzó a crear grupos y a fusionar empresas estatales. El objetivo de esta estrategia era que estos nuevos conglomerados económicos llegasen a formar parte de los 500 consorcios más grandes del mundo. A partir de entonces, la dirigencia china tuvo como objetivo fundamental la creación de un grupo de monopolios con capacidad para operar en todo el mundo. Entre 1980 y 2000 el capital de exportación chino creció de 148 millones de dólares a 402.400 millones de dólares, o sea, 2.700 veces. Una gran parte de esas inversiones fluyó, de modo creciente, hacia los países en vías de desarrollo o directamente subdesarrollados, con el fin de explotar materias primas indispensables para la continuidad del desarrollo de la República Popular China.

Ya en 1998 las empresas estatales chinas habían realizado inversiones en 24 Estados de América Latina y habían creado 195 empresas, sea bajo la forma de *joint ventures* o de empresas puramente chinas, con un volumen de inversión total de más de 300 millones de dólares. En 1992 el consorcio chino Shougang compró en Perú la mina de hierro de Marcona, por la que pagó la suma de 120 millones de dólares. Es importante destacar que los líderes en la exportación de capital chino son dos de sus empresas petroleras enteramente estatales: China National Petroleum Corporation (CNPC) y Sinopec. La China National Petroleum llegó, en 2001, a un volumen de ventas de 41.500 millones de dólares y, oficialmente, obtuvo ganancias por 5 mil millones. Sinopec, por su parte, le pisó los talones al llegar el mismo año a un volumen de ventas de 40.400 millones de dólares. En 1993 la CNPC había logrado concesiones de petróleo en Irak, Kazajistán, Perú, Sudán y Venezuela, y trataba de penetrar en Turkmenistán, Indonesia e Irán. En un breve período

los consorcios chinos de petróleo estuvieron en condiciones de competir de modo muy agresivo –especialmente en el Cercano Oriente y en las exrepúblicas socialistas soviéticas del Turkestán– con las empresas norteamericanas, europeas y rusas.

La política de "exportación de capitales" fue acompañada, desde un principio, por una política de "exportación de población". Esta última política se orienta a la creación, en el extranjero, de grandes colonias chinas. Su objetivo "estratégico" consiste en establecer, en un futuro próximo, núcleos poblacionales de importancia que puedan permanecer vinculados cultural y emocionalmente a China, y que tiendan, en consecuencia, a ser "leales servidores" de la política exterior china.[230]

Para un análisis correcto del proceso económico chino, conviene tener en cuenta que el Gobierno de Pekín jamás dejó de "orientar y planificar" la inversión del capital extranjero. Hasta los años noventa el Gobierno chino orientó la mayor cantidad del capital extranjero hacia la producción basada en el trabajo intensivo en las zonas económicas especiales. Sin embargo, a partir de esa fecha trató de orientar la penetración del capital extranjero hacia la producción de bienes más avanzados que exigieran una gran cantidad de capital y tecnología. Fueron entonces creadas grandes empresas conjuntas con empresas estatales chinas con el objeto de conseguir una importante transferencia de tecnología. La

230 *International Economy*, noviembre-diciembre de 1996, informó que los ingresos anuales de los 50 millones de chinos expatriados sumaban aproximadamente 540 miles de millones de dólares, más o menos equivalente, por lo tanto, al producto bruto interno de China Continental. Según esta publicación, los chinos expatriados controlan alrededor del 90% de la economía indonesa, el 75% de la tailandesa, el 60% de la malaya y toda la economía de Taiwán, Hong Kong y Singapur. Las preocupaciones con respecto a esta situación llevaron incluso a un exembajador indonesio en Japón a advertir públicamente sobre una "*intervención económica china en la región*, que no solo explotaría esa presencia sino que podría llevar incluso a la creación de gobiernos títeres patrocinados por China". Saydiman Suryohadiprojo. "Como tratar con China y Taiwán", en: *Asahi Shimbun*, Tokio: 23 de septiembre de 1996. Citado por Zbigniew Brzezinski. *El gran tablero mundial. La supremacía estadounidense y sus imperativos geoestratégicos*, Paidós, Barcelona: 1998, p. 172.



dirigencia dejó claramente establecido que, para hacer negocios en China, las empresas extranjeras tenían que transferir tecnología. Una verdadera traducción político-jurídica de los viejos postulados de Sun Yat-sen.

Desde 1990 China decidió dar el gran salto a una economía basada en el conocimiento. El impulso estatal se dirigió, entonces, a desarrollar una capacidad tecnológica autóctona –que igualase a la de Occidente– para utilizarla como base para la consecución de la mayor capacidad de innovación tecnológica posible. El Estado chino envió, entonces, a miles de científicos para que se formasen en las universidades de Estados Unidos y Europa:

> Dispuestos a alcanzar a Occidente, los líderes chinos sabían que ello sería imposible si China se centraba exclusivamente en el desarrollo de baja tecnología, mientras Estados Unidos se despojaba de las industrias de la segunda ola y se apresuraba a crear una economía de alta tecnología. Por lo tanto, decidieron que China necesitaba algo más que fábricas donde se explota al obrero. Necesitaba también su propio sector de alto valor añadido, conocimiento intensivo y alcance mundial.[231]

A partir de 1990 la dirigencia china decidió llevar adelante una estrategia de "desarrollo en paralelo". Esta estrategia partía de la idea-fuerza de que China no debía concentrar toda su energía en la industrialización acelerada, sino que al mismo tiempo que se desarrollaba el plan de industrialización China debía "intentar desarrollar una economía de conocimiento intensivo, evitando, en lo posible, las etapas tradicionales de la industrialización".[232]

La estrategia de transferencia de tecnología fue particularmente visible en la industria automotriz y en la de las telecomunicaciones. Sobre esta estrategia, Adalbert Niedenzu sostiene en su estudio *Die Automobilindustrie in China*, que:

---

231 Alvin Toffler. *La revolución de la riqueza*, Sudamericana, Buenos Aires: 2006, p. 435.

232 *Ibid.,* p. 403.

> Los *joint ventures* le sirven al Gobierno chino como "vaca lechera" del sector automotriz chino. Esto significa que la firma extranjera hace transferencia de tecnología de importancia hacia China, para lo cual el Gobierno chino interviene directamente en las negociaciones y determina qué tecnología deber ser transferida (...) Además, por el lado chino, se estipula para los *joint ventures* que una gran parte (hasta más del 90%) de las piezas utilizadas, deben ser producidas en China y no importadas del extranjero.[233]

Una vez más, el hecho político no se aparta de los preceptos de desarrollo y las directivas marcadas por Sun Yat-sen.

Hoy, el impulso estatal está puesto, principalmente, en el terreno de la alta tecnología, en el cual las empresas chinas empiezan a competir, exitosamente, con sus rivales extranjeras. Actualmente, el mercado chino de computadoras –que hasta el año 1990 estaba en manos de IBM, Compaq y Hewlett-Packard– está siendo penetrado por el fabricante chino de computadoras Legend, que posee, actualmente, una participación en el mercado local de un 27%.

En el 2030 China será la economía más grande del mundo y, en tal caso, muy probablemente superará en un 50% a la de Estados Unidos, que pasaría a ocupar el segundo lugar. La India, cuya economía podría alcanzar un tamaño equivalente a la mitad de la de China, ocuparía el tercer lugar, y las economías de Alemania, Francia, el Reino Unido y Brasil, consideradas individualmente, no representarán ni un décimo de la economía china.

De convertirse en realidad esta posibilidad, que implicaría un crecimiento sostenido de China por un período muy prolongado, este país estaría elevando una vez más en la historia el umbral de poder, tal como a su hora lo hiciera Estados Unidos al completar su proceso de industrialización.

233 Adalbert Alvin. www.lehrer-on-line.de, 1.º de julio de 2002.

Capítulo 9
Nuevos actores y nuevos desafíos para un nuevo escenario internacional

Las categorías de imperio y multitud

Desde el final de la Guerra Fría, en numerosas descripciones del escenario internacional realizadas se ha insistido permanentemente en el ocaso de la soberanía moderna, en la incapacidad del Estado para orientar la economía y planificar el desarrollo, en la pérdida de la importancia del Estado como actor principal de las relaciones internacionales y en la crisis de las identidades nacionales. Se ha destacado, constantemente, la "declinante" soberanía del Estado-nación y su creciente incapacidad para regular los intercambios económicos y culturales, así como la pérdida de la importancia del concepto de "pueblo" como sujeto social y la aparición de un nuevo sujeto social denominado "multitud", que crece al interior del *imperio*.

Entre los autores más importantes dentro del pensamiento de izquierda en redefinir el concepto de *imperio* y plantear la desaparición del concepto de pueblo como sujeto social, merece citarse a Michael Hardt y Antonio Negri, quienes se cuidan muy bien de aclarar que no emplean la palabra "imperio" como metáfora sino como concepto. Para ellos:

> El imperio es una nueva forma de orden global, un poder en red, que emerge hoy y que incluye como elementos principales o nodos a los Estados-nación, junto con las instituciones supranacionales, las principales corporaciones capitalistas y otros poderes. En la red del imperio no todos los poderes son iguales, por supuesto. Muy por el contrario, algunos Estados-nación tienen un poder enorme, y otros casi ninguno (...) Pero, a pesar de las desigualdades, se ven obligados a cooperar para crear y mantener el orden global actual con todas sus divisiones y sus jerarquías internas.[234]

Para Hardt y Negri, en ese nuevo orden global ningún Estado-nación puede constituirse en el centro de un proyecto imperialista. Consideran que el imperialismo ha terminado porque ni siquiera el más poderoso de los Estados, Estados Unidos, puede por su propia cuenta "mantener el orden global" sin la colaboración de las principales potencias de la red del imperio.

Así como el imperio es producto de la globalización, su contracara es el surgimiento –en interior del propio imperio– de un nuevo sujeto social: "La multitud, que puede ser concebida como una red abierta y expansiva, en donde todas las diferencias pueden expresarse de un modo libre y equitativo".

Mientras el "pueblo" es uno, la "multitud" es plural y se compone de innumerables diferencias internas que nunca podrán reducirse a una identidad única. La multitud exige una sociedad global democrática abierta e inclusiva. Por ello sostienen Hardt y Negri: "... la democracia a escala global se está convirtiendo en una reivindicación cada vez más extendida, a veces explícita y otras implícita en las innumerables quejas y resistencias que se manifiestan contra el orden global actual". Por ello –sostiene Negri– las fuerzas progresistas deben trabajar en la construcción del "proyecto multitud".

Las brillantes ideas expresadas por Antonio Negri y Michael Hardt en sus obras *Imperio* y *multitud* –a pesar de su enorme valor para el análisis crítico de la realidad internacional– presentan, a

234 Michael Hardt y Antonio Negri. *Imperio*, Paidós, Buenos Aires: 2003, p. 14.



nuestro entender, algunos errores conceptuales de base. Creemos que la categoría de "imperio" como "nudo central" del pensamiento de Negri –que el autor hace aparecer en esta última etapa de la globalización– era ya una realidad evidente desde la primera etapa del proceso globalizador. En la obra de Negri hay una sobreestimación del rol jugado por los Estados desde la Paz de Westfalia hasta la etapa que nosotros denominamos como "tercera globalización", y una subestimación del rol de los Estados (fundamentalmente del rol de los estados continentales como Estados Unidos, China, India, Rusia y posiblemente la Unión Europea, si logra pasar del estadio de integración económica al de integración político-militar) en el actual escenario internacional. Sobreestimación y subestimación son, en el pensamiento de Negri y Hardt, las dos caras de una misma moneda. El imperio no es un hecho novedoso. El error de "sobrestimación" del papel jugado por los Estados-nación europeos, después de la Paz de Westfalia, obnubila el hecho de que el imperio que nosotros preferimos denominar –siguiendo a Samuel Pinheiro Guimarães– como "estructura hegemónica del poder mundial", era ya una realidad evidente desde el comienzo del proceso de globalización. Siendo el imperio una realidad permanente, también es cierto que hoy, sin duda, ha aumentado su campo gravitacional haciendo que se erosione la soberanía de los Estados-nación clásicos. Sin embargo, es mucho más discutible que haya disminuido considerablemente la sustancia del poder de lo que denominamos como "Estados-continente" o en términos de Darc Costa: "megaestados".

Asimismo, cuando se analiza el concepto de multitud y se fija la mirada en China o en el mundo islámico, viene rápidamente a nuestros ojos el hecho de que la idea de multitud de Hardt y Negri se corresponde con la sociedad occidental y con pequeños núcleos "occidentalizados" del mundo islámico y del mundo asiático. Difícilmente el habitante común de China, por ejemplo, pueda identificarse con la "multitud" tal como la entiende Negri.

Es por lo menos dudoso que a la inmensa mayoría de la población de China le interese "el proyecto multitud", es decir, "la posibilidad

de la democracia a escala global". Más dudoso aún es que la inmensa mayoría de la población islámica, de Marruecos a Indonesia, entienda la democracia, conceptualmente, de la misma forma que la entiende la mayoría de la población en México o en Alemania. Resulta también dudoso que el habitante común de la India, si no lo ha hecho hasta ahora, vaya a descubrir –en un futuro cercano– el "elemento común" que le permita "actuar junto" con el habitante común de Pakistán. En China y los países islámicos parece haber todavía, y por un largo tiempo, "pueblo" y no "multitud". El "sujeto social" prevaleciente en la India, Pakistán, China, Indonesia, parece ser el "pueblo" y no la "multitud". Producir lo "común", en términos de Negri, entre el individuo que vive en Calcuta y el que habita en Pekín o en Bangladesh, parece harto difícil. La afirmación de Negri de que "la democracia a escala global se está convirtiendo en una reivindicación cada vez más extendida" resulta difícil de sostener cuando salimos de la filosofía (es el mismo Negri quien afirma que su obra es una obra filosófica: "Téngase presente –escribe Negri en *Multitud*– que este es un libro filosófico") y aterrizamos en el análisis sociológico concreto.[235]

Indudablemente, es cierto que los factores primarios de la producción y el intercambio –el dinero, la tecnología, las personas y los bienes– cruzan, cada vez con mayor facilidad, las fronteras nacionales. Tampoco hay duda alguna de que, en concordancia con el proceso de globalización, la soberanía de los Estados-nación –si bien continua siendo efectiva– ha ido decayendo paulatinamente. Sin embargo, hay una excepción evidente que desafía la descripción anterior: *el Estado, el pueblo y la nación china están hoy mucho más consolidados que a comienzos del siglo XX. No hay en China crisis de identidad alguna. El Estado chino no ha perdido poder y el pueblo chino entra a la globalización en plena efervescencia nacionalista.*

235 Michael Hardt, y Antonio Negri. *Multitud. Guerra y democracia en la era del imperio*, Sudamericana, Buenos Aires: 2004, p. 19.



El poder revolotea de nuevo sobre Asia

Cuando Portugal y Castilla se lanzan a navegar el Atlántico para burlar el cerco islámico, las principales potencias políticas y económicas del mundo no eran europeas. La más importante potencia de la época, tanto por su dimensión territorial (10 millones de kilómetros cuadrados) como por su población (que rondaba los 100 millones de habitantes), así como por su desarrollo en la producción manufacturera y artesanal, era el Imperio chino.

La dinastía Ming había logrado en 1368, con la expulsión de los mongoles, la unificación política y la centralización del poder. China era la principal potencia militar del mundo. Su marina de guerra estaba compuesta de 1.500 embarcaciones y su ejército sumaba algo más de un millón de hombres. Detentaba, además, la vanguardia tecnológica de la época. De este desarrollo tecnológico surgieron importantísimos inventos como la brújula, la pólvora, el papel, la imprenta de tipos móviles, por mencionar solo los más relevantes y conocidos por todos. Asimismo en materia de infraestructura –caminos y canales– China era, posiblemente, la región más desarrollada del mundo. Mantenía, además, un intenso tráfico comercial –de dimensiones muy considerables– con las actuales Indonesia, Filipinas y Japón.

Asia albergaba en su seno –junto a China– otras importantes potencias políticas y económicas: el Imperio mogol, la Confederación de príncipes Marathas –en el actual territorio de la India–, el Imperio persa y el Imperio otomano.

La India, si bien abarcaba una superficie de 3,5 millones de kilómetros cuadrados, contaba con una población de 80 millones de habitantes y con un desarrollo industrial no inferior al de China. Se encontraba disgregada entre el imperio Mogol, la Confederación de príncipes Marathas y un conjunto –variopinto– de principados independientes. El Imperio mogol ocupaba el norte del subcontinente indio: desde Bengala hasta Kabul y Cachemira. La Confederación de príncipes Marathas dominaba el centro de la actual India. Al sur, una multitud de príncipes independientes controlaban la

costa Malabar y la costa Coromandel. La disgregación política hacía que la India, a pesar de su enorme peso económico, no fuese un jugador geoestratégico de importancia.

Persia era la segunda potencia islámica, con cerca de 10 millones de habitantes. En 1502, bajo la dinastía Safávida –de credo chiíta–, registraba un renacimiento importantísimo tanto de su poder político, como de su comercio, de su industria, su arte y su arquitectura. Su posición estratégica la convertía en una potencia con posibilidades de influir en los acontecimientos mundiales. El Imperio turco otomano –por entonces la principal "amenaza" estratégica de la península europea– era la mayor potencia islámica; con 14 millones de habitantes, dominaba los Balcanes, el mar Negro, el Mediterráneo oriental, el Asia menor, la Mesopotamia, el norte de África y el mar Rojo.[236]

El centro del poder mundial estaba, pues, indiscutiblemente, en Asia. Sin embargo, con los viajes oceánicos de descubrimiento que hace cinco siglos realizaron los navegantes de Europa occidental comenzó la transformación del mapa geopolítico del mundo. El centro del poder mundial dio, entonces, un gran salto repentino. Brincó desde el corazón del Imperio chino hasta la península ibérica y, después de revolotear alrededor de Sevilla y de Lisboa, se instaló por un tiempo en la Inglaterra isabelina para luego saltar el Atlántico y hacer pie en Norteamérica, donde la élite de conducción –descendiente de los "padres fundadores"– construyó el primer Estado-nación continental industrial de la historia, elevando, como lo había hecho a su turno Inglaterra, nuevamente, el umbral de poder.

Desde el inicio del primer período de la globalización –protagonizado por los grandes navegantes portugueses, italianos y españoles– , el poder abandonó Asia.

Hoy, en cambio, como tempranamente lo advirtiera Arnold Toynbee:

---

236 Las cifras sobre la población, superficie, producción industrial y efectivos de los ejércitos aquí utilizadas, están tomadas de la brillante obra de Aldo Ferrer. *Historia de la globalización. Orígenes del orden económico mundial,* Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires: 1996, pp. 19-28.



> Estamos ingresando a una nueva edad, en la que el medio físico del tráfico humano no va a ser ya la estepa ni el océano sino el aire, y en una era aérea la humanidad puede lograr, agitando las alas, la liberación de su atadura juvenil a la configuración caprichosa de la superficie –sólida o líquida– del globo. En una era aérea, la posición del centro de gravedad de los asuntos humanos puede ser determinada por la geografía humana, y no por la física; no por la disposición de los océanos y mares, estepas y desiertos, ríos y cadenas de montañas, pasos y estrechos, sino por la distribución de las masas, energía, habilidad, conocimiento y carácter humanos. Y, entre estos factores humanos, la gravitación de las masas puede llegar, eventualmente, a ser mayor que su influencia en el pasado.[237]

Por ello, hoy es posible afirmar que el poder revolotea, nuevamente, sobre Asia, aunque todavía no se haya "posado" en ninguna nación específica.

China, un nuevo actor que aspira al protagonismo

La intervención de Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial –aunque tardíamente realizada para que la demora permitiera el definitivo debilitamiento estratégico del Imperio británico– fue decisiva para derrotar el intento de dominación mundial más antihumano y siniestro de los tiempos modernos. La humanidad le debe a Estados Unidos –y a Rusia– la derrota de la barbarie nazi.

Sin embargo, la victoria de Estados Unidos sobre las potencias del Eje no lo condujo, por sí misma, a convertirse en la única potencia hegemónica mundial, como lo había planificado y creído la élite de conducción estadounidense ya desde los tiempos de la guerra contra España.[238]

---

237 Arnold Toynbee. *La civilización puesta a prueba… Op. cit.,* p. 73.

238 Desde el comienzo de la Primera Guerra Mundial, la élite de conducción estadounidense elaboró la idea de que Estados Unidos debía apoyar al poder inglés para eliminar al único competidor real

Y es que durante cuarenta años el "contrapoder soviético" evitó la configuración hegemónica, pero a partir de la implosión de la Unión Soviética, Estados Unidos recuperó la "primacía global" y quedó abierta nuevamente al poder estadounidense la posibilidad de organizar unilateralmente el sistema internacional en sus diversos aspectos, de forma que sus propios intereses, de cualquier orden, quedasen asegurados y pudiesen mantenerse en el tiempo. Esta posibilidad, sin embargo, depende hoy día –según la perspectiva de Zbigniew Brzezinski– no solo del poder que Estados Unidos ha acumulado, sino de cómo Estados Unidos "juegue" en el tablero euroasiático.

Según Brzezinski, dado que Eurasia es y ha sido el centro del poder mundial –desde que los continentes empezaron a interactuar en el terreno de la política, hace alrededor de 500 años–, impedir la emergencia de una potencia euroasiática, dominante y antagónica para Estados Unidos, es un "objetivo fundamental" en términos de su capacidad de ejercer la primacía global:

> La política exterior de Estados Unidos debe seguir ocupándose de la dimensión geopolítica y emplear su influencia en Eurasia para crear un equilibrio continental estable en el que Estados Unidos ejerza las funciones de árbitro político. Eurasia es, pues, el tablero

---

que era el poder industrial alemán, para poder convertirse de esa forma en la principal potencia hegemónica del mundo. Uno de los hombres de la élite que más claramente expresó, ya desde la guerra contra España, el proyecto hegemónico estadounidense fue Teodoro Roosevelt. Pero la élite de conducción estadounidense sabía que la ejecución de ese plan geopolítico no sería soportable para su pueblo, imbuido de profundos ideales democráticos. Por ello, Woodrow Wilson va a traducir, de una forma más asimilable para el pueblo estadounidense –envolviéndolo en un formato idealista– el proyecto geopolítico hegemónico que había sido expresado brutalmente por Teodoro Roosevelt. Como sostiene el historiador norteamericano Wallenstein, el hecho fundamental de la primera mitad del siglo xx es la alianza anglosajona liquidando el poder industrial alemán, que era el corazón de Europa. Ese hecho dirimió la cuestión del siglo, que pasó a ser luego la competencia de dos Estados-continentes: la Unión Soviética, por un lado, y Estados Unidos, por otro. Y esa nueva competencia recién se dirimió en el año 1989.



en el que la lucha por la primacía global sigue jugándose, y esa lucha involucra a la geoestrategia: gestión estratégica de los intereses políticos (...) Por ello [concluye] es esencial que no se produzca el surgimiento de ningún aspirante al poder euroasiático capaz de dominar Eurasia y, por lo tanto, también de desafiar a Estados Unidos.[239]

En el análisis efectuado por la mayoría de la élite de conducción estadounidense, ese "Estado aspirante" al poder euroasiático –capaz en el futuro de desafiar a Estados Unidos y al cual, según la lógica de Brzezinski, habría que neutralizar antes que termine de gestar completamente su poder nacional– es la República Popular China. En la tesis de Brzezinski la primacía global de Estados Unidos "depende directamente de por cuánto tiempo y cuán efectivamente pueda mantener su preponderancia en el continente euroasiático".[240]

Nacionalismo y globalización en China

El extraordinario crecimiento constante del producto interno bruto chino, la apertura de su economía a las inversiones extranjeras, la espectacular modernización de su aparato productivo y la impactante irrupción de su producción industrial en el mercado mundial, obnubilan el hecho de que China entra a la globalización en plena efervescencia nacionalista. Este es el hecho políticamente central que debe ser tenido en cuenta para cualquier análisis serio del futuro de ese país. La dirigencia china tiene una *vocación imperial histórica* y vive los últimos 500 años de predominio occidental como una "humillación profunda".[241]

---

239 Zbigniew Brzezinski. *El gran tablero mundial, La supremacía estadounidense y sus imperativos geoestratégicos*, Barcelona: 1998, p. 12.

240 *Ibid.,* p. 39.

241 Toda la historia de China ha predispuesto a su élite de conducción a considerar que su nación es el centro natural del mundo: "Esa perspectiva implica también la existencia de un sistema jerárquico de influencia ordenado radialmente que va desde el centro a las periferias, y

Para comprender el nacionalismo chino y el "sentimiento de humillación" –que en buena medida lo alimenta– no alcanza con retrotraerse a la Guerra del Opio, sino que conviene recordar que hace 500 años, cuando los continentes comenzaron a interactuar, el Imperio chino –a pesar de poseer todas las condiciones materiales necesarias– no fue el principal protagonista de la primera etapa de la globalización tan solo por un error estratégico irreversible cometido por la dinastía Ming.

Como ya hemos afirmado, la globalización comienza cuando el mundo latino-germánico, aventurándose en el inmenso océano Atlántico, supera el enclaustramiento al que había sido sometido por el mundo islámico-otomano en la llamada "Edad Media", desde el siglo VII. Hasta ese momento histórico todos los pequeños reinos cristianos de la península europea estaban muy atrasados respecto del Imperio chino y poseían, frente a él, un franco déficit científico-cultural: "La cultura europea, menos desarrollada (en comparación a la islámica, indostánica, y especialmente a la china), separada por el "muro" otomano-islámico de las regiones centrales del continente asiático-afro-mediterráneo era, entonces, hasta finales del siglo XV, periférica".[242]

Aproximadamente 70 años antes de que Colón llegara a América, la flota imperial china había ya realizado numerosos viajes transoceánicos, llegando posiblemente en uno de ellos hasta el continente americano. El almirante Zheng He, un eunuco musulmán, instaló una gran escuela de navegación oceánica y construyó para el emperador de China la más grande escuadra naviera de la historia. Zheng realizó, al menos, siete increíbles viajes entre los años 1405 y 1423, por el sur del Pacífico, el océano Índico, el

---

por lo tanto China, como centro, espera ser tratada con deferencia por los demás (...) Desde esa óptica, la pérdida de la grandeza China –los últimos 150 años de humillaciones– es una aberración, una profanación de la especial condición china y un insulto personal a cada chino. Debe ser borrada y sus perpetradores merecen ser castigados". Zbigniew Brzezinski. *El gran tablero*… *Op. cit.,* pp. 163-164.

242 Enrique Dussel. "La China (1421-1800). Razones para cuestionar el eurocentrismo", *Otro Sur*, año 1, n.° 2, Rosario: agosto 2004, p. 19.



golfo Pérsico y las costas de África. Con sus expediciones abrió las puertas del Imperio hacia otras realidades culturales y también hacia otras posibilidades comerciales. El 5 de marzo de 1421 partió del puerto de Nankín para realizar su séptimo viaje con una flota compuesta de 600 juncos y 30.000 tripulantes. Estas expediciones eran comerciales y científicas y las escuadras chinas cartografiaron África y Asia, siendo altamente probable que circunnavegaran, por primera vez, el globo terráqueo y, por ende, descubriesen América. A la vuelta de este séptimo viaje una errónea decisión geopolítica china hizo que ese nuevo conocimiento no se convirtiera en conquista. En 1424 el emperador –convencido por los miembros de la corte de que los viajes del almirante sacaban más de lo que dejaban en las arcas imperiales– decidió suspender las expediciones navales.

Los reinos de Portugal y Castilla –hasta los cuales habrían llegado, posiblemente, los mapas elaborados por la escuadra china–, mucho menos desarrollados que el Imperio chino, se lanzaron al Atlántico y emprendieron los grandes viajes del descubrimiento, usufructuando así el "error estratégico" cometido por el poder chino.

El emperador Ming, en 1424, decidió abandonar las expediciones navales y, por lo tanto, el dominio indiscutido de todos los océanos, el descubrimiento y la conquista de nuevas tierras. La decisión china de abandonar las expediciones navales dejó, en cierta forma, un vacío de poder que fue llenado por Europa.

A nuestro entender, este es el motivo por el cual –según su propia "lectura de la historia"– China cree que estaba destinada a realizar un imperio universal y que esa vocación le fue arrebatada por los pueblos "bárbaros" de la pequeña península europea.

En nuestros días, como bien destaca Brzezinski:

> El intenso nacionalismo actual del pueblo chino es nuevo solo en lo que respecta a su penetración social, ya que en él intervienen la autoidentificación y las emociones de un número sin precedentes de

> chinos. El nacionalismo chino ha dejado de ser un fenómeno confinado en gran medida a los estudiantes que, en los primeros años de este siglo, fueron precursores del Kuomintang y del Partido Nacionalista Chino. El nacionalismo chino es, actualmente, un fenómeno de masas que define la mentalidad del Estado más poblado del mundo. Esa mentalidad tiene unas profundas raíces históricas. La historia ha predispuesto a la élite china a pensar que China es el centro natural del mundo. De hecho, la palabra "china" en chino –Chung-kuo, o "reino medio"– transmite la idea de la centralidad de China en los asuntos mundiales y, a la vez, reafirma la importancia de la unidad nacional.[243]

En consecuencia, si China logra neutralizar las terribles fuerzas exógenas –que desean su fragmentación interna–, mantener su estabilidad social y su acelerada tasa de desarrollo durante las próximas tres décadas, alcanzará entonces las condiciones que Helio Jaguaribe denomina de "equipolencia" con Estados Unidos. El éxito del desarrollo chino –sumado a la posible recuperación parcial del poder ruso que se iniciara con Vladimir Putin, y a la adopción de una política externa y de defensa propia por parte del núcleo duro (Alemania y Francia) de la Unión Europea– podría hacer que prevalezca, a mediados de siglo, un "orden mundial multipolar", circunstancia que aumentaría el margen de maniobra internacional y la autonomía nacional de los países suramericanos.

Los desafíos que llegan desde el Lejano Oriente

Ahora bien, independientemente de que China pueda convertirse en una potencia productora de alta tecnología y conocimiento –condición *sine qua non* para que pueda alcanzar una relación de "equipolencia" con el poder estadounidense– caben pocas dudas de que es una posibilidad cierta que hacia el año 2030 el país asiático estaría en condiciones de convertirse en una gran potencia

243 Zbigniew Brzezinski. *El gran tablero… Op. cit.*, p. 163.



industrial, con capacidades reales de proveer con sus manufacturas al mundo entero.

Transformada China en la "gran fábrica del mundo", se convertirá también –como ya ocurre, en cierto modo, en la actualidad– en una "gigantesca aspiradora de materias primas", provocando en consecuencia una elevación sustancial de los precios internacionales de aquellas. Este hecho, que ya favorece a las economías primarias suramericanas, tenderá a hacerse mucho más notorio. Tenderá a producirse, entonces, una nueva era de oro para la exportación de productos primarios; una era en la cual, quizá, ya hayamos ingresado.

El agregado al esquema del comercio universal de un nuevo y voraz demandante de materias primas (al cual debe sumársele la creciente demanda de la India) –cuya presencia ya se puede "palpar" claramente en la actualidad, a través del simple relevamiento estadístico de los impresionantes incrementos del valor de los *commodities* en los últimos años– generará una nueva presión sumada a las ya existentes, que podría influir, paradójicamente, de un modo altamente negativo en las posibilidades de desarrollo autónomo de la región suramericana.

Es que, alentados por los crecientes valores de sus productos extractivos, la tentación por volver a los esquemas preindustriales –especialmente en Argentina y, aunque en menor medida, también en Brasil– podría volverse cada vez más intensa. Asimismo alentará –y lo que es peor, "justificará"– la posición de aquellas élites locales que consideran "innecesario" y hasta "forzado" el esquema de un desarrollo industrial autónomo. Ni qué hablar de aquellos países suramericanos cuyas economías siguen dependiendo del esquema preindustrial, en los cuales, directamente, devendrá impracticable cualquier intento de industrialización y tecnologización autónomas.

A la mentada presión por –y consecuente tentación de– *desindustrializar,* debe agregarse como complemento o corolario natural la desproporcionada "oferta" global de bienes manufacturados –de baja, media y alta tecnología–, que con la irrupción de una China (y probablemente también de la India) "vendedora" terminarán por

bajar los precios de estas manufacturas a niveles, probablemente, despreciables.

La existencia de un nuevo "comprador" de materias primas tiene como lógica contrapartida la aparición de un nuevo "vendedor" de manufacturas, y la competencia y sobreabundancia de estas últimas terminarán por multiplicar de forma exponencial las presiones internacionales para mantener la totalidad de América del Sur como "mercado natural" y, por ende, conseguir la "apertura irrestricta" de las economías de las naciones suramericanas.

Tal sobreabundancia de bienes manufacturados en el mercado global –de la cual la escala de producción a la que puede llegar China será, en gran medida, responsable– tenderá a hacer que el costo de cualquier producto industrial fabricado lejos de nuestra región sea infinitamente inferior al costo de cualquier producto industrial fabricado en Suramérica.

A la oferta desmesurada habrá que sumar el efecto destructor de los posibles excedentes de producción industrial globales. Dada la enorme escala de producción a la que puede llegar la economía china –y también la India– entre 2020 y 2030, es altamente probable que estas economías generen enormes excedentes de producción tales que, volcados indiscriminadamente al mercado internacional, se venderían a precios despreciables aun por debajo de sus costos, pues más les valdrá a estas economías nuevas malvender sus producidos antes que detener sus crecimientos. La disputa comercial con otras naciones ya industrializadas por mercados específicos sería capaz de hacer de Suramérica uno de los principales "patos de la boda" de esta disputa global por los mercados de consumo.

Esta situación sería claramente capaz de aniquilar las producciones locales y, de no ser nítida y contundentemente prevista y neutralizada por una política *inteligentemente protectiva*, consensuada, común y unívoca, condenaría a toda Suramérica a una *especialización excluyente* y relegaría a las naciones de la región a la condición de meras proveedoras de materias primas y productos agropecuarios no manufacturados.



Suramérica entre el retroceso y el desarrollo

Si el escenario para Suramérica fuera el del marco de una economía totalmente abierta, los excedentes de producción industrial de las partes más diversas del orbe –producidos natural o artificialmente– serían volcados al mercado suramericano, entre otros, y terminarían destruyendo el parque industrial argentino-brasileño y, por esa vía, lanzando al desempleo a enormes contingentes de población. Para países como Venezuela, Perú o Colombia, la irrupción de los excedentes de producción industrial globales inhibirían cualquier intento de desarrollo industrial, pero para países como Argentina y Brasil, una irrupción sin contención de estos excedentes de producción, al provocar el aniquilamiento de sus parques industriales, significaría un catastrófico retroceso a la condición que esos países ostentaban hasta 1930: la de productores de materias primas y artículos agropecuarios no elaborados e importadores de bienes y servicios con mayor tecnología. En síntesis, volver a ocupar el puesto que Adam Smith les había asignado en la división internacional del trabajo.

Tal retroceso no solo sería incompatible con la sustentación de las actuales poblaciones de ambos países, sino que sería también incompatible con la preservación de sus regímenes democráticos. La devastación del parque industrial argentino-brasileño significaría, entonces, la aniquilación de la democracia y la hecatombe social, situación que podría conducir a un proceso de fragmentación territorial semejante al que vivió la Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas con la implosión del sistema socialista. Proceso de fragmentación que, sobre todo en el caso brasileño, no solo podría ser bien visto por las estructuras hegemónicas del poder mundial, sino que bien podría recibir de parte de estas importantes estímulos exógenos. Luego de esta eventual hecatombe social, Brasil podría terminar fragmentado en varios Estados; algo así como una "guerra civil" estadounidense, pero con un resultado inverso: aquellas regiones cuya producción primaria es más importante caerían con facilidad en la tentación de adoptar el modelo

primario exportador y disgregarse de la "ineficaz" industria y burocracias del resto del país.

Muy por el contrario, si los países de la América del Sur logran construir para mediados de la década de 2020 una efectiva "unión suramericana de naciones", que los lleve a la implementación de un programa económico-diplomático-militar común, estarían en condiciones de negociar con el resto de las potencias –sedientas de materias primas– la posibilidad de que estas acepten que la comunidad suramericana lleve adelante una política proindustrial activa, que deberá ser extremadamente selectiva para que pueda ser admitida por las estructuras hegemónicas de poder internacional.

A través de una política proindustrial-tecnológica activa, los países de la América del Sur abrirían, moderadamente, sus economías a la producción industrial del resto del planeta. No se tratará de llevar la idea de autarquía a nivel suramericano, sino de determinar los sectores productivos a salvaguardar para mantener una estructura industrial acorde con la sustentación de la población de los países suramericanos, evitando de esa forma la posibilidad de un desempleo masivo que llevaría, inexorablemente, como ya apuntamos –sobre todo en el caso argentino y brasileño–, a una crisis social incompatible con la preservación de sus regímenes democráticos y sus respectivas unidades territoriales y nacionales.

En cambio, si el escenario es el de una "unión suramericana de naciones" que logra establecer un programa diplomático común y una misma política frente a la inversión extranjera, podría evitar que la inversión externa se oriente a la realización de actividades extractivas predatorias, incompatibles con el desarrollo sustentable que necesitan las sociedades suramericanas.

Capítulo 10
El escenario futuro

Las coordenadas de nuestro método de análisis

Siguiendo el pensamiento de Alberto Methol Ferré, afirmamos que para entender el presente y proyectar hipótesis sobre el futuro es necesario realizar un profundo análisis histórico: "... un viaje hacia las fuentes de las que surgen los fenómenos que hoy vemos, para volver al presente llevando un mejor bagaje de hipótesis explicativas con las que de nuevo partir para indagar el futuro".[244]

Presente-pasado-presente-futuro son, pues, las "coordenadas" de nuestro método de análisis de las relaciones internacionales.

En los capítulos anteriores hemos ya realizado un viaje al pasado. Nos proponemos ahora "indagar" el presente y el futuro. Trataremos, entonces, de realizar un análisis objetivo de algunas de las grandes tendencias que actualmente se pueden observar en el mundo. Intentaremos identificar –y presentar en forma de hipótesis– algunos de los más peligrosos desafíos, pero también las numerosas oportunidades que se nos presentarán en este siglo.

Al formular nuestras hipótesis sobre el escenario futuro y proponer las acciones políticas que permitan a los países de la periferia suramericana subirse al último tren de la historia –es

---

244 Alberto Methol Ferre y Alver Metalli. *La América Latina del siglo* XXI, Edhasa, Buenos Aires: 2006, p. 12.

decir, montarse en la tercera ola de la globalización para construir una economía de alta tecnología que les posibilite no quedar rezagados de la marcha de la historia de la humanidad, como quedaron los Estados que no supieron industrializarse durante el siglo xix–, somos conscientes de que los hechos políticos, como todos los hechos humanos, "ejercen su libertad dentro de un contexto dado por los factores reales y los ideales, según la configuración última de las circunstancias resultantes del azar"[245]. Parafraseando a Ortega y Gasset, creemos que las naciones son *las naciones y sus circunstancias*.

Creemos también –como sostenía Hans Morgenthau– que dibujar el curso de la corriente del poder mundial, prever los cambios de dirección y su velocidad, detectar –bajo la superficie de las actuales relaciones de poder– los desarrollos germinales del futuro, es siempre una tarea ideal que, cuando se realiza con éxito, constituye el logro intelectual supremo del analista de la política internacional. Como tarea ideal –advierte Morgenthau– nunca será perfecta, precisamente porque la naturaleza y el hombre son elementos imperfectos, impredecibles, factores que no se pueden conocer con exactitud y que hacen que los cálculos de evaluación puedan ser, siempre, inexactos.[246]

Estados Unidos y el nuevo umbral de poder

Como ya afirmamos, a partir de su plena realización industrial Estados Unidos elevó el umbral de poder que los otros Estados miembros del sistema necesitaban alcanzar para mantener su capacidad autonómica, es decir, para no caer bajo la subordinación estadounidense.

La consecuencia necesaria de la conversión de Estados Unidos en el primer Estado-nación industrial continental fue que a las otras unidades políticas del sistema internacional solo les sería posible

245 Helio Jaguaribe. *Un estudio crítico de la historia… Op. cit.,* p. 35.

246 Hans Morgenthau. *Política entre las naciones… Op. cit.,* p. 194.

mantener su capacidad autonómica plena, si lograban conformar un Estado- nación industrial –de superficie y población semejantes a la de Estados Unidos–, es decir, de superficies continentales.

Con la Primera Guerra Mundial quedó definitivamente al descubierto que el poder de los Estados-nación industriales –modelos del siglo XIX– Gran Bretaña, Francia y Alemania, había quedado completamente sobrepasado por el poder del gigantesco Estado-nación industrial continental estadounidense, y que la mayoría de los Estados-nación latinoamericanos eran, en comparación con el megaestado industrial estadounidense, impotentes microestados condenados a ser, en el futuro inmediato, Estados subordinados como lo fueron en su momento las ciudades-estado de Génova o Venecia, cuando irrumpieron en la historia el Estado-nación español y el Estado-nación francés. Pensadores como Manuel Ugarte, José Vasconcelos, Rufino Blanco Fombona y Francisco García Calderón advirtieron entonces que solo a través de la industrialización y la integración los Estados de América Latina podrían alcanzar el nuevo umbral de poder.

Desde finales de la década de 1950, gracias a la reacción desencadenada por un nuevo impulso estatal, Estados Unidos logró comenzar a construir un sector de alta tecnología. De esa forma comenzaron a elevar, nuevamente, el umbral de poder que las otras unidades políticas del sistema necesitaban alcanzar para mantener su capacidad autonómica.

Sin embargo, es preciso aclarar que la *sobreestimación de la alta tecnología como factor de poder* podría llevar a Estados Unidos a cometer el error de subestimar la importancia del sector industrial como factor de poder. Si se sobreestima la importancia de la alta tecnología como factor de poder y se descuida el aparato industrial, se debilita la *pirámide del poder.* Una economía basada exclusivamente en la alta tecnología excluye a una masa laboral enorme que tiende, necesariamente, a pauperizarse.

Los vaivenes económicos y las numerosas turbulencias de los mercados internacionales globalizados bien podrían estar afectados por este factor. En efecto, la errónea concepción de que sería

posible un *Estado exclusivamente post-industrial* capaz de prescindir de su anterior factor dinámico –la industria– es, posiblemente, el principal factor del notorio debilitamiento de la economía estadounidense. La creencia de que solo produciendo tecnología y derivando sectores crecientes de la población al área de servicios, para transferir el factor industrial a otros países más atrasados que se fueron convirtiendo, paulatinamente, en proveedores de todo tipo de bienes elaborados, generó una estructura laboral y productiva notoriamente débil.

La alta tecnología, por definición, es excluyente de mano de obra, y la poca que requiere necesita de un grado de capacitación extremadamente elevado, poco factible de ser alcanzado por un alto número de habitantes.

Así, las grandes masas laborales van perdiendo sus empleos y pasando a sectores de servicios –notoriamente dependientes de los vaivenes económicos– y bajando, en consecuencia, la calidad de su empleo y su capacidad de consumo y repago. Una economía que no genera ingresos genuinos en cantidades suficientes –como solo la industria y el mercado interno gigantesco que Estados Unidos supo crear en su momento– termina siendo incapaz de sostener el círculo virtuoso de crecimiento.

Hoy Estados Unidos, gracias a la reacción desencadenada por un nuevo impulso estatal, se está convirtiendo en el primer Estado "post-industrial" de la historia y, por lógica consecuencia, está nuevamente elevando el umbral de poder que las otras unidades políticas del sistema internacional necesitan alcanzar para poder mantener su capacidad autonómica, pero, a la vez, la sobrestimación de este factor podría, paradójicamente, mellar el poder nacional estadounidense.

Es que la derivación de la industria a terceros países está haciendo que Estados Unidos se vea sometido a vaivenes muy indeseables en su economía, una economía cada vez más especulativa y con peor calidad de ingresos, que tiende a mantenerse solo mediante un déficit creciente.

En definitiva, si Estados Unidos no recompone a tiempo su sector industrial, habrá sacado, por un error en la percepción del

valor de la alta tecnología, uno de los pisos fundamentales a su pirámide de poder.

En síntesis, la interpretación de Toffler podría verse superada por la realidad de la incapacidad del nuevo factor para proveer de ingresos y energías suficientes a la economía estadounidense. La crisis de las punto.com en los primeros años del siglo y la de las hipotecas de mala calidad en 2007-2008 estarían dando pautas de la faltante de un piso industrial que asegure el superior.

Como hoy ya no es posible concebir un Estado autónomo sin la incidencia determinante del manejo tecnológico propio, parece altamente posible que tampoco sería posible prescindir de la estructura industrial, gracias a la cual estas nuevas tecnologías se hicieron posibles.

La tesis fundamental sería, en consecuencia, que el umbral de poder se alcanza mediante la acumulación de factores y no mediante el reemplazo de unos por otros, como pretende Toffler. Para la construcción del poder nacional, la edificación de alta tecnología es condición necesaria pero no suficiente.

La vigencia del impulso estatal como acción desencadenante del poder nacional

Así como la Revolución industrial tuvo como primer epicentro Inglaterra, la tecnológica tuvo como centro neurálgico a Estados Unidos.

Si los descubrimientos marítimos que dieron origen a la primera globalización fueron motivados por la necesidad europea de bordear el poder islámico, la revolución tecnológica que desató la tercera ola globalizante fue motivada en la década de los años sesenta por la necesidad estadounidense de superar a la Unión Soviética en la carrera por la conquista del espacio y, en la década de los ochenta, por el intento estadounidense de neutralizar a través de la política conocida como de la "guerra de las galaxias" la amenaza –supuesta o real– del expansionismo soviético.

Poner antes que nadie un hombre en la Luna fue, además de una proeza científica, un objetivo estratégico de Washington para demostrar su superioridad como potencia y la primacía del sistema que representaba. Las investigaciones –financiadas y patrocinadas por el Estado para ganar la carrera espacial– provocaron un salto tecnológico de dimensiones revolucionarias y colocaron a las empresas estadounidenses en la vanguardia tecnológica, otorgándoles una ventaja competitiva extraordinaria, al mismo tiempo que modificaron la vida cotidiana en todo el planeta Tierra. El láser, la fibra óptica, las tomografías computadas, el horno de microondas, el papel film y hasta las comidas congeladas tuvieron allí su origen. Las técnicas para deshidratar y congelar alimentos fueron desarrolladas por la NASA a fin de que los astronautas llevaran su comida en celdas pequeñas y pudieran prepararlas fácilmente. También fueron frutos de la investigación espacial, auspiciada y financiada por el Estado, los equipos de diálisis para el riñón que purifican la sangre, las técnicas que combinan la resonancia magnética y de tomografías computadas para hacer diagnósticos fehacientes, las cámaras de televisión en miniatura que los cirujanos se colocan en sus cabezas para que sus alumnos observen una operación, las camas especiales para pacientes con quemaduras y hasta las frazadas térmicas que se usan en los hospitales. La investigación de la fibra óptica –que permite hoy que las centrales de celulares transmitan datos, o que se emita información bancaria y financiera en tiempo real, desde y hacia cualquier lugar del mundo– fue también auspiciada por el Estado estadounidense.

La revolución tecnológica que desató la tercera globalización fue hija directa de la Guerra Fría y del impulso estatal que recibieron todos los sectores estratégicos de la economía estadounidense, a fin de que este Estado-nación pudiese superar el desafío soviético. El *keynesianismo militar-espacial* constituyó la forma alternativa –y encubierta– a través de la cual Estados Unidos siguió interviniendo en la economía después de la Segunda Guerra Mundial, al tiempo que predica *urbi et orbi* las ventajas de la "no intervención". El keynesianismo militar-espacial consistía,

simplemente, en ocultar los subsidios bajo el rubro "gastos para la defensa", subsidios encubiertos a través de los cuales determinadas empresas, como la Boeing, adquirían una ventaja tecnológica imposible de alcanzar por sus competidoras en el resto del mundo.

Boeing es un ejemplo paradigmático de cómo mediante el impulso estatal –en forma de subsidios encubiertos– Estados Unidos fomenta determinados sectores estratégicos de la industria:

> Antes de la Segunda Guerra Mundial, Boeing prácticamente no hacía ganancias. Se enriqueció durante la guerra, con un gran incremento en inversiones, más del 90 por ciento del cual provenía del Gobierno federal. Las ganancias también florecieron cuando Boeing incrementó su valor neto en más de cinco veces, realizando su deber patriótico. Su "fenomenal historia financiera" en los años que siguieron se basaba también en la largueza del contribuyente fiscal, señaló Frank Kofsky en un estudio de las primeras fases de posguerra del sistema Pentágono (Pentagono system), permitiendo a los dueños de las compañías aéreas cosechar ganancias fantásticas con inversiones mínimas de su parte.[247]

Sin embargo, como destaca Noam Chomsky, el de Boeing no fue un caso aislado:

> Desde la Segunda Guerra Mundial, el sistema del Pentágono –incluyendo a la NASA y al Departamento de Energía– ha sido usado como un mecanismo óptimo para canalizar subsidios públicos hacia los sectores avanzados de la industria (...) por medio de los gastos militares, el gobierno de Reagan aumentó la proporción estatal en el producto bruto interno a más de 35% hasta 1983, un incremento mayor al 30% comparado con la década anterior. La guerra de las galaxias (propuesta por Reagan) fue así un subsidio público (encubierto) para la tecnología avanzada (...) El Pentágono, bajo el gobierno de Reagan, apoyó también el desarrollo de computadoras

247 Noam Chomsky y Heinz Dieterich. *La sociedad global*, Editorial 21, Buenos Aires: 1999, p. 36.

avanzadas, convirtiéndose –en palabras de la revista *Science*– "en una fuerza clave del mercado" y "catapultando la computación paralela masiva del laboratorio hacia el estado de una industria naciente", para ayudar de esta manera a la creación de muchas "jóvenes compañías de supercomputación.[248]

Las consecuencias de la revolución tecnológica sobre el escenario internacional

La revolución tecnológica nos proporciona el trasfondo sobre el que se libran hoy y se librarán mañana las luchas claves por el poder, y nos marca la transformación misma del concepto de poder y, por lo tanto, de los elementos que componen el poder nacional de los Estados. Hoy más que nunca es preciso tener en cuenta, para el análisis de las relaciones internacionales, que el conocimiento es poder: poder militar, poder económico, poder político y poder cultural.

Conviene recordar que por la propia naturaleza del sistema internacional –que se rige, en cierta forma, por una situación que se asemeja al "estado de naturaleza"– los Estados existen como sujetos activos de ese sistema internacional en tanto y en cuanto poseen poder. Solo aquellos Estados que poseen poder son capaces de dirigir su propio destino. Los Estados sin poder suficiente para resistir la imposición de la voluntad de otro Estado son "objetos de la historia" porque son incapaces de dirigir sus propios destinos. Los Estados con mayor poder tienden a constituirse en subordinantes y, por lógica consecuencia, aquellos otros Estados que están desprovistos de los atributos del poder suficiente para mantener su autonomía tienden a convertirse en subordinados, más allá de que logren conservar los aspectos formales de su soberanía.

Es absolutamente indiscutible que la revolución tecnológica ha profundizado, de manera irreversible, la interdependencia económica entre los Estados. Sin embargo, es imprescindible no confundir el concepto de interdependencia económica con el concepto de

248 *Ibid.*, pp. 30-31.

subordinación, dado que la interdependencia económica no altera la división fundamental del sistema internacional en *Estados subordinantes* y *Estados subordinados*.

Resulta ya un lugar común decir que el nuevo nombre del poder es el conocimiento, el *saber*. Ya en las postrimerías del Renacimiento –una época de transición muy parecida a la nuestra– Francis Bacon sostenía que "el conocimiento es poder". El conocimiento ha sido siempre un ingrediente del poder y sería un error subestimar el papel que jugó el conocimiento en el pasado. Hay una lectura errónea de la historia, una visión unidimensional en que la fuerza juega un papel determinante, pero esta lectura olvida que detrás de la fuerza ha habido, siempre, conocimiento. Sin embargo, la proporción del conocimiento en cuanto ingrediente del poder es ahora, por cierto, más determinante que nunca.

Alvin Toffler en su libro *El cambio del poder*, dedicado a explorar el impacto del "futuro" en la sociedad contemporánea, concibe el poder como un taburete de tres patas, conformado por la riqueza, la violencia y el conocimiento; imagen que lo lleva a elaborar el concepto del "poder del equilibrio". Pero, ¿qué es el conocimiento en cuanto factor de poder? ¿consiste, simplemente, en el desarrollo de la capacidad tecnológica? A estos interrogantes responde Toffler de manera original afirmando que:

> El conocimiento incluye mucho más que los elementos convencionales como la ciencia y la tecnología o la educación. Comprende los conceptos estratégicos de una nación, su capacidad de información en el extranjero, su idioma, su conocimiento general de otras culturas, su incidencia cultural e ideológica en el mundo, la diversidad de sus sistemas de comunicaciones y la gama de nuevas ideas, información e imágenes que fluye por ellos. Todos estos nutren o minan el poder de una nación y determinan qué calidad de poder puede utilizar en un conflicto o crisis dados.[249]

249 Alvin Toffler. *El cambio del poder*, Sudamericana, Barcelona: 1999, p. 491.

Un análisis objetivo de la realidad internacional y del impacto de la revolución tecnológica sobre el escenario internacional indica que el conocimiento es hoy –y lo será mucho más en las próximas décadas– el nuevo nombre del poder. En consecuencia, los Estados que no quieran permanecer o caer en relación de subordinación deberán ser capaces de desarrollar y producir altos volúmenes de conocimiento, para que este se transforme en poder económico, cultural y militar.

Sin embargo, para algunos pensadores como Eric Hobsbawm y Peter Drucker es preciso tener en cuenta que, dadas las nuevas condiciones –impuestas fundamentalmente por la economía del saber–, existe una relación indisoluble entre poder político, capacidad autonómica, tecnología y espacio geográfico. Es decir que en el campo de la política internacional, para que la capacidad tecnológica de un Estado se transforme en "poder efectivo" es necesario que posea, además, un gran espacio geográfico.

Eric Hobsbawm, analizando los cambios que la revolución tecnológica provoca en el escenario internacional, afirma:

> El enorme poder de una tecnología constantemente revolucionada se afirma en el terreno económico y sobre todo en el militar. El poder político a escala global exige hoy el dominio de esa tecnología combinado con un Estado geográficamente muy grande. La extensión no era algo que contara anteriormente. Gran Bretaña, que reinó sobre el imperio más extenso de su tiempo, era apenas un Estado de tamaño mediano, aun para los criterios de los siglos XVIII y XIX. En el siglo XVII Holanda –Estado de tamaño comparable al de Suiza– podía convertirse en un actor global. Hoy en día es inconcebible que un Estado, por más rico y tecnológicamente avanzado que sea, se convierta en una potencia mundial si no es relativamente gigantesco".[250]

250 Eric Hobsbawm. "Un imperio que no es como los demás", en: *Le Monde Diplomatique*, año IV, n.° 48, Buenos Aires: junio 2003, p. 22.

Para que el conocimiento pueda producir poder –además de riqueza– necesita de un enorme espacio geográfico y de una importante masa crítica de población. Este axioma explica que Japón sea un gigante económico y un enano político, clasificado por Zbigniew Brzezinski como un "protectorado" de Estados Unidos.

En el mismo sentido que Hobsbawm pero desde el interesante ángulo del análisis económico, Peter Drucker afirma que:

> En la economía del saber ni el proteccionismo tradicional, ni el comercio libre tradicional, pueden funcionar por sí mismos; lo que se necesita es una unidad económica que sea lo bastante grande como para establecer un libre comercio y una fuerte competencia interior significativos. Esta unidad tiene que ser lo bastante grande como para que las nuevas industrias de alta tecnología se desarrollen gozando de un alto grado de protección. La razón para esto reside en la naturaleza de la alta tecnología, esto es, de la industria del saber.
> Esta industria no sigue las ecuaciones de oferta y demanda de la economía clásica, neoclásica o keynesiana. En ellas los costes de producción suben de forma proporcional al volumen de producción; en las industrias de alta tecnología los costes de producción bajan, y muy rápido, según sube el volumen de producción; es lo que ahora se llama la curva de aprendizaje. La importancia de esto es que una industria de alta tecnología puede afianzarse de tal manera que destruya a cualquier competidor. Cuando esto ha sucedido casi no hay ninguna posibilidad de que la industria derrotada pueda volver; ha dejado de existir. No obstante, y al mismo tiempo, la nueva industria de alta tecnología ha de contar con la suficiente competencia y los suficientes retos; de lo contrario, dejará de crecer y desarrollarse; se volverá monopolística y perezosa, y pronto quedará obsoleta. La economía del saber exige, por lo tanto, unidades económicas que sean mayores, incluso, que un Estado nacional de buen tamaño; si no es así, no habrá competencia. Pero también exige la capacidad de proteger la industria y comerciar con otros bloques comerciales sobre la base de la reciprocidad más que de la protección o el libre

> comercio. Esta es una situación sin precedentes; hace que el regionalismo sea, al mismo tiempo, inevitable e irreversible.[251]

La crisis de pasaje y el retorno del imperialismo

Según Helio Jaguaribe, la acelerada industrialización de los países asiáticos, principalmente China e India, y la incorporación paulatina de sus inmensas poblaciones como consumidores, hacen que surja una cuestión de extrema gravedad:

> La falta de disponibilidad, en proporción correspondiente, o hasta en términos absolutos, de diversos minerales escasos indispensables para el proceso industrial, tales como petróleo, aceite natural, uranio, molibdeno, tungsteno, cobalto, cobre, plomo, zinc, estarán poco disponibles a partir de 2075.[252]

Según las proyecciones del Departamento de Energía estadounidense, el consumo de energía de China va a aumentar un 4,3% al año hasta 2020, "lo cual implicaría un aumento del 150% en el consumo de petróleo, de 158% de hulla y de más de 1.100% en gas natural"[253]. Una pauta similar se observa en India, en donde el consumo de energía aumentará un 3,7% hasta 2020. Es un hecho que la demanda de muchas materias primas claves está creciendo a un ritmo insostenible.

En este estado de cosas, afirma Jaguaribe:

> O se logra una amplia y profunda reorganización de la civilización industrial –que no se está haciendo, y tampoco se está pensando seriamente en hacer– o el mundo se enfrentará en el último tercio

---

251 Peter Drucker. *La sociedad poscapitalista*, Sudamericana, Buenos Aires: 1994, pp. 128-129.

252 Helio Jaguaribe. "Argentina y Brasil ante un nuevo siglo", *Perfil*, Buenos Aires: 26 de nov. 2006, p. 14.

253 Michael Klare. *Guerras por los recursos, El futuro escenario del conflicto global*, Urano, Barcelona: 2003, p. 36.

> de este siglo a una gigantesca crisis industrial. Es probable que en presencia de esa crisis los países más poderosos, sobre todo Estados Unidos, sean llevados a un feroz imperialismo de suministros y se apoderen de las fuentes de recursos escasos en detrimento de los más débiles.[254]

Para algunos expertos en seguridad internacional, como Michael Klare, la disputa por los recursos está deviniendo en un rasgo cada vez más destacado del sistema internacional. Para Klare, el objetivo más importante de la agenda estratégica de Washington es "garantizar el acceso estadounidense a las fuentes de recursos vitales en el extranjero"[255]. Así lo evidencian:

> No solo la dimensión geográfica de los planteamientos estratégicos, el énfasis cada vez mayor dedicado a operaciones militares en el Golfo Pérsico, en el Caspio y en otras zonas productoras de energía, sino también los aspectos operativos (...) Este nuevo enfoque puede observarse, por ejemplo, en la atención dedicada a los problemas de la energía por parte de los servicios norteamericanos de inteligencia.[256]

La hipótesis del retorno al imperialismo de suministros es contestada por Thomas Friedman, quien postula: "... las principales disputas sobre los recursos se resolverán a través de los mecanismos del mercado"[257], dado que el aumento de los precios, producto de la escasez, hará que se desarrollen materiales de sustitución. Según Klare, la tesis de Friedman pasa por alto el hecho histórico de que en numerosas oportunidades Gobiernos de cualquier signo político "han acudido a las armas por lo que ellos consideran intereses nacionales vitales, entre los que figuran los

---

254 Helio Jaguaribe. "Argentina y Brasil ante un nuevo siglo"… *Op. cit.,* p. 15.

255 Michael Klare. *Guerra por los recursos… Op. cit.*, p. 23.

256 *Ibid.,* p. 23.

257 *Ibid.,* p. 33.

abastecimientos de petróleo y agua potable”[258]. Y hoy en día en casi todos los países del mundo, sostiene Klare: “... el designio de proteger las materias primas esenciales se ha convertido en un rasgo primordial de la planificación nacional de seguridad”[259]. Además, contrariamente a la opinión de Friedman, las fuerzas del mercado podrían ser contraproducentes en el sentido de que:

> Si los precios del crudo aumentasen tanto que suscitasen grandes penurias económicas en los países importadores [estos] podrían emprender operaciones militares en el extranjero. Acción que de hecho ha sido contemplada por los estrategas norteamericanos en el pasado y podría revelarse como la opción preferencial ante futuras crisis de ese género.[260]

Además, Klare detalla que:

> Ninguna sociedad industrial avanzada puede subsistir sin un aprovisionamiento sustancial de petróleo. Por lo tanto, cualquier circunstancia susceptible de comprometer seriamente la continuidad del suministro puede originar una crisis y, en casos extremos, provocar el empleo de la fuerza militar. Cualquiera de las grandes regiones productoras está expuesta a una incidencia de ese tipo.[261]

Incluidas, por lógica, las regiones petroleras de América del Sur. En su obra *La economía del hidrógeno,* Jeremy Rifkin[262] observa que:

> … nos acercamos a un punto crítico en la era de los combustibles fósiles, de consecuencias potencialmente desastrosas para la civilización industrial. Si hasta ahora los expertos habían evaluado que

258 *Ibid.,* p. 33.
259 *Ibid.,* p. 33.
260 *Ibid.,* p. 83.
261 *Ibid.,* p. 47.
262 Jeremy Rifkin. *La economía del hidrógeno*, Paidós, Buenos Aires: 2002.

> todavía quedaba petróleo crudo disponible para cuarenta años aproximadamente, algunos de los principales geólogos ya han comenzado a sugerir que la producción global podría tocar techo e iniciar un descenso continuado mucho más temprano que lo previsto, quizá a finales de la primera década del siglo xxi. Los países productores no pertenecientes a la OPEP se están acercando ya a su techo de producción, lo que deja la mayor parte de las reservas restantes en los países islámicos del Oriente Medio marcados por la inestabilidad política. Sin embargo está naciendo un nuevo patrón energético, una nueva fuente de energía que reemplazará al petróleo como este reemplazó, en su momento, al carbón.

Rifkin afirma que esa nueva fuente de energía será el hidrógeno.

Resulta lógico especular que –como sostiene Friedman– los mecanismos de mercado harán orientar la investigación científica hacia el desarrollo de materiales de sustitución y hacia la creación de nuevas fuentes de energía. Sin embargo, también resulta lógico pensar que entre el nacimiento de un nuevo patrón de energía y la muerte del viejo patrón energético se produzca una "crisis de pasaje" de duración indeterminada. Idéntico razonamiento puede aplicarse para la aparición de los materiales de sustitución. Será entonces altamente probable que durante esta "crisis de pasaje" los Estados subordinantes sean llevados a un "imperialismo de suministros", para apoderarse por la fuerza de las fuentes de los recursos escasos.

Una muestra cabal y palpable de esta casi inevitable –y probablemente creciente– lucha por los recursos crecientemente escasos la constituye la reciente disputa que por el dominio del Ártico se ha suscitado a partir de mediados de 2007, cuando Rusia plantó su bandera en la región más boreal del mundo, haciendo de ello un acto simbólico de soberanía. En efecto, el Gobierno de Rusia sostiene que una gran parte del fondo submarino del Polo Norte –conocida como *cordillera Lomonosov*– resulta ser una extensión geológica de su país. Esta postulación le permitiría reclamar ese espacio ante la ONU. También Dinamarca, Noruega y Canadá

llevan adelante sus respectivas investigaciones para demostrar que la cordillera Lomonosov, que se extiende bajo el agua desde Rusia por el Polo Norte y hasta las islas canadienses de Ellesmere y Groenlandia, es una continuación de sus respectivas plataformas y que, por lo tanto, les pertenece. La disputa no es casual. La agencia gubernamental estadounidense de hidrocarburos sostiene que el 25% de los recursos mundiales de crudo está al norte del Círculo Polar Ártico. Además, en el Ártico existen ricos yacimientos de gas, oro y diamantes.[263]

Otra zona que un día no muy lejano se convertirá en campo de batalla de esta guerra de suministros es la Antártica, en la que existen probadas y abundantes reservas de petróleo y gas, así como una enorme riqueza minera e ictícola. Esta y no otra es lógica que explica que Gran Bretaña pretenda extender su dominio alrededor de las islas Malvinas sobre un área de hasta 350 millas (563,3 km).

Pero esta disputa por los suministros estratégicos muy probablemente pase de las regiones más gélidas e inhóspitas del planeta a la mucho más benévola y accesible América del Sur. Nuestro subcontinente cuenta con un nivel más que respetable de petróleo, gas, cobre, uranio, tungsteno, zinc, titanio, la mayor reserva de agua dulce del planeta y una rica biodiversidad.

Por ello, cuando se agudice –durante la "crisis de pasaje"– la falta de energía, agua y materias primas, los países más poderosos dirigirán sus miradas hacia nuestra región. Podemos tener la esperanza –si no se desata un "imperialismo de suministros"– de ser los ricos del futuro. Pero si nuestra esperanza está en nuestras reservas, la historia prueba que cuando los grandes y fuertes han

263 Según el informe de julio de 2008 del Servicio Geológico de Estados Unidos (USGS), bajo los hielos del Círculo Polar Ártico podría haber hasta 90 millones de barriles de petróleo y una vasta cantidad de gas natural. Los recursos representarían aproximadamente el 22% de las reservas técnicamente extraíbles del mundo, aún no descubiertas. Este petróleo, hasta hoy inalcanzable, podría ser explotado a causa del alarmante deshielo del Ártico. Cuando Rusia se apresuró a plantar su bandera tricolor en lecho del mar Ártico, Estados Unidos expresó extraoficialmente que esa acción era intolerable para los intereses estadounidenses.

necesitado de ellas, las han ido a tomar por las buenas o por las malas.

De ese escenario internacional hipotético nace nuestra principal preocupación. Por ello se impone como un objetivo vital la creación, a mediano plazo, de las "fuerzas armadas suramericanas", que lleguen a poseer una capacidad disuasivo-estratégica tal que haga que el costo de una aventura militar contra la región sea mayor que los beneficios que se extraigan de ella.[264]

En algunos países de la región ya existe, de modo expreso, una clara preocupación y una abierta disposición a ocuparse del tema. Así, en Brasil, en noviembre de 2007, el general del Ejército José Benedito de Barros Moreira, con una notoria franqueza y un análisis del futuro escenario mundial difícil de criticar, sostuvo públicamente frente a las cámaras de televisión: "Brasil es un objetivo de la codicia mundial porque tiene agua, alimentos y energía. Es por esa razón que precisamos colocar un candado fuerte en la tranquera"[265]. El general Moreira es un altísimo oficial en actividad y secretario de Estrategia del Ministerio de Defensa, circunstancias que le otorgan enorme relevancia a sus declaraciones. Para aclarar más la disposición existente, agregó: "El panorama actual revela un mundo violento y peligroso, y ninguna nación puede sentirse segura si no desarrolla la tecnología que la capacite para defenderse en caso

---

264 La subordinación ideológica nos ha habituado a pensar que la creación de tal fuerza disuasiva es un imposible. Conviene, al respecto, tomar en consideración la original doctrina elaborada por los coroneles chinos Qiao Liang y Wang Xiangsui, quienes sostienen que las guerras del futuro consistirían en ganar batallas no convencionales y en saber combatir fuera del campo de batalla. En el marco de la nueva guerra –sostienen Liang y Xiangsui en su obra *Guerra sin límites*–, los principales actores no serían tanto los militares sino los civiles y, en particular, los *hackers*: "una caída bien planificada de la bolsa, un ataque con virus en computadores provocando incertidumbre en las monedas del país adversario, difundir noticias falsas en internet sobre los líderes políticos adversarios, pueden ser nuevas y originales formas de usar las armas". A través de tales armas, fuerzas inferiores serían capaces de vencer a fuerzas operativamente superiores. Qiao Liang y Wang Xiangsui. *Guerra sin límites*, Librería Editrice Goriziana, Gorizia: 2001, p. 22.

265 *Clarín*, Buenos Aires, 17 de noviembre de 2007, p. 41.

necesario"[266]. Durante 2006 tanto Venezuela como Brasil postularon la creación de una "fuerza militar suramericana". Resta, ahora, pasar del nivel retórico al nivel operativo.[267]

La IV Flota y la hipótesis del retorno del imperialismo de suministros

El 1.º de julio de 2008, después de 58 años de inactividad, la IV Flota de la Marina de Estados Unidos volvió a patrullar las aguas latinoamericanas. La IV Flota surgió en 1943 para luchar contra los submarinos nazis y proteger la navegación durante la Segunda Guerra Mundial. Fue desactivada en 1950 por innecesaria, pero importa destacar que volvió a actuar, *de facto*, algunas semanas de 1964 durante el golpe de Estado contra el presidente brasileño Joao Goulart. Fue entonces cuando varios buques de la Marina de Guerra estadounidense se posicionaron en la bahía de Santos (estado de San Pablo) para actuar ante una eventual resistencia popular frente al derrocamiento del presidente Goulart. Importa destacar que con el restablecimiento de la IV Flota el Comando Sur ha alcanzado el mismo nivel de importancia que el Comando Central, que opera la V Flota en el estratégico golfo Pérsico. ¿Qué razones podría tener Estados Unidos para enviar una fuerza naval tan poderosa a una región que se encuentra relativamente en paz, sin conflictos étnicos ni religiosos explosivos, sin poderío nuclear

---

266 *Ibid..*, p. 41.

267 El presidente Hugo Chávez formuló su propuesta para una defensa común de Suramérica durante la cumbre del Mercosur que tuvo lugar en la ciudad de Córdoba en el mes de julio del 2006. La iniciativa brasileña fue divulgada a mediados de noviembre del 2006 por el coronel de artillería Oswaldo Oliva Neto. El coronel Oliva Neto es hermano del senador del Partido Trabalhista Aloizio Mercadante, uno de los principales cuadros de la izquierda y amigo personal del presidente Luiz Inácio "Lula" da Silva. El coronel Oliva Neto dirige el Núcleo de Asuntos Estratégicos (NAE) de la Presidencia. El NAE tiene como función diseñar un proyecto denominado "Brasil en tres tiempos", con el objetivo de convertir Brasil en un "país desarrollado" para el 2022, coincidiendo con la conmemoración de los 200 años de su independencia.

ni amenazas militares reales? ¿Cuál es, entonces, el objetivo de la IV Flota? Oficialmente sus objetivos principales son combatir el terrorismo y las actividades ilícitas como el narcotráfico. Sin embargo, la historia demuestra que ninguna potencia mundial toma una decisión de dimensión estratégica si no hay detrás un gran motivo. Un despliegue militar de una entidad semejante aparece, mínimo, como una desmesura. El objetivo declarado muestra clara asimetría con la entidad de la fuerza desplegada, mucho más si se repasa y evalúa seriamente el poderío real de las fuerzas que oficialmente se propone combatir. Esta asimetría permite reflexionar sobre la veracidad de los objetivos declarados.

Resulta lógico deducir que la decisión de reactivar la IV Flota se produce, en términos estratégicos, en previsión de la crisis de pasaje. En esta perspectiva, a la exultante cantidad de suministros básicos existentes en la región se han sumado, recientemente, los enormes descubrimientos de petróleo en el mar brasileño, que difícilmente sean un elemento ajeno a la decisión estadounidense.[268]

En la ciudad de Tucumán, durante la cumbre del Mercosur realizada en julio de 2008, el presidente brasileño Luiz Inácio

268 En noviembre de 2007 Brasil comenzó a dar publicidad a una serie de importantes descubrimientos de gigantescos yacimientos de petróleo ubicados en aguas profundas del Atlántico Sur. El yacimiento, designado con el nombre de Tupí –el primero dado a conocer–, tendría entre 5 y 8 millones de barriles de crudo. El petróleo hallado es liviano, sin azufre y, por lo tanto, de alto valor comercial. Sin embargo, este descubrimiento fue ampliado con noticias permanentes durante más de seis meses, acerca de la explotabilidad de otros yacimientos de similares características en la denominada "área sub-salt" de la plataforma marina de Brasil. Las actuales estimaciones de las reservas brasileñas, aunque aún de modo extraoficial, alcanzarían la enorme magnitud de 55 mil millones de barriles de crudo. Para comprender la enorme trascendencia de América del Sur como área de importancia en materia petrolera en el futuro, resulta importante destacar que ya han comenzado los preparativos para evaluar la factibilidad de la explotación de los llamados "bajos submeridionales" en la provincia de Santa Fe, en la República Argentina. Esto se suma a las enormes y ya explotadas áreas petrolíferas venezolanas y sin contar la altísima probabilidad que asignan los geólogos a la existencia y la factibilidad de explotaciones de oro en el área marítima argentina, situado aproximadamente a la altura de la ciudad bonaerense de Mar del Plata.

"Lula" da Silva expresó sus dudas sobre los verdaderos objetivos de la recientemente restablecida IV Flota: "Ahora que descubrimos petróleo a 300 kilómetros de nuestras costas, nos gustaría que Estados Unidos explique cuál es la lógica de esa flota en una región como esta que es pacífica".[269]

Días antes, el presidente brasileño, un hombre poco inclinado a declaraciones altisonantes –siguiendo la tradición marcada por Itamaraty–, había abandonado su habitual cautela para denunciar públicamente que las grandes potencias mundiales ambicionaban controlar el Acuífero Guaraní, una de las mayores reservas de agua dulce del mundo que subyace desde el Mato Grosso brasileño hasta las pampas argentinas: "Dicen que hay que internacionalizar el acuífero porque nosotros no somos capaces de preservarlo"[270]. El presidente brasileño había reaccionado ante las declaraciones efectuadas en Tokio por el exprimer ministro británico Tony Blair, frente a los parlamentarios del Grupo del G8 más los cinco emergentes, entre ellos, Brasil. En esa ocasión Blair sostuvo que el presidente brasileño necesitaba "ayuda internacional para contener la devastación del Amazonas".[271]

El objetivo de las campañas ecologistas emprendidas por grandes personalidades del mundo de la política, la cultura y el espectáculo se encuentra dirigido, en muchas ocasiones, a crear la idea en la opinión pública de los países centrales de que es preciso transformar territorios como la Amazonía y sus recursos estratégicos en "bienes supranacionales" y "patrimonio de la humanidad"; una categoría jurídica que el Banco Mundial propone, precisamente, para el Acuífero Guaraní, desde que en el año 2000 los países interesados le encargaron el proyecto de estudio y protección del acuífero. Junto con esta campaña se propone la ley "canje de deuda por naturaleza", que en América del Sur ya está vigente en Perú y Colombia y que constituye el primer paso jurídico para que un

---

269 *Clarín*, Buenos Aires: 14 de julio de 2008, p. 23.

270 *Clarín*, Buenos Aires: 6 de julio de 2008, p. 31.

271 *Ibid.*, p. 31.

Estado pierda su soberanía sobre amplias porciones de su territorio que pasan a ser manejadas por instituciones particulares como las ONG World Wide Fund for Nature, The Nature Conservancy, Conservation International, entre otras.

Conclusiones

Pensar desde la periferia para salir de la periferia

Está en nuestro ánimo la absoluta conciencia del momento trascendental que vivimos. No cabe duda de que gran parte del futuro de los países de América del Sur depende de los hechos que sean capaces de realizar hoy. Si la historia de la humanidad es una limitada serie de instantes decisivos, indudablemente estamos ante uno de esos momentos. Todavía podemos elegir entre ser simples espectadores o protagonistas de la historia.

En el "juego" de la política internacional existe un poder que surge de plantear la agenda, de determinar el marco del debate y el vocabulario técnico del mismo. En América Latina los líderes políticos, los periodistas especializados y los estudiosos de las relaciones internacionales, muy a menudo solemos quedar atrapados en la agenda, el debate y el vocabulario producidos por los grandes centros de excelencia académica de Estados Unidos, especializados en relaciones internacionales.

Por eso, *pensar* las relaciones internacionales desde la periferia suramericana implica generar ideas, conceptos, hipótesis y, por cierto, como correlato necesario, un vocabulario propio. Un vocabulario propio que sea capaz de dar cuenta de nuestra propia realidad y de nuestros propios problemas específicos, ligados a nuestra particular inserción en el sistema internacional.

Nuestro debate principal debería, entonces, girar en torno a *cómo alcanzar el nuevo umbral de poder.* Deberíamos discutir sobre cuáles son los recursos de poder necesarios para superar nuestro endémico estado de subordinación general y, en particular, nuestro estado de subordinación ideológico-cultural. Deberíamos debatir acerca de cuál es la mejor forma de prepararnos para la posible irrupción de un escenario de "imperialismo de suministros".

Necesitamos pensar desde la periferia, pero no para elaborar una repetitiva "letanía" de denuncias, no para limitarnos a elaborar una visión sufrida y condenatoria, no para alimentar derrotismos y desahogos entre retóricos y viscerales. *Necesitamos pensar desde la periferia para salir de la periferia. Y solo podremos salir de la periferia, juntos*.

Ningún Estado de América Latina ha llegado aún al estadio de autonomía plena y todos los Estados suramericanos, aunque en distintos grados, están sujetos a una doble subordinación: una *subordinación general* a las estructuras hegemónicas de poder mundial y una *subordinación específica* que los somete al dominio de la potencia bajo cuya área de influencia se encuentran.

En el ámbito de la realidad internacional, donde el poder es la medida de todas las cosas, solo los Estados que alcanzan el umbral de poder –es decir, *el poder mínimo necesario para no caer en el estadio de subordinación*– son verdaderos "sujetos" de la política internacional. Los Estados que no llegan a ese umbral de poder, aunque puedan alcanzar una gran prosperidad económica, tienden a convertirse, inevitablemente, en "objetos" de la política internacional, es decir, en Estados subordinados. Y es preciso recordar siempre que el poder es más importante que la riqueza, porque lo contrario de la potencia, o sea, la impotencia, hace que el Estado impotente ponga en manos de aquellos otros que son más poderosos que él no solo su riqueza sino también sus fuerzas productivas, su cultura, su identidad y hasta su propia posibilidad de supervivencia como Estado.

El umbral de poder necesario para que un Estado no caiga en el estadio de subordinación está siempre relacionado con el poder



generado por los otros Estados que conforman el sistema internacional. Cuando una o varias unidades políticas aumentan considerablemente su poder provocan un cambio sustancial en el umbral de poder vigente; el mismo que las otras unidades políticas necesitan para no caer en el estadio de subordinación. Así, cuando se produjo la formación de los grandes Estados nacionales –el español en 1492, el francés en 1453, y el inglés en 1558–, estos elevaron el umbral de poder y las unidades políticas que no lograron convertirse en Estados nacionales, como las ciudades-estado de la península itálica, se convirtieron, progresivamente, en Estados subordinados.

Así como los Estados de Baviera, Hesse, Wurtemberg, Baden, Sajonia, Hannover y Prusia a través de la integración económica lograron desencadenar el proceso de industrialización y asociarse en un nuevo Estado, que les posibilitó alcanzar juntos el nuevo *umbral de poder*, marcado por la irrupción histórica de Gran Bretaña como primer Estado-nación industrial –y fue solo entonces cuando dejaron de ser Estados subordinados y campo de batalla de las ambiciones de Francia, Inglaterra y Rusia–, los Estados de América del Sur solo a través de la integración económica podrán forjar una economía altamente tecnificada y asociarse en un nuevo Estado que les permitirá alcanzar, juntos, el nuevo umbral de poder marcado ahora por la irrupción de Estados Unidos como Estado-nación industrial continental tecnológico. Y solo entonces dejarán de ser Estados subordinados y campo de batalla de ambiciones ajenas.

Solo cuando Prusia se fundió en Alemania dejó de ser el "brazo armado de Inglaterra" en el continente europeo. Solo entonces dejó de ser artífice de la ambición ajena para pasar a ser artífice de una ambición propia. Solo sirviendo al conjunto de Alemania, Prusia pudo dejar de ser la "sirvienta inglesa" de Europa Central, para pasar a ser "el corazón de una potencia mundial". Así como Prusia dejó de pensar y actuar según su propio y legítimo interés individual –para pensar y actuar según el interés general de Alemania–, Argentina, Brasil y Venezuela deben dejar de pensar y actuar según sus propios y legítimos intereses individuales, para pensar y actuar según el interés general de América del Sur.

Argentina, Brasil y Venezuela deben dejar de pensar que lo fundamental es que cada uno de ellos se industrialice, para comenzar a pensar cómo se industrializa el conjunto de América del Sur.

Así como Estados Unidos en el siglo XIX comprendió que el desarrollo industrial era uno de los elementos clave para construir su poder nacional y que necesitaba –frente a la competencia británica– defender con fuertes aranceles su industria naciente, los países de América del Sur necesitan comprender que precisan –para el desarrollo de la industria y la tecnología como elementos clave del poder nacional– de una adecuada y conveniente conjugación de una actitud de insubordinación ideológica frente al pensamiento dominante, así como de un eficaz y adecuado impulso estatal.

Esta conjunción deberá materializarse a través de una apropiada política proindustrial tecnológica activa. Dicha política deberá ser planificada continentalmente siguiendo, en cierto modo, el ejemplo de Japón cuando planificó su reconstrucción nacional luego de la Segunda Guerra Mundial. Necesitamos crear un "MITI" suramericano. No se trata de llevar la idea de autarquía a nivel suramericano, sino de determinar qué sectores productivos del sistema suramericano –mediante una política apropiada para su desarrollo– podrían adquirir, en plazos relativamente cortos –de 10 a 15 años–, competitividad internacional y transformar esos sectores en sectores de interés colectivo de todos los países que conformen el área de integración.

El Mercosur, con la incorporación de Venezuela y de Bolivia, es un área satisfactoria tal como existe hoy para la aplicación de este proteccionismo moderno –aunque el continentalismo suramericano sería el área ideal–, conformando un espacio lo suficientemente extenso para poder sostenerlo y para que no tenga, desde el principio, características de rápida obsolescencia.

Para Argentina, Brasil y Venezuela, el objetivo estratégico fundamental de sus políticas exteriores no puede ser otro que el de la construcción de una Unión Suramericana de Naciones. Único camino por el cual podrán alcanzar, juntos, el nuevo umbral de poder; es decir, el poder mínimo necesario para que no se



conviertan, irreversiblemente, en meros segmentos anónimos del mercado internacional controlados internamente por las grandes corporaciones multinacionales –las mismas que ya predominan en ellos– y, externamente, por Washington.

Si Argentina, Brasil y Venezuela –que todavía conservan condiciones mínimas de autonomía– enfrentan el nuevo escenario internacional como Estados aislados, se condenarán, condenando así a toda Suramérica al subdesarrollo endémico y a la subordinación política perenne. Cometerían, entonces, el mismo error que cometieron durante el Renacimiento las ciudades-estado de Florencia, Génova y Venecia. Aquellas ciudades-estado italianas fueron incapaces de deponer sus mezquinos intereses particulares. Esta mezquindad les impidió realizar la unidad nacional de Italia. Con esa actitud solo lograron condenarse –condenando con ellas a todos los pueblos de la península– al subdesarrollo económico y la dominación política durante más de tres siglos.

Para alcanzar el nuevo umbral de poder, el proceso de integración debe alcanzar un alto nivel operativo. Para ello es preciso consensuar y establecer, sin pérdida de tiempo, un programa de acción conjunta para el corto, el mediano y el largo plazo.

En el corto plazo es preciso fortalecer urgentemente la alianza argentino-brasileña-venezolana con medidas concretas, dado que esta alianza es el único camino real para alcanzar la unidad de América del Sur, de igual modo que la alianza franco-germano-itálica, fue la condición *sine qua non* de la unidad europea. Argentina, Brasil y Venezuela deben llegar a un amplio, profundo y racional acuerdo que les permita encontrar un régimen de intercambio recíprocamente favorable.

Es preciso tener en cuenta –como sagazmente ha señalado Jaguaribe– que así como Alemania pagó el precio más alto para concretar su alianza con Francia, y esos dos países pagaron el precio más alto para lograr la conformación de la Comunidad Europea, también Brasil tendrá que pagar el precio más alto para hacer efectiva su alianza con Argentina y los dos países deberán pagar el precio más alto para la consolidación de la Unión Suramericana de Naciones.

La alianza argentino-brasileña-venezolana, el Mercosur y la futura Unión Suramericana de Naciones solo podrán sobrevivir a las terribles presiones externas a las que serán sometidos si la permanencia en el sistema resulta significativamente más ventajosa –para cada participante– que la salida de él. Es importante recordar también que el proceso de integración solo será exitoso si sus participantes renuncian a cualquier aspiración al liderazgo unilateral, aprenden a pensar en el interés regional y actúan, siempre, sobre la base del consenso previo.

El camino solitario al Primer Mundo conduce a los oscuros sótanos del "cuarto" y a la subordinación permanente. América del Sur debe realizar su propia insubordinación fundante como en su momento la concretaron las trece colonias, los desunidos Estados alemanes, el Japón feudal y la desmoralizada China.

Estamos ante uno de los momentos decisivos de la historia. El futuro se juega hoy.

BIBLIOGRAFÍA

Andreotti, Gonzalo Cruz. (2000). "Introducción general" en: *Polibio*. Libros I-V. Madrid: Gredos.

Andrews, Charles M. (1924). *The Colonial Background of the American Revolution*, New Haven: Universidad de Yale.

Anschel, Eugene. (1986). *Sun Yat-sen and the Chinese Revolution*. Nueva York: Praeger.

Aron, Raymond. (1984). *Paix et guerre entre les nations (avec une presentation inédite de l'auteur)*. París: Calmann–Lévy.

Bailey, Paul. (2002). *China en el siglo xx*. Barcelona: Ariel.

Battistoni, Gustavo. (2008). *Disidentes y olvidados*. Rosario: Germinal Ediciones.

Beer, George L. (1912). *The Old Colonial System, 1660-1754*. Nueva York: Macmillan.

Beneyto, Juan. (1957). *Fortuna de Venecia. Historia de una fama política*. Madrid: *Revista de Occidente*.

Benz, Wolfgang. (1978 abril). "Amerikanische Besatzungsherrschaft in Japan 1945–1947". *Dokumentation. Vierteljahrshefte fur Zeitgeschichte.*

Bergére, Marie-Claire. (1968). *La Bourgeoisie Chinoise et la Revolution de 1911*. París: Mouton.

Bergére, Marie-Claire. (1994). *Sun Yat-sen*. París: Fayard.

Bey, Essad. (1946). *Mahoma: Historia de los árabes*. Buenos Aires: Arábigo-Argentina El Nilo.

Bieda, Karl. (1970). *The Structure and Operation of the Japnanese Economy*. Sydney: John Wiley.

Brines, Russell. (1948). *Mac Arthur's Japan*. New York: Lippincott.

Brochier, Hubert. (1970). *Le miracle économique japonais 1950-1970*. París: Calmann-Lévy.

Brossard, Maurice de. (2005). *Historia marítima del mundo*. Madrid: Edimat.

Brzezinski, Zbigniew. (1998). *El gran tablero mundial. La supremacía estadounidense y sus imperativos geoestratégicos*. Barcelona: Paidós.

Carman, Harry J. (1930). *Social and Economic History of the United States*. Boston: Heath.

Clapham, John. (1936). *The Economic Development of France and Germany, 1815-1914*. Londres: Cambridge University Press.

Chesneau, Jean (1970). *Mouvements populaires et sociétés secretes en Chile aux XIX et XX siècles*. París: Maspero.

Chomsky, Noam y Dieterich, Hans. (1999). *La sociedad global*. Buenos Aires: Editorial 21.

Clark, Victor S. (1916). *History of Manufactures in the United States, 1607-1860*. Washington: Carnegie Institution.

Clauder, Anna. (1932). *American Commerce as Affected by the Wars of French Revolution and Napoleon, 1793-1812.* Filadelfia: Universidad de Pensilvania.

Clausewitz, Karl von. (1994). *De la guerra*. Buenos Aires: Labor.

Clough, Shepard Banroft. (1939). *France: A History of Nacional Economics, 1789-1939*. Nueva York: Charles Scribner's Sons.

Cole, George D. H. (1985). *Introducción a la historia económica*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Cosanza, Mario Emilio. (1930). *The Complete Journal of Towsend Harris, First American Consul General and Minister to Japon*. New York: Japan Society.

Costa, Darc. (2005). *Estrategia nacional, la cooperación sudamericana como camino para la inserción internacional de la región*. Buenos Aires: Prometeo.

Dawson, William. (1904). *Protection in Germany: A History of German Fiscal Policy During the Nineteenth Century*. Londres: P. King.

Dawson, William. (1919). *The Evolution of Modern Germany*. Nueva York: Charles Scribner's Sons.

Derry, Thomas K. y Williams, Trevor. (2000). *Historia de la tecnología*. Madrid: Siglo XXI.

Droz, Jacques. (1973). *La formación de la unidad alemana 1789/1871*. Barcelona: Vicens-Vives.

Drucker, Peter. (1994). *La sociedad poscapitalista*. Buenos Aires: Sudamericana.

East, Robert A. (1938). *Business Enterprise in the American Revolutionary Era*. Nueva York: Universidad de Columbia.

Egerton, Hugh E. (1924). *Short History of British Colonial Policy*. Londres: Methuen.

Fairbank, John. (1996). *China: una nueva historia*. Barcelona: Andrés Bello.

Ferrer, Aldo. (1999). *De Cristóbal Colón a Internet: América Latina y la globalización*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Ferrer, Aldo. (2001a). *Hechos y ficciones de la globalización. Argentina y el Mercosur en el sistema internacional.* Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Ferrer, Aldo. (2001b). *Historia de la globalización. Orígenes del orden económico mundial.* Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Friedlander, H. E. y Oser, J. (1957). *Historia económica de la Europa Moderna*. México: Fondo de Cultura Económica.

Fulbrook, Mary. (1995). *Historia de Alemania*. Cambridge: University Press.

Gaddis, John Lewis. (1989). *Estados Unidos y los orígenes de la Guerra Fría. 1941-1947.* Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano.

Guillain, Robert. (1969). *Japon, Troisiéme Grand*. Paris: Seuil.

Hardt Michael y Negri, Antonio. (2003). *Imperio*. Buenos Aires: Paidós.

Hardt, Michael y Negri, Antonio. (2004). *Multitud. Guerra y democracia en la era del imperio*. Buenos Aires: Sudamericana.

Haya de la Torre, Víctor Raúl. (1985). *Obras completas*, t. III, Lima: Editorial Juan Mejía Baca.

Heckscher, Eli. (1922). *The Continental System and Economic Interpretation*. Oxford: University Press.

Henderson, William. (1939). *The Zollverein*. Londres: Cambridge University Press.

Hernández Arregui, Juan José. (2004). *Nacionalismo y liberación,* Buenos Aires: Peña Lillo Editor.

Hobsbawm, Eric. (1998). *Industria e imperio*. Buenos Aires: Ariel.

Hobsbawn, Eric. (2006a). *La era del capital, 1848-1875*. Buenos Aires: Planeta.

Hobsbawm, Eric. (2006b). *La era de la Revolución 1789-1848*. Buenos Aires: Crítica.

Hoffmann, Stanley. (1991). *Jano y Minerva. Ensayos sobre la guerra y la paz*. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano.

Horrocks, John. W. (1924). *A Short History of Mercantilism.* Londres: Methuen.

Imber, Colin. (2004). *El Imperio otomano*. Buenos Aires: Vergara.

Jaguaribe, Helio. (2001). *Un estudio crítico de la historia*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Jauretche, Arturo. (1984). *Manual de zonceras argentinas*. Buenos Aires: Peña Lillo Editor.

Klare, Michael. (2003). *Guerras por los recursos. El futuro escenario del conflicto global*. Barcelona: Urano.

Konetzke, Richard. (1946). *El Imperio español, orígenes y fundamentos*. Madrid: Nueva Época.

Lacy, Dan. (1969). *El significado de la revolución norteamericana*. Buenos Aires: Troquel.

Levasseur, Pierre E. (1912). *Histoire du commerce de la France de 1789 a nos jours*. vol II. París: Arthur Rousseau.

Liang, Qiao y Xiangsui, Wang. (2001). *Guerra senza limiti*. Gorizia: Editrice Goriziana.

Liang, Qiao y Xiangsui, Wang (2001). *Guerra sin límites*. Gorizia: Editrice Goriziana.

Lichtheim, George. (1972). *El imperialismo.* Madrid: Alianza.

List, Friedrich. (1955). *Sistema nacional de economía política*. Madrid: Aguilar.

Ludwig, Emil. (1944). *Historia de Alemania*. Buenos Aires: Anaconda.

MacArthur, Douglas. (1964). *Reminiscences*. Londres: Heinemann.

Maybon, Albert. (1914). *La République Chinoise*. París: Colin.

Mariátegui, Juan Carlos. (1997). *José Carlos Mariátegui y el continente asiático (1923-193)*. Lima, Clenela.

McLuhan, Marshall. (1985). *Guerra y paz en la aldea global*. Barcelona: Planeta–De Agostini.

Methol Ferré, Alberto y Metalli, Alver. (2006). *La América Latina del siglo* XXI. Buenos Aires: Edhasa.

Miguens, José Enrique. (2004). *Democracia práctica. Para una ciudadanía con sentido común*. Buenos Aires: Emecé.

Miller, William. (1961). *Nueva historia de Estados Unidos*. Buenos Aires: Nova.

Moniz Bandeira, Luiz Alberto. (2004). *Argentina, Brasil y Estados Unidos. De la Triple Alianza al Mercosur*. Buenos Aires: Norma.

Moniz Bandeira, Luiz Alberto. (2006). *La formación de los Estados en la cuenca del Plata*. Buenos Aires: Grupo Editor Norma.

Morgenthau, Hans. (1986). *Política entre las naciones. La lucha por el poder y la paz*. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano.

Morishima, Michio. (1997). *¿Por qué ha triunfado Japón?* Barcelona: Crítica.

Morrison, Samuel Eliot. (1967). *Old Bruin. Commodore Matthew C. Perry, 1794-1858*. Boston: Little Brown.

Neumann, William. (1963). *America Encounters Japan. From Perry to MacArthur*. Londres: The Johns Hopkins Press.

Nye, Joseph. (1991). *La naturaleza cambiante del poder norteamericano*. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano.

Ohkawa, Kazuki y Rosovski, Henry. (1973). *Japanese Economic Growth. Trend Acceleration in the Twentieth Century*. Stanford: Stanford University Press.

Panikkar, Kovalam Madhava. (1966). *Asia y la dominación occidental. Un examen de la historia de Asia desde la llegada de Vasco da Gama 1498-1945*. Buenos Aires: Eudeba.

Pierenkemper, Toni. (2001). *La industrialización en el siglo XIX*. Madrid: Siglo XXI.

Pinheiro Guimarães, Samuel. (2005). *Cinco siglos de periferia. Una contribución al estudio de la política internacional.* Buenos Aires: Prometeo.

Pohle, Ludwig. (1923). *Die Entwicklung des deutschen Wirtschafatslebens im letzten Jahrhundert.* Leipzig: Teubner.

Polibio. (2000). *Historias,* libros I-V. Madrid: Gredos.

Potemkin, Vladimir. (1943). *Historia de la Diplomacia*. Buenos Aires: Lautaro.

Puig, Juan Carlos. (1980). *Doctrinas internacionales y autonomía latinoamericana*. Caracas: Instituto de Altos Estudios de América Latina de la Universidad Simón Bolívar.

Reischauer, Edwin. (1970). *Histoire du Japon et des japonais de 1945 a 1970*. París: Seuil.

Ribeiro, Darcy. (1971). *El proceso civilizatorio: de la revolución agrícola a la termonuclear*. Buenos Aires: Centro editor de América Latina.

Rifkin, Jeremy. (2003). *La economía del hidrógeno.* Buenos Aires: Paidós.

Schiffrin, Harold. (1968). *Sun–Yat sen and the Origins of the Chinese Revolution.* Berkeley: University of California Press.

Schmoller, Gustav. (1931). *The Mercantile System and its Historical Significance.* Nueva York: Smith.

Schultz, Helga. (2001). *Historia económica de Europa, 1500-1800*. Madrid: Siglo XXI.

Sedillot, René. (1958). *Histoire des Colonisations.* París: Fayard.

Stein, Barbara y Stein, Stanley. (1970). *The Colonial of Heritage of Latin America*. Princeton University Press.

Stein, Barbara y Stein, Stanley. (2002). *Trade and War: Spain and America in the making of Early Modern Europe*. Baltimore: John Hopkins University Press.

Takahashi, Kamekichi. (1969). *The Rise and Development of Japan's Modern Economy.* Tokio: The Jiji Press.

Toffler, Alvin. (1999). *El cambio del poder.* Barcelona: Sudamericana.

Toffler, Alvin. (2006). *La revolución de la riqueza*, Buenos Aires: Sudamericana.

Thomas, Hugh. (2004). *El Imperio español. De Colón a Magallanes*. Buenos Aires: Planeta.

Toynbee, Arnold. (1967). *La civilización puesta a prueba.* Buenos Aires: Emecé.

Trías, Vivian. (1976). *El Imperio británico*. Buenos Aires: Del Noroeste.

Tryon, Rolla M. (1917). *Household Manufactures in the Unites States, 1640-1860*. Chicago: Universidad de Chicago.

Underwood Faulkner, Harold. (1956). *Historia Económica de los Estados Unidos*. Buenos Aires: Novoa.

Whiting, Allen. (1954). *Soviet Policies in China, 1917-1924.* Nueva York: Columbia University Press.

Artículos

Dussel, Enrique. (2004, agosto). "La China (1421–1800). Razones para cuestionar el eurocentrismo". *Otro Sur*, año 1, n.º 2, Rosario.

Hacker, Louis. (1935). "The First American Revolution". *Columbia University Quaterly*, n.º XXVII.

Hata, Ikuhiko. (1976). "Japan under Occupation". *The Japan Interpreter*, vol. X, winter.

Hobsbawm, Eric. (2003, junio).*"Un imperio que no es como los demás"*. *Le Monde Diplomatique*, Buenos Aires, año IV, n.º 48.

Jaguaribe, Helio. (2006, 26 de noviembre). "Argentina y Brasil ante un nuevo siglo". *Perfil*, Buenos Aires.

Methol Ferré, Alberto. (2001, 26 de marzo). "La zanahoria del ALCA", *Revista de Análisis Sí*, Lima.

Nye, Joseph. (2006, 11 de septiembre). "Política de seducción, no de garrote". *Clarín*, Buenos Aires.

Sato, Seiichiro. (1978). "The Trouble with MITI". *Japan Echo*, vol. V, n.º 3.

Shao-chuan, Leng y Palmer, Norman. (1960). *Sun-Yat sen and Communism.* Praeger, Nueva York.

Su Ngjoo, Han. (1978). "Japan's PXL decisión. The Politics of Weapons Procurement". *Asian Survey*, vol. XXIII, n.º 8.

Ward, Robert. (1977, febrero), "Democracy and Planned Political Change", *The Japan Foundation Newsletter*, vol. IV, n.º 6.

Zaitsev, Valery. (1978). "Japan's Economic Policies: Illusions and Realities". *Far Eastern Affaier*, n.º 1.

Índice



Edición digital
febrero de 2016
Caracas - Venezuela



MARCELO GULLO (Argentina, 1963)
Internacionalista, docente y asesor político. Doctor en Ciencias Políticas. Es autor, entre otros, de los siguientes libros: *Argentina-Brasil: la gran oportunidad* (2005); *Insubordinación y desarrollo. La clave del éxito y el fracaso de las naciones* (2012); y *La historia oculta. La lucha del pueblo argentino por su independencia del imperio inglés* (2013).

LA INSUBORDINACIÓN FUNDANTE
Breve historia de la construcción del poder de las naciones

Abre con un rastreo histórico sobre los procesos que condujeron a naciones como Inglaterra, Estados Unidos, Alemania, Japón y China a ocupar un papel preponderante en el escenario internacional. Gullo sostiene que estas ignoraron la mentira ideológica de la mano invisible del mercado y la división internacional del trabajo, manteniendo una actitud de insubordinación ideológica cultural con respecto al pensamiento dominante de la época, aunada a un impulso estatal eficaz. La revelación de esta fórmula encubierta intencionalmente por las naciones dominantes, el surgimiento de economías emergentes y la consolidación de bloques de poder regionales nos muestran que Nuestra América tiene una oportunidad única para poner en marcha un proceso de industrialización que nos permita convertirnos en un importante interlocutor internacional independiente. Para ello es necesario trabajar en un proyecto de desarrollo industrial complementario que pasa por la profundización de la integración regional.

9 789801 431350



Ministerio del Poder Popular
para la **Cultura**

